



1020028683



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA NIÑA DORRIT

Núm. Clas. _____
Núm. Autor N 0548/20
Núm. Adg. 29087
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 629
Catalogó _____

29087

ES PROPIEDAD

LA
NIÑA DÓRRIT

POR

CARLOS DICKENS

TRADUCCIÓN DE

Enrique Leopoldo de Verneuil

ILUSTRACIÓN DE

MARIANO FOIX

TOMO I

098577

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

CASA EDITORIAL MAUCCI.—Calle Mallorca, 166.

1908

UNIVERSIDAD DE NUEVA GRANADA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”

CALLE 1625 MONTEFERRÉ, V. S. C.

29087

623
9

PR 4562

A67

S6

V.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSO X
CAPILLA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LIBRO PRIMERO

POBREZA

CAPITULO I

Sol y sombra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Agto. 1625 MONTERREY, MEX.

Erased un día, treinta años hace, en que los rayos de un sol canicular abrasaban la ciudad de Marsella.

Un sol ardiente en el caluroso mes de agosto no era entonces raro en el sur de Francia, como no lo es ahora ni lo ha sido tampoco antes. Ni la más ligera brisa rizaba las aguas encerradas en el puerto, ni aun las del inmenso mar á cierta distancia; la línea divisoria entre las primeras y las segundas, de un hermoso azul éstas y de color negruzco aquellas, determinaba el punto que la onda pura no traspasaba jamás, punto tan inmóvil como el pestilente cenagal con que nunca se mezclaba. A los botes, abrasados por el sol, no se les podía tocar; los buques se reseocaban en su anclaje; y las piedras

de los muelles no se habían enfriado de noche ni de día durante algunos meses. Los rusos, chinos, españoles, portugueses, franceses, ingleses, genoveses, napolitanos, venecianos, griegos y turcos, descendientes de todos los constructores de Babel, que habían ido á Marsella para traficar, buscaban igualmente la sombra, ó un refugio en algún oscuro rincón á fin de no ver un mar demasiado azul, ni un cielo de púrpura iluminado por un inmenso brillante de fuego.

El reflejo de la luz molestaba la vista; hacia la distante costa italiana, sin embargo, templaban su fuerza ligeras nubes que se elevaban lentamente por la evaporación del mar; pero en todos los demás puntos la luz era deslumbradora. A lo lejos, caminos, campos y colinas desaparecían bajo una nube de polvo, y lo mismo sucedía con las vides que bordeaban las quintas; las monótonas alamedas, á pesar de sus árboles, no presentaban el menor espacio de sombra; los caballos de los carros avanzaban con lentitud hacia el interior al compás de sus campanillas, dirigidos perezosamente por sus conductores, cuando no iban dormidos; y el labrador trabajaba agobiado en los campos. Todo cuanto vivía y respiraba parecía sufrir la presión de un calor sofocante, excepto el lagarto, que se deslizaba ligero por las paredes de piedra casi candentes; y la cigarra, cuyo monótono chirrido se repetía sin cesar. Hasta el mismo polvo, ya quemado, tenía un color pardusco; y algo se estremeceía en la atmósfera, como si el aire palpitase. Las cortinas y persianas estaban cuidadosamente corridas, de modo que no penetrara por ninguna parte la luz del sol, de la cual sólo las iglesias, con sus arcos y pilares y sus antiguas estatuas, estaban libres hasta cierto punto. Dejar las sombras del templo para salir á la calle, era como precipitarse en un río de fuego, donde para salvar la vida debíase nadar en demanda de la sombra más próxima.

En la época á que nos referimos había en Marsella una sucia prisión; y en uno de sus calabozos, tan repugnante que hasta los rayos del sol parecían negarse á iluminarlo, hallábase dos hombres, es decir, dos presos: un tosco banco de madera arrimado á la pared y fijo en ella; algunos vasos muy ordinarios, varias cajas de dominó, dos pedazos de estera, y tres ó cuatro cascos de botellas de vino constituían todo el ajuar de aquella sucia habitación, sin hablar aquí de las ratas, de las sabandijas ocultas y de los parásitos que se veían, es decir: de los dos hombres.

La escasa luz que allí había, penetraba por una reja con ba-

rotos de hierro, asaz grande para que se pudiera vigilar siempre desde la obscura escalera á que daba; esta reja tenía un ancho reborde de piedra, cuyas extremidades se prolongaban hasta la pared, y hallábase á tres ó cuatro pies de altura del suelo. Uno de los dos hombres de que hablamos se había subido á este reborde, donde estaba recostado, apoyando la cabeza y los hombros en un lado del marco de la reja y los pies en el otro, de modo que las rodillas formaban como un arco. Los barrotes, bastante espaciados, permitían al preso pasar todo el brazo á través, y gracias á esto, su posición no dejaba de ser bastante cómoda.

Todo tenía allí el sello de la prisión: el aire encerrado, la escasa luz, la humedad concentrada, los hombres privados de libertad; y así como los cautivos estaban flacos y macilentos, así el hierro estaba enmohecido, la piedra desgastada y la madera carcomida; la atmósfera era opaca y la luz débil. En el interior de la prisión no se conocía la claridad de la luz que se reflejaba fuera, como tampoco se conoce en el pozo, ni en la obscura bóveda, ni en la tumba; y hubiera conservado su aire infecto hasta en una de las islas del Océano Indico.

El hombre que estaba sentado en el reborde de la reja parecía tener frío, pues haciendo un movimiento de impaciencia con los hombros levantó su capote para abrigarse mejor, exclamando al mismo tiempo:

—¡Vaya al diablo ese pícaro sol, que nunca quiere brillar aquí!

Aquel hombre parecía esperar ansioso su alimento, pues miraba con inquietud á través de los barrotes, procurando alcanzar con la vista el mayor espacio de la escalera, asemejándose mucho en aquel momento la expresión de su fisonomía á la de un animal salvaje que acechara la presa. Sus facciones ofrecían un tipo particular: los ojos, muy próximos uno á otro, caracterizábanse sobre todo por su mirada penetrante; brillaban como los del gato y se abrían y cerraban de continuo; la nariz, prolongábase demasiado hacia la frente; los labios, en extremo delgados, quedaban casi completamente ocultos por un espeso bigote; y el cabello, muy áspero y descuidado, tenía un color indefinible. Las manos de aquel hombre, á juzgar por la que tenía cogido el barrote de la reja, aunque cubierta de arañazos en el dorso, eran pequeñas y regordetas, y debían haber sido sumamente blancas.

El otro preso, echado en el suelo, se abrigaba con un gran levitón de color pardusco.

—¡Levántate, cerdo!—gritó el de la reja.—No duermas cuando yo tengo hambre.

—Lo mismo da, maestro—contestó el interpelado, con tono sumiso á la vez que indiferente;—puedo desvelarme cuando quiera y dormir cuando me parezca bien. Todo me es igual.

Así diciendo el preso se incorporó, rascóse la cabeza, rodeó su cuello con las mangas del levitón que hasta entonces le había servido de manta, y permaneció sentado en el suelo, apoyado de espaldas en la pared y fija la vista en la reja, que estaba enfrente.

—¿Qué hora será?—murmuró el preso que primero había hablado.

—Dentro de cuarenta minutos tocará la campana de medio día—contestó el otro, paseando una mirada alrededor del calabozo como para buscar la confirmación de lo que decía.

—Eres un reloj andando—dijo el otro.—¿Cómo es que siempre sabes la hora?

—No sólo sé siempre la hora, sino que conozco el sitio donde estoy. A mí me trajeron aquí de noche, sacándome antes de una lancha; mas á pesar de esto, bien sé dónde me hallo. Mire usted—añadió señalando con el dedo varios puntos en el suelo, como hubiera podido hacerlo en un mapa.—Aquí está Tolón con su presidio; aquel punto lejano representa España; más allá tenemos Algeciras; aquí, á la izquierda, encontraríamos Niza; por esta línea se prolonga el camino de la Cornisa hasta Génova; aquí se halla situado Porto Fino, desde donde pasamos á Civita-Vecchia; y después... ¡ah! no me ha quedado sitio para Nápoles, porque ya toco en la pared; pero ¡bah! todo es igual.

Según hablaba, el preso, que se había arrodillado, iba marcando todos los puntos de que hacía mención, fija la vista alternativamente en su compañero y en el supuesto mapa.

Este preso tenía la mirada muy viva y la tez tostada por el sol; era de escasa estatura; llevaba arillos en las orejas; su dentadura sumamente blanca, parecía reanimar sus grotescas facciones, muy morenas; tenía el cabello de color negro intenso; y su camiseta roja, ya bastante gastada, no cubría del todo su pecho; su ancho pantalón se asemejaba en un todo al que usan los marineros; cubría su cabeza una especie de gorro catalán de color de grana; y por último, rodeaba su cintura una faja, de la cual sobresalía el mango de un cuchillo.

—Juzgue usted ahora—añadió el preso, encarándose con su compañero de la reja,—si vuelvo de Nápoles tal como fui. Mi-

re usted, maestro; después de Civita-Vecchia, Porto Fino, Génova, la Cornisa y Niza, tenemos aquí Marsella; en este punto que ahora marco estamos usted y yo; la habitación del carcelero, con sus llaves, se halla en el espacio que señalo con mi pulgar, y un poco más allá, tocando con mi muñeca, está encerrada convenientemente la *navaja nacional*, es decir, la guillotina.

Al oír estas últimas palabras, el preso de la reja saltó al suelo; oyóse en la escalera un rumor de pasos, á los que parecía acompañar una voz infantil, y poco después presentóse el carcelero llevando en brazos á su hija, niña de tres á cuatro años, y una cesta.

—¿Cómo va esta tarde por aquí, señores?—preguntó el guardián;—ya ven ustedes que la niña me acompaña para ver mis pájaros enjaulados. Míralos, hija mía, míralos—añadió, acariciando á la criatura.

El carcelero paseó por la habitación una mirada investigadora, fijándola particularmente en el preso del gorro encarnado, cuyo carácter activo parecía infundirle cierta desconfianza.

—Aquí le traigo á usted su ración de pan, señor Juan Bautista—le dijo (aunque le hablaba en francés, este preso era italiano;)—y si á mal no lo llevase, le recomendaría no jugar...

—¿Por qué no hace usted la misma recomendación al maestro?—preguntó Juan Bautista sonriendo.

—¡Oh! porque el maestro gana siempre—contestó el carcelero, mirando de reojo al otro preso con aire de desconfianza, —al paso que usted pierde, lo cual es muy distinto, porque así usted come pan moreno y bebe de lo peor; mientras que á su compañero se le dan buen salchichón, pan blanco, queso y vino excelente.

Y mirando á su hija añadió:

—Mira los pájaros, ángel mío.

—¡Pobres pájaros!—dijo la niña.

Aquella agraciada y pequeña fisonomía, animada de una expresión compasiva, y destacándose en el fondo obscuro de la reja, parecía el rostro de un ángel.

Juan Bautista se acercó, como atraído por un encanto; mientras que el otro preso permanecía inmóvil, fijando en la cesta una mirada impaciente.

—Espere usted—dijo el carcelero, sentando á su hija en el reborde exterior de la reja;—la niña es quien dará hoy su ali-

mento á los pájaros. Este pan grande pertenece á Juan Bautista, pero hemos de cortarlo para introducirlo en la jaula... Muy bien, veo que el pájaro más pequeño se ha domesticado, pues te besa la mano, hija mía. Este salchichón en una hoja de parra es para el señor Rigaud, así como el pedazo de ternera con gelatina; y también estos tres panecillos tan blancos, y el queso, y el vino, y el tabaco; todo para el señor Rigaud. ¡Oh pájaro feliz!

La niña pasó todas estas cosas á través de la reja, entregándoselas al preso de la mano pequeña, no sin evidente temor, pues más de una vez retiró el brazo presurosa mirando al señor Rigaud con una expresión de miedo y de enojo á la vez. En cambio había dejado el pan moreno con la mayor confianza en las nervudas y toscas manos de Juan Bautista, y cuando éste le besó, hízole una caricia para corresponderle. El señor Rigaud, sin cuidarse de esta deferencia, limitóse á dirigir á la niña una mirada, acompañándola de una sonrisa, y después de colocar sus viandas en orden, comenzó á comer con el mayor apetito.

Notaremos aquí, de paso, que cuando el señor Rigaud se reía, efectuábase un cambio notable en sus facciones, que adquirirían entonces una singular expresión de crueldad.

—¡Ea!—dijo el carcelero, vaciando su cesta, que sólo contenía algunas migas,—ya no queda más; he gastado todo el dinero que recibí; aquí está la nota, y no hay que hablar más de ello. Señor Rigaud, según presumí ayer, el presidente tendrá el gusto de hablar hoy con usted un rato, á la una de la tarde.

—Para juzgarme ¿eh?—repuso Rigaud, interrumpiendo su comida con el cuchillo en la mano y el bocado en la boca.

—Usted lo ha dicho; para juzgarle.

—¿Y no hay noticias para mí?—preguntó Juan Bautista, que había comenzado á comer indiferente su pan.

El carcelero se encogió de hombros.

—¡Virgen Santa!—exclamó el preso.—¿Habré de estar aquí toda mi vida?

—¡Qué sé yo!—replicó el carcelero, dando media vuelta y gesticulando como si tratara de acometer al preso.—¿Cómo quiere usted, amigo mío, que yo sepa cuánto tiempo ha de estar aquí? Nada podría decirle sobre el particular, Juan Bautista Cavalletto. ¡Voto al diablo! Aquí hay algunas veces presos que no tienen tanta prisa para que se les juzgue.

Al pronunciar estas palabras, el carcelero dirigió una mira-

da oblicua al señor Rigaud; pero éste seguía comiendo con toda tranquilidad, aunque al parecer no con tanto apetito como antes.

—¡Adiós, pájaros míos!—dijo el carcelero, tomando á la niña en brazos y dándole un beso.

—¡Adiós, pájaros míos!—repitió la niña.

Y al decir esto volvió la cabeza para mirar á los presos, mientras su padre entonaba una canción, á la cual contestó Juan Bautista terminando la estrofa comenzada, aunque con voz más bronca.

En tanto el señor Rigaud, viendo pasar por segunda vez á Juan Bautista por delante de él, empujóle con el pie, diciéndole que lo mejor que podía hacer era volverse á su rincón. El preso, sin contestar palabra, sentóse otra vez en el suelo, con la soltura y facilidad de un hombre que tiene costumbre de hacerlo á menudo, y colocando tres pedazos de pan delante de sí, comenzó á comer de la mejor gana.

Tal vez dirigió alguna mirada envidiosa al salchichón y á la ternera que su compañero saboreaba, pero estos manjares desaparecieron muy pronto, por fortuna para Juan Bautista, á quien se le hacía la boca agua. El señor Rigaud comía muy de prisa, á pesar de la perspectiva del juicio y del presidente del tribunal, y no parecía pensar en este asunto. Cuando comenzaba á beber, detúvose de pronto para mirar á su compañero, con aquella sonrisa que comunicaba á su semblante una expresión de singular crueldad.

—¿Qué tal ese pan?—le preguntó.

—Está algo seco, pero aquí tengo mi salsa—contestó Juan Bautista, enseñando su cuchillo.

—¿Qué salsa?—preguntó Rigaud.

—Quiero decir—replicó el otro,—que puedo cortar mi pan como si fuera un melón, ó en forma de tortilla, ó de longaniza.

Y Juan Bautista hizo varios cortes en su pan para demostrar á su compañero lo que había dicho.

—¡Vamos!—exclamó Rigaud,—puedes beber un trago; toma eso que me sobra.

El obsequio valía bien poco, porque apenas quedaba vino, pero Juan Bautista se puso en pie de un salto, tomó la botella con expresión de agradecimiento, y acercando el cuello á su boca, apuró el líquido, lamiéndose después los labios.

—Pon esa botella con las otras—dijo Rigaud.

Juan Bautista obedeció la orden al punto é hizo ademán de

encender un fósforo, al ver que su compañero estaba liando un cigarrillo de papel.

—Toma uno—le dijo Rigaud.

—Mil gracias—contestó Cavalletto en su propio idioma, y con ese tono conciliador propio de sus paisanos.

Rigaud se levantó entonces, puso en una bolsita el tabaco que le sobraba, encendió su cigarrillo y tumbóse en el banco; mientras que Juan Bautista volvía á sentarse en el suelo para fumar con la mayor calma. La mirada de su compañero fijábase entre tanto obstinada en el punto marcado antes por el pulgar de Cavalletto, cual si tuviera para sus ojos una irresistible atracción; y con tal insistencia, y tan repetidas veces clavó la vista en aquella parte del suelo, que al fin llamó la atención de Juan Bautista.

—¡En qué agujero tan infernal estamos!—dijo Rigaud rompiendo al fin el silencio.—Compara la luz de hoy con la de la semana pasada, con la de hace seis meses y con la de hace seis años; la de ahora parece la de una tumba.

Al decir esto fijó la vista en un cañón de chimenea que tapaba una ventanilla situada en la pared de la escalera.

—Oye tú, Cavalletto—dijo Rigaud después de una pausa,—¿no me tienes por un caballero?

—Sin duda alguna.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—Usted contará nueve semanas y tres días á las cinco de esta tarde; y yo once semanas mañana á media noche.

—¿Me has visto ocuparme en algo desde que estoy encerrado? ¿Me has visto nunca coger una escoba, arreglar las esteras, limpiar los dominós ó hacer trabajo alguno?

—Jamás.

—¿Has pensado alguna vez en darme la menor ocupación?

Juan Bautista contestó moviendo el índice de esa manera particular que expresa la negativa más terminante entre los italianos.

—¡Ya lo creo! Y es porque comprendiste desde mi llegada que yo era un caballero.

—¡*Altro!*—repuso Juan Bautista, guiñando los ojos y moviendo la cabeza rápidamente.

Debe advertirse que esta palabra, muy usual entre los genoveses, tanto puede expresar una afirmación como una contradicción, una negativa, un cumplido, una broma ú otras cincuenta cosas, pero tal como la pronunció Juan Bautista en aquel instante, tenía una significación indecible, que sin em-

bargo se hubiera podido traducir en otro idioma por la frase «¡ya lo creo!» pronunciada irónicamente.

—¡Muy bien! Así lo has dicho; yo soy un caballero; como tal he vivido, y como tal moriré, ó por lo menos, tal es mi intención. Aquí está mi secreto; y cumpliré mi propósito donde quiera que vaya.

Así diciendo, Rigaud cambió de posición, sentándose en el reborde de la reja, y exclamó con aire triunfante:

—¡Mírame bien! El destino me condena á estar encerrado con un pobre contrabandista, cuyos papeles no se hallan corrientes, y de quien la policía se apoderó además por haber puesto su barca á disposición de ciertas gentes que también tienen los papeles sucios; y, sin embargo, este hombre reconoce instintivamente mi calidad, á pesar de la poca luz que hay en este sitio. ¡Perfectamente, rayo del cielo! Siempre sabré desempeñar mi papel donde quiera que me halle, y mío será el triunfo.

Al pronunciar estas palabras, una siniestra sonrisa entreabrió sus labios, pero inmediatamente palideciendo preguntó con un tono que parecía contradecir su aparente satisfacción:

—¿Qué hora es?

—Las doce y media—contestó Juan Bautista.

—¡Diablo! El presidente enviará á buscarme pronto. ¡Vamos! ¿te diré de qué me acusan? Si no te lo digo ahora, nunca lo sabrás, pues ya no volveré aquí. Deben dejarme libre, ó de lo contrario, será forzoso hacer mis preparativos para que me afeiten. Según me has dicho, ya sabes dónde guardan la navaja.

Juan Bautista retiró el cigarro de los labios, y la expresión de su fisonomía se alteró momentáneamente.

—Yo soy...—comenzó á decir Rigaud,—yo soy... un caballero cosmopolita; no tengo patria propia; mi padre era suizo, creo que del cantón de Vaud; mi madre, aunque tenía sangre francesa, había nacido en Inglaterra; y en cuanto á mí, diéronme el sér en Bélgica: ¡soy un ciudadano del mundo!

Hablando así, Rigaud había tomado una postura teatral, con una mano apoyada en la cadera, y accionando con la otra, vuelto de espaldas á su compañero, como si le despreciase. Hubiérase dicho que al proceder así su único objeto era ensayarse para hablar al presidente, ante quien debía comparecer en breve; y no satisfacer la curiosidad de una persona tan insignificante como Juan Bautista Cavalletto.

«Suponga usted que tengo treinta y cinco años—continuó

Rigaud;—he visto el mundo: he vivido acá y allá; y siempre como un caballero en todas partes; como tal se me ha tratado y respetado donde quiera que fuí. Si intenta usted perjudicarme, alegando que he vivido por mi industria, yo le preguntaré ¿cómo viven aquí los abogados, cómo los políticos, cómo los intrigantes y los bolsistas?»

Rigaud hizo una pausa, y tomando de nuevo su primera posición, continuó su discurso:

«Dos años hace llegué á Marsella; confieso que era pobre, pero debo advertir que había estado enfermo. Cuando los abogados, los políticos, los intrigantes y los bolsistas de este país enferman, sin haber reunido algún dinero, también empobrecen. Yo me alojé en la *Cruz de Oro*, cuyo dueño era el señor Enrique Baronneau, de sesenta y cinco años de edad por lo menos, y cuya salud estaba muy quebrantada. A los cuatro meses de vivir yo en la casa, su dueño tuvo la desgracia de morir, desgracia que no tiene nada de particular, y que puede suceder muy á menudo, sin mi intervención.»

Como Juan Bautista había fumado ya su cigarrillo, apurándole hasta quemarse los dedos, Rigaud tuvo la generosidad de arrojarle otro, que el preso encendió en la colilla del anterior, para seguir fumando, mientras que miraba de reojo á su compañero, preocupado siempre con su defensa.

«El señor Baronneau—continuó Rigaud,—dejó una viuda que contaba veintidós años; había adquirido cierta reputación por su belleza, y, en efecto, era hermosa. Yo seguía viviendo en la *Cruz de Oro*, y me casé con la señora Baronneau. No me toca á mí decir si había ó no desproporción en semejante enlace; en este punto me abstengo de emitir mi parecer, porque la cárcel me ha contaminado; pero podría usted creer muy bien que, por lo menos, yo era para la viuda un marido más conveniente que el difunto.»

Rigaud tenía la presunción de ser buen mozo, á la vez que hombre fino y bien educado; pero no era lo uno, ni lo otro.

«Como quiera que sea—siguió diciendo Rigaud,—la señora Baronneau aceptó mi mano; y supongo que esto no puede perjudicarme. Vienen ahora las dificultades de nuestra respectiva situación. En este punto soy orgulloso, y nada necesitaría decir en mi defensa; tengo un carácter dominante, y á nadie me puedo someter; necesito mandar. Por desgracia, la propiedad de la señora Rigaud estaba á su nombre, en virtud de una censurable disposición de su difunto esposo; y lo que es peor aun, mi señora tenía parientes. Ahora bien, cuan-

do éstos se declaran en contra de un marido que es caballero, que es orgulloso y que está acostumbrado á mandar, ya no puede haber paz ni buena armonía. Aún debo hacer mención de otra causa de diferencias entre nosotros. La señora era, desgraciadamente, algo ordinaria: quise perfeccionar sus maneras, mejorando su educación; pero ayudada por sus parientes, lo mismo en esto que en otras cosas, burló mis esfuerzos. Surgieron de aquí disputas y disgustos, que se agravaron cada vez más, llegando á llamar la atención de la vecindad. Se ha dicho que he tratado á la señora Rigaud cruelmente; tal vez me hayan visto darle un bofetón; pero nada más. Tengo la mano ligera, y si aparentemente he corregido á mi esposa de este modo, más bien lo hice como una broma.»

Si las bromas del señor Rigaud debían indicarse por una sonrisa como la que erró en sus labios al llegar á este punto, seguro es que los parientes de su señora hubieran preferido que corrigiera seriamente á la pobre mujer.

«Yo soy impresionable y valeroso, y no alego esto como un mérito, porque estas son cualidades propias de mi carácter. Si los parientes de la señora Rigaud se hubiesen declarado contra mí abiertamente, ya me habría arreglado con ellos en particular; no lo ignoraban ellos; por eso sus maquinaciones fueron siempre secretas, y de aquí resultaron, como era de esperar, frecuentes y deplorables choques entre mi señora y yo. Aunque sólo necesitara la más pequeña suma para mis gastos personales, ya no me era posible obtenerla sin escándalo, porque yo también tengo el carácter dominante; ya lo he dicho. Una noche estaba paseando con mi señora en la mejor armonía, tanto que, á decir verdad, parecíamos dos amantes; avanzábamos por una altura que domina el mar, y al llegar á cierto paraje, la fatalidad quiso que mi mujer provocara la conversación sobre sus parientes; entonces yo le hice algunas observaciones, demostrándole que al someterse á la influencia de los suyos en su animosidad contra mí, faltaba á sus deberes de esposa y á la fe jurada. Mi mujer me contestó con acritud; yo hice lo mismo y nos encolerizamos; yo la provoqué... convengo en ello, pues la franqueza es propia de mi carácter; al fin, mi esposa, dejándose llevar de un acceso de furor, que siempre deploraré, arrojóse sobre mí profiriendo gritos de rabia (sin duda los mismos que se oyeron á cierta distancia,) rasgó mi ropa, arrancóme el cabello, me laceró las manos, y por último precipitóse en el abismo, yendo á caer de cabeza contra las rocas. Tal es la serie de

incidentes que la maledicencia ha desfigurado para inducir á creer que yo trataba de obligar á mi esposa á renunciar á sus derechos; para propalar que su persistencia en no hacerme una concesión dió origen á una lucha con mi mujer, y que yo la asesiné.»

Rigaud, que había terminado con esto su discurso, dió algunos pasos para acercarse al reborde de la reja, cogió dos ó tres de las hojas de parra allí diseminadas y comenzó á limpiarse en ellas las manos, de espaldas á la luz.

Después, volviéndose hacia su compañero, reanudó la conversación:

—Y bien—le dijo,—¿no tienes nada que oponer á esto?

—Feo negocio—contestó Juan Bautista, que se había levantado y limpiaba la hoja de su cuchillo en la suela del zapato.

—¿Qué quieres decir?

Juan Bautista siguió limpiando su hoja sin contestar palabra.

—¿Piensas tal vez que no he descrito el caso correctamente?

—¡*Altro!*—repuso el preso.

Esta vez la palabra significaba: «¡Oh, de ningún modo!»

—¿Pues qué dices?

—Nada; que los tribunales y sus presidentes suelen tener preocupaciones...

—¡Bien!—interrumpió Rigaud, echándose sobre el hombro el embozo de su capote y profiriendo una blasfemia;—pues que hagan lo que quieran, aunque sea lo peor.

—Seguramente que así lo harán—murmuró Juan Bautista, inclinándose un poco para envainar su cuchillo.

Nada más se dijo por una y otra parte, pero los dos presos comenzaron á pasear de un lado á otro en sentido inverso, y necesariamente se cruzaban á cada vuelta; Rigaud se detenía á veces, cual si quisiera dar alguna nueva explicación, ó hacer observaciones; pero Juan Bautista continuaba tranquilamente su paseo, apresurándole á intervalos de la manera más grotesca, y siempre con la vista fija en el suelo.

Al poco tiempo, el ruido de una llave que giraba en la cerradura detuvo á la vez á los dos hombres; oyéronse voces y rumor de pasos, rechinaron los goznes de una puerta, y un momento después vióse al carcelero subir pausadamente la escalera, seguido de un piquete de soldados.

—Vamos, señor Rigaud—dijo, deteniéndose un instante junto á la reja con sus llaves en la mano,—ahora saldrá usted.

—Ya veo que debo ir con escolta.

—Más vale así—repuso el carcelero,—pues de lo contrario podría suceder que hicieran de usted tantos pedazos que no fuera posible volver á reunirlos. La multitud es numerosa, señor Rigaud, y al parecer no le quiere bien.

Así diciendo, el carcelero desapareció un momento, y pudo advertirse que introducía una llave en una cerradura y levantaba las barras de una puertecilla baja situada en un ángulo de la habitación.

—¡Ea!—dijo, abriendo de pronto, y presentándose en el umbral,—salga usted.

Bajo la capa del cielo no hay palidez, en ninguno de sus matices, que se hubiera podido comparar con la de Rigaud en aquel momento; ni expresión alguna en la fisonomía humana que mejor revelase, hasta en sus más ligeras líneas, la angustia de un corazón estremecido de espanto.

El preso encendió otro cigarrillo, se caló el sombrero, embozóse otra vez y salió por la puertecilla á un corredor, sin hacer caso de Juan Bautista, quien á su vez parecía preocupado solamente con la idea de acercarse á la puertecilla y ver lo que había fuera, como un animal encerrado que se aproxima á la puerta de su jaula para contemplar el espacio libre. Juan Bautista estuvo vigilando algunos instantes, hasta que la puerta se cerró.

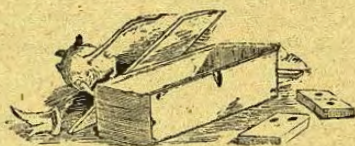
El oficial del piquete, hombre de elevada estatura y aspecto marcial, esperaba al preso, sable en mano y fumando un cigarrillo: apenas llegó Rigaud, dispuso que lo colocaran en medio de los soldados, púsose á la cabeza con aire indiferente, dió la orden de «marchen!» y el piquete comenzó á bajar la escalera. La puerta se cerró de nuevo ruidosamente; un fugitivo rayo de luz y una ráfaga de aire parecieron refrescar un instante la habitación del preso, y después todo quedó silencioso.

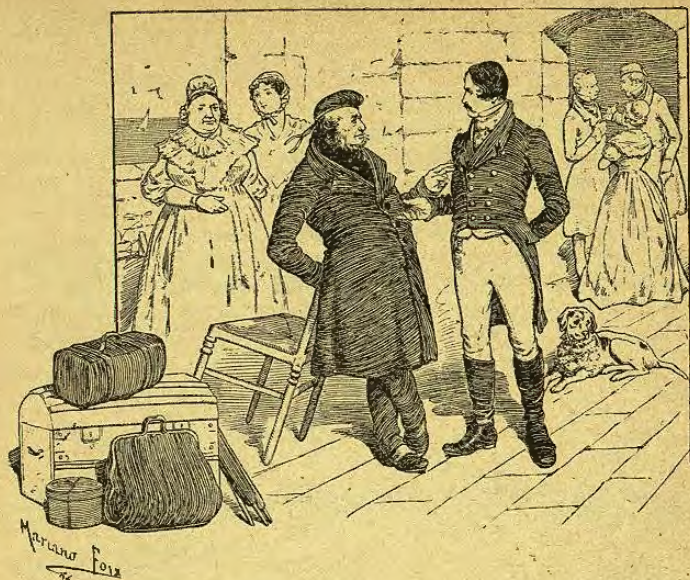
Solo ya en su prisión, Juan Bautista permaneció inmóvil un momento, pero de pronto saltó al reborde de la reja, cual si quisiera ver á su compañero hasta lo último. En el momento de cogerse á los barrotes con ambas manos llegó á sus oídos un clamoreo espantoso, entre el cual percibíanse claramente roncós gritos, silbidos, blasfemias y amenazas que atronaban el espacio.

Juan Bautista se hubiera podido comparar entonces más que nunca con una fiera encerrada en su jaula, pues al poco tiempo de estar en el reborde de la reja saltó ligeramente al suelo, comenzó á recorrer la habitación en todos sentidos, volvió

al sitio que antes ocupaba, bajóse de nuevo, y apenas dejó de moverse un instante hasta que los ruidos de fuera se extinguieron con la distancia.

Completamente dueño de ocupar el sitio que se le antojara en el recinto limitado por aquellas cuatro paredes, Juan Bautista fué á tenderse en el banco. Por su resignación en el encierro, por su buen humor, por su conformidad con un mísero alimento y la viveza de su carácter, no podía negarse que era un verdadero hijo del país en que había nacido.





CAPITULO II

Compañeros de viaje

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

N.º 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Hoy no habrá tantos gritos como ayer, eh?

—No he oído ninguno.

—Entonces, bien puede usted asegurar que no tendremos escándalo, pues cuando esa gente grita hasta los sordos la oyen.

—Supongo que en todas partes sucede lo mismo.

—¡Ah! sí, pero debe advertirse que esa gente grita por costumbre, y que no parece estar satisfecha cuando no lo hace.

—¿Se refiere usted al pueblo de Marsella?

—Me refiero al pueblo de Francia; en cuanto á Marsella, harto sabemos lo que es; de aquí partió el himno más revolucionario que se ha conocido en el mundo; este pueblo no podría existir sin cantar ó gritar, lo mismo en la victoria que en la hora de la muerte, en el incendio ó en cualquiera cosa.

El que así hablaba, con cierto aire de amor propio satisfecho, introdujose las manos en los bolsillos, haciendo sonar el dinero que contenían; y como si dirigiese la palabra á toda una ciudad, añadió:

—Mejor sería, en mi concepto, que dejarais á los demás despachar tranquilamente sus negocios en vez de encerrarlos en un fuerte para hacer cuarentena.

—Bastante fastidioso es—dijo su interlocutor,—pero ya saldremos hoy.

—¡Hoy!—repitió el otro,—esto me parece aún más grave; y ahora pregunto ¿por qué nos tienen aquí?

—A decir verdad, no hay gran motivo para ello; pero como venimos del Oriente, y como el Oriente es patria de la peste...

—¡La peste!—repitió el otro,—eso es lo que más me aburre. No puedo sufrir ni la sospecha de que estoy contagiado; vine aquí tan bueno y tan sano como el que más; pero eso de que se crea que la plaga me ha invadido basta para que sea víctima de ella; me parece que estoy atacado.

—Pues según las señas, lo sobrelleva usted muy bien, señor Meagles—dijo el segundo interlocutor sonriendo.

—No; si supiera usted la verdad del caso, seguramente no me haría usted semejante observación. Me he paseado una noche y otra, repitiendo de continuo: *ahora* tengo la epidemia; *ahora* comienza á desarrollarse; *ahora* no hay ya remedio para mí. ¡Vamos! le digo á usted que esto es insoportable.

—Muy bien, señor Meagles—dijo una voz femenina, que se oyó cerca de los que hablaban,—ahora se concluyó, y no se ha de hablar más de ello.

—¡Concluído!—repitió el señor Meagles.—¿Y por qué no he de hablar más de ello, aunque efectivamente se haya acabado esto?

La voz femenina que se había oído era la de la señora Meagles, que parecía tan robusta y sana como su esposo, á juzgar por su semblante de verdadero tipo inglés y bastante fresco, á pesar de la edad de la dama.

—¡Vamos!—dijo la señora,—deja tus recriminaciones para otra ocasión y consuélate con nuestra Favorita.

—¿Con Favorita?—repitió el viajero con el mismo acento de enojo.

—Sí, padre—contestó una voz argentina.

Meagles volvió la cabeza y vió tras sí á su hija que le tocó ligeramente en el hombro, haciéndole olvidar con esto la ciudad y la epidemia.

Favorita era una hermosa joven de veinte años, cuyas cualidades físicas llamaban desde luego la atención: tenía un magnífico cabello rubio, muy espeso, rizado naturalmente, y ojos grandes, de dulce mirada, con una expresión de candor y de

franqueza que comunicaba el mayor atractivo á su fisonomía.

—Ahora pregunto yo—dijo el señor Meagles, señalando á su hija,—si se ha cometido nunca mayor disparate que el de someter á cuarentena á una niña como esta.

—Pues gracias á vuestra hija—contestó el otro,—esta cuarentena ha sido más soportable.

—Es verdad, y debo darle á usted gracias por la observación.

Y dirigiéndose á Favorita añadió:

—Hija mía, es preciso que te vayas con tu madre á fin de hacer los preparativos de marcha, porque muy pronto llegará el bote con el oficial de Sanidad para sacarnos de este maldito encierro. Y tú, Tattycoram, cuidado con separarte un solo momento de tu señorita.

Estas palabras se dirigían á una linda joven de cabello y ojos negros, vestida con tanta sencillez como coquetería, y que contestó haciendo una profunda reverencia.

Las tres mujeres cruzaron la terraza donde se hallaban, desapareciendo muy pronto bajo el arco de una puerta; mientras que Meagles y su compañero, hombre de unos cuarenta años, moreno y de aspecto grave, miraba siempre la puerta por donde habían salido las señoras. Después comenzaron á pasear por la terraza, para disfrutar en cuanto fuese posible de la escasa brisa que podía llegar hasta allí á las siete de la mañana.

—Me voy, á tomar la libertad de hacerle á usted una pregunta—dijo el hombre moreno rompiendo al fin el silencio.—¿Qué nombre es ese de Tattycoram?

—A fe mía que no tengo la menor idea de lo que significa; pero le daré algunos antecedentes. Cierta día, hace ya cinco ó seis años, mi señora y yo fuimos á visitar con la niña cierto hospicio de Londres, muy semejante al establecimiento de niños expósitos en París.

—Ya lo he visto.

—Muy bien: pues como iba diciendo, fuimos allí con mi hija, pues siendo nosotros gente de mundo, nos hemos propuesto que vea todo cuanto pueda ser de su agrado. La madre (así llamo yo generalmente á mi esposa,) se afectó mucho al ver todos aquellos niños que jamás habían conocido padre ni madre; y para consolarla un poco, díjele al día siguiente: «He pensado hacerte una proposición que me parece será de tu agrado. Si quieres, sacaremos de ese establecimiento una

niña; y como somos gente de mundo, ya sabremos qué hacer para educarla bien, de modo que nos sea útil.» Mi esposa accedió, y de este modo adquirimos á Tattycoram.

—Muy bien; pero ese nombre...

—¡Por vida de!... ya se me olvidaba—exclamó Meagles.— La niña se llamaba en el establecimiento Enriqueta Beadle, nombre falso por supuesto; pero nosotros le cambiamos desde luego por el de Tatty, pues como gente de mundo, parecíamos que cuanto más caprichoso fuese el nombre y más dulce, más sería del agrado de nuestra hija. Al fin, teniendo en cuenta que el fundador del establecimiento de donde sacamos la expósita se llamaba Coram, agregamos este nombre al que ya tenía la futura doncella de nuestra hija; pero como unas veces se le daba el primero, y otras el segundo, acordamos unirlos, obteniendo así en conjunto el de Tattycoram.

—Yo sé—dijo el interlocutor de Meagles, deteniéndose de pronto después de haber dado otra vuelta, contemplando el mar,—que la hija de usted es única; pero me parece haber oído decir á su señora que habían tenido otras. Ahora bien, no por una impertinente curiosidad, sino para conservar mejor el recuerdo de su agradable compañía, y porque probablemente no volveremos á vernos en este inmenso laberinto que llaman mundo ¿me será permitido preguntarle si he oído bien?

—No, no—contestó Meagles,—no he tenido precisamente otras, pero sí otra.

—Temo haber evocado algún triste recuerdo...

—¡Oh! no importa, caballero—interrumpió Meagles;—esto podrá hacerme pensar un momento, pero no me entristece. Favorita tuvo una hermanita que murió cuando apenas llegaba con la cabeza á la mesa, aún empinándose.

—¡Ah!

—Sí, señor; y como somos gente de mundo, mi esposa y yo tomamos una costumbre que tal vez no comprenderá usted, pero que nos ha consolado mucho. Favorita y su hermanita se parecían tan exactamente, que siempre las asociamos en nuestro pensamiento, considerándolas como una sola individualidad; de modo que en esta niña creemos observar gradualmente los cambios por que hubiera pasado la difunta. Difícil sería convencerme que si yo muriese mañana, no sería recibido en el otro mundo, Dios mediante, por una niña del todo semejante á la que sobrevive. En cuanto á Favorita, como ni yo ni su madre éramos jóvenes cuando nos casamos, ha pasado una vida algo retirada con nosotros. Varias veces nos han

dicho que para conservar su salud debíamos cambiar de clima y de aires tan á menudo como fuese posible, sobre todo á la edad que tiene, proporcionándole distracciones. Por eso viajamos y nos ha visto usted contemplando las Pirámides y el Nilo, las Esfinges y el Desierto, y todo lo demás que hay allí; de modo que Tattycoram acabará por ser más viajera que el capitán Cook.

—Doy á usted mil gracias por su confianza.

—No vale la pena—repuso Meagles,—me alegro de haberle complacido; pero á mi vez, señor Clennam, ¿me será permitido preguntarle si ha resuelto ya á qué punto dirigirse?

—Todavía no; estoy tan solitario en este mundo, que sin duda me dejaré llevar por cualquiera corriente.

—Me admira mucho, y dispense mi franqueza, que no vaya usted directamente á Londres—dijo Meagles con el tono de un consejero amistoso.

—Tal vez me dirija allí.

—Sí, pero yo quiero decir por su propia voluntad.

—No tengo ninguna—repuso Clennam, ruborizándose ligeramente,—es decir, nada que me incline en un sentido ó en otro. Educado por una mano de hierro que me quebrantó sin ablandarme, obligado á ejercer una profesión que nunca fué de mi gusto, embarcado antes de los veinte años para el Nuevo Mundo, donde permanecí hasta la muerte de mi padre, ocurrida hace un año; siempre girando en un círculo que aborrecía, ¿qué puede esperarse de un hombre que ha llegado así á la mitad de la carrera de su vida? Voluntad, proyectos, esperanzas, todo se había extinguido ya para mí aun antes de que pudiera pronunciar estas palabras.

—Procure usted recobrar nueva vida.

—¡Ah! eso es fácil decirlo, pero no hacerlo. Soy hijo de padres muy insensibles, que pasaban su vida pesando, midiendo y fijando precio á todas las cosas, tanto, que para ellos no había otra existencia. Rígidos hasta la exageración, siempre sacrificaban los gustos y simpatías que no estaban conformes con sus costumbres y modo de pensar. Para ellos todo era austeridad, inexorable disciplina, y penitencia en este mundo por temor al otro. Yo no conocía nada risueño ni que me halagase, ni caricias ni amor; de modo que en todas partes sentía el vacío en mi corazón. Así pasó mi infancia, si tal puedo llamar á este principio de mi vida.

—Duro ha sido, en efecto—repuso el señor Meagles;—mal

principio, pero ¡vamos! ahora puede usted estudiar y aprovecharse de todo lo que ve, como un hombre de experiencia.

—Mi desconocido rumbo es más fácil de seguir de lo que yo esperaba, pero ofrece menos esperanzas de lo que creía—contestó Clennam moviendo la cabeza, con triste sonrisa.—En fin, no hablemos más de mi persona: aquí está el bote.

Una embarcación acababa de atracar, efectivamente, conduciendo á varios individuos del Cuerpo de Sanidad, que al punto comenzaron á subir por la escalera, mientras los viajeros se reunían. Siguióse á esto la presentación de papeles, se llamó por sus nombres á los que estaban allí detenidos, y se procedió á firmar, sellar y revisar, llenando todas las formalidades acostumbradas en estos asuntos. Al fin quedó todo corriente, según reglamento, y dejóse á los viajeros en libertad de ir á dónde les conviniese.

Muy contentos todos por haber recobrado su independencia, sólo pensaron en dirigirse presurosos al muelle; allí les esperaban ya algunos botes, que los condujeron en poco tiempo á un gran hotel, donde gracias á la altura de los techos y á los anchos corredores, no molestaba la intensidad del calor. En una espaciosa sala había una gran mesa con succulentos manjares, frutas del Sur, vinos helados, y todo cuanto pudiera apetecer un verdadero gastrónomo.

A la mesa tomaron asiento unas treinta personas, que hablaban todas á la vez, aunque en diversos grupos. Los esposos Meagles colocaron á su hija entre los dos; enfrente se hallaban el señor Clennam, un caballero francés de elevada estatura y una elegante joven inglesa que viajaba sola, la cual parecía querer aislarse de los demás. Las restantes personas eran las de costumbre: negociantes, viajeros por afición, oficiales del ejército de la India con licencia, agentes de comercio, una familia inglesa, compuesta de un majestuoso papá, la mamá y tres hijas, y por último algunos sacerdotes.

—Aunque he pasado mal rato—dijo Meagles,—perdono de todo corazón á esos negros muros que me han privado temporalmente de libertad; pronto se olvida un lugar de esa especie cuando se ha dejado atrás. Supongo que lo mismo le sucederá al prisionero después de haber quedado libre.

—¿Quiere usted decir—observó la joven inglesa,—que un prisionero olvida su cárcel?

—Eso es lo que yo pensaba, señorita Wade—contestó Meagles;—pero no pretendo saber á punto fijo lo que siente un preso en semejante caso, porque no lo he sido nunca.

—¿Duda la señorita—dijo el francés en su propio idioma,— que sea fácil olvidar?

—Lo dudo mucho.

—¡Oh! Es una lástima.

—La experiencia ha corregido mis opiniones en muchas cosas durante estos últimos años—replicó la inglesa;—me parece que es una consecuencia natural del progreso.

—¡Bien, bien!—exclamó Meagles;—pero no es natural ser rencoroso.

—Si yo hubiese estado encerrada en cualquiera parte, privada de mi libertad, siempre aborrecería el sitio, deseando verle arrasado hasta sus cimientos. Esta es mi opinión.

—Tiene el genio fuerte—dijo Meagles al francés, persuadido de que le debían entender, aunque no le hablara en su idioma. (Lo mismo hacía Meagles con las personas de todos los países, como si debieran estar obligadas á comprender el inglés.)

El francés se limitó á inclinarse ligeramente contestando: *Plait il?* á lo que Meagles replicó: «Tiene usted razón.»

Como el almuerzo comenzaba á languidecer, Meagles dirigió á los concurrentes un discurso, si tal podía llamarse, tan breve como expresivo. Reduciase á decir que, habiéndoles reunido la casualidad y estado juntos algún tiempo en la mejor armonía, y llegado el momento de separarse, sin probabilidades de volverse á ver, nada podían hacer mejor que despedirse, brindando por la salud de cada cual con una copa de champaña helado.

Así se hizo, y poco después diéronse todos la mano, y disolviöse la reunión.

La joven inglesa solitaria, que no había vuelto á despegar los labios, se levantó como los demás, dirigióse al ángulo más apartado de la gran sala y fué á sentarse en un canapé junto á la ventana, donde pareció entregarse á sus reflexiones.

La sombra que la rodeaba, obscureciendo la frente de la joven, hacía resaltar más su singular hermosura, bastante realzada ya por sus oscuras cejas y su abundante cabello negro.

Notábase sin embargo en su fisonomía cierta expresión sarcástica, que al parecer no se hubiera modificado ni aun con la sonrisa; la mirada de sus hermosos ojos revelaba altivez; sus labios, algo comprimidos, debían sonreír cruelmente; y en una palabra, todo indicaba en aquella mujer el desdén y la indiferencia.

Favorita se había acercado á la joven inglesa, pues la fami-

lia Meagles y el señor Clennam permanecían aun en el salón, y sentándose á su lado díjole, después de una pausa, con marcada timidez y como vacilando:

—¿Espera usted... que vengan á buscarla, señorita Wade?

—No espero nada.

—Mi papá enviará ahora un criado al correo para ver si hay cartas á nuestra dirección. ¿Quiere usted que pregunte al mismo tiempo si ha venido alguna á su nombre?

—Muchas gracias; ya sé que no habrá ninguna.

—Tememos—dijo la niña acercándose algo más y con acento cariñoso,—que estará usted muy triste cuando nos hayamos ido todos.

—¡De veras!

—No lo digo porque tengamos la presunción de ser una compañía muy agradable para usted—replicó Favorita algo confusa, al ver que la inglesa la miraba fijamente,—ni porque hayamos creído que usted la desea...

—Me parece que no lo he dado á entender así—interrumpió la inglesa.

—¡Oh! no... pero en fin, ¿no permitirá usted que papá le preste cualquier servicio? Crea usted que tendríamos en ello un verdadero placer.

—Muchísimo—añadió Meagles acercándose con su esposa y el señor Clennam;—excepto hablar otro idioma, tendré el mayor gusto en servirla si puedo serle útil en algo.

—Le agradezco mucho su atención—replicó la inglesa;—pero ya tengo hechos mis preparativos, y prefiero seguir mi camino á mi manera.

—¡Singular carácter!—murmuró Meagles.

—No estoy muy acostumbrada á la sociedad de las señoras—dijo la inglesa,—y temo que no sabría apreciarlas en lo que valen. Señores, me alegraré que tengan ustedes un feliz viaje. ¡Adiós!

Al decir esto hizo ademán de retirarse, sin ofrecer su mano á nadie, pero Meagles le presentó la suya, y como hubiera sido un desaire no corresponder, la inglesa alargó su mano con marcada indiferencia.

—¡Adiós, señora! Supongo que ésta será nuestra última despedida, y que no nos volveremos á ver.

—En el transcurso de nuestra existencia—repuso la inglesa,—hemos de encontrar las personas que están destinadas á cruzarse en nuestro camino, vengan de donde quieran; y lo

que hayan de hacer con nosotros ó debamos hacer con ellas se hará sin remedio, pese á quien pese.

En la entonación de estas palabras había algo que produjo mal efecto en Favorita, algo que implicaba que esta frase *lo que debemos hacerles*, etc., presagiaba algo malo necesariamente; y por eso se acercó á su padre murmurando:

—¡Ch, padre mío!

—La hija de usted—dijo la hermosa inglesa, para quien no había pasado desapercibido el movimiento de la niña, á la cual miró fijamente,—parece estremecerse sólo al pensar en lo que digo; y sin embargo, no dude usted que ya estarán en camino hombres y mujeres que *la buscan* y que llevarán á cabo su propósito infaliblemente. Tal vez se hallen á centenares ó á miles de leguas, en tierra ó en alta mar; quizás estén cerca en este momento; ó acaso salgan, sin que usted lo sepa y pueda evitarlo, de la hez más inmunda de esta ciudad, donde nadie nos conoce aun.

Y despidiéndose de la manera más glacial, con una expresión de desaliento que parecía marchitar su singular hermosura, salió de la sala.

Para llegar á la habitación que había alquilado en el hotel, la señorita Wade hubo de franquear varias escaleras y algunos corredores; y acababa de penetrar en el pasillo que conducía á su cuarto, cuando oyó de pronto una voz irritada, seguida de murmullos y sollozos. Una puerta había quedado entreabierta, y gracias á esto, la inglesa pudo ver á la joven sirvienta de los esposos Meagles, á la doncella del nombre extraño.

La inglesa se detuvo y permaneció inmóvil para contemplar á la joven, que al parecer tenía un carácter intratable y colérico: su abundante cabello negro caía en desorden alrededor de su cuello, ocultando en parte el rostro, enrojecido y ardiente; sollozaba á intervalos, y poseída al parecer de amargo despecho, arañábase los labios con furia.

—¡Brutos, egoístas!—exclamaba, profiriendo un gemido á cada frase;—ni siquiera piensan en lo que puede sucederme, y me dejan aquí morir de hambre y de sed. ¡Qué les importa á esos brutos, á esos bestias, á esos miserables!

—¿Qué tiene usted, hija mía?—preguntó la inglesa.

La muchacha, que iba á pellizcarse el cuello, lacerado ya en varias partes, dejó caer los brazos, y clavando una mirada en la inglesa, contestó:

—¿Qué le importa á usted? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—¡Oh! nada; pero siento verla así.

—Usted no lo siente—replicó la muchacha;—más bien creeré que se alegra; ya sabe usted que se alegra. Sólo dos veces me he encolerizado allá abajo, donde pasábamos la cuarentena, y me ha sorprendido usted ambas. Le tengo miedo.

—¡Miedo!

—Sí; me parece que siempre llega usted con mi cólera, mi malignidad, mi... yo no sé lo que es... pero no importa. ¡A mí me maltratan, me maltratan, sí, me maltratan!

Tras estas palabras repitió sus sollozos, lágrimas y arañazos, interrumpidos por un movimiento de sorpresa.

La inglesa permaneció inmóvil, contemplando esta escena con extraña sonrisa: era, en efecto, un espectáculo extraordinario el de aquella muchacha enardecida en la lucha contra sí misma, haciendo uso de su fuerza para maltratarse, cual si estuviera poseída del demonio, como se creía en otra época.

—Tengo dos ó tres años menos que ella—continuó diciendo la muchacha,—y, sin embargo, yo soy siempre quien la debe cuidar, como si yo fuese alguna vieja dueña; y á ella es á quien miman y á quien llaman Favorita. Por eso la odio, nunca será más que una tonta, porque la echan á perder; sólo piensan en ella, y hacen de mí el mismo caso que si fuera un poste.

Y después de una pausa añadió:

—Es preciso tener paciencia... ¡No quiero tenerla! Si se cuidan tanto de su propio bienestar y no hacen caso de mí, no debo inquietarme... ¡Pues quiero inquietarme! ¡Chit! un poco de prudencia; no debo olvidar que mi suerte depende de ellos... Poco me importa; me escaparé... seré causa de una desgracia; no quiero sufrirlos más, ni me es posible tampoco, porque me moriría.

La inglesa continuaba siempre inmóvil, con la mano apoyada en el seno, contemplando á la muchacha, como un enfermo que observa con mirada curiosa la autopsia y explicación que se hace sobre el cadáver de un individuo víctima de la misma enfermedad que él padece.

En cuanto á la muchacha, continuó en sus violencias, luchando con toda la fuerza de su juventud; pero sus exclamaciones de cólera acabaron al fin por degenerar en murmullos entrecortados y plañideros, cual si padeciese alguna dolencia. Pronto se dejó caer sobre una silla, y después arrodillóse jun-

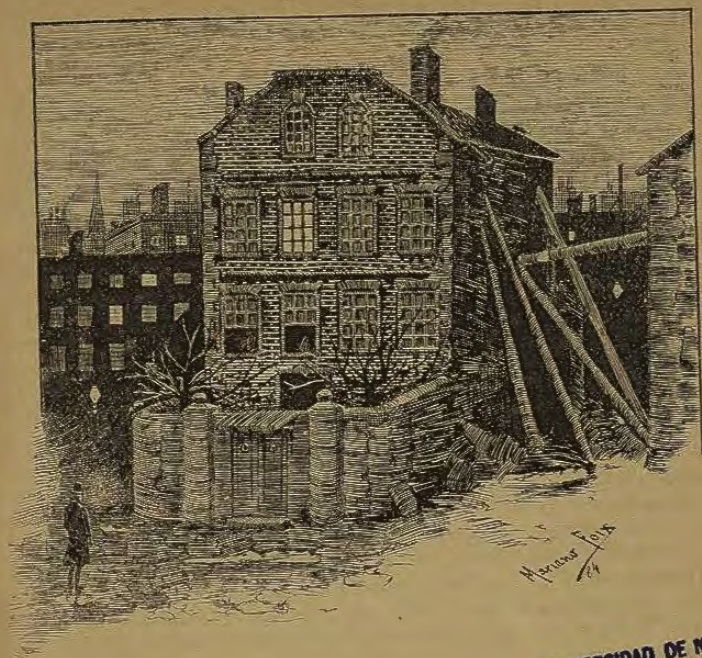
to á la cama, cogiendo una punta de la colcha, no sólo para ocultar su semblante, rojo de vergüenza, y sus cabellos húmedos, sino para oprimir alguna cosa contra su seno palpitante.

—¡Váyase usted, váyase usted!—murmuró;—cuando me dejo llevar de mi infernal carácter me parece estar loca; sé que podría contenerme si hiciera un gran esfuerzo, y algunas veces lo intento; pero otras me desato y no quiero reprimirme. Mire usted, yo no ignoraba que todo cuanto decía antes era mentira; yo sé muy bien que ellos estaban persuadidos de que alguien me había servido ya, y que nada me hacía falta. Son para mí tan buenos como pueden serlo; los amo de todo corazón, y no se me oculta que nadie trataría mejor á un sér tan ingrato como yo. Le ruego á usted que se vaya pronto, porque me infunde miedo. Me temo á mí misma cuando conozco que estoy á punto de que me acometa uno de estos accesos de cólera insana; y, sin embargo, aun entonces me da usted miedo. Váyase usted y déjeme llorar y llorar sola.

El día tocó por último á su fin en Marsella, y llegó la noche, tan ardiente y calurosa como si el sol brillase aun. A favor de su obscuridad, los viajeros de la mañana se dispersaron completamente, dirigiéndose cada cual hacia el punto que tenía ya determinado. Así es como siempre, día y noche, lo mismo á la luz del sol que al fulgor de las pálidas estrellas, tan pronto franqueando escarpadas colinas, como la llanura sin fin, viajando por tierra ó por mar, yendo y viniendo de un punto á o'ro, se encuentran y separan continuamente los viajeros infatigables en la peregrinación de su vida.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
540 EAST 57TH STREET
CHICAGO, ILL. 60637



CAPITULO III

En la patria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

La tarde de un domingo, día nebuloso y triste, pero muy propicio para los intereses de la religión y de la moral, el señor Arturo Clennam, recién llegado á Londres por la vía de Douvres, y hospedado en el hotel conocido con el nombre de *La niña de ojos azules*, se hallaba sentado junto á la ventana de un café de Ludgate-Hill.

El señor Clennam se entretenía en contar las campanadas de los relojes de las torres vecinas, y su tañido evocaba en él el recuerdo de una larga serie de domingos muy tristes.

—¡Que el cielo me perdone—murmuró,—y también á los que me hicieron cobrar horror á este día!

Parecíale sin duda hallarse de nuevo en uno de los lúgu-

bres domingos de su infancia y de su vida de escolar, cuando un piquete de maestros le conducía tres veces á la iglesia en el espacio de veinticuatro horas. ¡Con qué gusto hubiera trocado los indigestos sermones que entonces le obligaban á oír, por una onza más de aquel carnero de calidad inferior que constituía la base de su régimen alimenticio! Clennam pensaba igualmente en las interminables fiestas de su juventud, cuando su madre, siempre con el rostro severo y el corazón inflexible, pasaba todo el día sentada delante de una gran Biblia, como si este libro fuera, entre todos los demás, el que se debía elegir para desechar el buen humor, los afectos naturales y las dulces relaciones de la familia. Clennam recordaba los insoportables domingos en que, triste y sombrío, debía permanecer sentado largas horas en su silla, alimentando en su corazón un sentimiento vengativo, y sin comprender el verdadero sentido de la saludable historia contenida en el Nuevo Testamento. No era posible que olvidase aquellos días eternos de amargura y de invencible aburrimiento.

—Dispense usted, caballero—dijo un mozo del establecimiento, limpiando la mesa;—¿quiere usted que se le prepare una habitación?

—Sí; precisamente iba á pedir una.

—¡Señora!—gritó el mozo,—este caballero desea un cuarto para dormir.

—Espere usted—replicó Clennam, interrumpiendo sus reflexiones;—no pensaba en lo que decía; he contestado maquinalmente, pues no dormiré aquí, si no en el hotel.

—Está muy bien, caballero.

El señor Clennam permaneció en el mismo sitio, contemplando las casas de enfrente, mientras el día declinaba, y pensando tal vez que si las almas incorpóreas de los antiguos habitantes hubieran podido volver á sus domicilios terrestres, se habrían creído muy desgraciadas por haber pasado su vida en semejantes prisiones. Poco después, al observar que comenzaban á encender los reverberos, levantóse, se abotonó el gabán hasta el cuello, y salió á la calle. En el campo, la lluvia le hubiera permitido disfrutar de mil frescos aromas, despertando cada gota en el espíritu del paseante la idea de la vegetación y de la vida; pero en la gran ciudad sólo pudo percibir esos miasmas infectos, esas emanaciones malsanas y repugnantes que se exhalan de las cloacas de Londres.

Clennam pasó por delante de la iglesia de San Pablo, dirigióse á las orillas del Támesis, y cruzó varias calles tortuosas,

que se inclinan más á medida que se hallan más próximas al río. Al fin llegó al sitio que buscaba, es decir, á una antigua casa de ladrillo, tan sombría, que desde lejos se hubiera dicho que era negra. Estaba completamente aislada y tenía delante un patio cuadrado donde crecían dos ó tres arbustos sobre un espacio cubierto de escaso césped; detrás de esta casa veíanse varios tejados y algunas ventanas muy largas y estrechas, indicando todo el conjunto que aquello era una antigua construcción, tanto más cuanto que estaba apuntalada con unas vigas gigantescas, en parte corroídas por la intemperie y ennegrecidas por el humo, las cuales servían de gimnasio á todos los gatos de la vecindad.

—¡Nada ha cambiado—murmuró el viajero,—deteniéndose para mirar á su alrededor; tan triste y sombría está ahora como entonces! ¡He ahí todavía, en la ventana de mi madre esa luz que, según creo, no ha dejado de arder nunca desde la época en que yo volvía del colegio, y arrastraba después mi maleta sobre ese pavimento. ¡Vaya, entremos de una vez!

Así diciendo, acercóse á la puerta, protegida en su parte superior por una especie de dosel de madera, con esculturas que representaban servilletas arrolladas y cabezas de niños hidrocefalos; apenas hubo llamado, oyéronse en el vestíbulo unos pasos lentos, y un instante después abrió la puerta un viejo, encorvado ya por la edad, pero cuyos ojos, muy vivos, tenían la mirada penetrante. Llevaba en la mano un candelero, que elevó á la altura de su cabeza para ver mejor al que llamaba.

—¡Ah! es usted, señor Arturo—dijo con cierta indiferencia, sin experimentar la menor emoción.—¿Con que ya estamos de vuelta? Entre usted.

Hízolo así Clennam, y cerró la puerta.

—Ha engordado usted bastante—dijo el viejo, volviéndose para mirar al recién venido y acercando la luz;—pero aun no vale tanto como su padre, ni menos su madre.

—¿Y cómo está mi madre?

—Siempre lo mismo; permanece en su cuarto cuando no le es forzoso guardar cama, y no ha salido de su habitación quince veces en quince años.

Acababan de entrar en un comedor pobre y mezquino: el anciano dejó el candelero sobre la mesa, y apoyando el codo derecho en la mano izquierda, comenzó á acariciarse la rugosa barba, con la vista fija en el visitante; Clennam le tendió la mano, y el viejo la estrechó fríamente; parecía preferir su cena, interrumpida un momento, y sentóse para continuarla.

—Me parece—dijo después de una pausa,—que á su madre no le agrada saber que ha viajado usted en domingo, señor Arturo.

—Supongo que no querrá usted que me vuelva.

—¡Oh! yo... yo no soy el amo. No se trata de lo que yo quiero; he servido de mediador entre los padres de usted durante muchos años, y no deseo serlo ahora otra vez entre usted y su madre.

—¿Quiere usted avisarle mi vuelta?

—Sí, señor Arturo, sí, ¡oh! seguramente. Voy á decirle que usted á vuelta. ¿Tendrá la bondad de esperar aquí un momento? Ya verá usted que nada ha cambiado en esta casa.

El anciano cogió otro candelero, encendió la vela y fué á desempeñar su comisión. Aquel hombre de escasa estatura y completamente calvo, vestía una levita negra con cuello alto, chaleco y pantalón de pana del mismo color y polainas, en cuyo traje, tanto podía tomársele por un dependiente de comercio como por un criado. Por único adorno llevaba un reloj, oculto en la profundidad del bolsillo destinado para este uso y sujeto por una cinta negra, de la cual pendía también una llave de cobre.

—¡Qué débil soy!—murmuró Arturo Clennam apenas se vió solo;—casi me da ganas de llorar esta glacial acogida, á mí, que nunca estuve acostumbrado á otra cosa, sabiendo muy bien que no debo esperar nada más.

Arturo Clennam no pudo reprimir una lágrima; pero esto fué sólo la debilidad pasajera de un hombre que había perdido sus ilusiones desde la infancia, aunque sin renunciar todavía á toda aspiración noble, á todas sus esperanzas. Una vez dominada su emoción, cogió el candelero y examinó el cuarto en que se hallaba. Ni uno solo de sus antiguos muebles había cambiado de lugar: los cuadros que representan *Las Siete plagas de Egipto* seguían adornando las paredes, sólo que estaban más deteriorados por efecto del humo y de las moscas, esas dos plagas de Londres; la vieja alacena ocupaba el mismo sitio, pero estaba vacía; más allá del comedor hallábase en el mismo estado el cuarto oscuro donde encerraban á Clennam cuando era niño, para castigarle; y sobre la chimenea estaba todavía el enorme reloj cuyo toque lúgubre había estremecido muchas veces al joven Arturo cuando se retardaba en sus lecciones.

No tardó en volver el anciano.

—Señor Arturo—le dijo,—voy delante para alumbrarle.

Clennam subió la escalera y entró con su guía en una alcaoba oscura, cuyo pavimento se había hundido poco á poco: en un sofá negro, semejante á un ataúd, apoyada la espalda en cogín anguloso, que se hubiera podido comparar con el tajo de las ejecuciones capitales de la antigua época, hallábase sentada la madre de Clennam, vestida con su traje de viuda.

Los padres de Arturo, en cuanto éste podía recordar, habían vivido siempre en mala inteligencia; y recordaba, como si aún estuviera viéndolo, que muchas veces permanecían horas y horas silenciosos, vueltos de espaldas y sin mirarse.

La viuda dió un frío beso á su hijo, presentándole su mano rígida, cubierta en parte con un mitón de lana, é invitóle á sentarse junto á una mesita colocada delante del sofá. En la chimenea ardía el fuego, como había ardido día y noche por espacio de quince años; y junto á las cenizas calentábase una olla de hierro, la misma que se hubiera podido ver continuamente durante este largo período. En la habitación, mal aireada, percibíase un olor de tintura, que el calor del fuego hacía exhalar del crespón y de la tela del traje de la dama y de la sarga del sofá, que hacía quince años era una especie de lecho fúnebre para aquella mujer.

—Madre—dijo Arturo,—parece que todo esto no está conforme con las antiguas costumbres de usted.

—El mundo se ha reducido mucho para mí, Arturo—contestó la viuda, paseando una mirada á su alrededor;—se limita á esta habitación; y no es poca fortuna que haya renunciado á sus vanidades.

La presencia y la voz estridente y dura de su madre, ejercieron en Clennam la misma influencia de otro tiempo, y sintió despertarse en él la fría reserva y timidez de su infancia.

—¿No sale usted nunca de su cuarto, madre?—preguntó.

—A causa de mi reumatismo y de la debilidad nerviosa que me produce, he perdido el uso de las piernas, y de consiguiente no puedo salir de mi habitación; no he franqueado el umbral desde.... dile tú desde cuándo—añadió la viuda, fijando su mirada en una persona que estaba detrás.

—El día de Navidad hará doce años—contestó una voz cascada, que se oyó en la obscuridad detrás de la viuda.

—¿Es usted, Afiery?—preguntó Arturo, mirando en aquella dirección.

La voz cascada contestó afirmativamente, y un momento después dejóse ver en medio de la escasa claridad una mujer an-

ciana, que enviando con la mano un beso á Arturo, volvió á desaparecer.

—Aun me hallo en estado de atender á mis negocios—dijo la señora Clennam, señalando con el dedo un sillón de ruedas que estaba junto á un pupitre herméticamente cerrado;— y doy gracias al cielo por haberme concedido tan inestimable merced; pero no hablemos de asuntos hoy, que es día del Señor. Creo que hace mal tiempo, ¿eh?

—Sí, madre.

—¿Nieva?

—No, señora; advierta usted que estamos aun en el mes de Septiembre.

—Para mí todas las estaciones se asemejan—contestó la viuda con una especie de triste satisfacción.—Encerrada como estoy, no puedo distinguir el invierno del verano. El Señor se ha dignado someterme á esta prueba.

Con sus fríos ojos grises, su cabello del mismo color y su rostro impasible, de líneas tan rígidas como los pliegues de su papalina petrificada, hubiérase dicho que la influencia que igualaba las estaciones para aquella mujer sólo era un resultado natural de aquella que le impedía experimentar emoción alguna.

En la mesita veíanse dos ó tres libros, un pañuelo de mano, unas gafas, que la viuda se acababa de quitar, y un gran reloj de oro, de forma antigua: las miradas de la madre y del hijo se fijaron simultáneamente en este último objeto.

—Ya veo—dijo Arturo,—que el paquete que remití á usted al morir mi padre ha llegado sano y salvo.

—Efectivamente.

—Jamás había observado en mi padre tan ansiosa solicitud como la que manifestó al recordarme que remitiese á usted esta prenda sin dilación.

—Yo la guardo en memoria de tu padre.

—Hasta el último momento no me dió á conocer este deseo, y entonces, sólo pudo poner la mano encima del reloj y decirme: «Para tu madre.» Un minuto antes, creí que divagaba, como lo había hecho por espacio de varias horas, aunque al parecer sin padecimiento físico durante su corta enfermedad; pero de pronto le vi volverse en su lecho y tratar de abrir el reloj.

—¿Y no deliraba tu padre cuando hizo esto?—preguntó la viuda.

—No; sabía perfectamente lo que hacía en aquel momento.

La señora Clennam se encogió de hombros. ¿Sería para alejar el recuerdo del difunto, ó para refutar la opinión de su hijo? No era posible determinarlo.

—Después de morir mi padre—dijo Arturo,—yo mismo abrí el reloj, pensando que podría contener algún recuerdo, pero sólo encontré, como usted comprenderá, aquel antiguo redondel de seda bordado de perlas, que le remití, y que hallaría usted sin duda entre las dos tapas.

La señora Clennam hizo un gesto afirmativo y repuso:

—Ya hemos hablado bastante de negocios en el día del Señor.

Y volviéndose hacia la anciana Affery, añadió:

—Son las nueve.

La mujer de la voz cascada retiró al punto de la mesa todos los objetos, salió de la habitación, y volvió muy pronto con una bandeja que contenía algunos bizcochos y un rollo de manteca fresca, muy blanco y redondeado. El anciano criado, que hasta entonces había permanecido en pie junto á la puerta, mirando á la madre como antes mirara al hijo, durante toda la entrevista, salió al mismo tiempo, y después de una ausencia más prolongada, volvió con otra bandeja, en la que se veía una botella de Porto casi llena, la cual había ido á buscar sin duda á la bodega, á juzgar por su aparente cansancio, un limón, una azucarera, y una cajita llena de especias. Con ayuda de estos ingredientes y del agua contenida en la olla, llenó un gran vaso con una mezcla caliente y perfumada, medida con tan escrupulosa exactitud, como si se hubiese tratado de la receta de un médico. La señora Clennam sumergió en el líquido algunos bizcochos, mientras que Affery cubría de manteca otros, destinados también para la viuda. Cuando la inválida se los hubo comido todos, bebiéndose la mezcla, dió orden de retirar las dos bandejas, y se volvieron á colocar en la mesita los libros, la luz, el reloj, el pañuelo y las gafas. La señora Clennam se puso estas últimas y leyó varios pasajes de uno de los libros en voz alta, dura, irritada y estridente, pidiendo á Dios que todos sus enemigos personales fueran pasados á cuchillo, quemados vivos, atacados de la lepra y de la peste y exterminados completamente, hasta que sólo quedaran sus huesos reducidos á polvo. Al oír esto, Arturo creyó un momento volver á los años de su infancia, comprendiendo los sombríos horrores de las lecturas con que le preparaban á conciliar el sueño.

La señora Clennam cerró entonces el libro y concentróse en sí misma, con el rostro oculto entre las manos. El viejo hizo lo mismo, sin cambiar en lo demás de posición; y la anciana imitó sin duda á su señora en la obscuridad. Poco después la enferma se dispuso para acostarse.

—Buenas noches, Arturo—dijo;—Affery cuidará de que no te falte nada. No me estreches mucho la mano, porque la tengo dolorida.

Arturo tocó ligeramente el mitón de lana que cubría la mano de la viuda, y salió en pos del anciano y de su mujer; esta última le preguntó, apenas estuvieron solos en el comedor, si quería cenar.

—Nada de cena, Affery—contestó Arturo.

—No haga usted cumplidos—repuso Affery;—La perdiz que la señora debe comer mañana, está en la despensa, y es la primera de este año; diga usted una palabra y se la asamos al momento.

—No; he comido tarde y no tengo apetite.

—Entonces beba usted algo; le daremos un vaso de Porto; diré á Jeremías que usted me ha mandado subir una botella.

—No quiero beber tampoco.

—¡Oh! que ellos me hagan temblar no es una razón para que usted tiemble también. Ya tendrá usted la mitad de la fortuna, ¿eh?

—Sí, sí.

—Pues entonces, ¿qué ha de temer? Me parece que usted es malicioso ¿verdad?

Clennam hizo una señal afirmativa con la cabeza, como para complacer á la anciana.

—Entonces, haga usted juego cerrado, porque *ella* es terriblemente maliciosa, y se necesita uno que la iguale en este punto para atreverse á decirle una palabra; *él* también lo es muchísimo... y por eso *arregla* á la señora cuando le parece bien.

—¡Cómo! El marido de usted se atreve...

—¡Que si se atreve! Le aseguro á usted que tiemblo de pies á cabeza cuando le oigo *arreglar* á la señora de la manera que lo hace. Mi marido, Jeremías Flintwinch, sabe dominar á la misma madre de usted; y por esto comprenderá que es hombre que lo entiende.

Al oír los pasos del anciano Jeremías que avanzaba hacia el comedor, Affery retrocedió hasta el ángulo más lejano de la habitación: aunque era mujer alta, de facciones duras, y to-

davía vigorosa, pareció doblegarse al oír que se aproximaba el viejecillo de mirada penetrante.

—¿Qué haces, Affery?—preguntó á su mujer al entrar.—¿En qué piensas? ¿no has podido encontrar alguna cosa para que el señor Arturo entretenga los dientes?

Clennam repitió su negativa.

—Muy bien—repuso el viejo;—pues entonces ve á prepararle la cama, y anda lista.

Jeremías tenía el cuello tan torcido, que las puntas del lazo de su corbata pendían generalmente debajo de una de sus orejas; su rudeza y su energía naturales, siempre en lucha con sus esfuerzos continuos para corregir este defecto, comunicaba á sus facciones un aspecto particular, como de hombre que habiéndose ahorcado cierto día hubiera seguido viviendo, aunque siempre con la cuerda fatal al cuello, cortada por una mano compasiva.

—Me parece que mañana tendrá usted palabras serias con su madre, Arturo—dijo Jeremías,—pues sospecha que al morir su padre renunció usted á los negocios. No creo que la cosa se arregle fácilmente.

—Empecé renunciando á todo por los negocios; ya era tiempo de renunciar á éstos también.

—Muy bien—repuso Jeremías, que evidentemente quería decir *muy mal*;—perfectamente; pero adviértole, Arturo, que no voy á servir de pantalla entre usted y su madre, como lo hice entre ella y su esposo. Pariente por aquí, pariente por allá, y yo siempre entre el yunque y el martillo. No quiero más.

—Pues no seré yo quien le invite á encargarse otra vez de tales funciones, Jeremías.

—Tanto mejor, pues me hubiera visto precisado á rehusar. En fin, basta, como dice su madre, cuando es el día del Señor. Affery, ¿no has encontrado aún lo que necesitas?

La mujer se ocupaba en buscar sábanas en el armario; Arturo Clennam se acercó para ayudarla, y cargando con ellas él mismo, siguió los pasos de Affery, después de haber dado las buenas noches al viejo.

Una vez franqueados todos los pisos de aquella antigua casa, mal ventilada y casi desierta, detuviéronse en una alcoba semejante á una buhardilla, más triste y lúgubre aun que todas las demás habitaciones; su único mobiliario consistía en algunas sillas muy viejas, una alfombra raída, una mesa y una cómoda rotas, un lavabo que parecía contar siglos, á juzgar por lo sucio y corroído, y, por último, una cama sin cor-

tinias, cuyas cuatro escaúldas columnas terminadas en punta, parecían más propias para empalar al que allí durmiese que no para servir de adorno.

Arturo abrió la larga ventana para contemplar el bosque de negras chimeneas desvencijadas y el color rojizo del cielo, que en otra época consideraba como el reflejo nocturno de aquella vecindad infernal, siempre presente en su joven espíritu, á donde quiera que fuese.

Sentóse después Clennam junto á la cama y miró fijamente á Affery, que extendía las sábanas.

—Usted no estaba casada cuando me marché—le dijo.

La mujer comunicó á su boca la forma necesaria para decir *no*, movió la cabeza é introdujo una almohada en su funda sin emitir palabra alguna.

—¿Y cómo ha sucedido esto?—preguntó Arturo.

—Ya puede usted comprender que fué cosa de Jeremías.

—Está bien: ya supongo que él lo propuso; pero ¿cómo aceptó usted? Jamás hubiera creído que se les podría ocurrir semejante enlace, ni á uno ni á otra.

—Tampoco yo—dijo la mujer de Jeremías.

—¿Pues cómo cambió de parecer?

—Yo no he cambiado de parecer.

Y como la mujer viese que Arturo seguía mirándola, cual si esperase alguna explicación, añadió:

—¿Cómo podía yo evitarlo?

—¡Que cómo podía usted evitarlo!

—Naturalmente—repuso la mujer de Jeremías;—yo no soy aquí nada, ni jamás hubiera pensado en ello, pues otras cosas tengo en qué ocuparme; pero *ella* se empeñó, molestándome de continuo y...

—¿Qué más?

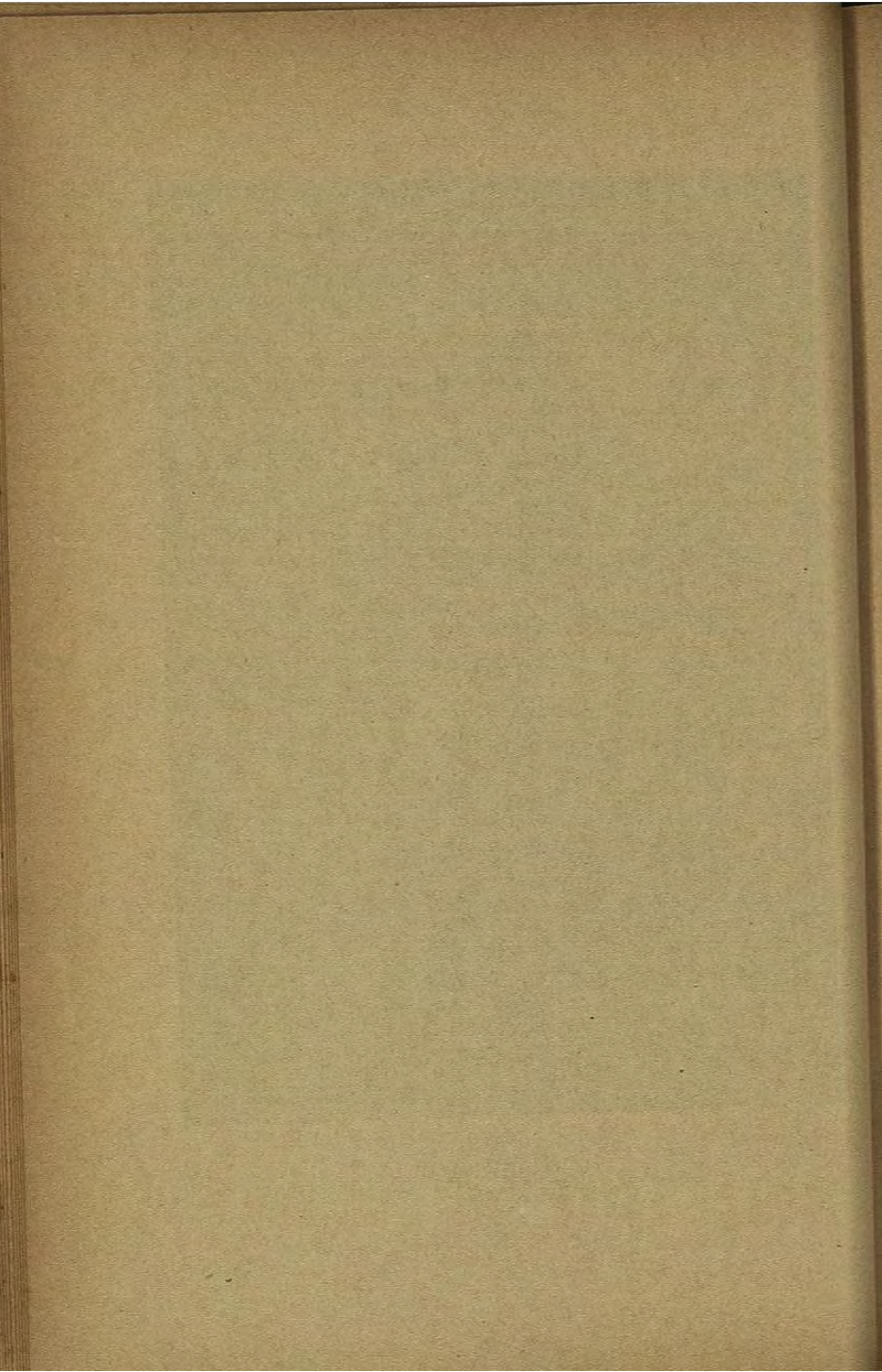
—Pensé que era inútil reflexionar ni oponerse, pues cuando unas personas tan entendidas se empeñan en una cosa, al fin la consiguen. ¿Qué podía yo hacer?

—¿Con que fué mi madre quien proyectó ese casamiento?

—Dios le bendiga á usted por haberme evitado pronunciar su nombre—exclamó Affery.—Si ellos no hubiesen estado de acuerdo, ¿cree usted que se habría hecho la cosa? Jeremías nunca me había dirigido la menor insinuación, y por lo tanto no era de esperar su proposición después de vivir tantos años bajo el mismo techo. Cierta día me dijo: «Affery, óyeme una pregunta. ¿Qué piensas del apellido Flintwinch?»—¿Cómo



La Niña Dórrit



qué pienso? repuse admirada.—Sí, replicó; lo digo porque vas á tomarlo.—¡Yo!—No hay más, me dijo.

Affery acababa de extender una colcha de lana sobre el lecho, como indicando que había terminado su historia.

—Pero ¿qué más?—preguntó Arturo.

—Yo no podía oponerme. Jeremías me dijo: «Affery, es preciso que nos casemos, y voy á decirte por qué. *Ella* no está tan buena como antes, y le será necesario tener siempre alguna persona en su habitación; de modo que podremos permanecer constantemente á su lado sin que á nadie se le permita acercarse cuando no estemos allí. *Ella* está conforme, y si quieres ponerte el sombrero el lunes próximo, á las ocho de la mañana, será cosa hecha.»

—Adelante—dijo Clennam.

—Yo reflexionaba, pero Jeremías añadió al punto: «En cuanto á las amonestaciones, ya se ha comenzado á correrlas, y por eso te señalo el lunes próximo. *Ella* te hablará sobre el particular, y conviene que estés advertida, Affery.» El mismo día *ella* me dijo: «Parece que vas á casarte con Jeremías; me alegro mucho, y por supuesto, tú también; esto te conviene y á mí no puede menos de agradarme en las actuales circunstancias. Jeremías es un hombre sensato, digno de toda confianza, perseverante y piadoso.» ¿Qué podía yo contestar una vez llegadas las cosas á tal punto? Aunque se hubiese tratado de... un suicidio, en vez de una boda... lo mismo hubiera dado, porque no podía oponerme á dos personas tan entendidas.

—Tratándose de este asunto, bien lo creo.

—¡Oh! sí, bien puede usted creerlo; se lo aseguro.

—Y diga usted, Affery, ¿quién es esa niña que he visto en la habitación de mi madre?

—¡Una niña!

—Sí, una joven era la que he visto á su lado, casi oculta en un oscuro rincón.

—¡Ah! sí, la niña Dórrit. ¡Bah! es uno de los caprichos de *ella* (una de las singularidades de la mujer de Jeremías Flintwinch consistía en no querer llamar nunca por su nombre á la señora Clennam;) pero otras muchachas hay en el mundo que valen más. Apostaría á que ha olvidado usted ya hace mucho tiempo á su antigua novia.

—He sufrido demasiado por la separación que exigió mi madre, para haberla olvidado tan pronto. Me acuerdo mucho de ella.

—¿Tiene usted ahora otra?

—No.

—Pues voy á dar á usted una buena noticia: esa joven ha envidado y está en muy buena posición; de modo que si quiere usted casarse con ella, nada se lo impide.

—¿Cómo ha sabido usted esto, Affery?

—Ellos son los que han hablado sobre el particular; pero... ¡chitón, que viene Jeremías!

Al decir esto Affery desapareció rápidamente.

La mujer de Jeremías acababa de proporcionar á Clennam la última hebra del tejido que se había formado poco á poco en su espíritu en aquel antiguo taller donde pasara su triste juventud, y que era la última que faltaba para completar la obra. La locura efímera de un amor de niño había penetrado en aquella obscura mansión, contribuyendo á acibarar la existencia de Arturo, más desesperado que si hubiese vivido en un castillo encantado. Si cuando estaba en Marsella, una semana antes, excitó su interés particularmente el rostro encantador de la joven de quien debió separarse con sentimiento, fué sobre todo por su semejanza, verdadera ó imaginaria, con el primer semblante cuyas facciones se grabaron en su imaginación.





CAPITULO IV

Un sueño de la señora Flintwinch

Cuando la mujer de Jeremías soñaba, hacía lo de distinto modo que el hijo de su anciana señora: aquella noche, pocas horas después de haberse separado de él, tuvo un sueño singular, tan semejante á la realidad, que no parecía sueño por ningún estilo. Véase cómo sucedió.

La alcoba de los esposos Flintwinch estaba á pocos pasos de la que la señora Clennam ocupaba hacía tantos años, aunque las dos habitaciones no se hallaban en el mismo piso; la de dichos servidores estaba en un ángulo de la casa, al que se podía llegar franqueando seis ó siete escalones que iban á reunirse con la escalera principal, casi enfrente de la puerta de la señora Clennam. A decir verdad, la alcoba de los esposos Flintwinch no estaba al alcance de la voz del ama, pues las paredes y las puertas del antiguo edificio tenían mucho espesor; pero era fácil pasar de un cuarto á otro á todas horas, aunque fuese en traje de noche, sin temor á la tempera-

29087

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tura. A la cabecera del lecho de Affery veíase el cordón de una campanilla, cuya extremidad se ataba á la muñeca de la señora Clennam; de modo que apenas resonaba, la mujer de Jeremías saltaba del lecho y trasladábase á la habitación de la enferma aun antes de haberse despertado.

Después de haber dejado á su señora en cama, encendido la lamparilla y dado las buenas noches, la mujer de Jeremías se fué á acostar como de costumbre, sin que su esposo y dueño hubiese comparecido aún. ¡Pues bien! aunque al meterse en cama no pensó en él, como pretenden los psicólogos para explicar el mecanismo de los sueños, en el que Affery tuvo, se le figuró como héroe su marido.

Parecióle que se despertaba después de dormir algunas horas; vió que su esposo no estaba allí aun; y sin embargo, al mirar la vela, que había quedado encendida, y al medir el tiempo, á la manera de Alfredo el Grande, que aparentemente no tuvo otro reloj, pudo reconocer que había dormido largo tiempo. En su consecuencia habíase levantado, y después de echarse encima un peinador, y de calzar las zapatillas, bajó la escalera en busca de su esposo, cuya ausencia le daba mucho qué pensar.

La escalera era tan sólida, que la mujer de Jeremías pudo franquearla sin sufrir ninguna de esas desviaciones tan naturales en el que sueña; no saltó de arriba abajo, sino que franqueó un peldaño tras otro, orientándose con la barandilla, porque la luz acababa de apagarse. En uno de los ángulos del vestíbulo, detrás de la puerta de entrada, había un cuartito, semejante á la abertura de un pozo, y cuya estrecha ventana parecía una grieta.

En este cuartito brillaba una luz.

La mujer de Jeremías atravesó la antecámara, cuyo pavimento helaba sus pies, y miró á través de los enmohecidos goznes de la puerta entornada: esperaba hallar allí á su esposo dormido ó desmayado; pero no, vióle tranquilamente sentado ante una mesa, bien despierto y sano. Mas... ¡cielos!... ¿Era posible lo que estaba viendo?... «¡El Señor me ampare!» murmuró la mujer, dejando escapar luego otras exclamaciones análogas.

El viejo Flintwinch despierto observaba á Flintwinch dormido; sentado junto á una mesita, tenía fija una mirada interrogadora en su imagen, que dormía enfrente, apoyada la barbilla en una mano, y roncando ruidosamente. El Flintwinch despierto miraba hacia el lado de la puerta; el Flintwinch

dormido estaba de perfil; el primero era el primitivo original; el segundo no era más que la copia.

Aunque aturdida, Affery sorprendió esta diferencia como hubiera podido distinguir la que existe entre un objeto material sensible al tacto, y la reflexión de él en un espejo.

Si la mujer hubiese podido dudar un solo instante que el Jeremías despierto era el suyo, la impaciencia natural de su caro esposo habría disipado toda incertidumbre sobre este punto. Jeremías buscó con la vista algún arma ofensiva, cogió las despabiladeras, y antes de cortar la torcida de la vela, descargó un golpe sobre el durmiente, como si hubiera querido traspasarle de parte á parte.

—¿Quién va? ¿Qué hay?—exclamó el durmiente, despertándose con aire sobresaltado.

Jeremías hizo un ademán amenazador con las despabiladeras, como indicando que de buena gana se las haría tragar, y entonces su compañero, despierto ya, añadió, restregándose los ojos:

—No sabía dónde estaba.

—¿Sabe usted que ha dormido ya dos horas?—replicó Jeremías, mirando su reloj.—¡Y dijo usted que un corto sueño le bastaría para descansar!

—Pues no he dormido mucho—replicó el otro.

—Son las dos y media de la madrugada—dijo el verdadero Jeremías refunfuñando.—¿Dónde tiene usted el sombrero, el pardesú y la caja?

—Todo está ahí—contestó el segundo Jeremías, poniéndose un tapabocas, con esa torpeza propia del que acaba de despertar.—Ahora acérqueme usted la manga del pardesú... ¡Ah! bien se conoce que ya no soy el joven de otro tiempo.

Y después de una pausa añadió:

—Me había prometido usted un vaso de vino para cuando hubiese descansado.

—¡Beba usted!—exclamó Jeremías,—y el diablo le lleve. No es esto lo que quería decir; beba usted y márchese.

Al pronunciar estas palabras cogió la misma botella de Porto de que ya hemos hablado, y trasladó parte de su contenido á un vaso.

—Es el vino de la señora, ¿eh?—preguntó el *fac-símile* de Jeremías, probando el vino, como hombre que lo entiende.—¡A su salud!—dijo, bebiendo un sorbo.

—A la salud del recién venido—añadió, bebiendo un poco más.

—Y á la salud de todos nuestros amigos ausentes—dijo, apurando el resto.

Después de haber dejado el vaso en la mesa, cogió un cofrecillo de hierro de unos dos pies cuadrados, y se lo colocó debajo del brazo. Jeremías vigilaba atentamente para cerciorarse de que su compañero podía llevarlo con seguridad, y dirigiéndole terribles amenazas al encargarle que tuviese cuidado con lo que hacía, adelantóse de puntillas hacia la puerta para abrirla de par en par. Affery, que habia previsto esta salida, hallábase ya en la escalera. Lo demás pasó de una manera tan natural, que pudo ver cómo abría la puerta, sentir el aire fresco, y distinguir las estrellas que brillaban en el cielo.

Pero entonces fué el sueño más extraño. Infundíale tal temor su esposo, que permaneció en la escalera sin poder moverse para volver á su cuarto, lo cual era muy fácil hacer antes que Jeremías cerrase la puerta de la calle; y así es que cuando éste comenzó á subir para ir á acostarse, encontróse con Affery. Esto pareció extrañarle, mas no dijo una palabra, y fijando la vista en su mujer, prosiguió su camino. Affery, bajo la influencia de esta mirada, retrocedía mientras que él avanzaba; de modo que llegaron juntos á la alcoba. Una vez cerrada la puerta, el marido cogió á su mujer por el cuello, oprimiéndola de tal manera que por poco la estrangula.

—¡Hola, hola, señora Affery!—exclamó Jeremías con irritable acento.—¿Eres sonámbula? ¡Despiértate! ¿Qué te pasa?

—Es que... me sobrecoge...

—¡Ah, señora mía!... ¿Te has levantado dormida? Yo subo para acostarme, después de haberme dormido también abajo, y te encuentro en el peinador y presa de una pesadilla. Affery, amiga mía—añadió con una sonrisa extraña,—te advierto que si vuelves á soñar de tal manera, me probarás que necesitas alguna medicina; y te aseguro que te propinaré una buena dosis... ¡ya verás! ¡ya verás!





CAPITULO V

Negocios de familia

Al día siguiente, cuando los relojes de la Cité daban las nueve, la señora Clennam, sentada en su sillón de ruedas, fué colocada por Jeremías Flintwinch delante del gran pupitre; y cuando le hubo abierto, el viejecillo se retiró, presentándose al breve rato Arturo Clennam.

—¿Se encuentra usted mejor esta mañana, madre?—preguntó.

La viuda movió la cabeza con ese mismo aire de lúgubre satisfacción que había manifestado la víspera al hablar del tiempo.

—Nunca estaré mejor—dijo;—mas felizmente para mí, Arturo, ya lo sé, y estoy resignada.

Con las manos puestas sobre el gran pupitre que se elevaba ante ella, la viuda parecía (así lo pensó Clennam) estar tocan-

do el órgano mudo de una iglesia. Arturo tomó asiento á su lado.

La viuda abrió dos cajoncitos, revisó ligeramente algunos papeles y volvió á colocarlos en su sitio. Su fisonomía severa no presentaba en sus fibras inflexibles el más mínimo indicio que pudiese guiar al observador en el sombrío laberinto de su pensamiento.

—¿Podré hablar á usted de negocios, madre?—preguntó Arturo.—¿Está usted dispuesta á escuchar?

—¡Que si estoy dispuesta, Arturo! ¿No sería yo más bien la que debe hacer esta pregunta? Ya hace más de un año que tu padre ha muerto, y desde entonces me hallo á tu disposición, esperando que tengas á bien hablarme.

—Tuve muchas cosas que arreglar antes de marcharme; y después he viajado un poco, buscando alguna distracción.

La viuda miró á su hijo fijamente, cual si no hubiese comprendido bien esta última frase.

—¿Para distraerte, dices?—repuso, paseando á su alrededor una mirada, como si tomase á la habitación por testigo de que ella no sabía lo que era aquello.

—Por otra parte, madre—continuó Arturo,—como usted era la única ejecutora testamentaria y la sola encargada de administrar la sucesión, poco me quedaba que hacer, ó más bien nada, antes de haberlo arreglado usted todo á su gusto.

—Ya está hecho el balance—dijo la viuda,—y aquí tengo las cuentas, con los comprobantes examinados; puedes verlos cuando te plazca, Arturo; ahora mismo si quieres.

—Me basta saber que están en regla. ¿Puedo continuar, madre?

—¿Por qué no?—contestó la viuda con tono glacial.

—Madre, hace algún tiempo que los negocios de nuestra casa se reducen cada año, disminuyendo progresivamente nuestras relaciones comerciales. No hemos mantenido nunca mucha confianza, ni nos hemos hecho dignos de ella, por lo tanto; por eso nos han faltado siempre amigos; la marcha que aquí se ha seguido no es ya propia de nuestra época, y estamos muy atrasados. No creo necesario insistir sobre este punto, madre, pues ya debe usted estar al corriente.

—Comprendo lo que quieres decir—repuso la viuda con el mismo tono glacial.

—La casa misma en que estamos—prosiguió el hijo,—es una prueba de lo que acabo de manifestar. En los primeros tiempos de mi padre, y aun antes de él, en vida de su tío,

hallábase este edificio en el barrio de los negocios, en el verdadero centro de las operaciones; pero hoy, su presencia aquí es una anomalía, una extrañeza que no tiene ya razón de ser. Hace mucho tiempo que nos vemos obligados á dirigir todas nuestras consignaciones á la casa Rovingham: no se me oculta que el buen juicio de usted y su vigilancia han sido un freno útil para nuestros agentes, y que ha trabajado usted en interés de mi padre; pero esas cualidades habrían favorecido igualmente á la fortuna de la casa si hubiese usted vivido en otra parte. ¿No es así?

—¿Piensas tú—replicó la señora Clennam, sin contestar á la pregunta de su hijo,—que una casa no tiene su razón de ser, cuando protege á tu madre achacosa, que ha pasado aquí por tan rudas pruebas?

—Yo me refiero sólo á la razón de ser comercial.

—¿Con qué objeto?

—Ahora lo diré.

—Sospecho—replicó la viuda, mirando fijamente á su hijo,—lo que vas á decirme; pero el Señor me libre de quejarme, sea cual fuere la aflicción á que me someta. Una infeliz pecadora como yo merece los más amargos desengaños, y aceptaré también este.

—Madre, siento mucho oírlo hablar así, aunque un triste presentimiento me lo anunciaba de antemano.

—Lo creo; me conocías demasiado para no suponerlo.

Arturo hizo una pausa; sorprendiale haber encendido una llama en aquella mujer de hielo.

—Muy bien—continuó la señora Clennam, recobrando su frialdad,—prosigue.

—Usted habrá previsto, madre—dijo Arturo,—que he resuelto, por mi parte, no ocuparme más de los negocios de la casa, á los cuales renuncio. Yo no me aventuraré á dar á usted el mismo consejo, porque bien conozco que sería inútil; y si tuviese la menor influencia sobre usted, la emplearía para inducirle á considerar con más indulgencia los motivos que me obligan á desvanecer sus esperanzas, recordándole al mismo tiempo que he llegado á la mitad de la carrera de mi vida sin haber opuesto jamás mi voluntad á la de usted. No aseguraría, sin embargo, que he podido conformarme, de corazón ó por convicción con su manera de ver, ni osaría afirmar tampoco que los cuarenta años que pesan sobre mi cabeza, hayan sido para mí provechosos ó agradables; más diré, ni

para mí ni para los otros; á todo me he sometido, y cuanto deseo ahora es que no lo olvide.

Mucho le valió á la rígida anciana en este momento, para contenerse, el amparo de su religión mística, llena de austeridad y de tinieblas, que no le impedía proferir á veces gritos de maldición y de venganza. Para la señora Clennam era letra muerta aquello de «Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.» Ella decía: «Hiere á mis deudores, Señor; aplástalos, aniquílalos, hazles lo que yo les haría, y entonces te adoraré.» Tal era la torre impía, la torre de granito que la viuda edificaba para subir al cielo.

—¿Has concluído, Arturo—preguntó la señora Clennam,—ó te queda aún algo que añadir? No lo creo. Has hablado poco, pero has ido derecho al asunto.

—Madre, aun me resta hablar á usted de una cosa que hace largo tiempo me preocupa noche y día; y más difícil de decir que todo cuanto le he manifestado, porque no se trata de mí ahora, si no de todos nosotros.

—¡De todos nosotros! ¿Qué entiendes por esto?

—Usted, yo y mi difunto padre.

La señora Clennam retiró sus manos del pupitre, cruzólas sobre sus rodillas, y miró el fuego con la expresión indefinible de una esfinge antigua.

—Usted ha conocido á mi padre mucho mejor que yo—continuó Arturo,—y recuerdo que sólo delante de usted era reservado conmigo. Tengo presente que el carácter de usted era más enérgico, y que no se dejaba dominar. Niño aún, comprendí esto tan bien como ahora, y sé igualmente que la influencia que usted ejercía sobre él fué la causa de su marcha á la China, á donde iba para cuidar de nuestros negocios, mientras que usted hacía lo propio aquí. Ignoro, sin embargo, aun hoy, si tales fueron las condiciones de la separación, y sólo sé que por voluntad de usted permanecí aquí hasta los veinte años, habiéndome enviado entonces á reunirme con mi padre en la China. Supongo que no la ofendo al recordarle algunos hechos que datan de veinte años.

—Quisiera saber por qué me los recuerdas.

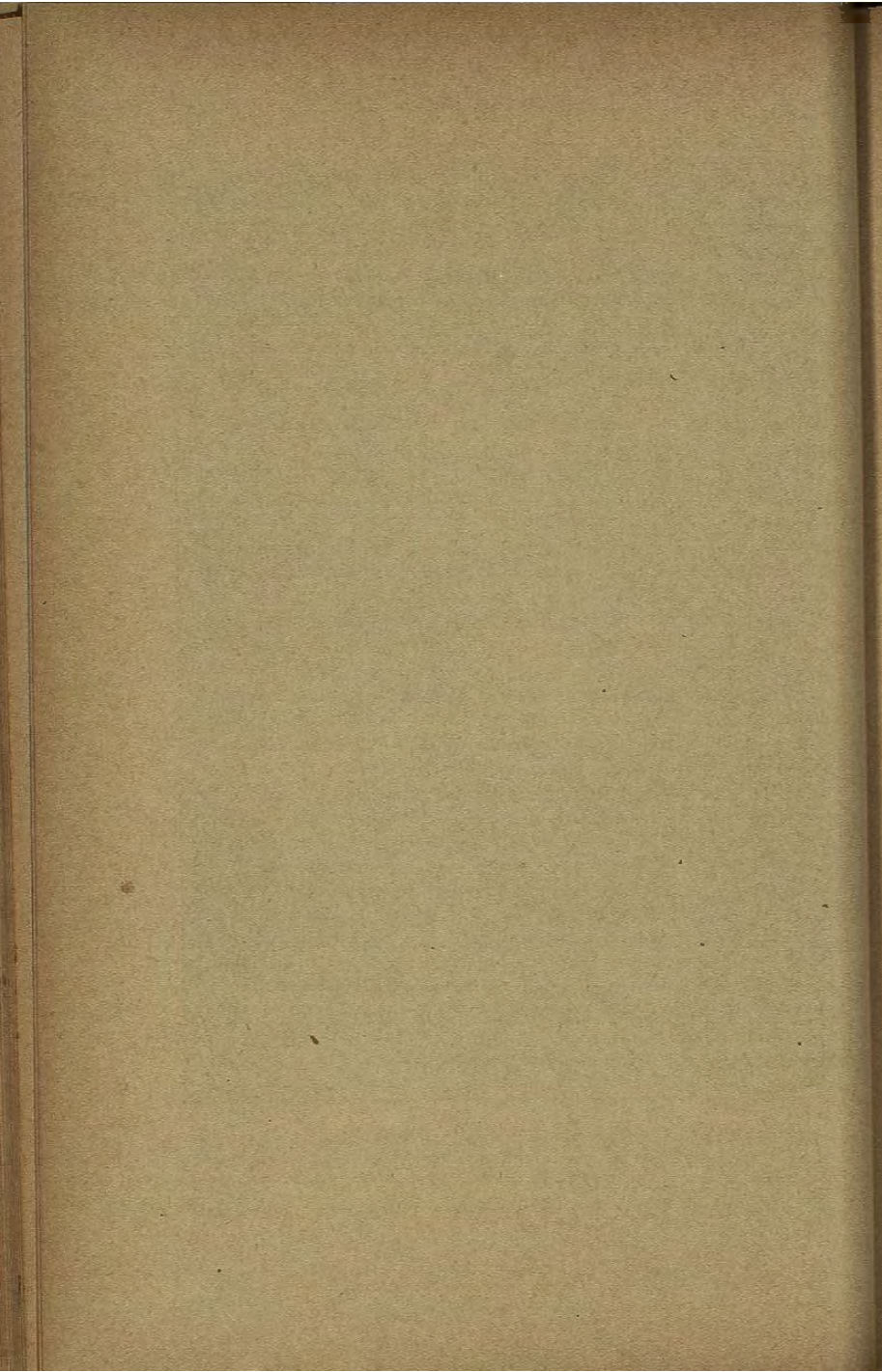
Arturo bajó la voz, y con marcada vacilación, repuso:

—Y yo deseo saber, madre, si ha llegado usted á sospechar alguna vez...

Al oír la palabra *sospechar*, la viuda fijó la vista en su hijo, frunciendo las cejas, y después miró otra vez el fuego, pero



—¿Has concluído, Arturo?—preguntó la señora Glennam



con la misma expresión, tan inalterable en aquel momento, como la que un escultor de la antigüedad pudiera grabar en un rostro de granito para conservar durante siglos su mirada de enojo.

—... A sospechar—prosiguió Arturo,—que mi padre podría estar atormentado por algún recuerdo secreto... por algún remordimiento. Quisiera saber si ha observado usted nunca en su conducta algo que pudiera sugerirle semejante idea; si le habló usted alguna vez sobre el particular, ó si él mismo hizo ninguna alusión.

—No comprendo bien qué especie de recuerdo secreto podría tener tu padre. Hablas con tanto misterio..

Arturo se inclinó hacia adelante, para poder hablar más bajo á su madre, y poniendo la mano sobre el pupitre con un movimiento nervioso, añadió:

—¿No sería posible que hubiese cometido desgraciadamente una falta contra alguno, y no la hubiese reparado antes de su muerte?

Dirigiendo á su hijo una mirada de cólera, la señora Clennam hizo retroceder su sillón para separarse de Arturo, pero no contestó.

—Comprendo muy bien, madre, que si semejante idea no cruzó jamás por su mente, mi pregunta, aunque se la dirija en voz baja, debe parecer á usted cruel y reprobable; pero este pensamiento me persigue incesantemente sin que el tiempo ni los viajes puedan borrarla de mi imaginación. Recuerde usted que yo me encontraba con mi padre, y que vi la expresión de su semblante cuando me confió el reloj, esforzándose para darme á entender que era preciso enviárselo á usted, como una prenda cuya significación comprendería; recuerde usted que estuve á su lado en los últimos momentos, ayudándole á sostener un lápiz para trazar una palabra que usted debía leer, pero á la cual no pudo dar una forma inteligible. Cuanto más vaga y misteriosa es la cruel sospecha que me martiriza, más fuerza le dan las circunstancias que podrían contribuir á justificarla. ¡En nombre del cielo! veamos cuidadosamente si se ha cometido alguna injusticia que debemos reparar; nadie mejor que usted, madre, podría ayudarme en ello.

Retrocediendo siempre en su sillón, aunque poco á poco, la viuda parecía retirarse ante su hijo como una fantasma irritada, sin despegar los labios.

—A fuerza de coger dinero con mano ávida y de hacer con-

tratos ventajosos (forzoso es decirlo ahora, madre,) fácil sería haber engañado ó arruinado á cualquiera. Antes de venir yo al mundo, ya era usted la que dirigía los negocios, y desde hace cuarenta años su espíritu, más firme, ha influido en todas las transacciones de mi padre, por lo cual creo que podría usted desvanecer todas mis dudas ayudándome á descubrir la verdad. ¿Quiere usted complacerme, madre?

Arturo hizo una pausa, como esperando la contestación, pero los labios comprimidos de la viuda permanecieron inmóviles.

—Si se trata de una reparación, de una restitución que podamos hacer, sepámoslo y hagámosla—prosiguió Arturo,—ó más bien, si mis medios bastan, permítame usted llevarla á cabo, madre. Harto he reconocido que el dinero no sirve mucho para obtener la felicidad, y de ello tenemos la prueba en esta misma casa; para mí representa menos valor que para cualquier otro, sobre todo cuando pienso que sólo ha servido para envenenar las últimas horas de mi padre, y que tal vez no se haya adquirido leal y honradamente el que poseo.

A dos ó tres pasos del pupitre pendía el cordón de una campanilla: por un rápido movimiento de su pie, la viuda hizo retroceder bruscamente su sillón y llamó con extraordinaria violencia, levantando después su brazo á guisa de escudo, como si tratase de parar un golpe con que la amenazara su hijo.

Una joven se presentó al punto azorada.

—¡Que venga Jeremías!—dijo la viuda.

Un momento después presentóse el viejo en el umbral de la puerta.

—¡Cómo!—exclamó, pasándose tranquilamente la mano por la cara,—¿están ustedes representando ya el yunque y el martillo? Seguro estaba de que sucedería así.

—¡Jeremías!—gritó la viuda;—¡mira á mi hijo, mírale!

—Y bien, ya le veo. ¿Qué hay?

La señora Clennam tendió el brazo para señalar el objeto de su cólera y añadió:

—¡Apenas hace algunas horas que está de vuelta, apenas se ha secado la humedad de sus botas, cuando ya comienza á calumniar la memoria de su padre en presencia de su madre! Me ruega que le ayude á espiar la vida pasada de mi difunto esposo. ¡Teme que los bienes de este mundo tan penosamente acumulados por nosotros, trabajando noche y día, y á costa de mil privaciones, sean sólo un botín mal adquiri-

do, y dice que es preciso devolverlo á título de reparación y restitución!

Aunque la cólera de la viuda se había convertido en furor, sus palabras eran contenidas, más aun que de costumbre, y nunca hubiera podido expresarse con mayor claridad.

—¡Reparación!—continuó;—¡bien puede hablar de esto el que acaba de viajar y divertirse en no sé qué países extranjeros, entregándose á una vida de vanidades y placeres. Mientras, yo estoy aquí aprisionada, encadenada y sufro todo esto sin quejarme, porque al Señor le plugo imponerme tal existencia para redimir mis pecados. ¡Reparación! ¿Se creerá por ventura que no ha habido ninguna en este cuarto? ¿Se creerá que no es suficiente la de estar encerrada aquí quince años? ¡Jeremías!—añadió de pronto la señora Clennam,—dame ese libro.

El viejo cogió uno que estaba sobre la mesa y entrególo á su señora; ésta puso dos dedos entre las hojas del volumen, volvió á cerrarlo y extendió la mano hacia su hijo con ademán amenazador.

—En otro tiempo, Arturo—dijo,—en la época de que habla este divino comentario, existieron hombres piadosos, amados del Señor, que hubieran maldecido á sus hijos por menos que esto, que habrían exterminado naciones enteras, si éstas hubiesen osado apoyar al hijo maldito; y toda su raza, proscrita de Dios y de los hombres, hubiera perecido hasta el último vástago; pero no iré tan lejos. Solamente quiero advertirte que si vuelves á decirme una palabra sobre este punto renegaré de tí, expulsándote de mi presencia de tal modo que te arrepentirás de no haber perdido á tu madre desde la cuna. No te volveré á ver, ni te reconoceré tampoco; y si á pesar de todo vuelves á esta lúgubre habitación para mirar por última vez mis facciones inanidadas, ¡quiera Dios que se reanime mi cadáver para poder maldecirte cuando te acerques á mí!

Serenada en parte por la violencia de esta amenaza, y también (aunque parecza monstruoso) por la vaga impresión de que acababa de cumplir con un deber religioso, la viuda devolvió el libro al viejo y guardó silencio.

—¡Vaya!—dijo Jeremías,—advirtiéndoles ante todo que no quiero colocarme entre ustedes dos como pantalla, me atreveré á preguntarles, puesto que se me ha llamado como testigo: ¿qué significa esto?

—Puede usted pedirle la explicación á mi madre—contestó Arturo viendo que la viuda no tomaba la palabra;—pero... no

se hable más de ello; lo que yo he dicho, sólo se lo he dicho á mi madre.

—¡Oh!—exclamó el viejo,—¿he de pedir una explicación á su madre? ¡Muy bien! Pero la señora dice que usted ha sospechado de su padre, y esto no lo hace un buen hijo, señor Arturo. ¿De quién no tendrá usted sospechas si se las infunde el autor de sus días?

—Basta—dijo la señora Clennam, volviendo la cabeza para no ver en aquel momento más que á Jeremías; no quiero que se hable más de esto.

—Bien, pero... permítame usted un momento—insistió el viejecillo;—veamos cómo queda la cosa. ¿Ha dicho usted al señor Arturo que no debe sospechar de su padre, que no tiene derecho para hacerlo, y que sus sospechas son infundadas?

—Se lo digo ahora.

—¡Ah! muy bien—replicó el viejo,—se lo dice usted ahora; pero no se lo había dicho aún. ¡Bien, bien! quedamos entendidos. Ya sabe que he servido mucho tiempo de pantalla entre usted y su esposo, tanto que no parece sino que la muerte no ha cambiado en nada mi porvenir, por lo cual, si he de quedarme, quisiera aclarar bien todas las cosas. En cuanto á usted, señor Arturo, sepa que no tiene derecho para sospechar de su padre, ni tampoco fundamento para ello.

Al pronunciar estas palabras puso sus dos manos sobre el respaldo del sillón de ruedas, y acercó lentamente al pupitre á su señora.

—Y ahora—dijo, permaneciendo en pie detrás del sillón,—para no marcharme dejando las cosas á medio arreglar, y á fin de que no vuelvan á llamarme si se incomodan otra vez, preguntaré si el señor Arturo ha dado á conocer su resolución respecto á los negocios de la casa.

—Renuncio á ellos—dijo Arturo.

—En favor de nadie ¿eh?

La señora Clennam dirigió una mirada á su hijo, que apoyado contra una ventana, sorprendiéndola al punto y contestó:

—En favor de mi madre, como es natural; ella hará lo que guste.

—Y yo—repuso la señora Clennam, después de una breve pausa,—si pudiera tener alguna satisfacción después de tan amargo desengaño, cuando esperaba que mi hijo comunicase á nuestra casa un nuevo impulso para hacerla rica y poderosa, sería la satisfacción que me ofrece el otorgar un ascenso á un anciano y fiel servidor. Jeremías—añadió, dirigiendo la

palabra al viejo,—el capitán abandona su buque; pero tú y yo bogaremos siempre con nuestro antiguo pabellón si no naufragamos.

Jeremías, cuyos ojos brillaron como si vieses oro, lanzó al hijo una rápida mirada, que parecía decir: «No tengo ninguna obligación con usted, porque ya no es aquí nada.» Después sacando el reloj de las profundidades de su bolsillo, dijo, cambiando de conversación: es la hora de las ostras; voy á ordenar que las traigan.

Pero la señora Clennam, resuelta á tratarse con todo rigor, por haberse sospechado que ignoraba lo que era una reparación, rehusó comer las ostras que le presentaban, aunque tenían un aspecto muy apetitoso; había ocho, dispuestas en círculo en un plato blanco colocado sobre una bandeja cubierta de limpiísima servilleta con acompañamiento de manteca, un panecillo y un vaso de vino mezclado de agua muy fresca. La viuda resistió á la tentación é hizo retirar la bandeja, inscribiendo sin duda este sacrificio en el *haber* de su libro de la Eternidad.

Las ostras no habían sido servidas por Affery, sino por la joven que acudió presurosa al sonar la campanilla, la misma que Arturo entrevió la víspera. Clennam pudo observar esta vez, que por su escasa estatura, sus facciones delicadas y su pobre vestido, parecía mucho más joven de lo que era en efecto, pues aun cuando seguramente no contaba mucho menos de veintidós años, cualquiera hubiera creído, al verla pasar por la calle, que sólo tenía doce ó trece. Y no porque sus facciones fuesen muy juveniles y candorosas, pues por el contrario, asemejábanse á las de una mujer que sufre cuidados y disgustos; mas era tan pequeña y vivaz, tan callada y tan tímida, que al lado de aquellos tres viejos de facciones duras y secas parecía verdaderamente una niña.

La señora Clennam, á pesar de su frialdad, manifestaba cierto interés á su joven protegida, tanto, que cuando ésta acudió al oír el campanillazo, hubiérase podido observar que mientras la madre rechazaba al hijo con un ademán, dulcificó su mirada al fijarla en la joven. Así como existen grados de dureza en el metal más resistente y matices de color hasta en el negro, del mismo modo en la acritud de las relaciones de la señora Clennam con la humanidad en general, y con la joven Dórrit en particular, había una gradación de tintes diversos.

La niña Dórrit era costurera á jornal, pero jornal muy es-

caso; debía trabajar desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche; presentábase con la puntualidad de un reloj, y con la misma se marchaba, sin que se la volviese á ver hasta el día siguiente. ¿Qué hacía la pequeña Dórrit el resto del tiempo? Aquí estaba el misterio.

Observábase además en la joven otro fenómeno: habíase convenido en el contrato de la costurera que se le daría su jornal y la comida; pero la pequeña Dórrit manifestaba gran repugnancia á comer con los demás, y no lo hacía nunca cuando hallaba medio de evitarlo; muchas veces alegaba por excusa que debía concluir alguna costura antes de ponerse á la mesa ó preparar un nuevo trabajo; y valiase, en fin, de toda clase de inocentes subterfugios para comer sola. Cuando lograba su objeto y le era permitido llevar su plato á cualquiera parte, aunque hubiese de ponerle sobre sus rodillas, sobre una caja, ó hasta en el suelo, quedaba contenta toda la tarde.

No era fácil estudiar el semblante de la pequeña Dórrit, no sólo á causa de su carácter reservado, sino porque siempre trabajaba en los rincones más apartados, y huía con temor cuando la encontraban en la escalera; pero su rostro, pálido y transparente, tenía mucha expresión, aunque en las facciones no hubiese nada admirable, exceptuando sus ojos castaños de dulce mirada. Cuando la joven se ocupaba en el trabajo, su cabeza ligeramente inclinada, su esbelto talle y sus diminutas manos, muy activas, ofrecían un conjunto seductor.

Gracias á sus propios ojos y á la lengua de Affery, Clennam supo en el transcurso del día estos pormenores sobre la pequeña Dórrit. Si Affery hubiese tenido opinión propia, sin duda se habría declarado contraria á la joven costurera; pero como *los otros dos* le dispensaban deferencia, no tenía más remedio que hacer lo propio; del mismo modo se habría conformado si *los otros dos* hubiesen resuelto asesinar á la pequeña Dórrit.

En los breves ratos de que podía Affery disponer mientras se hacía la comida, puso en conocimiento de Clennam los pormenores de que hemos hablado, abriendo á cada momento la puerta para atisbar si venía alguien, y aconsejando á Arturo que se resistiese á *los dos maliciosos*. En Affery había llegado á ser una verdadera monomanía el deseo de que el hijo único de la casa se midiese contra los dos personajes que eran su pesadilla.

En el transcurso del día, Clennam tuvo también tiempo para recorrer la casa, más lúgubre y sombría aun que en otra

época. Aquellas habitaciones desiertas hacía tantos años, parecían haber quedado relegadas al olvido; hubiérase dicho que el mobiliario, incompleto é incómodo, más bien estaba allí para ocultarlo que para servir de adorno; todo vestigio de colores había desaparecido bajo la influencia de los rayos del sol; el pavimento estaba resquebrajado, y los techos se desvanecían bajo nubes de humo y capas de polvo. En aquellas chimeneas, heladas como la muerte, nada indicaba que el fuego hubiese ardido alguna vez; en una sala que había sido en otro tiempo salón, conservábanse todavía dos míseros espejos, y en el suelo veíase la figura de un Cupido roto que se había desprendido de su base. La habitación que servía de despacho al difunto padre de Arturo, tal como recordaba haberla visto en su infancia, había cambiado tan poco, que cualquiera habría podido figurarse que el negociante, ya invisible, seguía habitándola, como su esposa visible aquella otra habitación del piso superior; mientras que Jeremías Flintwinch iba y venía de una á otra como mediador entre ambos esposos. El retrato obscuro y sombrío del señor Clennam padre, pendiente del muro, parecía mirar fijamente á su hijo, como en el momento en que la muerte iba á cerrar sus ojos, para recomendarle, bajo las penas más terribles, que terminase la obra por él comenzada con tan esforzado ánimo. Desgraciadamente, Arturo no tenía ninguna esperanza de obtener de su madre la menor concesión en este sentido; y en cuanto á los demás medios de resolver sus dudas y calmar sus escrúpulos, hábale sido forzoso renunciar á ellos hacía mucho tiempo. Arturo quiso también bajar á los sótanos, donde, así como en las alcobas, vió muchos objetos que le eran conocidos, y los cuales no habían cambiado de lugar, aunque estaban carcomidos por la acción del tiempo; las botellas vacías hallábanse cubiertas de una capa de mohó verdoso, y los toneles casi desaparecían bajo espesas telarañas. La última habitación que Arturo visitó fué el archivo, lleno de antiguos libros de comercio, los cuales exhalaban un olor de humedad corrompida, tan insoportable, que muy pronto hubo de salir de allí.

A eso de las dos se sirvió la comida con una humildad enteramente cristiana, después de haber puesto un pequeño mantel en la extremidad de la gran mesa del comedor, Arturo comió en compañía del viejo Flintwinch, quien le anunció que la señora Clennam había recobrado ya su serenidad y que no era de temer hiciese ninguna alusión sobre lo ocurrido.

El viejo comenzó á preparar su pequeño escritorio cuando se hubo atracado bien de carne y de cerveza, halagado sin duda por su reciente ascenso; y despojándose de su levita, comenzó á trabajar con afán. Arturo comprendió fácilmente que tan inútil sería contar con los servicios de aquel viejo zorro, como con los del retrato de su padre para averiguar cosa alguna.

—¡Hola, Affery!—exclamó Jeremías al ver á su esposa cruzar el vestíbulo,—aun no habías hecho la cama del señor Arturo cuando yo he subido; á ver si despachamos pronto.

Pero á Clennam le parecía la casa demasiado triste y lúgubre, y no estaba dispuesto á presenciar una invocación de venganza contra los enemigos de su madre, en la cual no estaba tampoco seguro de no ser comprendido; y en su consecuencia anunció que se alojaría en el hotel donde había dejado su equipaje. Como á Flintwinch le convenía sin duda que Arturo no estuviese en la casa, y á la señora Clennam no le desagradaba que se fuese, pudo efectuar el cambio de domicilio sin que se promoviese ninguna cuestión. Convínose en que la viuda, Flintwinch y él se reunirían diariamente, consagrandó algunas horas á la comprobación indispensable de varios libros de cuentas y documentos; y arreglado así, Arturo abandonó el hogar doméstico, donde había vuelto á entrar al cabo de tantos años.

Por espacio de dos semanas trabajóse activamente en dicha comprobación, desde las dos de la mañana hasta las seis, deducidos los intervalos de reposo, durante los cuales la enferma observaba fielmente su régimen de ostras y perdices, mientras que Arturo se paseaba un poco. La joven Dórrit estaba algunas veces allí, ocupada en alguna costura, y otras no estaba, ó bien presentábase como humilde visitante. La curiosidad que desde un principio inspirara á Clennam aumentó de día en día, á fuerza de ver á la joven, de contemplarla y de pensar en ella. Bajo la influencia de una formal preocupación que acabó por una idea fija, hasta tomó la costumbre de discutir consigo mismo las probabilidades de que la pequeña Dórrit estuviese mezclada de un modo cualquiera con sus escrúpulos. Por esto resolvió al fin seguir á la joven y tomar informes sobre ella.



CAPITULO VI

El Padre de la Mariscalía

Treinta años hace, á pocos pasos de la iglesia de San Jorge, en el distrito de Suthwark, veíase á la izquierda de la calle la prisión conocida con el nombre de *Mariscalía*, destinada principalmente á los encausados por deudas; contaba muchos años de existencia, y aún se conservó algún tiempo después de dicha época, pero ha desaparecido ya, sin que nadie le eche de menos.

Era un edificio oblongo, especie de cuartel dividido en miserables casuchas apoyadas unas contra otras, y circuidas por un estrecho patio protegido por altas paredes coronadas de puntas de hierro, como conviene á una cárcel.

Esta prisión, pequeña y malsana, contenía en su seno otra, de peores condiciones aun, para encerrar á los contrabandistas. Los delinquentes que habiendo faltado á las leyes ó re-

glamentos del fisco debían satisfacer una multa, y no podían pagar, eran encerrados en unas celdillas muy sólidas resguardadas por una puerta reforzada con planchas de hierro, y á las cuales se llegaba por un pasillo obscuro de metro y medio de anchura que formaba el misterioso límite del patio, muy reducido, donde los presos se entretenían en jugar á los bolos.

Mucho antes del día en que el sol abrasaba con sus rayos incandescentes la ciudad de Marsella, como hemos dicho en otro lugar; y también antes de la época en que comienza esta historia, habíase conducido á dicha prisión un deudor que debe figurar en nuestro relato.

En la época de que hablamos, este deudor era un caballero de mediana edad, muy amable é ingenuo: confiaba en salir pronto, y estaba persuadido de obtener la libertad en el más breve plazo, como sucede generalmente, pues nunca las puertas de la prisión por deudas se han cerrado sobre un deudor que no abrigase la misma esperanza. Había llevado consigo su maletín, pero preguntábase si valdría la pena de abrirlo; tan seguro estaba de salir de su prisión al cabo de uno ó dos días.

Era un hombre silencioso y tímido, de bastante buen aspecto, aunque algo afeminado; tenía la voz melosa, cabello naturalmente rizado, y las manos adornadas de sortijas, á la moda de aquella época. Durante la primera hora de cautividad se le había visto pasar sobre los labios más de cien veces su mano temblorosa, y parecía inquietarse principalmente por su mujer.

—¿Cree usted—preguntó el carcelero,—que se afectará mucho cuando se detenga ante la puerta de la prisión?

El carcelero contestó, fundándose en su experiencia personal, que unas mujeres se afligían mucho, y que otras no, siendo estas últimas las más numerosas.

—Ante todo—añadió el carcelero filosóficamente,—¿cómo está de salud su señora? Ya comprenderá usted que esto influye mucho.

—Es muy delicada y no tiene la menor experiencia—contestó el preso.

—Tanto peor—repuso el carcelero,—porque así las probabilidades están contra ella.

—Tiene tan poca costumbre de salir sola—dijo el preso,—que no veo cómo podrá encontrar el camino, si viene hasta aquí á pie.

—Tal vez tome un coche.

—Es muy posible.

Y tocándose los labios con su mano temblorosa, murmuró después de breve pausa:

—Espero que así lo haga, pero también es posible que no piense en ello.

—O quizás—dijo el carcelero, que al parecer trataba de consolar al recién llegado como lo hubiera hecho con un niño cuya debilidad le inspirase compasión,—rogará á su hermano ó á su hermana que la acompañen.

—No tiene hermano, ni hermana.

—Pues entonces un sobrino ó una prima, ó la criada, ó aunque sea un dependiente de la tienda ¡qué diablo! siempre encontrará alguien que le preste tan sencillo favor sin la menor dificultad.

—Espero—dijo el preso,—que los reglamentos no se opondrán á que traigan los niños.

—¡Los niños!—repitió el carcelero,—no señor, nada de eso. ¡Pues si tenemos aquí toda una escuela, y no se ve otra cosa! ¿Cuenta usted muchos?

—Sólo dos—contestó el preso, volviendo á tocarse los labios y alejándose del postigo para volver al interior de su prisión.

—Dos niños y usted son tres—murmuró para sí el carcelero, siguiendo con la vista á su interlocutor;—y apostaría un escudo que la mujer es tan niña como el marido, con lo cual serían cuatro. También apostaría que hay otro en camino, en cuyo caso resultarían cinco.

Al día siguiente llegó la mujer con un niño de tres años y una niña de dos.

—Supongo que habrá usted alquilado un cuarto—dijo el carcelero al preso.

—Sí; una habitación muy buena.

—¿Tiene usted algo para amueblarla?

—Espero recibir lo más necesario, que debe llegar esta misma tarde.

—¿Vendrán la señora y los niños para hacerle compañía?

—Naturalmente; hemos pensado que sería mejor no separarnos, ni aun por algunas semanas.

—¡Ni aun por algunas semanas!—repitió el carcelero con una sonrisa, siguiendo otra vez con la vista á su nuevo inquilino, que se alejaba, y encogiéndose de hombros.

Los negocios de este preso estaban muy embrollados, por causa de una asociación comercial de la que sólo sabía una

cosa, y es que tenía puesta en ella toda su fortuna. Habían surgido dificultades jurídicas con motivo de varias transferencias y contratos, de actas de transmisión por aquí y por allá; después se suscitó una sospecha sobre preferencias ilegales con tal ó cual acreedor; y hubo, en fin, una misteriosa desaparición de ciertos valores. Ahora bien, nadie era tan incapaz como el deudor de que hablamos, de explicar una sola cifra en medio de aquella confusión, en la que no era posible comprender nada: interrogarle en detalle para hacer que concordasen sus respuestas; encerrarle con expertos procuradores que estuviesen al corriente de todas las mañas de los que se declaran en quiebra, era aumentar las complicaciones de la causa con la rapidez de una suma colocada á intereses compuestos. A cada tentativa de este género, el deudor se pasaba por los labios su mano temblorosa; y así es que los prácticos más duchos renunciaron á sacar partido alguno de semejante cliente.

—¡Marcharse él!—murmuró el carcelero,—¡vamos! no se irá nunca, á menos que sus acreedores quieran cogerle del brazo para sacarle de aquí.

Hacia ya cinco ó seis meses que el preso se hallaba en aquella cárcel, cuando una mañana acudió presuroso y consternado para decir al carcelero que su mujer estaba enferma.

—¡Pardiez!—exclamó el hombre,—fácil era prever que enfermaría.

—Pensábamos—dijo el prisionero,—que fuese mañana á ocupar una casita en el campo. ¿Qué hacer, gran Dios, qué hacer?

—No pierda usted el tiempo en levantar las manos y morirse las uñas—dijo el carcelero, cogiendo á su interlocutor por el brazo;—venga usted conmigo.

El preso, que temblaba como un azogado, murmurando á cada instante: «¿Qué hacer?» mientras que su mano temblorosa extendía por las mejillas las lágrimas que caían de sus ojos, fué conducido por el carcelero al piso superior, subiendo por una de las escaleras más pobres de la prisión: llegados ante una puerta, el carcelero llamó con su llave.

—¡Adelante!—gritó una voz en el interior.

Los dos hombres entraron: en el fondo de una pequeña y mísera habitación, donde no se percibía muy buen olor, hallábanse sentados dos individuos ante una mesa de pies desiguales; jugaban tranquilamente al ecarté, con sus pipas en la boca, y tenían á su lado una copa de aguardiente.

—Doctor—dijo el carcelero,—la persona que me acompaña tiene su esposa enferma y necesita los auxilios de usted; no hay momento que perder.

—¿Se trata de un parto?—preguntó el doctor,—soy con usted al momento.

Así diciendo, buscó un peine en la meseta de la chimenea para arreglarse un poco el cabello, cogió su estuche, ya viejo y sucio, púsose un raído tapabocas, manchado de grasa, y salió de la habitación. Era un hombre grueso, coloradote, desaseado en toda su persona; vestía un levitón de paño basto, roto en varios sitios, agujereado en los codos y casi sin botones.

El médico y el deudor bajaron la escalera presurosos, mientras el carcelero volvía á ocupar su puesto, y dirigiéronse á la habitación de la enferma. Todas las mujeres que se hallaban en la prisión habían tenido noticia del hecho y estaban reunidas en el patio; dos de ellas, animadas de un sentimiento caritativo, querían llevarse los dos niños; otras se disponían á ofrecer algunas golosinas, tomadas de sus escasas provisiones; y todas manifestaban sus simpatías con extremada volubilidad. En cuanto á los presos, pensando que sólo podían desempeñar en aquella ocasión un papel muy secundario, habíanse retirado á sus habitaciones, donde los más, asomados á sus ventanas saludaron con silbidos al doctor, que cruzaba por el patio; mientras que otros, situados á la altura de dos ó tres pisos hacían alusiones sarcásticas sobre el incidente que ocasionaba todo aquel movimiento.

Era un caluroso día de verano y las habitaciones de la prisión se recocían entre las altas paredes que rodeaban la cárcel. En la pequeña sala que constituía la habitación de nuestro deudor, la señora Beaugham, recadera de oficio, que servía á los presos como medio de comunicación con el mundo exterior, habíase ofrecido de enfermera en aquella ocasión, y también para espantar las moscas, pues había tantas, que las paredes y los techos estaban completamente negros. Esta enfermera, hábil en buscar expedientes, daba aire á la mujer del preso con una hoja de col, mientras que con la otra mano llenaba varios botes viejos con una mezcla de vinagre y azúcar, preparando así una peligrosa emboscada contra los dípteros que infestaban la habitación.

—Las moscas molestan mucho, ¿no es verdad?—decía la señora Beaugham á la enferma; pero también pueden servir de distracción, lo cual es conveniente para usted. Como tene-

mos cerca el cementerio y varias cuabras, estos insectos engordan mucho, pero tal vez nos las envíe el cielo para consolarnos. ¿Cómo se encuentra usted ahora? No puede usted estar mejor sin haber empeorado antes; supongo que ya lo sabrá; pero consuéllese usted pensando que en esta prisión verá pronto la luz un hermoso querubín. Es un acontecimiento que no ha ocurrido entre estas paredes desde no sé cuántos años hace. ¡Ah! ya tenemos aquí á su esposo con el doctor Haggage; ahora ya no nos queda nada que esperar.

El doctor acababa de entrar, pero no era la aparición más propia para que la enferma no tuviese ya nada que desear. El tratamiento que el doctor juzgó oportuno adoptar en aquella circunstancia no tenía nada de nuevo, como no sea el haberse manifestado resuelto á mantener á la enfermera á la altura de sus funciones.

—Señora Beaugham—le dijo á los pocos minutos de haber entrado,—irá usted á buscar un poco de aguardiente para que no le impiese demasiado la emoción.

—Gracias, caballero—contestó la enfermera,—no lo necesito, pues mi sistema nervioso se halla en buen estado.

—Señora—replicó el doctor,—he sido llamado aquí en calidad de médico, y no toleraré que discuta usted conmigo. Bajará usted á buscar un poco de aguardiente, pues preveo que sin él no podrá resistir la fatiga.

—Debo obedecerle—dijo la mujer levantándose;—y añadiré que si humedece usted un poco los labios en esa bebida, no le hará mal. Me parece que no está usted muy bueno.

—Señora—repuso el doctor,—tengo derecho de intervenir en los asuntos de usted, pero nada le importan los míos, y por lo tanto hágame el favor de no ocuparse de ellos. Límitese á obedecerme y vaya pronto á buscar lo que mando.

La señora Beaugham lo hizo así, y cuando hubo vuelto, el doctor le propinó una dosis tomando también la suya; repitió este tratamiento de hora en hora, desplegando siempre la misma firmeza con su ayudanta; y así transcurrieron tres ó cuatro horas. Las moscas caían á centenares en la emboscada que se les había preparado; y al fin llegó el instante de sacar á luz una criatura apenas más vigorosa que una de las numerosas víctimas que cubrían la mesa.

—¡Preciosa niña!—exclamó el doctor,—es muy pequeña, pero está bien conformada. ¡Hola, señora Beaugham! parece usted aturdida; vaya usted corriendo á buscar un poco más

de aguardiente, porque conozco que está padeciendo usted un ataque nervioso.

Las sortijas que adornaban los dedos temblorosos del preso habían comenzado á caer, como las hojas del árbol cuando se acerca el invierno; ya no le quedaba ninguna aquella noche cuando puso en la mano grasienta del médico alguna cosa que produjo un sonido metálico. Durante el día la enfermera había visitado varias veces un establecimiento de la vecindad, muy conocido con el nombre de *Las tres bolas de oro* (1).»

—Gracias—dijo el doctor,—gracias; su señora está tranquila y no hay cuidado.

—Estoy muy satisfecho y agradecido—replicó el preso,—aunque hubo un tiempo en que poco pensaba que...

—Tendría usted aquí una niña—interrumpió el médico.— ¡Bah! caballero, ¿qué importa esto? ¿Qué le falta á usted? Un poco de espacio; nada más. Aquí estamos tranquilos, sin temor de que nadie nos atormente; ninguno vendrá á preguntar si está usted en casa, anunciando que no se irá hasta que usted haya vuelto; aquí no le dirigirá nadie cartas amenazadoras pidiéndole dinero; aquí está la libertad, la verdadera libertad, la inestimable libertad. He ejercido largo tiempo mi profesión, así en mar como en tierra, en mi país y en el extranjero; y no creo haber desempeñado nunca mi cargo en tan perfecta calma como la que me rodea ahora. Fuera de este sitio, los hombres viven inquietos, siempre con cuidados, sufriendo enojos y contrariedades; los que estamos aquí hemos pasado por todas esas fases: hemos conocido los últimos rigores de la suerte, hemos llegado al fondo del abismo y... ¿qué hemos hallado? La paz. He aquí el resultado de nuestra situación.

Hecha esta profesión de fe, el doctor, verdadero pilar de aquella prisión, más bebido que de costumbre, y estimulado además por la posesión del dinero que guardaba en su bolsillo, volvió presuroso á reunirse con su amigo para continuar la partida.

Ahora bien, nuestro preso no se parecía en nada al doctor, pero también había comenzado á viajar como él, siguiendo un segmento opuesto del mismo círculo, en dirección al mismo objetivo que su consejero médico. Aniquilado al pronto

(1) Es la muestra que en Inglaterra indica las casas donde se presta sobre alhajas.

por su encarcelamiento, no tardó en hallar un triste alivio. Le habían encerrado bajo llave, pero si ésta le impedía salir, en cambio cerraba la entrada á muchos enojos. Si el preso hubiese tenido suficiente energía para hacer frente á sus enemigos y combatirlos, tal vez habría roto las mallas de la red que le envolvía; ó quizás hubiera perecido en la demanda; pero siendo lo que era, dejóse deslizar con languidez por la pendiente sin dar un paso para levantarse.

Cuando se vió libre de sus embrollados negocios, que nadie podía aclarar, y de los cuales rehusaron encargarse diez ó doce procuradores, declarando que no tenían pies ni cabeza, el cautivo comenzó á reconocer que la prisión era un lugar de refugio, más tranquilo de lo que al principio creyera. Había abierto su maleta hacía mucho tiempo, y sus hijos bajaban á jugar al patio. Todos los habitantes de la prisión conocían á la niña que allí había venido al mundo bajo los auspicios del doctor Haggage y creían tener sobre ella cierto derecho.

—¿Sabe usted que comienzo á estar orgulloso de contarle entre mis presos?—dijo un día el carcelero al detenido.—Pronto será usted el más antiguo inquilino de la casa, tanto, que si se marchara con su familia parecería que nos falta algo.

El carcelero se enorgullecía verdaderamente de albergar á este preso, del que hacía siempre los mayores elogios. Cuando algún recién venido le preguntaba quién era, contestábase al punto:

—De los que han nacido para caballeros; seguramente ese hombre es uno de ellos, y bien se conoce que no se han perdonado gastos para educarle. Un día subió á la habitación del gobernador para probar un piano nuevo, y tocóle de una manera que causó admiración, según me han dicho. En cuanto á las lenguas, habla todo lo que quiere. Aquí tuvimos un francés, hace algún tiempo, y creo que el preso de quien le hablo poseía el idioma mejor que él; en otra época trajeron un italiano, y también mi preso le cerró la boca. Seguramente se encontrarán personas notables en otras prisiones; pero si quiere usted una muestra de primera clase por lo que hace al saber, venga á buscarla á la *Mariscalía*.

Cuando la niña más joven hubo cumplido los ocho años, la mujer del preso, cuya salud languidecía, no por estar en la prisión, sino porque era naturalmente delicada, fué á pasar algún tiempo en el campo con una humilde amiga, en cuya casa murió. El marido estuvo encerrado en su cuarto por espa-

cio de quince días; cuando volvió á salir, tenía el cabello más gris; y el carcelero observó que sus manos temblorosas volvían á tocar con frecuencia los labios como al principio; mas el preso se repuso al cabo de un mes ó dos y sus hijos siguieron jugando en el patio, aunque vestidos de luto.

Por su parte la señora Beaugham, que durante tantos años había sido mensajera de los presos, comenzó á estar achacosa; y como su afición á la bebida la hacía incurrir en muchas torpezas, su hijo comenzó á reemplazarla: era un muchacho muy listo para los recados, y que conocía al dedillo la prisión y las calles de la ciudad.

Andando el tiempo, el carcelero comenzó á debilitarse; hinchose el pecho, y su respiración se hizo dificultosa; quejándose de que ya no le era posible estar siempre sentado en el escabel oficial, y por lo tanto descansaba en un sofá muy mullido. A veces le costaba tanto respirar, que pasaban algunos minutos sin que le fuera posible abrir ó cerrar la puerta de la prisión cuando debía hacerlo; y si estas crisis duraban mucho tiempo, el antiguo preso cogía la llave y desempeñaba las funciones de carcelero.

—Usted y yo—le dijo este último cierta noche que nevaba, y en que á causa de la crudeza de la temperatura se habían reunido muchos presos en la habitación del carcelero,—somos los más antiguos que hay aquí, pues apenas hacía siete años que yo desempeñaba mi cargo cuando usted llegó; á mí me falta ya poco tiempo para que el Señor me dé el pasaporte, y cuando esto suceda, usted será el Padre de la *Mariscalía*.

Al día siguiente se cumplió el pronóstico del carcelero, que recibió su pasaporte para salir de la cárcel de este mundo, y entonces se recordaron sus últimas palabras. Una tradición de la *Mariscalía* estableció que aquel preso anciano, de carácter tan afable y de cabello blanco, era el Padre de la *Mariscalía*.

El preso acabó por enorgullecerse de este título; y hasta observóse en él una tendencia á exagerar el número de años que había estado en la prisión. Tomóse la costumbre de presentarle todos los nuevos presos que entraban, y él tenía en mucho que se cumpliese con esta formalidad, la cual se efectuaba en su mísera habitación para que tuviese un carácter más oficial.

El antiguo deudor, ó el decano de la prisión, como podríamos llamarle, encontraba de vez en cuando bajo la puerta de su cuarto cartas dirigidas al Padre de la *Mariscalía*, conte-

niendo á veces medio duro, otras uno, y en algunas ocasiones hasta cinco, procediendo todas ellas de los individuos que recobraban la libertad. El decano aceptaba estos donativos como un libre tributo ofrecido al personaje oficial por sus súbditos agradecidos. Sin embargo, esta benéfica correspondencia comenzó á languidecer al cabo de cierto tiempo, sin duda porque no todos estaban en disposición de ocuparse en escribir al momento de una marcha precipitada; y entonces el decano tomó la costumbre de acompañar hasta la puerta de salida á los presos de cierta importancia, cuando obtenían la libertad. El favorecido así honrado, después de estrechar la mano del antiguo preso, deteníase generalmente para envolver alguna cosa en un pedazo de papel, y después de alejarse algunos pasos, volvía presuroso gritando:

—¡Eh! ¡Oiga usted!

El decano volvía la cabeza con aire sorprendido, preguntando á su interlocutor:

—¿Es á mí á quien usted llama? ¿Se le ha olvidado alguna cosa?

—Sí—contestaba el otro,—se me olvidaba entregar á usted esto para el Padre de la Mariscalía.

—Caballero—replicaba el decano,—el Padre de la Mariscalía queda profundamente agradecido.





CAPITULO VII

La hija de la Mariscalía

La niña que al venir al mundo había aspirado con su primer aliento el olor del aguardiente del doctor Haggage, debía ser conocida sucesivamente por todas las generaciones de los habitantes de la prisión (en la Mariscalía se calculaba que estas generaciones eran de tres meses, por término medio,) como había sucedido con su Padre común. Cada uno de los que ingresaban en el establecimiento, como *pensionista*, veíase obligado, por decirlo así, á coger en brazos á la niña nacida en aquella prisión.

—Según costumbre—dijo el carcelero la primera vez que le enseñaron la niña,—á mí me corresponde ser su padrino. El decano reflexionó un instante y preguntó después:

—¿Consentiría usted verdaderamente en ser su padrino?

—¡Oh! *yo* consiento de muy buena gana—repuso el carcelero,—si usted quiere aceptarme.

Sucedió, pues, que la niña fué bautizada un domingo por la tarde, cuando el carcelero pudo, una vez relevado de su guardia, presentar su ahijada ante las fuentes bautismales de la iglesia de San Jorge, donde, usando las mismas frases que él pronunció á su vuelta, había renunciado en nombre de la pequeña á Satán, á sus pompas y á sus obras.

Esta circunstancia dió al carcelero nuevos derechos sobre la niña, sin contar los que ya le confería su posición oficial; y así es que cuando la pequeñuela comenzó á hablar y andar, aficionóse cada vez más á ella. Compróle un pequeño sofá, que colocó ante la vasta chimenea de su habitación, para tenerla á su lado cuando estaba de guardia, y atraíala siempre con el cebo de algunos juguetes poco costosos. La niña se aficionó también á su padrino, porque le gustaba saltar los peldaños de la escalerilla que conducía á su cuarto; cuando dormía en su sofá, cerca de la chimenea, el carcelero cubría su rostro con un pañuelo; y si estaba despierta, vistiéndola y desnudando una muñeca, que acabó por no parecerse en nada á las del mundo entero, contemplábala con ternura desde lo alto de su sillón oficial.

¿A qué edad la precoz niña comenzaría á sospechar que no todo el mundo vivía encerrado bajo llave entre altas paredes coronadas de puntas de hierro? Este sería un punto difícil de aclarar, pero ello es que era muy pequeña aun cuando echó de ver que debía soltar la mano de su padre en el umbral de aquella puerta que su padrino abría con una gran llave; y que sus ligeros pies eran libres de franquear, mientras que los de su padre no debían traspasarlo nunca. La mirada compasiva que, desde muy joven, había comenzado á fijar en su padre, fué sin duda uno de los resultados de este descubrimiento.

Durante los ocho primeros años de su vida, la hija de la Mariscalía, la hija del decano de los presos, continuó sentándose diariamente á la chimenea, en la habitación de su amigo el carcelero, corriendo por el cuarto de su padre ó vagando por el patio de la cárcel, siempre con la mirada fija en su caprichosa hermanita, en su perezoso hermano ó en los altos muros de la prisión. Esto no le impedía, sin embargo, cuando hacía buen tiempo, contemplar pensativa largo rato el cielo azulado á través de los barrotes de la ventana.

—¿Piensas en las praderas, eh?—le preguntó un día el carcelero, después de observarla un buen rato.

—¿Dónde está eso?—preguntó la niña.

—Allá abajo—contestó el carcelero,—poco más ó menos por este lado.

—¿Hay alguien encargado de abrirlas y cerrarlas? ¿Están bajo llave también?

Esta pregunta sorprendió un poco al carcelero, que no sabiendo al pronto qué responder, contestó luego:

—¿Bajo llave?—repitió.—No todas.

—¿Y son bonitas?

—Deliciosas; están llenas de flores y de otras cosas encantadoras.

—¿Se puede uno divertir mucho allí?

—¡Ya lo creo!

—¿Ha ido mi padre alguna vez?

—¡Hum!—murmuró el carcelero;—sí... sí; ha ido... algunas veces.

—¿Le molesta no poder ir?

—No... creo que no mucho.

—¿Ni á los otros tampoco?—preguntó la niña, dirigiendo una mirada á la multitud ociosa que se paseaba por el patio con aire aburrido. ¿Será esto verdad?

Esta conversación y otras por el estilo, dieron origen á las excursiones domingueras que se organizaron, y en las que el carcelero, llevando siempre de la mano á la niña, recorría con ella alguna verde pradera, dejándole coger cuantas fores se le antojaban, mientras que él fumaba tranquilamente su pipa. Más tarde visitaron los jardines públicos, y el carcelero llevaba siempre á su ahijada á tomar cerveza ó alguna golosina. Después volvían á la prisión, siempre cogidos de la mano, á menos que la niña, cansada del paseo, no se durmiese en brazos de su padrino.

Apenas había cumplido la pequeña Dórrit los ocho años cuando su padre enviudó; y á partir de aquel momento, la niña se impuso una nueva misión, la de cuidar del Padre de la Mariscalía. Hubo de renunciar al alojamiento más alegre de su padrino para hacer compañía al viudo, y de tal modo acostumbró á éste á su presencia, que le llegó á ser indispensable tenerla á su lado. He aquí la puerta por donde la niña pasó desde la infancia al aprendizaje de un mundo lleno de sinsabores y desengaños.

¿Qué pensó la niña, en aquella temprana época de su exis-

tencia, de su padre, de su hermana y del hermano que vivían con ella en la misma prisión? ¿Quiso Dios no darle á conocer sino una parte de la triste verdad? Estos son secretos misteriosos que suelen quedar sepultados para siempre. Baste saber que la niña se inspiró en el deseo de ser activa y laboriosa, sólo por amor á su familia y para poder ayudarla con sus servicios. ¿Llamaremos á esto inspiración? ¡Sí! hablemos de la inspiración de un poeta ó de un sacerdote, y por lo tanto, bien podemos dar el mismo nombre al sentimiento de un corazón impelido por el amor y la abnegación á llenar la más humilde de las misiones en la más humilde peregrinación de la vida.

De este modo, sin ningún amigo que la ayudara, ni con ella departiese, salvo su singular compañero, el carcelero; sin la menor idea de las costumbres de la sociedad que vive fuera de las prisiones; venida al mundo y educada en una posición social que á todas luces parecería falsa, y bebiendo desde su infancia en una fuente impura, cuyas aguas tenían un sabor malsano y corrompido, la hija de la Mariscalía comenzó á ser mujer.

A los trece años sabía leer, escribir, y las cuatro reglas; de modo que podía apuntar muy bien el nombre y el precio de los artículos de primera necesidad para la familia, determinando la suma requerida para la compra. De vez en cuando había hallado medio de hacer frecuentes escapatorias á una escuela fuera de la prisión, asistiendo á la clase de noche, y también pudo conseguir que su hermano y hermana fueran enviados á otras escuelas: en la prisión no podían instruirse, y la niña Dórrit comprendía que un hombre abatido hasta el punto de llegar á ser Padre de la Mariscalía, apenas podía ser padre de sus propios hijos.

A estos escasos medios de educación agregó otro ideado por ella misma. Entre la multitud heterogénea de presos llegó á encontrarse un día un maestro de baile; la hermana mayor tenía mucha afición á la danza; y su hermanita, resuelta en su propósito, presentóse una mañana al profesor con un saquito en la mano.

—Señor—le dijo,—yo he nacido aquí.

—¡Ah! ¿es usted la señorita que...?

—Sí, señor—interrumpió la joven.

—¿Y en qué puedo complacer á usted?

—No pido nada para mí, caballero—replicó la niña, desatando los cordones de su saquito;—pero si mientras se halle

usted aquí quisiera dar lecciones á mi hermana... por poco precio...

—Hija mía, le daré lecciones por nada—interrumpió el maestro de baile, cerrando el saquito.

Ahora bien, este profesor de baile era el más bello sujeto que nunca llegara, de pirueta en pirueta, hasta la prisión por deudas; y como tal cumplió su palabra.

En cuanto á la hermana mayor, demostró tal disposición para el arte coreográfico, y el maestro tenía tantas horas de qué disponer (le faltaban unas diez semanas para balancear á sus acreedores,) que la discípula hizo grandes progresos, hasta el punto de que el profesor, deseoso de dar pruebas de su saber antes de marcharse, quiso que la joven bailase un *minué de corte* ante la aristocracia de los presos: la representación tuvo lugar al aire libre, con gran aplauso de los espectadores.

Este feliz resultado, que indujo al profesor á continuar las lecciones después de haber recobrado la libertad, estimuló á la pequeña Dórrit á obtener algo para sí. Durante meses enteros acechó la llegada de una costurera, y habiendo ingresado al fin en la prisión una modista, presentóse á ella sin vacilar.

—Dispéñseme usted, señora—le dijo, entreabriendo tímidamente la puerta de la detenida, á la que halló acostada y llorando amargamente;—yo he nacido aquí.

Debe suponerse que la primera persona de quien se oía hablar al entrar en aquella cárcel era de la joven, pues la modista se incorporó en su lecho y repuso, como lo había hecho el maestro de baile:

—¡Ah! ¿es usted la niña...?

—Sí, señora.

—Siento mucho no tener nada que dar á usted—replicó la modista moviendo la cabeza.

—No he venido para eso; sólo quisiera, señora, aprender un poco de costura.

—Ante el ejemplo que tiene en mí, no sé cómo quiere usted aprender esto—dijo la modista;—bien ve que me ha servido de poca cosa.

—Ya conozco que los que vienen aquí no han hallado muchos recursos en su profesión—contestó la joven con sencillez;—pero no importa; quisiera aprender á pesar de todo.

—Temo que sea usted demasiado débil.

—No lo crea usted, señora.

—¡Es usted tan pequeñita, amiga mía!

—En efecto, temo serlo demasiado—contestó la niña sin poder reprimir sus sollozos.

La modista, que no era perezosa ni tenía mal corazón, y que sólo estaba de mal humor por verse detenida, no pudo menos de conmoverse ante la dulzura de la niña, y comenzó á enseñarla con la mejor voluntad, hasta hacer de ella una hábil costurera.

Entre tanto la hermana mayor se dedicó á bailar en el teatro; su tío, arruinado por su hermano, el Padre de la Mariscalía, sin saber tampoco cómo ni por qué, hubo de aceptar el hecho como una necesidad, y se consagró á cuidar de su sobrina. Hombre de carácter sencillo y tímido, no pareció muy afectado por la pérdida de su fortuna, limitándose á vivir con la mayor economía. En sus buenos tiempos había sido un mal músico aficionado; y al perder su capital dedicóse á tocar el cornetín de pistón en la orquesta del mismo teatro donde su sobrina bailaba, por lo cual se impuso el deber de servirla siempre de acompañante.

A fin de que la hermana mayor pudiera ganar tranquilamente sus muy modestos honorarios sin que su padre lo supiese, la hija de la Mariscalía debió proceder con sumo tacto.

—Fanny no podrá por ahora permanecer con nosotros—le dijo un día,—aunque estará diariamente algunas horas, pues se va á vivir con el tío en la ciudad.

—Me asombras—dijo el padre.—¿Y por qué este cambio?

—Creo que el tío necesita alguien que le acompañe y que le cuide.

—¡Que le acompañe y le cuide! ¿Cómo se entiende, si Federico está aquí todo el día, y le cuidas tú bastante?

—Es verdad, pero advierta usted que siempre será mejor para Fanny no estar de continuo aquí, porque al fin no nació aquí, como yo.

—Vamos, Amy—replicó el padre,—no me explico tu razonamiento, aunque es natural que á Fanny le guste el paseo y á ti también; de modo que vosotras y el tío podréis hacer lo que mejor os parezca; no me mezclo en nada, ni debéis ocuparos de mí tampoco.

Era también necesario arrancar á su hermano Tip de la prisión, cosa bastante difícil para Amy, pues el joven tenía ya dieciocho años y mostrábase dispuesto á vivir al día hasta los noventa. Desgraciadamente no fué á ocupar la prisión nin-

guna persona que pudiera enseñarle un buen oficio, y la niña Dórrit debió apelar á su padrino para que la ayudara.

—Padrino—le dijo un día,—¿qué será de ese pobre Tip en este recinto de la cárcel?

El joven se llamaba Eduardo, nombre cuyo diminutivo era Ned; pero sin saber por qué, todos habían dado en llamarle Tip.

El carcelero había formado ya su opinión sobre cuál sería la futura suerte del pobre Tip, sin temor de engañarse; y en su deseo de evitar que su pronóstico se realizase, preguntó al joven indirectamente si no sería provechoso para él ofrecer sus servicios al país, vistiendo el uniforme rojo. Tip le dió las gracias, diciéndole que prefería no servir á su patria.

—Hija mía—dijo el carcelero á su ahijada;—no quiere servir; pero algo se ha de hacer con ese muchacho. ¡Trataré de colocarle en casa de un abogado!

—Se lo agradecería mucho, padrino.

Desde aquel instante, el carcelero no anduvo ocioso, dirigiéndose á los abogados y escribanos que iban continuamente á visitar á varias personas de la Mariscalía, para ver si podía colocar á Tip. Fué tal su perseverancia, que al fin obtuvo una plaza de escribiente, aunque con poco sueldo.

Tip languideció seis meses en un juzgado de Clifford's-Inn; pero al cabo de este tiempo volvió un día á la prisión con las manos en los bolsillos, y dijo á su hermana que no volvería á la oficina.

—¡Que no volverás!—repitió la pobre Dórrit, que en medio de sus cuidados contaba un poco con el auxilio de Tip.

—Estoy tan harto—contestó el joven,—que me he despedido ya.

Tip se cansaba de todo, y por más tentativas que su hermana hiciese, siempre volvía á la prisión para holgazanear y vivir con las sobras de la señora Beaugham, á quien consideraba como una segunda madre.

Valiéndose siempre de su padrino, el carcelero, la pequeña Dórrit colocó sucesivamente á su hermano en un almacén, en una casa de comercio, en un escritorio, en una fábrica de cerveza, en la oficina de un agente de cambio, y en otros varios centros; mas apenas entraba Tip á prestar sus servicios en cualquiera parte, cansábase al punto, y volvía á decir á su hermana que se había despedido. Hubiérase dicho que la Mariscalía era para él un centro indispensable que le atraía poderosamente, y que no le era dado vivir á su gusto sino entre

los presos. Sin embargo, su valerosa hermanita tenía tal empeño en salvar á Tip, que á fuerza de privaciones y de trabajo pudo reunir la cantidad necesaria para pagar su pasaje al Canadá. La madrecita, que así podemos llamar á la niña Dórrit, tuvo mucho sentimiento al separarse de su hermano, pero por otra parte alegróse con la idea de que al fin le haría entrar en vereda.

—Dios te bendiga—le dijo al despedirse;—no te enorgullezcas demasiado si adelantas en tu carrera.

—No tengas cuidado—contestó Tip.

Al día siguiente marchó; pero lejos de dirigirse al Canadá, detúvose en Liverpool; en su trayecto hasta este punto resolvió despedirse, y al cabo de un mes presentábase ante su hermana con la ropa hecha pedazos, descalzo y más cansado que nunca.

Tip volvió de nuevo á vivir á costa de la señora Beaugham, pero esto duró poco tiempo; él mismo se buscó una ocupación, y anunció la gran noticia á su hermanita.

—Amy—la dijo,—ya tengo colocación.

—¿De veras, Tip?

—Pierde cuidado esta vez, que todo marchará bien; ya no deberás inquietarte por mí, viejecita mía.

—¿Qué colocación has encontrado, Tip?

—¿Conoces de vista á mi amigo Singo?

—¿Te refieres á aquel hombre que llaman el *marchante*?

—El mismo; el lunes próximo quedará libre, y me llevará consigo.

—¿Qué mercancías vende, Tip?

—Caballos. No tengas cuidado, Amy; todo irá bien.

Tip se perdió de vista durante algunos meses, y su hermana no recibió noticias de él sino una vez sola. Poco más adelante circuló entre los presos más antiguos el rumor de que se había visto á Tip en Moorsfields, asociado con unos estafadores. Una tarde, la tierna Dórrit trabajaba junto á la ventana, aprovechando la última luz del crepúsculo, cuando Tip abrió la puerta y entró.

La joven le abrazó cariñosamente, felicitándole por su llegada, pero no le hizo la menor pregunta. Al verla inquieta y atemorizada, el joven pareció arrepentirse.

—Mucho temo, Amy, que ahora te enfades de veras. ¡Palabra de honor!

—No digas eso, Tip, porque me afliges. ¿Con que estás aquí otra vez?

—Ya lo ves.

—Como no esperaba que la colocación pudiera convenirte mucho tiempo, tu vuelta me extraña menos y no me causa tanta pena.

—¡Ah! no te lo he dicho todo.

—¿Cómo todo?

—Vamos, no te asustes, Amy. He vuelto, como ves... pero ahora hago mi entrada aquí con diferente condición; ya no debo figurar en la lista de los voluntarios, porque estoy incorporado á las tropas regulares.

—¡Oh! Tip. ¿Quieres decir que estás preso? ¡No puede ser!

—Pues si no me entiendes á media palabra, no sé cómo decírtelo. Me encierran por cuarenta miserables guineas.

Por la primera vez al cabo de tantos años, Amy sucumbió al peso de tan ruda prueba; elevando las manos al cielo, exclamó que su padre moriría de pesar cuando lo supiese, y al pronunciar estas palabras cayó desvanecida á los pies de aquel mal hijo.

Tip no comprendía que su padre pudiera recibir tan gran disgusto por lo ocurrido; y sólo por contentar á su hermanita accedió á las instancias de ésta, unidas á las de Fanny y del tío, prometiendo no decir una palabra á su padre sobre el verdadero motivo de su vuelta. Los presos, que comprendían mejor que Tip la necesidad de aquel piadoso engaño, guardaron también el secreto.

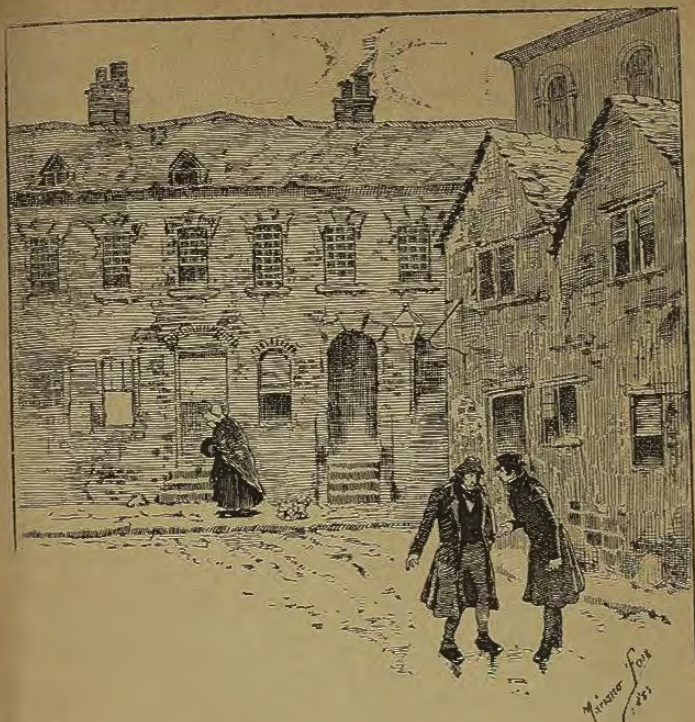
He aquí la existencia, he aquí la historia de la hija de la Mariscalía hasta la edad de veintidós años. Profesando un afecto sin límites al mísero y vetusto edificio que era su patria y su domicilio á la vez, pasaba y repasaba después por aquella cárcel con timidez y temor, porque su instinto de mujer decía que se la enseñaba siempre como una curiosidad á los nuevos presos. Desde que trabajaba fuera había creído necesario no decir dónde vivía, yendo y viniendo con todo el secreto posible entre la ciudad libre y la verja de hierro, fuera de cuyo recinto no había dormido una sola noche desde que vino al mundo. Este misterio, de que se veía obligada á rodearse, aumentó su timidez natural, y su ligero paso y su talle de niña parecían deslizarse contra su deseo por las populosas calles que debía atravesar.

Harto conocía las miserias y necesidades de la vida, pero en todo lo demás era tan inocente como en su primera infancia; sí, era pura é inocente en medio de aquella niebla que rodeaba á su padre, en medio de las turbias aguas de aquel

río viviente que se deslizaba á través de la prisión, renovándose sin cesar.

He aquí la existencia, he aquí la historia de la niña Dórrit quien, en el momento que nos ocupa, regresaba á su hogar, la Mariscalía, en una triste velada de Septiembre, seguida á distancia por Arturo Clennam, y después de un ligero rodeo desaparecía como una sombra, franqueando la verja exterior y el patio de la prisión por deudas.





CAPITULO VIII

La cárcel

Arturo Clennam se detuvo en medio de la calle, esperando á que pasase cualquiera para preguntarle qué sitio era aquel: cruzaron varias personas sin que las interrogase, porque su aspecto no prometía una respuesta cortés; pero al fin se decidió, al ver á un anciano que se dirigía hacia aquel sitio.

Este hombre, encorvado bajo el peso de los años, avanzaba lentamente, preocupado al parecer, y su aspecto era bastante pobre. Vestía un levitón muy largo, que en otro tiempo debió ser azul y que ya blanqueaba por las costuras; llevaba una corbata vieja de terciopelo que le ocultaba casi la parte inferior del rostro; el sombrero, muy sucio y grasiento, tenía las

alas rotas y arrugadas, y de él escapábase la punta de un pañuelo agujereado; su pantalón se ajustaba tan mal, á causa de su extremada anchura, y los zapatos eran tan amplios, que su dueño arrastraba los pies como un elefante, sin que pudiera decirse si esto era por efecto del calzado ó por una costumbre adquirida. Nuestro hombre llevaba debajo del brazo una caja vieja que debía contener algún instrumento músico, y en la mano un pequeño cucurucho lleno de rapé, del cual tomaba un polvo en el momento de acercársele Arturo Clennam, quien le tocó ligeramente en el hombro para preguntarle qué sitio era aquel.

El anciano se detuvo, dando á conocer por la mirada de sus ojos grises que su pensamiento estaba muy lejos de allí, y además, que era algo sordo.

—¿Puede usted decirme, caballero—preguntó Arturo por segunda vez,—qué sitio es este?

—¡Ah! sí—contestó el anciano, deteniendo el brazo en el momento de ir á tomar por vez segunda un polvo de rapé;—esto es la Mariscalía, caballero.

—¿La prisión por deudas?

—Sí, señor—contestó el anciano, adelantando un pie para proseguir su marcha.

—Dispense usted—replicó Arturo,—pero deseo hacerle otra pregunta. ¿Es la entrada libre aquí?

—La entrada sí—contestó el anciano con un tono que parecía decir:—pero la salida no.

—Ruégole me dispense mi indiscreción: desearía saber si conoce usted bien este sitio.

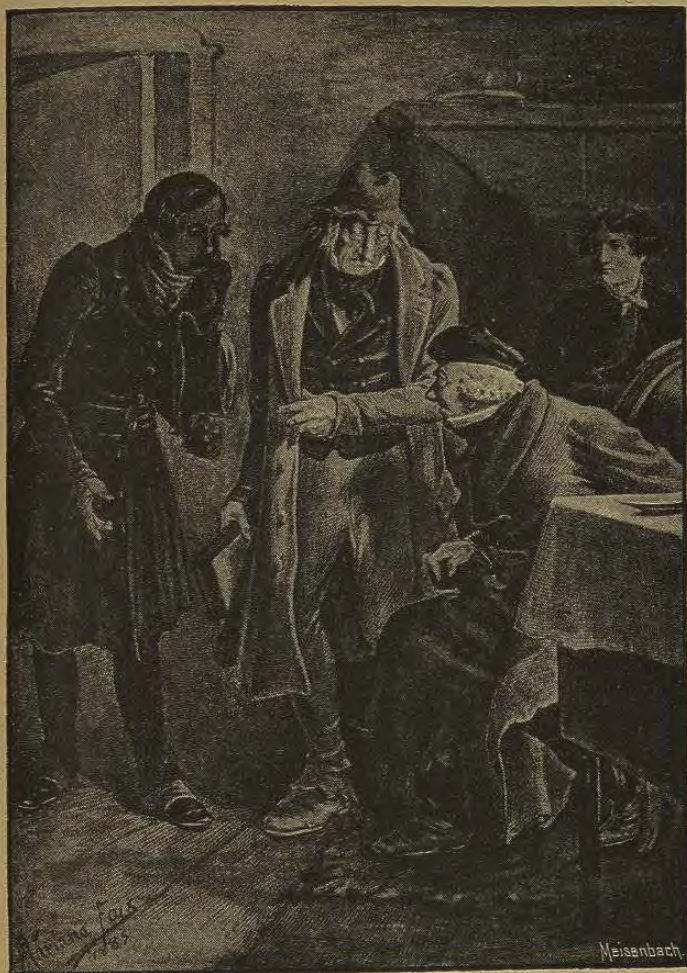
—¡Caballero!—contestó el anciano, estrujando su cucurucho de rapé, y fijando la mirada en su interlocutor como si esta pregunta le hubiese ofendido:—sí, señor, le conozco muy bien.

—Ruego á usted me dispense. No crea que me impulsa una curiosidad impertinente; por el contrario, muéveme á molestarle una causa muy justificada. ¿Conoce usted por casualidad el nombre de Dórrit?

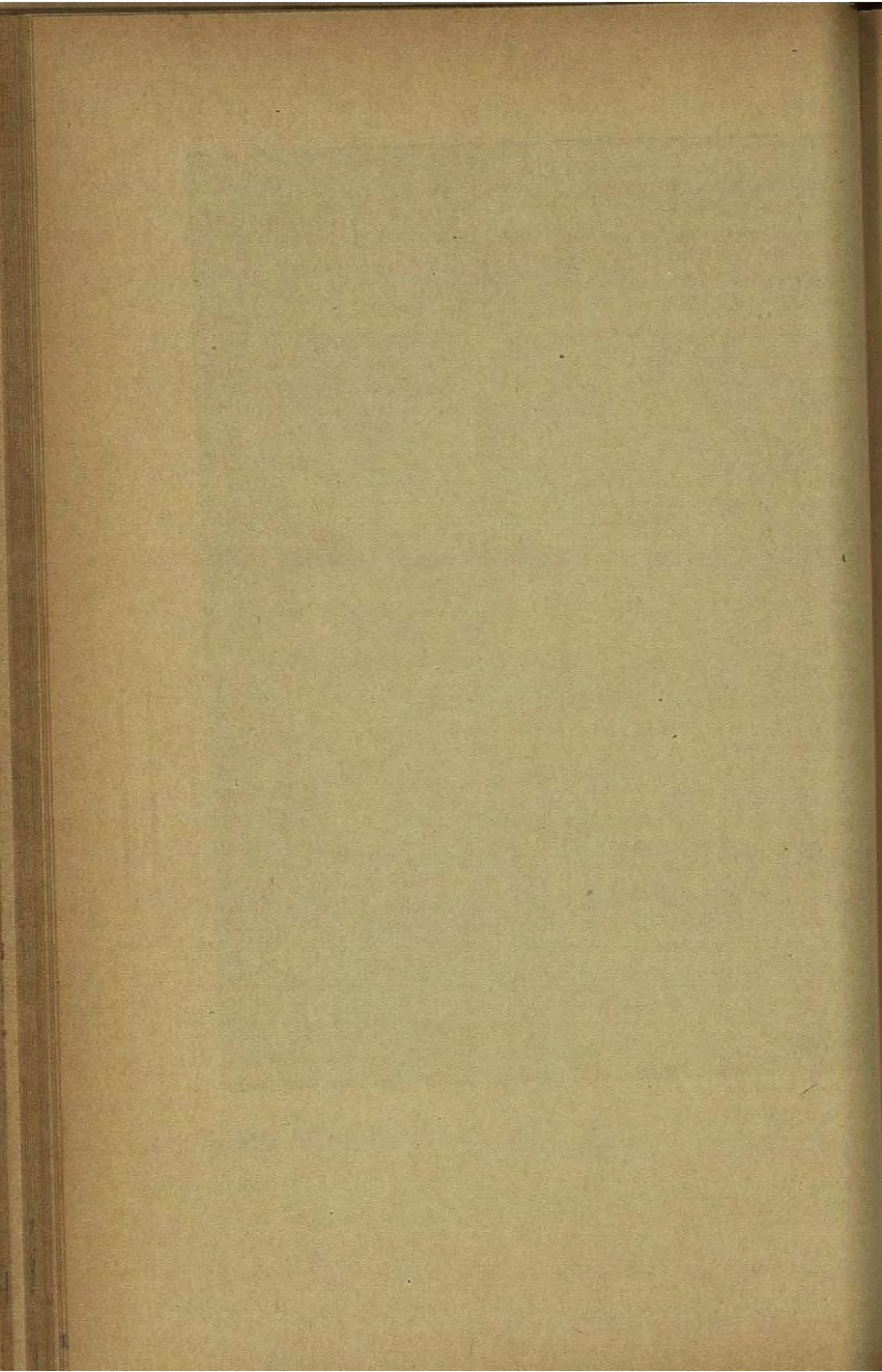
—Caballero—replicó el anciano,—ese nombre es el mío.

Al oír esta contestación inesperada, Arturo se descubrió.

—Permítame usted—dijo después de un momento de vacilación,—que le hable dos palabras. Lo que acaba de manifestarme me sorprende mucho, y por lo tanto espero que será motivo suficiente para dispensar la libertad que me he tomado al dirigirme á usted. Hace muy poco que he vuelto á In-



—Guillermo—dijo el anciano—he encontrado á este caballero...



glattera, después de una prolongada ausencia; y al visitar á mi madre, la señora Clennam, que habita en el barrio de la Cité, he visto en su casa una joven costurera á quien siempre daban el nombre de niña Dórrit. Me intereso sinceramente por ella, y deseo vivamente tomar algunos informes sobre su situación. Pocos minutos antes de hablar con usted la he visto entrar por esa puerta.

El anciano examinó atentamente las facciones de Arturo.

—¿Es usted marino?—preguntóle después de una pausa.

—No, señor.

—A juzgar por el color de su tez—repuso el anciano, contrariado al parecer por la negativa,—hubiera creído que lo era usted. ¿Me asegura usted que no, caballero?

—Es positivo; se lo digo con toda formalidad, y ruégole que me crea.

—Conozco muy poco el mundo, caballero—repuso el anciano, que tenía la voz débil y temblorosa;—no hago más que pasar como la sombra en el cuadrante solar; y, por lo tanto, no valdría la pena engañarme... cosa demasiado fácil por cierto. La joven que acaba usted de ver entrar ahí es hija de mi hermano, Guillermo Dórrit; yo soy Federico. Dice usted que ha visto á mi sobrina en casa de su madre: yo sé que esa señora la protege; si usted se interesa también por esa joven, y desea saber lo que hace aquí, venga usted á verlo.

Así diciendo, prosiguió su camino seguido de Arturo.

—Mi hermano—dijo el anciano deteniéndose en el umbral de la puerta de la prisión,—habita aquí hace muchos años; y por razones que es inútil explicarle á usted ahora, le hablamos muy poco de lo que pasa fuera de este recinto, ni aun en lo relativo á nosotros. Por esto le agradeceré que no haga ninguna alusión respecto á los trabajos de costura de mi sobrina, limitándose á no tratar de otro asunto que no sea el mismo de que hablaremos nosotros, y de este modo no habrá temor de que se extralimite usted.

Arturo siguió al anciano por una estrecha calle de árboles, en cuyo extremo vió abrirse una puerta muy sólida; entonces pasaron á una especie de vestíbulo, cruzándole para llegar á una reja, y de aquí al interior de la prisión. El anciano, que iba siempre adelante, con su perezoso paso, volvióse hacia Arturo cuando estuvieron ante la puerta del carcelero de guardia, como para presentar á su acompañante; el funcionario hizo una señal afirmativa con la cabeza, y Arturo entró sin que le preguntaran á dónde iba.

La noche era oscura, sin que las luces que brillaban débilmente en las ventanas de la prisión, detrás de las viejas cortinillas ó de las persianas rotas, contribuyesen á prestar alguna claridad. Unos cuantos prisioneros divagaban aún en aquel recinto, pero los más de los habitantes se habían retirado. El anciano, dirigiéndose hacia la derecha del patio, pasó por la tercera ó cuarta puerta, comenzando á subir luego por una angosta escalera.

Al llegar al segundo tramo detúvose un momento y abrió después la puerta: apenas lo hizo, Arturo divisó á la niña Dórrit, y explicóse entonces por qué tenía tanto empeño en comer sola.

Había llevado la carne que le dieran en la casa donde trabajaba, y disponíase á calentarla para su padre, que vestido con una vieja bata color gris y un pantalón negro, esperaba tranquilamente su cena. Un blanco mantel cubría la mesa ante la cual se había sentado, y en la que se veía todo lo necesario, tenedor, cuchillo, cuchara, salero, el vaso y un jarro de estaño para la cerveza; nada faltaba, ni aun algunos excitantes para aguzar el apetito, tales como una botella de esencia de pimienta roja y unos pepinillos.

La joven se estremeció, ruborizóse y palideció después; pero Arturo, más bien con su mirada que con un ligero movimiento de la mano, indicó á la pequeña Dórrit que se tranquilizase y no temiera nada de su parte.

—Guillermo—dijo el anciano,—he encontrado á este caballero... el señor Clennam, hijo de la amiga de mi sobrinita... En la calle me manifestó sus deseos de saludarte, pero no sabía si entrar ó quedarse fuera. Caballero—añadió volviéndose hacia Arturo,—aquí tiene usted á mi hermano Guillermo.

—Espero—dijo Clennam, algo cortado al pronto,—que el respeto que profeso á su hija explicará y motivará suficientemente el deseo de ser presentado á usted, caballero.

—Señor Clennam—contestó el decano levantándose y quitándose la gorra, pero de modo que se conocía su intención de volver á ponérsela en seguida,—es una honra para mí; sea usted bienvenido (al decir esto saludó profundamente,) caballero; Federico, una silla. Siéntese usted si gusta.

Dicho esto volvió á ponerse la gorra. En sus modales notábase cierto aire de benevolencia y de protección, el mismo que afectaba cuando recibía á los presos nuevos.

—Felicito á usted por su llegada—dijo,—como he felicitado ya á otros muchos caballeros. Tal vez sabrá usted... mi hija

Amy ha podido decírselo... que soy el Padre de la Mariscalía...

—Yo... así lo he oído decir—contestó Arturo, sin darse apenas cuenta de sus palabras.

—Supongo también que no ignorará usted que mi hija Amy ha nacido aquí; es una buena hija, caballero; desde hace largo tiempo mi consuelo y mi sostén. Amy, querida mía, puedes servirme ese plato; el señor Clennam dispensará las costumbres primitivas á que nos vemos reducidos en este modesto asilo. ¿Será descortesía preguntarle si tiene á bien?...

—Gracias, caballero—contestó Arturo.

Clennam no se explicaba la conducta de aquel anciano singular, y admirábale que no pareciese sospechar que su hija ocultaba sus relaciones de familia.

La niña Dórrit llenó el vaso de su padre, puso á su alcance los objetos que podía necesitar, y sentóse á su lado mientras cenaba. Sin duda para no faltar á una costumbre establecida, colocó ante sí un pedazo de pan y acercó el vaso á sus labios, pero Arturo observó su agitación, así como también que no probaba bocado. La mirada que fijaba en su padre, por lo cual no se habría podido determinar si le admiraba más que le compadecía, ó si estaba de él más orgullosa que avergonzada, pero que de todos modos revelaba abnegación y amor, impresionó profundamente á Clennam.

El Padre de la Mariscalía manifestaba á su hermano esa ligera condescendencia que se debe á un hombre amable y de buen corazón, que siempre se mantuvo en la obscuridad de la vida privada, sin poder alcanzar nunca una distinción social.

—Federico—dijo de pronto,—sé que tú y Fanny cenáis en la ciudad esta noche. ¿Qué has hecho de Fanny?

—Está paseando con Tip.

—Tal vez sepa usted, caballero Clennam—dijo el decano,—que Tip es mi hijo. Ha pasado una juventud muy atolondrada, y con dificultad encuentra ocasión de establecerse. ¿Es la primera vez que viene usted á este establecimiento?

—La primera.

—No le habría sido á usted posible, desde hace mucho tiempo, entrar aquí sin que yo lo supiera; ningún visitante de cierta importancia pasa un solo día sin serme presentado.

—En un solo día le han presentado hasta cuarenta ó cincuenta personas—dijo Federico con cierta expresión de orgullo.

—Sí—añadió el padre de la Mariscalía;—y aun á veces se

ha pasado de esta cifra; de modo que algún domingo, en la estación favorable, esto parecía la corte de un rey... Amy, hija mía—dijo interrumpiéndose,—toda esta tarde he tratado inútilmente de recordar el nombre de aquel caballero de Camberwell que me fué presentado el día de Navidad por aquel simpático traficante de carbón, cuya causa se aplazó seis meses.

—No recuerdo su nombre, padre mío.

—¿Y tú, Federico?

—Yo no creo haberle oído nombrar nunca.

Federico era la única persona de quien se podía esperar una noticia de este género.

—Vamos—dijo el decano,—no me acordaré por más que haga, del nombre de aquel caballero, que se condujo tan noblemente y con tanta delicadeza; pero como me refiero á una buena acción, creo, señor Clennam, que no le disgustará á usted saber de qué se trata.

—Al contrario—contestó Arturo, dejando de mirar á la joven Dórrit, que comenzaba á inclinar su graciosa cabeza, y cuyo pálido rostro expresaba de nuevo la inquietud.

—La acción—dijo el padre de la Mariscalía,—fué verdaderamente bella. El caballero á quien me refiero, señor Clennam, me fué presentado de un modo muy lisonjero para mí, y me habló no solo muy cortésmente, sino con... con... mucha instrucción. Díjome que poseía un jardín, si bien tuvo la delicadeza de no hablarme de ello al principio, sabiendo que los jardines están vedados para mí; y al fin me regaló un geranio magnífico que había mandado traer de su invernadero. Mientras yo admiraba los frescos colores del arbusto, enseñóme una faja de papel que le rodeaba, con este lema: *Para el Padre de la Mariscalía*. Pero... ¡hem!... aún había más: al despedirse me rogó que no quitase el papel hasta media hora después de haberse marchado. Yo... ¡hem! lo hice así, y hallé dentro dos libras esterlinas. Le aseguro á usted, señor Clennam, que he recibido... muchos... recuerdos de toda especie... ¡hem!... y valores diversos; y que estos... recuerdos fueron siempre... ¡hem!... por desgracia, muy aceptables; pero ninguno me causó tanta alegría como aquel.

Arturo iba á decir todo cuanto decir se puede en semejante circunstancia, cuando de pronto oyóse el toque de una campana y un rumor de pasos que se dirigían hacia la puerta: una linda joven, más desarrollada que la niña Dórrit, detúvose en

el umbral al ver á un extraño, y lo mismo hizo un joven que la acompañaba.

—Fanny—dijo el decano,—te presento al caballero Clennam. Señor Clennam, tengo el gusto de presentar á usted á mi hija mayor y á mi hijo. Esa campana anuncia á los visitantes que es hora de retirarse, y mis hijos vienen á darme las buenas noches; pero no vaya usted deprimida. Hijos míos—añadió,—si habéis de ocuparos en algún quehacer doméstico, el señor Clennam os dispensará, pues debe saber que sólo disponemos de una habitación.

—Yo no necesito más que pedir á mi hermana Amy el vestido blanco.

—Y yo mi ropa—añadió Tip.

La niña Dórrit abrió un cajón de un mueble muy viejo, cuya parte superior formaba una cómoda, mientras que la inferior podía servir de catre, y sacó dos paquetes, entregándolos á sus hermanos.

El señor Clennam aprovechó aquel momento para levantarse y pasear una mirada por toda la habitación: las paredes, completamente desnudas, habían sido pintadas de verde, al parecer por una mano inexperta, y en el fondo veíanse por todo ornamento algunas estampas; las cortinillas de las ventanas eran muy viejas y sólo un pedazo de alfombra sumamente gastada cubría el suelo en parte. En cuanto á la habitación, pequeña y angosta, estaba mal aireada, y el mueblaje era sumamente pobre.

La campana seguía tañendo, y Federico Dórrit manifestó deseos de retirarse.

—Vamos, Fanny, vamos—dijo volviendo á colocarse debajo del brazo la caja que contenía su cornetín de pistón,—¡vamos pronto, que cierran!

Fanny dió las buenas noches á su padre, saliendo con ligero paso; Tip había bajado ya, haciendo mucho ruido en la escalera.

—Venga usted, señor Clennam—dijo el anciano, que se alejaba arrastrando los pies, según costumbre,—¡ya cierran, caballero, ya cierran!

Arturo tenía dos cosas que hacer antes de marcharse: tratabase primeramente de ofrecer su recuerdo al padre de la Mariscalfa, sin ofender á su hija, y decir después alguna cosa á la joven, aunque sólo fuese una palabra, para explicarle el motivo de su visita.

—Permítame usted—dijo el decano de los presos,—acompañarle hasta la puerta.

La niña Dórrit se había deslizado ya fuera de la habitación, y por lo tanto hallábanse solos.

—No lo toleraré de ningún modo—se apresuró á contestar Arturo.—Permítame usted sólo ofrecerle...

Se oyó un sonido metálico.

—Señor Clennam, estoy profundamente agradecido, y crea...

Su interlocutor le había cerrado la mano, para impedir que nadie se enterase, y precipitándose hacia la escalera, no le dejó concluir la frase.

Arturo no encontró á la niña Dórrit al bajar, ni tampoco en el patio; pero como viese á dos ó tres individuos que se dirigían presurosos hacia la reja, siguiólos sin vacilar, y de pronto divisó á la costurera á corta distancia.

—Perdone usted que le dirija aquí la palabra—díjole Arturo,—y dispéñseme también la visita. Si he seguido á usted esta tarde, sólo me ha guiado la intención de servirla y ser útil á su familia. Ya sabe usted en qué posición estoy con mi madre, y no extrañará de consiguiente que jamás haya tratado de acercarme á usted en aquella casa; á pesar de mis buenas intenciones, hubiera temido infundirle envidia, irritarla tal vez, ó perjudicar á usted indirectamente. Lo que he visto aquí en tan corto espacio de tiempo aumenta mi deseo de serle útil; y olvidaría muchos disgustos si pudiese esperar que mereceré su confianza.

La pequeña Dórrit se había atemorizado al principio; pero á medida que Arturo hablaba, parecía tranquilizarse.

—Es usted muy bondadoso, caballero—contestó la joven,—y creo que habla con toda sinceridad, pero... siento que me haya usted seguido.

Arturo comprendió que estas palabras eran hijas de un sentimiento filial, y no contestó.

—Debo grandes favores á la señora Clennam—continuó la joven,—pues no sé qué hubiera sido de nosotros sin el trabajo que me ha proporcionado; y ahora temo que sea una ingratitude guardar secretos para con ella. Nada más puedo decir esta noche, caballero. Estoy segura de que nos quiere usted bien, y le doy por ello las más expresivas gracias.

—Permítame usted dirigirle una pregunta, antes de alejarse. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted á mi madre?

—Creo que dos años, caballero... ¡Ah! ya no toca la campana...

—¿Cómo la conoció usted? ¿La envió á buscar aquí?

—No; ni siquiera sabe que vengo á este lugar. Tenemos un amigo, un verdadero amigo... he anunciado que deseaba algún trabajo de costura y he dado las señas de su casa; él se encargó de poner los avisos en ciertos parajes donde no cuesta nada, y así la señora Clennam me conoció, enviando á buscarme. Pero, caballero, advierto á usted que van á cerrar la reja.

La niña Dórrit estaba tan agitada, y Arturo tan conmovido, al conocer aquellos primeros detalles de la historia de la joven, que le costaba separarse tan pronto; pero el silencio y la tranquilidad que reinaba en el patio advertíanle que debía salir de la prisión; y después de dirigir algunas bondadosas palabras á la joven, dejola volver al cuarto de su padre.

Pero ya se había retardado mucho; la reja interior estaba cerrada y la portería desierta. Después de llamar inútilmente varias veces, reflexionaba sobre la desagradable perspectiva de tener que pasar una mala noche, cuando oyó una voz á su espalda.

—¡Cogido en la ratonera!—exclamó la voz;—hétenos aquí obligados á pasar la noche al sereno... ¡Ah! ¿es usted, señor Clennam?

El que hablaba era Tip; los dos se miraron silenciosos un instante.

—Se ha quedado usted dentro—dijo el joven;—otra vez andará más listo.

—Pero usted también está encerrado—replicó Arturo.

—Un poco—repuso Tip con tono sarcástico,—un poco; pero no como usted. Yo soy de la casa.

—¿Y no podré hallar aquí un refugio?—preguntó Clennam.

—Lo primero que debe usted hacer es buscar á mi hermana Amy—contestó Tip, que acudía siempre á ella cuando se trataba de algún apuro.

—Prefiero pasearme toda la noche antes que molestarla—dijo Arturo;—una noche se pasa pronto.

—No se verá usted reducido á eso, por poco que quiera pagar una cama; si no le importa, podrá dormir en una de las mesas del café. Si le conviene, venga usted conmigo y le presentaré.

Cuando cruzaban el patio, Arturo fijó una mirada en la ventana de la habitación de donde acababa de salir, y vió, que aún brillaba luz.

—Sí, caballero—dijo Tip, siguiendo la dirección de la mirada de Clennam;—ese es el cuarto del decano; Amy pasará todavía una hora con él leyéndole el diario de ayer ó alguna otra cosa por el estilo, y después saldrá como una hada desapareciendo sin ruido.

—No le comprendo á usted.

—El decano, el autor de mis días, duerme en esa habitación, y Amy tiene la suya en el alojamiento del carcelero, es decir, en la primera casa al entrar—añadió Tip señalando la puerta,—y ocupa el primer piso bajando del cielo. Podría tener otra habitación mejor si durmiese en la ciudad; pero no quiere abandonar un momento al decano. ¡Pobre niña! le cuida día y noche.

Hablando así los dos paseantes, llegaron á la puerta de una especie de taberna situada en la otra extremidad de la prisión, y cuya sala, punto ordinario de reunión para los presos, estaba ya desierta; aún se veían allí, no obstante, los jarros de estaño, los vasos, las pipas, y la ceniza del tabaco, percibiéndose emanaciones bastante desagradables.

Después de pasear una mirada por aquel sitio, cuya existencia no podía sospechar, Arturo Clennam contempló los preparativos que se hacían para pasar la noche, figurándose aún que soñaba. Sin embargo, Tip, iniciado hacía mucho tiempo en todos los misterios de la localidad y admirador de los recursos culinarios del café, enseñó al punto á Clennam la cocina, el depósito de agua caliente y otras varias cosas que pudieran inducir á creer que para vivir bien, ser rico y sabio, no había nada como habitar la prisión de la Mariscalía.

Dos mesas unidas en un ángulo de la sala hicieron las veces de cama para Tip; Arturo fué invitado á ocupar las sillas y el sofá; pero no le fué posible conciliar el sueño entre aquella atmósfera impregnada de los miasmas de la cerveza, del tabaco y de los fósforos. La impresión que le causaba aquel sitio extraño, el sentimiento de la cautividad, el recuerdo de la habitación donde había estado y de aquella joven con formas de niña, en cuyo semblante había leído la historia de muchos años de padecimientos, impidieronle cerrar los ojos.

Varios pensamientos que se relacionaban con la prisión cruzaron por su mente uno tras otro, acosándole como otras tantas pesadillas. ¿Tendrán aquí ataúdes preparados, se preguntaba, para los que mueren en la prisión? ¿Dónde se entierra á los difuntos? ¿Qué ceremonias se observan? ¿Tendrá el

acreedor implacable derecho para reclamar el cadáver? ¿Qué probabilidades habría para evadirse?

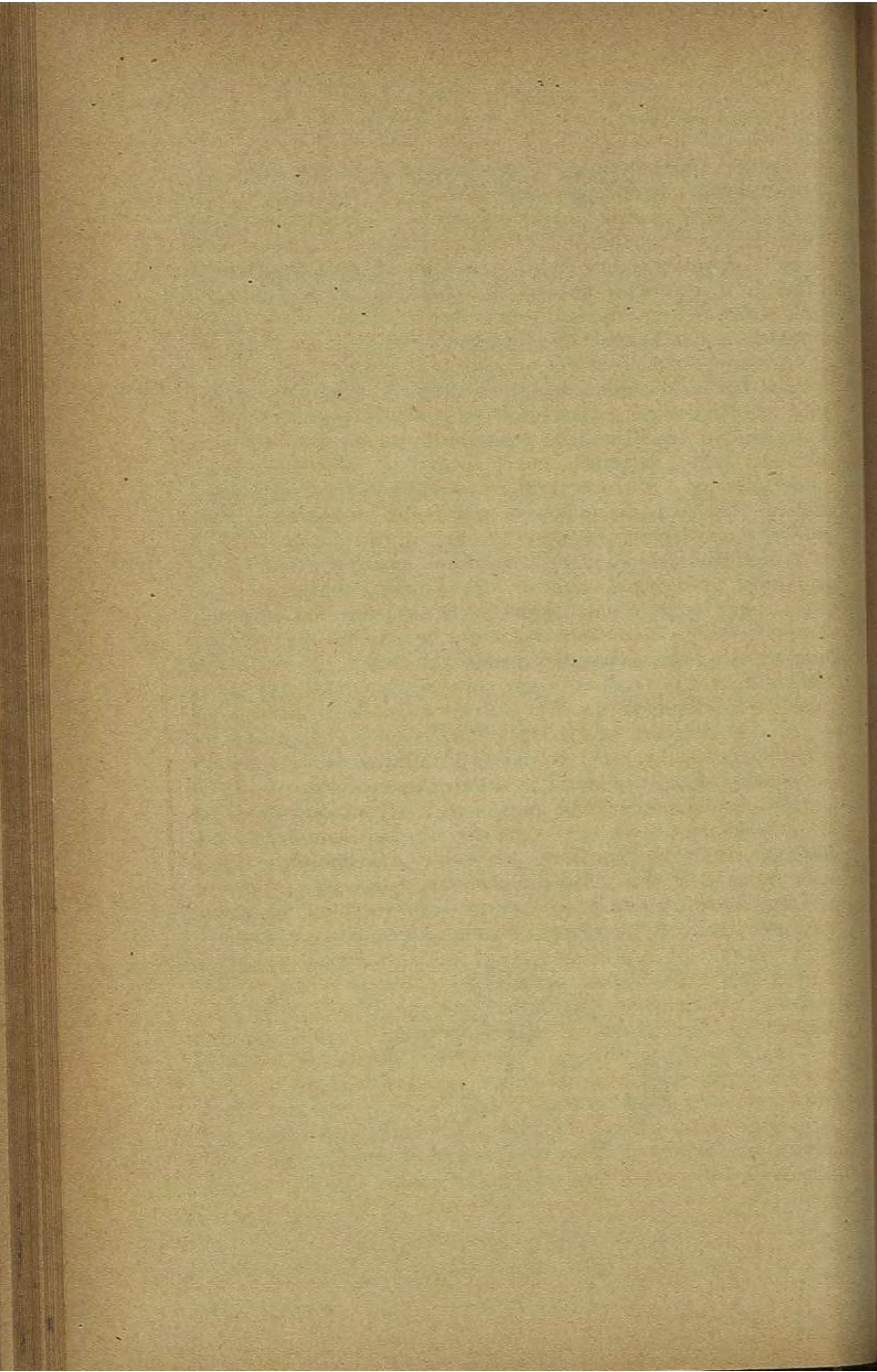
Después de hacerse estas preguntas, representábasele un cuadro en cuyo fondo veía tres personajes: su padre, con aquella mirada fija que había conservado hasta la hora de la muerte; su madre, rechazando las sospechas de su hijo; y la niña Dórrit, poniendo la mano sobre el brazo de su padre, mientras volvía la cabeza avergonzada.

Otra surgió de pronto en el espíritu de Arturo. ¿Tendría la señora Clennam alguna razón, ya antigua y conocida sólo de ella, para dulcificar su carácter con aquella joven? El prisionero que en aquel instante reposaba tranquilo, ¿debería acusar á la señora Clennam, en el juicio final, de haber ocasionado su ruina? ¿No era posible que algún acto secreto de su madre ó de su padre hubiesen contribuído, desde lejos, á sumir en la miseria á aquellos dos hermanos?

Y siguiendo el orden de sus ideas, Arturo se dirigió otra pregunta. ¿No podría ser que la señora Clennam viese en aquel largo encarcelamiento de los Dórrit entre los muros de una prisión, y en su cautividad entre las paredes de su cuarto una especie de balance de cuentas atrasadas? Sí, se diría la señora Clennam, confieso que soy en parte la causa de la ruina de ese hombre; pero he sufrido los mismos padecimientos que él; si él ha envejecido en su cárcel, yo he pasado los años en la mía, y por lo tanto hay compensación.

Cuando todos los demás pensamientos se hubieron desvanecido, quedó este último persistente; y como conciliase al fin el sueño un breve rato, representóse á su madre en el sillón de ruedas, y figurósele oírle decir, tan claramente como si le hablase al oído: «Ese hombre languidece en su prisión; yo languidezco en la mía; la justicia inexorable ha seguido su curso; ya está la cuenta saldada y quedamos en paz.»







CAPITULO IX

La madrecita

Perezosa en llegar hasta los muros de la prisión fué la luz del día siguiente y en reflejarse en las ventanas de la sala del café, no siendo tan bien recibida como otras veces, porque venía acompañada de un copioso chaparrón. Las ráfagas del equinoccio barrían los mares, y el viento imparcial del sudoeste no tuvo á menos visitar la prisión de la Mariscalía, por reducida que fuese esta localidad. Silbando á través del campanario de la iglesia de San Jorge, y haciendo girar rápidamente todas las veletas de las inmediaciones, precipitóse como ave de rapiña sobre el humo del barrio, lanzándolo contra la prisión, é introdujose al fin en las chimeneas de los presos que habían comenzado ya á encender fuego, faltando poco para asfixiarlos.

Arturo Clennam no estaba nada dispuesto á entregarse á la pereza, ni tampoco hubiera podido hacerlo en aquel sitio; pues muy de mañana llegó un dependiente para limpiar, encender el fuego, preparar la caldera, barrer y enarenar la

sala común. Gozoso al ver la luz del día, después de pasar tan mala noche, levantóse apenas pudo distinguir los primeros objetos que le rodeaban y se dirigió al patio, donde estuvo paseando dos largas horas antes de que abrieran la reja. Al fin giró ésta sobre sus goznes, y el llavero dejó salir á Clennam, que no pudo menos de experimentar un sentimiento de alegría al llegar al sitio donde había hablado á Federico Dórrit.

Arturo iba á salir ya del patio exterior, después de vacilar algunos minutos, cuando uno de los muchos recaderos que á todas horas andaban por allí acercósele para ofrecerle sus servicios; y entonces ocurrióle la idea de que aún podría hablar un poco con la niña Dórrit antes de irse. Sin duda se habría repuesto ya de su primera sorpresa, y no se negaría á escucharle más tranquilamente. Preguntó pues al oficioso servidor dónde estaba el establecimiento más próximo en que se pudiera tomar una taza de café, y el hombre le condujo á una especie de taberna situada en la misma calle á corta distancia de la prisión.

—¿Conoce usted á la señorita Dórrit?—preguntó Arturo á su acompañante.

—Sí, señor, conozco dos jóvenes de ese nombre; una que ha nacido en la Mariscalía...

—Esa es—interrumpió Arturo.

—¡Ah! me alegro; la conozco hace muchos años; la otra señorita Dórrit vive con su tío en la misma casa donde yo.

Esta contestación hizo reformar su proyecto á Clennam, que se proponía esperar en el café, encargando al mensajero que espicara la salida de la niña Dórrit y volviese corriendo á avisarle apenas la viera salir. Arturo pensó que sería mejor enviar una esquila á la joven, diciéndole que el visitante de la víspera deseaba decirle algunas palabras en casa de su tío. Clennam, que tenía ya noticias exactas sobre el domicilio del anciano, el cual vivía en la vecindad, despachó pues al mensajero, que partió loco de alegría al recibir una gratificación de dos chelines; y después de almorzar apresuradamente, dirigióse hacia la morada del viejo músico.

Había tantos inquilinos en aquella casa, tantas campanillas y timbres, que Arturo no sabía dónde llamar y estaba perplejo, cuando al volver la cabeza fijóse su atención en una placa que decía: *Instituto Cripples*, y debajo este rótulo: *Clase de noche*; un muchacho de rostro muy pálido se asomó en aquel

instante á una ventana, y Arturo le preguntó por la persona que buscaba.

—¿El señor Dórrit?—repitió el chico:—tercera campanilla á la derecha, y un solo golpe con el aldabón.

Clennam fué á llamar á la puerta que se le indicaba, y poco después abrióla el mismo anciano, que tardó algunos minutos en reconocer al visitante.

—¡Ah!—exclamó;—¿con que ha quedado usted cogido anoche?

—En efecto, señor Dórrit; y ahora he venido con la esperanza de ver aquí á su sobrina.

—¡Oh!—repuso el anciano con aire distraído,—ya comprendo que la presencia de mi hermano pudo molestarle; es natural. ¿Quiere usted subir y esperar en mi cuarto?

—Con mucho gusto.

Volviéndose con la misma lentitud que empleaba para todo, el anciano comenzó á subir por una escalera estrecha sirviendo de guía á su visitante. En aquella casa faltaba aire y percibíanse emanaciones malsanas; las ventanillas de la escalera daban á otras de la parte posterior de la casa contigua, en las cuales pendían trapos, ropa sucia y cuerdas, formando el todo un conjunto nada agradable á la vista.

En breve llegaron á una especie de buhardilla que daba al patio, donde en una habitación nauseabunda, cuyo principal mueblaje consistía en una cómoda vieja y un catre, veíanse sobre una mesa rota los restos de un almuerzo compuesto de café y tostadas. Allí no había nadie; el anciano, después de reflexionar un momento, murmuró que Fanny se había escondido, y dirigióse á una habitación contigua para llamarla. Entonces Arturo observó que sujetaban la puerta por dentro y pudo oír una voz que decía: «No abras, torpe.» Clennam supuso que la señorita Fanny estaría en traje de mañana, hipótesis que se confirmó por una mirada indiscreta que le permitió ver los bajos de un refajo de lana. El anciano volvió con paso vacilante y sentóse junto á la chimenea para calentarse las manos maquinalmente, pues ni hacía frío ni él se preocupaba del estado de la temperatura.

—¿Qué opinión tiene usted de mi hermano, caballero?—preguntó después de una pausa, cuando hubo echado de ver lo que hacía.

—Me alegro mucho de haberle conocido y de verle tan bueno y tan conforme con su suerte.

—¡Ah! Tan conforme con su suerte—murmuró el anciano;—sí, sí, es verdad.

Al decir esto, Federico Dórrit buscó en la chimenea su tabaquera de papel y tomó un polvo de rapé con su acostumbrada lentitud.

—¿Y qué piensa usted de Amy, señor Clennam?

—Me ha conmovido mucho, señor Dórrit, todo lo que presencié ayer y lo que de ella he sabido.

—Yo no sé—repuso el anciano,—lo que Guillermo hubiera hecho sin el auxilio de Amy, ni lo que sería de todos nosotros á no ser por ella.

Dicho esto, el anciano, sin pensar más en su visitante, continuó el almuerzo interrumpido; pero á poco resonó la tercera campanilla de la derecha.

—Será Amy—murmuró el tío Federico.

Y dirigiéndose á la escalera, comenzó á bajar muy despacio para abrir, dejando en el espíritu de su visitante, poco acostumbrado á semejante espectáculo, una imagen bastante viva de sus manos sucias, de su semblante arrugado y de su decrepitud.

Amy subió la escalera detrás de su tío, vestida siempre con la misma sencillez, y con el mismo aire tímido; sus labios estaban entreabiertos, cual si su corazón hubiese latido con más fuerza que de costumbre.

—Amy—le dijo su tío,—el señor Clennam te espera hace rato.

—Me he tomado la libertad de enviar á usted un mensajero—añadió Arturo.

—El cual ha desempeñado su comisión, caballero.

—¿Irá usted á casa de mi madre esta mañana? Me parece que no, pues llegaría usted más tarde que de costumbre.

—No iré hoy; pues no me neces'tan.

—¿Quiere usted permitirme que la acompañe un poco por el camino que deba seguir? De este modo podría hablar con usted andando, sin detenerla aquí y sin abusar más tiempo de la hospitalidad de su tío.

La joven pareció vacilar al oír esta pregunta, pero al fin contestó:

—Como usted guste.

Arturo fingió que se le había olvidado el bastón, á fin de dejar á la niña Dórrit el tiempo suficiente para arreglar la cama, contestar á varios golpes impacientes que Fanny descargaba en la pared del cuarto contiguo, y hablar algunas pa-

labras con el anciano. Después volvió á buscar á la joven, y ambos bajaron la escalera, despidiéndolos á la puerta el anciano, quien seguramente les olvidó antes de que llegasen á la calle.

Arturo Clennam ofreció su brazo á la joven, y ésta lo aceptó.

—¿Quiere usted—preguntó Arturo,—que vayamos por el puente colgante? Así estaríamos más lejos del ruido de la calle.

—Como usted guste—volvió á contestar la niña Dórrit.

El viento seguía soplando con fuerza, y las calles estaban cubiertas de barro, aunque ya no llovía. A Clennam le parecía tan joven la pequeña Dórrit que más de una vez estuvo á punto de hablarle como á una niña. Acaso pensara también ella que su acompañante tenía demasiada edad.

—Siento mucho que haya sufrido usted tanta molestia por quedarse esta noche en la prisión—dijo la niña Dórrit;—es verdaderamente fastidioso.

—No importa; he tenido buena cama.

—Sí, sí—contestó la joven con viveza,—creo que hay buenas camas en el café.

Arturo observó que para la niña Dórrit, á juzgar por su tono, el café debía ser un palacio, del que estaba orgullosa.

—Ya sé—dijo la joven,—que todo cuesta allí muy caro; pero mi padre me ha dicho que se puede obtener una comida magnífica, y que hasta hay vino—añadió con timidez.

—¿Ha comido usted allí algunas veces?

—¡Oh! no; sólo he ido á la cocina á buscar agua caliente.

—Le pregunté á usted ayer tarde—dijo Arturo, cambiando de conversación,—cómo había conocido á mi madre, y ahora quisiera que me dijese si ha oído pronunciar su nombre alguna vez antes de que la enviase á buscar.

—No, caballero.

—¿Piensa usted que su padre la conozca?

—No, señor.

Manifestaba tanta sorpresa la mirada de la joven cuando se cruzó con la de su acompañante, que Arturo creyó conveniente añadir:

—Tengo mil razones para dirigirle esta pregunta, aunque no pueda explicárselas satisfactoriamente; pero no vaya usted á suponer, ni por asomo, que hay motivo para que le ocasionen la menor inquietud. ¿Me asegura usted, pues, que en nin-

guna época de la vida de su padre le fué conocido particularmente mi nombre de Clennam?

—Sí, señor.

Arturo comprendió por la entonación de su voz que la joven le miraba otra vez, con los labios entreabiertos, lo cual indicaba en ella una gran agitación interior; y para no intimidarla más no la miró ni le dirigió nuevas preguntas.

De este modo avanzaron por el puente colgante, que al separarse de las calles tumultuosas estaba tan tranquilo, como la campiña. El viento impelía con violencia las nubes diseminadas en un cielo color de plomo; el humo y la niebla parecían querer competir en celeridad con aquellas; y las oscuras aguas del río se precipitaban en la misma dirección.

—Permítame usted que la deje en coche—dijo Arturo.

La joven se apresuró á rehusar, alegando que ni la lluvia ni el sol la molestaban mucho, por estar acostumbrada á salir en todo tiempo.

Arturo sabía que era verdad, y por eso le inspiró más compasión, al pensar que aquel débil sér debía atravesar de noche las calles húmedas, sombrías y ruidosas de Londres, para dormir en un sitio tan triste como el de que acababa de salir.

—Manifestó usted ayer tarde tanto interés por mí—dijo la joven Dórrit,—y he sabido luego que había sido tan generoso con mi padre, que no he podido menos de acceder á lo que me pedía en su mensaje, aunque sólo fuera para darle gracias; pero particularmente para decirle...

La joven vaciló, y dos lágrimas asomaron á sus ojos, aunque no corrieron por sus mejillas.

—¿Qué?

—Que espero que no juzgará usted equivocadamente el carácter de mi padre, considerándole como á cualquier individuo de fuera de la prisión. ¡Hace ya tanto tiempo que está allí! Yo no le he visto nunca en otra parte; pero sé que ha debido cambiar por muchos conceptos, desde que se halla encerrado.

—Crea usted que no estoy nada inclinado á juzgar injusta ó severamente de su padre—contestó Arturo.

—No lo digo—continuó la joven con cierto orgullo,—porque tenga motivo para sonrojarme de él. Es preciso conocerle; todo lo que pido es que se le haga la justicia de recordar su vida pasada. Cuanto le ha dicho á usted es exacto en un todo, y ha sucedido tal como se lo cuenta. Se le respeta mucho; todos los presos nuevos se felicitan de conocerle, y su

sociedad es más buscada que la de ningún otro detenido. No se hace tanto caso del gobernador como de mi padre.

No podía darse un orgullo más dispensable que el de la niña Dórrit al hablar del autor de sus días.

—Con frecuencia he oído decir—repuso Clennam,—que sus modales son los de un caballero; no he visto allí á nadie que por tal concepto pueda rivalizar con él, y muy por el contrario, todos reconocen que es superior á los demás presos. Por esto le hacen regalos, tanto como porque es pobre. ¿Quién podría hacerse rico habitando una prisión por espacio de veinticinco años?

¡Qué tierno afecto había en las palabras de Arturo, qué simpatía en sus lágrimas contenidas, qué abnegación en su alma, qué sinceridad en su afán de rodear al anciano de una aureola, ay, poco merecida!

—Si he creído que debía ocultar las señas del lugar donde habito—continuó la joven,—no es porque me avergüence de mi padre. ¡Dios me libre! ni tampoco tengo tan á menos como podría creerse el vivir donde v.vo, pues los que ingresan en la prisión no son por ello necesariamente malos; he conocido á muchas personas industriosas y honradas que fueron conducidas allí sin culpa; y casi todas deben tener buen corazón, puesto que se ayudan entre sí. Sería demasiado ingrata si olvidase que he pasado muchas horas tranquilas y agradables en esa prisión; que siendo aun muy niña, encontré un excelente amigo que me amaba mucho; que allí he aprendido lo que sé; y que allí he trabajado y dormido tranquilamente. Fuera cobardía y malignidad no tener un poco de cariño á todo esto.

Aliviada por estas confidencias que daban á conocer su noble corazón, la niña Dórrit dirigió á su nuevo amigo una mirada que parecía implorar su indulgencia, y añadió con modestia:

—No tenía intención de decirle á usted tanto, y es la segunda vez que trato de este particular; pero me parece que así podrá usted juzgar de las cosas mejor que ayer tarde. Le dije á usted que sentía que me hubiese seguido; ahora, caballero, no lo siento tanto, con tal de que no piense...; y hasta diré que no lo siento nada, si es que no he hablado demasiado confusamente para que... me comprenda bien, pues temo lo contrario.

Arturo contestó sinceramente que comprendía muy bien;

y colocándose de modo que pudiera preservar mejor á su compañera del viento que soplabá con fuerza, añadió:

—Ahora me siento más animado para dirigir á usted algunas preguntas, á fin de obtener varios datos, si es posible. ¿Tiene muchos acreedores su papá?

—¡Oh! muchos.

—Me refiero á los acreedores que le retienen donde se halla.

—¡Oh! sí, muchos.

—¿Sabe usted... podría obtener este dato en otra parte si no le es posible facilitarlo... sabe usted cuál de ellos es el más influyente?

La niña Dórrit contestó, después de reflexionar un poco, que recordaba haber oído hablar en otro tiempo de un tal Tito Barnacle, personaje muy poderoso, que era comisionado del gobierno, ó individuo de un Consejo, ó Administrador, ó alguna cosa por el estilo. Habitaba, según creía, Grosvenor-Square, ó cerca de allí, y desempeñaba un alto cargo en el ministerio de Circunlocuciones. La niña Dórrit parecía haberse formado desde su infancia una idea tan terrible de este formidable Tito Barnacle y del ministerio de Circunlocuciones, que sólo el nombre la intimidaba.

—No sería malo—pensó Arturo,—ir á ver á ese señor Tito Barnacle.

—¡Ah!—exclamó la joven, moviendo la cabeza con cierto aire de desesperación,—muchas personas trataron en otro tiempo de sacar de su encierro á mi pobre padre; pero no sabe usted cuán difícil sería conseguirlo.

La joven había olvidado por un momento su timidez, en su sincero deseo de alejar á su nuevo amigo del barco naufragado que él intentaba sacar á flote; y mirándole con una expresión que revelaba su pensamiento añadió:

—Aunque consiguiera ponerle en libertad... lo cual es de todo punto imposible... ¿dónde y cómo viviera ahora mi padre? Con frecuencia he pensado que el salir de donde está, distaría mucho de ser una ventaja para él. Probablemente el mundo exterior no formaría de mi padre tan buena opinión como los que habitan la Mariscalía, ni le tratarían tampoco con tanta bondad; y por otra parte, tal vez le costaría muchísimo acostumbrarse á nueva vida.

Al pronunciar estas palabras, la niña Dórrit no pudiendo contener sus lágrimas, con sus manecitas se cubrió el rostro; pero al momento se repuso y añadió:

—Sería un nuevo pesar para mi padre saber que yo trabajo

á fin de ganar un poco de dinero, y que mi hermana hace otro tanto. ¡Se inquieta tanto por nuestra suerte, y es tan buen padre!

Arturo dejó pasar aquel momento de aflicción de su compañera, que no estaba acostumbrada á pensar en sí misma ni á importunar á los demás con sus confidencias, y cuando lo creyó oportuno, continuó su interrogatorio:

—¿Tendría usted mucha satisfacción si su hermano recobrase la libertad?

—¡Oh! me daría por feliz.

—Pues bien, esperemos que se podrá hacer algo por él. ¿No me habló usted ayer de un amigo?...

—Sí, un tal Plornish—contestó la pequeña Dórrit.

—¿Y dónde vivía?

—En el pasaje llamado del Corazón Sangriento; pero sólo era albañil—añadió la joven, como para advertir á Clennam que no debía hacerse ilusiones sobre la posición social de Plornish.—Creo que habita la última casa.

Arturo apuntó las señas y dió las suyas. Había hecho ya todo lo que esperaba hacer por el pronto; pero no quería separarse de su compañera sin convencerla de que podía contar con él para todo.

—Ya tenemos las señas de un amigo—dijo Arturo, guardando la cartera en el bolsillo;—y ahora, permítame usted asegurarle que tiene en mí un protector; puede estar convencida de ello; yo no hago cumplidos ni añadiré, por lo tanto, una palabra más sobre este particular.

—Es usted verdaderamente bueno para mí, caballero—contestó la niña Dórrit,—y no es necesario que me dé usted seguridades, porque le creo de todo corazón.

Arturo y su compañera cruzaban por calles cubiertas de lodo, codeados á cada instante por aquella multitud de vendedores y vagabundos que pululan en los barrios pobres; nada había allí que pudiese recrear ninguno de los cinco sentidos; pero aquel paseo entre el ruido, el barro y el viento, tenía un encanto indecible para Clennam. ¿Consideraba siempre á su compañera como una niña? ¿Y no le parecía á la joven que su acompañante tenía demasiada edad? ¿No eran el uno para el otro un misterio impenetrable en aquel encuentro predestinado de sus existencias? Poco nos importa saberlo por ahora. Arturo Clennam sólo pensaba entonces en la precaria situación de la joven, en su solicitud cariñosa para con los demás, en su inocencia y en su juventud.

Habían llegado á High-Street (calle Alta,) donde estaba la prisión, cuando oyeron una voz que gritaba á sus espaldas:

—¡Madrecita, madrecita!

La niña Dórrit se detuvo, y vió una mujer extraña que, corriendo hacia ellos, cayó en el lodo, con su cesta de patatas, las cuales se diseminaron, quedando sepultadas en el barro.

—¡Oh! Maggy—exclamó la niña Dórrit,—¡qué torpeza!

La mujer, que no se había hecho daño, levantóse presurosamente y comenzó á recoger sus patatas, en cuya operación la ayudaron Arturo y la joven. Maggy encontraba pocos de sus tubérculos, pero en cambio recogió gran cantidad de lodo, hasta que al fin consiguió colocarlas todas de nuevo en la cesta; hecho esto, la buena mujer se limpió la cara con la punta del pañuelo, y entonces Clennam pudo ver sus facciones.

Era mujer de unos veintiocho años, corpulenta, de manos y pies muy grandes, ojos casi incoloros y transparentes, y escaso cabello. Su fisonomía, bastante fea, hubiera sido casi repugnante á no ser por la sonrisa que continuamente entreabría sus labios. Un gran gorro blanco, adornado de cintajos, dificultaba de tal modo el equilibrio de su raído sombrero negro, que éste pendía de las cintas sobre la espalda. Sólo una comisión de traperos hubiera sido capaz de hacer un informe sobre las telas que componían el vestido de aquella mujer, que á vista de pájaro parecía una colección de hierbas marinas, á la que se hubiese agregado en algunos sitios una gigantesca hoja de te; en cuanto á su chal, hubiérase dicho que había cocido mucho tiempo en una cafetera.

Arturo miró á la niña Dórrit con una expresión que parecía preguntar quién era aquella mujer.

—Es Maggy, caballero—contestó la joven, que había comprendido al punto aquella muda interrogación.

—Maggy—contestó como un eco la mujer.

—Es la nieta...—añadió la joven.

—Es la nieta—repitió Maggy.

—De mi anciana nodriza, que murió hace largo tiempo—acabó de decir la niña Dórrit.—No puede usted figurarse qué buena es esta mujer.

—Ella sí que es buena—dijo Maggy.

—Para los recados no hay otra más lista—continuó la joven;—es tan fiel como el Banco de Inglaterra y gana su vida sin pedir nada á nadie. Me ha manifestado siempre el más cariñoso afecto.

A cada uno de estos elogios, Maggy sonreía con marcada satisfacción.

—¿Cuál es su historia?—preguntó Clennam.

—¡Oh! muy sencilla; tenía una madrastra que no la trató muy bien. A los diez años fué atacada de una fiebre maligna y la pobre Maggy hubo de ir al hospital para curarse; pero dice que desde aquella época no ha envejecido, y siempre responde que tiene diez años cuando le preguntan su edad.

—Sí, á los diez años—repitió la mujer;—pero ¡qué hermoso hospital! ¡allí se vive bien!

—Antes de ir no había gozado un momento de tranquilidad—añadió la niña Dórrit,—y por eso no se cansa nunca de elogiar aquel establecimiento.

—¡Qué buenas camas!—exclamó Maggy,—¡qué limonadas, qué naranjas, qué vino y qué caldos! ¡Oh! ¡es un sitio delicioso para los que pueden estar allí!

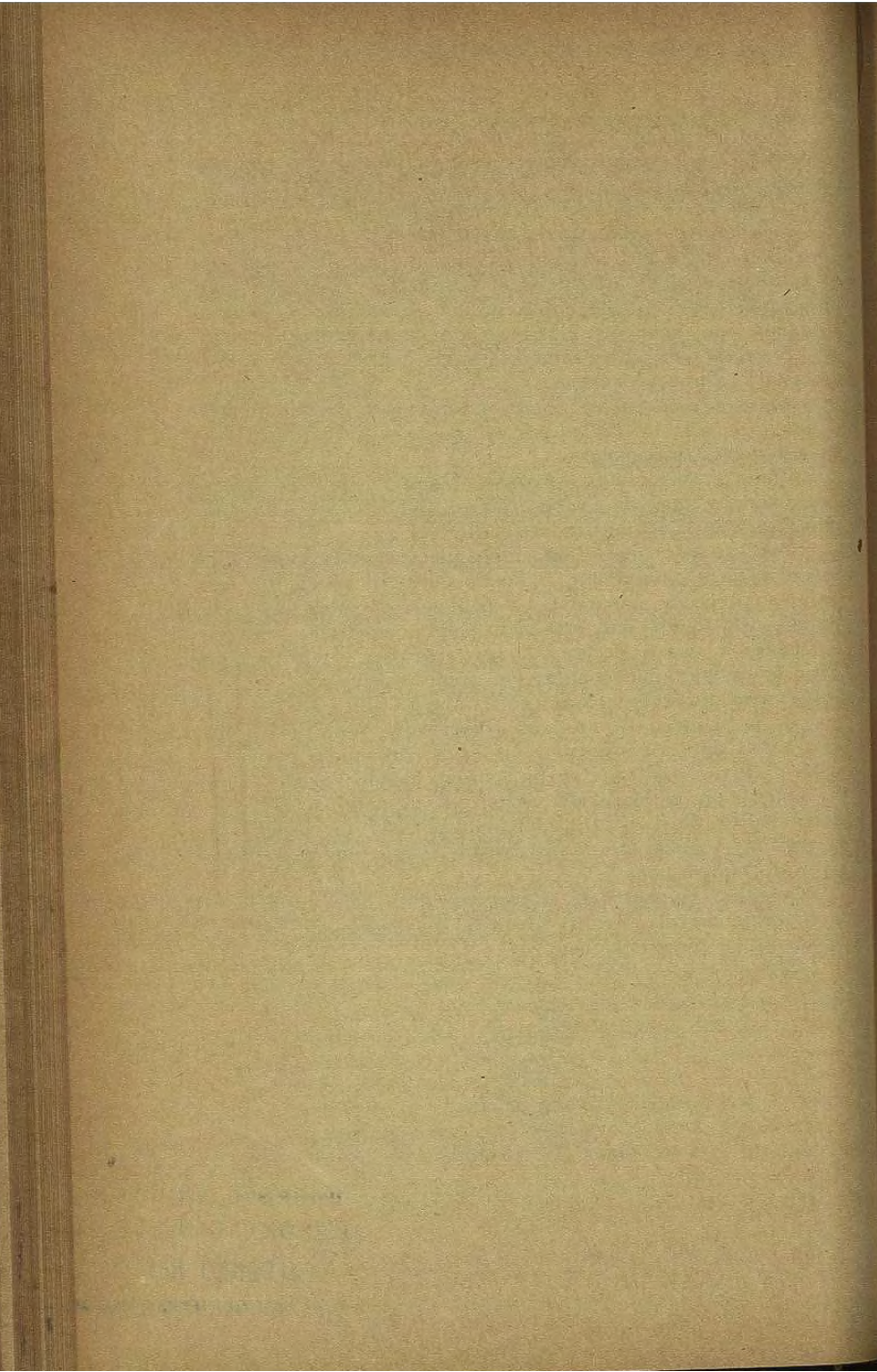
—Por eso permaneció en el hospital mientras pudo—dijo la niña Dórrit,—hasta que al fin no quisieron albergarla más tiempo y hubo de marcharse. La madrastra no sabía qué hacer de ella, y la trataba muy mal; pero al fin la muchacha comenzó á atender lo que le decían y á ser laboriosa, y poco á poco ganó lo bastante para mantenerse, como lo hace hoy.

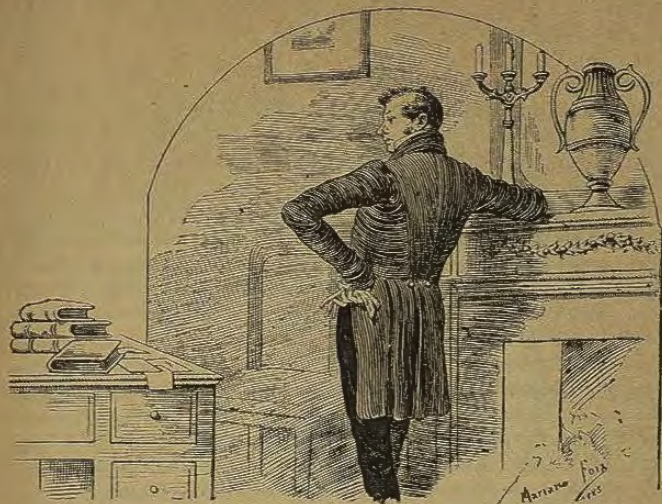
Clennam no necesitaba ver cómo Maggy acariciaba las manos de la pequeña Dórrit, para comprender desde luego que ésta había sido la consejera y protectora de aquella mujer.

La excursión tocaba á su fin, porque habían llegado al patio exterior de la Mariscalía; Arturo se despidió de la joven, deteniéndose después para contemplarla hasta que penetró en la prisión: seguida de su corpulenta amiga, nunca le había parecido tan pequeña.

Y mientras la puerta de la jaula se abría para dar paso á la inocente avecilla, Arturo Clennam se alejaba con lentitud, abismado en sus reflexiones.







CAPITULO X

En el cual se trata de la teoría del arte de gobernar

Nada nuevo anunciaríamos á nuestros lectores al decirles que el ministerio de Cincunlocuciones es el más importante de todos los ministerios, pues sin su consentimiento é intervención no se puede despachar negocio alguno bajo ningún pretexto, sea del género que fuere. Sin autorización expresa de este ministerio sería imposible legalizar el acto más justo ni reparar el daño más evidente. Si se llegase á descubrir una segura conspiración de la pólvora treinta minutos antes de la hora fijada para prender fuego á la mecha, nadie se creería con derecho á impedir que se volase el edificio del Parlamento antes que el ministerio de Cincunlocuciones hubiese nombrado una comisión tras otra, expedido centenares de informes oficiales, y una correspondencia, poco gramatical, pero bastante voluminosa para llenar el panteón de una familia.

Esta gloriosa administración comenzó á funcionar desde que se reveló claramente á los hombres de Estado el único y sublime principio que encierra, por decirlo así, todo el arte de gobernar un pueblo. Fué la primera en estudiar esta

brillante revelación, aplicando después su saludable influencia á todo el mecanismo de los procedimientos oficiales. Si se trata de hacer alguna cosa, el ministerio de Circunlocuciones usara á todas las demás administraciones públicas en lo de saber cómo ha de procederse... PARA NO HACERLA.

Gracias á su delicada intuición, gracias al tacto con que se aprovecha de ella, y gracias, en fin, al genio que despliega en la práctica, el ministerio de Circunlocuciones ha llegado á eclipsar á todos los demás centros públicos; y la situación del Estado ha podido elevarse hasta... mejor es verlo que decirlo.

Esta administración ha concluido por llegar á ser un plantel tan admirable de hombres de Estado, que varios lores de modales rígidos y aspecto imponente pasan por prodigios de la humanidad en la práctica de los negocios sólo por haber dirigido algún tiempo el ministerio de Circunlocuciones, ejercitándose en el arte de entorpecer de todos modos el mecanismo de la administración. En cuanto á los sacerdotes y á los iniciadores inferiores de este templo político, el sistema ha tenido por resultado dividirlos en dos bandos, en los que figura hasta el último dependiente de aquel centro; los unos consideran al ministerio de Circunlocuciones como una institución divina, que tiene derecho absoluto para poner trabas á todo; mientras que los otros, manifestando su completa incredulidad, la califican de flagrante abuso.

Los Barnacle ayudan hace mucho tiempo á dirigir el ministerio de Circunlocuciones; y hasta diremos que la rama de Tito Barnacle cree tener derechos adquiridos sobre todos los destinos que se otorgan para este centro, tanto que llevaría muy á mal que ninguna otra rama tratase de introducirse. La familia de los Barnacle es muy distinguida; sus individuos están diseminados en todas las oficinas públicas y desempeñan diversos cargos oficiales, de lo cual resulta que, ó bien el país está agobiado bajo el peso de los servicios que los Barnacle prestan, ó bien éstos no pueden ya con el peso de los beneficios del país: los Barnacle tienen su opinión, y el país la suya.

El señor Tito Barnacle, que en la época á que nos referimos tenía el encargo de preparar y facilitar datos al diplomático que entonces se hallaba al frente del ministerio de Circunlocuciones, poseía más sangre ilustre en las venas que dinero en el bolsillo. En su calidad de Barnacle, disfrutaba de un empleo que era una especie de canongía bastante pro-

vechosa, y gracias también á su nombre, había podido colocar á su hijo Barnacle, joven, en el mismo departamento. Desgraciadamente había contraído enlace con la señorita Zancos, tan rica como él en sangre noble, como él igualmente pobre en bienes; y de esta unión habían nacido un hijo y tres hijas. Las necesidades de Barnacle joven y de sus tres hermanas hacían subir mucho los gastos personales de cada cual; así es que al señor Tito Barnacle le parecían muy largos los intervalos que transcurrían entre cada pago trimestral de su sueldo, atribuyéndolo á la mezquindad del país.

El señor Arturo Clennam se presentó por quinta vez una mañana en el ministerio de Circunlocuciones, preguntando por el señor Tito Barnacle. Los días anteriores había esperado sucesivamente á este personaje en una antecámara, en una galería de cristales, ó en un recibimiento, donde la administración parecía concentrar su provisión de corriente de aire; pero esta vez no se contestó al solicitante que el señor Tito estaba en conferencia con el noble prodigio que dirigía el ministerio; dijéronle que se hallaba ausente, pero que Barnacle hijo, el satélite secundario de aquel astro imponente, estaba visible en el horizonte.

El señor Clennam, habiendo contestado que deseaba hablarle, fué introducido al momento, y halló al joven Barnacle tostándose los muslos ante el hogar paterno, apoyado contra la meseta de la chimenea. Era un salón espacioso, elegantemente amueblado según el estilo de la alta burocracia: espesa alfombra, mesa de despacho revestida de baqueta, pupitre de lo mismo, sillón formidable, cajones de la correspondencia con etiquetas, como los frascos de una botica, muebles de caoba; y en fin, un conjunto grandioso que daba idea de la majestad del Barnacle ausente.

En cuanto á su satélite, que aún tenía en la mano la tarjeta del señor Clennam, parecía muy joven, y lo primero que en él llamaba la atención eran sus patillas, verdaderamente inverosímiles, pues asemejábanse á una especie de parche de pelusa; un escaso bozo apenas sombreaba la barbilla y el labio superior; por lo demás, tenía unas formas tan endebles, que nadie le hubiera creído capaz de resistir un invierno. Llevaba suspendido del cuello un precioso lente, mas por desgracia, los ojos del empleado tenían unas órbitas tan planas y párpados tan flojos, que el cristal no se sostenía, y cayendo á cada instante, producía un ruido molesto al chocar con los botones del chaleco.

—Mi padre no está aquí, ni vendrá en todo el día—dijo Barnacle el joven.—¿Se trata de alguna cosa que yo pueda hacer?

—Le agradezco su buena voluntad—contestó Clennam,—pero deseo hablar particularmente con su señor padre.

—Pero, diga usted: ¿tiene usted concedida audiencia?

—Esto es precisamente lo que deseo.

—Vamos á ver ¿se trata de algún negocio público?

Barnacle hijo se pone el lente, que ha caído ya tres veces y vuelve á preguntar, observando antes un momento la tez curtida de su interlocutor.

—Diga usted, ¿se trata de un cargamento ó de alguna cosa por el estilo?

—No señor, no se trata de eso.

—Veamos pues, ¿será un asunto puramente personal?

—No sé á punto fijo; es cuestión de un tal Dórrit.

—Pues le queda que hacer una cosa; pásese por nuestra casa, si se dirige hacia esa parte, es decir, por *Mews Street*, en *Grosvenor Square*, número 24. Mi padre padece un ataque de gota que le obliga á permanecer en casa.

—Gracias, caballero—contesta Clennam;—voy ahora mismo.

Barnacle hijo queda desconcertado, pues no imaginaba de modo alguno que á nadie se le ocurriera seguir su consejo.

—¿Está usted seguro—pregunta Barnacle hijo, renunciando con sentimiento á su primera idea luminosa,—que no se trata de cargamento?

—Completamente seguro, caballero.

Dicho esto, el señor Clennam se retiró para proseguir sus investigaciones, preguntándose qué habría sucedido en el caso de haber tenido que tratar sobre tonelaje.

Mews Street, ó la calle de *Mews*, á pesar de hallarse muy cerca de un barrio aristocrático, es una sucia callejuela, donde apenas se ven más que algunas tapias, cuadras y cocheras; sólo á la entrada hay dos ó tres casuchas que á pesar de sus malas condiciones se alquilan á precios fabulosos, porque son dependencias ínfimas del barrio á la moda. Cuando alguna de ellas se desocupa, lo cual sucede rara vez, porque son muy buscadas, el administrador anuncia que se alquila «una residencia de caballero situada en el barrio aristocrático, habitado únicamente por la alta sociedad.»

Si una residencia de caballero no hubiese sido un accesorio obligado para la noble familia de los Barnacle, el señor Tito Barnacle hubiera podido elegir, entre diez mil casas, una que fuese cincuenta veces más cómoda y una tercera parte más

barata; pero era indispensable habitar en una «residencia de caballero,» y el jefe de la noble rama la ocupó, sacrificando su comodidad en los reducidos límites de aquella morada.

Arturo Clennam se detuvo ante la casa señalada con el número 24, notable sólo por su extravagante estilo arquitectónico, y llamó.

Un momento después abrióle la puerta un lacayo, que por su aspecto sucio, su corpulencia y su color amarillento, debía tener con sus colegas de Grosvenor-Square la misma relación que las casuchas de la calle de Mews con las de aquel barrio aristocrático.

—Haga usted el favor de entregar esta tarjeta al señor Tito Barnacle—le dijo Clennam,—advirtiéndole que vengo por indicación de su señor hijo.

El lacayo reflexionó un momento al mirar la tarjeta é invitó al visitante á entrar.

Fué necesaria alguna precaución para no dar de narices contra la primera puerta que se encontraba después de entrar, á causa de la estrechez del paso y de la obscuridad, pero el visitante pudo al fin avanzar sano y salvo hasta el recibimiento, donde el lacayo le dejó solo mientras pasaba recado. A los pocos instantes volvió y dijo á Clennam que el señor Barnacle estaba dispuesto á recibirle; invitóle á subir por una estrecha escalera y le acompañó hasta la puerta de un saloncito, donde, con un pie apoyado en un taburete, hallábase el señor Barnacle en persona, imagen viva del arte de no hacer nada. Este personaje, tipo especial, tenía el cuello rodeado de una gran corbata blanca; el cuello y los puños de su camisa eran postizos; del bolsillo de su chaleco pendía una gruesa cadena con varios dije; la levita y el pantalón, muy ajustados, no presentaban ni un solo pliegue, y las botas ostentaban una rigidez admirable. En una palabra, nuestro personaje estaba soberbio, magnífico é inabordable; y si á esto añadimos que había estudiado detenidamente sus ademanes para producir el mayor efecto, se tendrá el verdadero retrato del señor Tito Barnacle.

—¿El señor Arturo Clennam?—preguntó el personaje saludando;—sírvese usted tomar asiento.

Clennam se sentó.

—Si no me engaño, creo que ha ido usted varias veces á preguntar por mí al ministerio de Circunlocuciones—dijo Barnacle, recalando con énfasis en la última palabra.

—Me he tomado esta libertad.

El señor Barnacle saludó con aire solemne, como diciendo: «Es en efecto una libertad, pero tómese ahora la de explicar el objeto de su visita.»

—Permítame usted decirle ante todo—repuso Clennam,—que acabo de pasar algunos años en la China; que soy casi un extranjero en mi propio país, y que no es un motivo de interés personal el que me dicta la pregunta que voy á dirigirle.

El señor Barnacle comenzó á repicar con las uñas en la mesa que estaba á su lado, con aire que parecía decir:

—Si tiene usted la bondad de manifestarme de una vez su pretensión, se lo agradeceré.

—He encontrado en la prisión de la Mariscalía—continuó Clennam,—un preso llamado Dórrit que está encerrado allí hace muchos años, y deseo informarme sobre el estado de sus negocios, que me parecen muy embrollados, á fin de ver si habría medio de mejorar su situación después de tan prolongada cautividad. Me han asegurado que el señor Tito Barnacle es uno de los acreedores más influentes, y quisiera me dijese usted si el informe es exacto.

Como en el ministerio de Circunlocuciones regía, en principio, la costumbre de no contestar jamás categóricamente por ningún concepto, el señor Barnacle se limitó á contestar:

—Es muy posible.

—¿Como representante del Estado ó como simple particular?

—Es posible—repuso Barnacle,—que el ministerio de Circunlocuciones haya aconsejado... esto es muy posible, sin que yo afirme nada... proseguir cierta reclamación que el Estado pudo elevar á consecuencia de la quiebra de una compañía ó de una asociación, de la cual pudo formar parte la persona de quien usted me habla. Puede ser que esta cuestión se haya promovido en el ministerio de Circunlocuciones, en el curso de los negocios oficiales; y quizás el ministerio haya redactado ó confirmado alguna nota, aconsejando que se persiga á la citada persona.

—¿Debo suponer que los hechos han ocurrido así?

—El ministerio de Circunlocuciones—contestó el señor Barnacle,—no es responsable de las suposiciones de nadie.

—¿Me será permitido preguntar á usted si podré obtener informes oficiales sobre el verdadero estado del asunto?

—Todo individuo del... público (al señor Barnacle le repugnaba pronunciar esta última palabra, que para él era el nom-

bre de una corporación siempre enemiga suya,) tiene derecho para elevar una solicitud al ministro de Circunlocuciones, dirigiéndose antes á la oficina especial de este centro para preguntar cuáles son las formalidades indispensables que han de llenarse.

—¿Qué oficina es esa?

—Caballero—replicó el señor Barnacle tirando del cordón de la campanilla,—ya se lo indicarán en el ministerio, á donde le aconsejo que vaya si desea obtener una respuesta categórica á sus preguntas.

—Dispéñeme si añado...

—El ministerio—interrumpió Barnacle,—está abierto para el... público, siempre que éste cumpla con las debidas formalidades.

Al pronunciar estas palabras, el señor Barnacle hizo un profundo saludo, como hombre de mundo resentido y como habitante de un barrio aristocrático.

A fin de ejercitarse en la perseverancia, Arturo Clennam resolvió volver al ministerio de Circunlocuciones, con la esperanza de obtener mejor resultado de su segunda visita. Presentóse pues allí de nuevo, y envió otra tarjeta á Barnacle hijo, á quien le pareció muy mal que el solicitante se permitiese volver, tanto más cuanto que se disponía á comer unas patatas asadas en la chimenea.

Clennam obtuvo audiencia de Barnacle hijo, al cual halló esta vez ocupado en tostarse las rodillas, esperando con ansia las cuatro de la tarde para salir de la oficina.

—¿Diga usted—exclamó apenas Clennam entreabrió la puerta de su despacho,—será cosa de que no nos deje usted un momento en todo el día?

—Quisiera saber...

—¡Oiga usted! debo advertirle que no ha de venir aquí á cada momento para decirnos que quiere saber—interrumpió Barnacle hijo con tono brusco.

—Quisiera saber—repitió Arturo Clennam, que había resuelto adoptar una fórmula muy lacónica y no salir de ella,—qué género de reclamación tiene el Estado contra un preso por deudas, llamado Dórrit.

—Oiga usted, caballero, adviértole que va muy deprisa, pues aun no tiene ni siquiera carta de audiencia—replicó Barnacle hijo, como si el asunto comenzara á formalizarse.

—Quisiera saber—repuso Clennam...—Y repitió su pregunta.

—No tiene usted ningún derecho—replicó Barnacle hijo

abriendo los ojos tanto que el lente se le cayó,—para proceder como lo hace. ¿Qué entiende usted por esto? Antes me dijo que no sabía si se trataba ó no de un negocio público.

—Acabo de asegurarme de ello—repuso el solicitante,—y quisiera saber...

Clennam repitió por tercera vez su pregunta.

Esto dió por resultado aparente debilitar al joven Barnacle, que á su vez repitió también:

—¡Oiga usted! No ha de venir á cada momento para decirnos que quiere saber. ¿Me ha entendido usted?

Como si no hubiese oído estas palabras, Clennam repitió por cuarta vez su pregunta, sin quitar punto ni coma; y entonces Barnacle hijo, apurada la paciencia, le dijo:

—Oiga usted, lo mejor que puede hacer es dirigirse á la secretaría.

Y sin añadir una palabra más, tiró del cordón de la campanilla, á cuyo llamamiento contestó al punto el portero presentándose ante su jefe.

—Jenkinson—le dijo el joven Barnacle,—acompañe usted á este caballero al despacho del señor Wobbler.

Arturo Clennam, que había resuelto tomar por asalto el ministerio de Circunlocuciones y no retroceder, siguió al portero á otro piso, donde se le indicó el despacho del funcionario.

Al entrar en la habitación, Clennam vió dos caballeros sentados uno frente á otro ante una espaciosa y cómoda mesa; el uno se ocupaba en limpiar con su pañuelo la superficie del cañón de una escopeta, mientras que su compañero extendía un poco de confitura en una rebanada de pan, con auxilio de una plegadera.

—¿El señor Wobbler?—preguntó el solicitante.

Los dos caballeros levantaron la vista y miráronse un momento, como sorprendidos de tanta audacia.

—...De modo que ha tomado la vía férrea—dijo el empleado de la escopeta, continuando sin duda una conversación empezada,—y se ha ido al campo, llevándose el perro, una verdadera alhaja, pues ha mordido las piernas del conductor cuando quiso hacerle salir.

—¿El señor Wobbler?—volvió á repetir el solicitante.

El caballero de la confitura, sin alzar siquiera la vista, preguntó á su compañero:

—¿Cómo se llama el perro?

—*Amoroso*—contestó el de la escopeta;—su amo pretende

que se parece mucho á su vieja tía, sobre todo cuando ésta se emborracha.

—¿El señor Wobbler?—repitió Clennam.

—¿Qué ocurre?—preguntó esta vez el interpelado, con la boca llena.

El solicitante explicó lo que desaba.

—Nada puedo decirle á usted—contestó el señor Wobbler, que parecía dirigir más bien la palabra á su confitura;—jamás he oído hablar sobre el asunto, que no es de mi negociado. Diríjase al señor Clive, segunda puerta á la izquierda, en el corredor inmediato.

—Tal vez me conteste lo mismo.

—Probablemente. No sé nada.

El solicitante salió; y ya estaba en el corredor, cuando el empleado de la escopeta le gritó:

—¡Eh, caballero, eh!

Clennam volvió.

—¡Haga usted el favor de cerrar la puerta—le dijo;—no se puede resistir esa corriente de aire!

Clennam llegó al fin á la segunda puerta de la izquierda: en aquel despacho vió tres empleados; el uno parecía tener poca ocupación; el otro estaba cruzado de brazos, y el tercero miraba por la ventana bostezando. Sin embargo, hubiérase dicho que tomaban una parte más activa en la ejecución del gran principio de aquel ministerio, pues veíase allí una gran puerta de dos hojas que daba á una habitación interior, donde los jefes de las oficinas parecían estar reunidos en consejo, y de la cual se sacaba continuamente un enorme número de papeles.

Arturo repitió su pregunta sucesivamente á los tres empleados: el primero le dirigió al segundo y éste al tercero, que le aconsejó se informara del cuarto, el que entraba y salía continuamente con los papeles. Este empleado, bastante joven, y muy listo al parecer, pertenecía á la familia de los Barnacle, pero á una rama más noble, y contestó con la mayor desenvoltura:

—¡Oh! Mejor haría usted en no calentarse la cabeza en este asunto; créame lo que le digo.

—¡No calentarme la cabeza!—repitió Arturo con asombro.

—Sí, señor; le aconsejaría que perdiera su tiempo de una manera menos desagradable.

Esto era considerar la cuestión de un modo tan singular y tan nuevo, que Arturo no supo qué pensar del consejo.

—Puede usted continuar las diligencias si le place—añadió el empleado;—yo le daré un paquete de impresos oficiales para que los llene; pero le aseguro que nunca tendrá suficiente paciencia para llegar hasta el fin.

—¿Será, pues, imposible obtener la noticia que necesito? Dispense usted la molestia que le causo, teniendo en cuenta que soy extranjero.

—Yo no digo que sea imposible—repuso el empleado con una franca sonrisa;—no emito ninguna opinión sobre el particular; sólo creo que no tendrá usted bastante paciencia para llegar hasta el fin. Presumo que el hombre de quien usted me habla habrá faltado á sus compromisos, ¿no es así?

—No sé absolutamente nada.

—Pues deberá usted buscar los informes ante todo; después procure usted averiguar qué negociado ha entendido en el asunto, y entonces se le facilitarán los detalles.

—Pero ¿cómo obtendré la primera indicación?

—Es preciso preguntar hasta que le contesten, y una vez conseguido esto, dirigirá usted una carta á la oficina, según el modelo que se le indicará, para obtener el permiso de elevar una reclamación á la Secretaría. Después se tomará nota de su demanda, enviándola al registro; de aquí pasará á otro negociado, á fin de que tome razón; luego á un tercero, para que informe; y entonces quedará regularizada la petición. Sabrá usted la marcha que se ha seguido, preguntando en cada oficina particularmente hasta que le respondan.

Arturo Clennam no pudo menos de pensar que esta era una manera muy extraña de llevar adelante los negocios; no sabía ya qué hacer, pero dió las gracias con la mayor cortesía.

—No hay de qué—contestó el pequeño Barnacle;—puede usted volver cuando guste para ver si se obtiene algún resultado; nada le obliga á continuar sus diligencias si al fin se cansa. Mejor será que lleve usted algunos impresos.

Y después de dar orden á uno de los empleados para que los entregara, el joven Barnacle volvió á coger un montón de cartas é introdujose en el santuario para entregárselas á los ídolos que dirigían el ministerio de Circunlocuciones.

Clennam guardó los impresos en su bolsillo, de bastante mal humor, y bajó la gran escalera; al llegar á la puerta de la calle, detúvose con impaciencia para que le dejaran paso dos personas que hablaban allí animadamente, cuando de pronto

llamó su atención la voz de una de ellas, creyendo reconocerla. Entonces miró al que hablaba, y vió que era el señor Meagles, el cual tenía cogido por el cuello á un hombre de escasa estatura y le gritaba:

—¡Salgamos, bribón, salgamos!

Semejante lenguaje en boca del señor Meagles, y su brusco proceder causaron tal asombro á Clennam, que permaneció inmóvil, creciendo de punto su sorpresa al ver á su antiguo compañero de viaje abrir de una patada la puerta y arrastrar consigo á su interlocutor, que parecía ser el hombre más inofensivo del mundo. Sin embargo, apresuróse á seguirles, y muy pronto les dió alcance. El semblante airado del señor Meagles serenóse al punto al reconocer á Clennam, á quien alargó presuroso la mano, estrechándosela cordialmente.

—¿Cómo va, amigo mío?—le dijo;—me alegro mucho de volverle á ver.

—Y yo de encontrarle.

—Gracias, mil gracias.

—¿Cómo sigue su señora hija?

—Perfectamente. Sólo siento que me haya encontrado tan fuera de mí.

Aunque la temperatura distase mucho de ser calurosa, el señor Meagles se había sofocado de tal modo, que llamaba la atención de los transeúntes, tanto más cuanto que, apoyado contra una reja, se acababa de quitar el sombrero para enjugar el sudor que corría de su frente.

—¡Uf!—exclamó el señor Meagles,—esto me desahoga.

—He visto que estaba usted muy enojado. ¿Qué le ocurre?

—Espere usted un momento y se lo diré. ¿Le queda á usted tiempo para ir á dar una vuelta por el parque?

—Tantas como usted quiera.

—Pues bien, venga usted... ¡Ah! sí, ya puede usted mirar á ese hombre, porque bien vale la pena.

Clennam había fijado la vista por casualidad en el individuo que acompañaba Meagles, y cuyo aspecto no tenía nada de notable: era un hombre de escasa talla, fornido y ordinario, de cabello gris, y cuya fisonomía estaba surcada por líneas profundas, efecto sin duda de un excesivo trabajo mental. Vestía de negro, con bastante decencia, pareciendo un industrial inteligente; y llevaba en la mano unos anteojos en su estuche, el cual hacía girar entre los dedos con esa agilidad propia del hombre acostumbrado á manejar útiles.

Mientras se dirigían al parque, preguntábase Clennam por

qué el desconocido se mostraba tan sumiso y obediente con Meagles, pues su exterior indicaba la calma y la serenidad, y de ningún modo la vergüenza ó el arrepentimiento, aunque parecía algo desanimado.

Por fin llegaron al parque, y entonces Meagles detúvose bruscamente.

—Señor Clennam—dijo,—hágame usted el favor de mirar á este hombre: se llama Doyce, Daniel Doyce. Jamás sospecharía usted que es un insigne tuno ¿verdad?

—Seguramente que no.

La pregunta era hartó delicada para hacerla delante del interesado.

—No—repuso Meagles,—usted no podría suponerlo, ya lo sé. ¿No adivina usted que es un gran criminal?

—No.

—¿No? ¡Pues bien! se equivoca usted, porque este hombre es un gran criminal. ¿Qué delito pensaría usted que ha cometido? ¿Creería que es asesino, homicida por imprudencia, incendiario, falsario, ratero, ladrón, bandido ó conspirador?

—Creo—replicó Arturo Clennam, observando una ligera sonrisa en Daniel Doyce,—que no es nada de eso.

—Y tiene usted razón—dijo Meagles;—pero es hombre hábil; ha querido que su inteligencia aprovechase á su país, y no se ha necesitado más para que se le considere como un gran criminal.

Arturo miró al hombre de quien se hablaba, pero éste, sin contestar, se limitó á encogerse de hombros.

—Este Doyce—contestó Meagles,—es ingeniero mecánico, no realiza muchos negocios, pero su habilidad es bien conocida. Hace dos años perfeccionó un invento suyo muy curioso, de gran importancia para su país y para sus semejantes, y esto le ha costado, como usted comprenderá, no sólo muchísimo tiempo, sino cuantiosas sumas. Pues bien, Doyce se dirige al gobierno, y desde este instante se le considera como un malhechor; deja de ser hombre honrado, y trátanle lo mismo que si fuese un criminal; evítase su presencia, se le rechaza y se le pone en ridículo; su tiempo y su fortuna parecen no pertenecerle ya, y se le declara fuera de la ley.

Gracias á la experiencia que acababa de adquirir, Clennam no manifestó extrañeza.

—¡Hombre! en vez de dar vueltas á sus anteojos—dijo Meagles,—más vale que refiera usted el caso á mi amigo Clennam.

—Es inútil—epuso Doyce;—sólo me limitaré á decir que se me ha tratado casi como á una especie de malvado. Cuando debí perder el tiempo en las oficinas de ese ministerio, se me recibió siempre como un criminal; y más de una vez, para no desanimarme del todo, hube de reflexionar que realmente no había hecho nada de que pudiera avergonzarme. Los jefes del ministerio de Circunlocuciones no hicieron más que redactar minuta sobre minuta, después de haberse sometido mi invento al examen de sus señorías los Barnacie; y al fin de muchas idas y venidas, y de perder lastimosamente un gran capital de tiempo, el jefe del ministerio me dice que, atendidas las circunstancias y los informes, debía renunciar á mi objeto, ó comenzar de nuevo las diligencias en otro sentido.

—Y yo—dijo Meagles,—en mi calidad de hombre práctico, y para burlarme de ese ministerio, he cogido á Doyce por el cuello, en sitio donde me pudiera ver hasta el portero, diciéndole que era un infame bribón, conspirador contra el reposo de sus señorías. Así dirán que aprecio en lo que vale la sabiduría oficial, y la manera de proceder con los tunos. Ya sabe usted ahora la historia de Doyce; bien ve que hay motivo para poner el grito en el cielo; y sin embargo, este hombre no se queja nunca.

—Tiene usted mucha paciencia—dijo Clennam, contemplando al inventor con cierto asombro, y no menos magnanimidad.

—No—replicó el mecánico,—creo no tener más que cualquiera otro.

—¡Pardiez!—exclamó Meagles,—siempre tendrá usted más que yo.

—Advierta usted—dijo Doyce á Clennam, sin poder reprimir una sonrisa,—que no soy yo el primero á quien sucede esto; lo mismo se ha hecho con otras personas, sólo que yo me creo más perjudicado que los demás.

—No creo que esta reflexión me consolase mucho—repuso Clennam,—pero me alegro de que usted sepa tomarlo con tanta calma.

—Si no sé quejarme, señor Clennam—dijo el mecánico, guardándose los anteojos,—por lo menos sé agradecer las buenas intenciones, y no olvidaré nunca lo que nuestro amigo común, el señor Meagles, ha hecho repetidas veces para estimularme.

—¡Bah, bah! no hablemos de eso—exclamó Meagles.—¿A dónde va usted, Daniel?

—Yo vuelvo á la fábrica.

—Pues bien, allá iremos todos; creo que el señor Clennam no rehusará venir con nosotros hasta el patio del Corazón Sangriento.

—¡Cómo!—exclamó Clennam,—precisamente allí iba yo.

—Tanto mejor—repuso Meagles;—vamos, pues.





CAPITULO XI

El criminal libre

La obscuridad de una noche de otoño comenzaba á extenderse sobre la líquida superficie del Saona, en la cual reflejábanse pesadamente las nubes como en un espejo manchado. La llanura que rodea la ciudad de Châlons extendíase como inmensa sábana, recortada en ciertos sitios por una línea de álamos que se destacaban bajo un cielo sombrío.

Un hombre que avanzaba lentamente hacia Châlons era el único sér animado visible en aquel paisaje; el mismo Caín no se había visto seguramente más aislado después de su crimen. Llevaba á la espalda un morral de piel de carnero, y en la mano un nudoso garrote; sus zapatos llenos de barro, sus polainas desgarradas, su enmarañado cabello y su ropa cubierta de polvo parecían indicar que había recorrido una gran distancia. Avanzaba muy despacio, cojeando, y cada paso parecía costarle un dolor. Hubiérase dicho que las nubes huían ante aquel hombre, que el viento silbaba, que la hierba se estremecía, que el misterioso murmullo del agua le acusaba en voz baja; y que su presencia, en fin, producía una perturbación en la tempestuosa noche de otoño.

El viajero dirigía de vez en cuando una mirada á derecha é izquierda, tímida y sombría á la vez, deteniéndose á inter-

valos para observar á su alrededor: después continuaba su penosa marcha, murmurando:

—¡Al diablo esta llanura sin fin, al diablo estas piedras, cortantes como la hoja de un cuchillo! ¡Al diablo esta tenebrosa obscuridad que me rodea y estremece! ¡Al diablo! ¡al diablo!

Y dirigiendo en torno suyo una mirada amenazadora, avanzó unos pasos más y detúvose de nuevo murmurando:

—Tengo sed y desfallezco de hambre y de fatiga. ¡Ah! ¡vosotros, imbéciles, los que estáis allá abajo, donde brillan tantas luces, coméis y bebéis á vuestro sabor; pero si yo pudiese entrar á saco en esa ciudad, bien caro lo pagaríais!

El cansado viajero llegó por fin á la ciudad de Châlons, é hizo alto un instante como para explorar el terreno.

En la primera calle divisó una modesta posada que tenía por título *La Aurora*; las cortinas impedían ver el interior, pero el establecimiento parecía bien alumbrado, y varias inscripciones y accesorios artísticos indicaban que se podía comer, dormir, jugar al billar, beber buen vino, y en una palabra, hospedarse cómodamente. El viajero se acercó á la puerta, levantó el picaporte y entró en *La Aurora*.

Al penetrar en la sala descubrióse para saludar á varios parroquianos que estaban allí reunidos; dos de ellos jugaban al dominó, y otros tres ó cuatro, sentados alrededor de la chimenea, hablaban y fumaban tranquilamente; el ama del establecimiento, imperando desde su mostrador, en medio de vasos y hotellas, ocupábase en una labor de costura.

Dirigiéndose á una mesita desocupada, en el ángulo más retirado, el viajero se desembarazó de su morral, y mientras lo efectuaba acercóse á él la posadera.

—¿Se puede dormir aquí?—la preguntó.

—Seguramente—contestó la patrona.

—Muy bien; supongo que también se podrá comer ó cenar.

—Todo lo que usted quiera.

—Pues entonces, despachemos. Déme usted de comer tan pronto como le sea posible, y tráigame vino al momento, porque ya no puedo más.

—Hace mal tiempo, señor.

—Infernal.

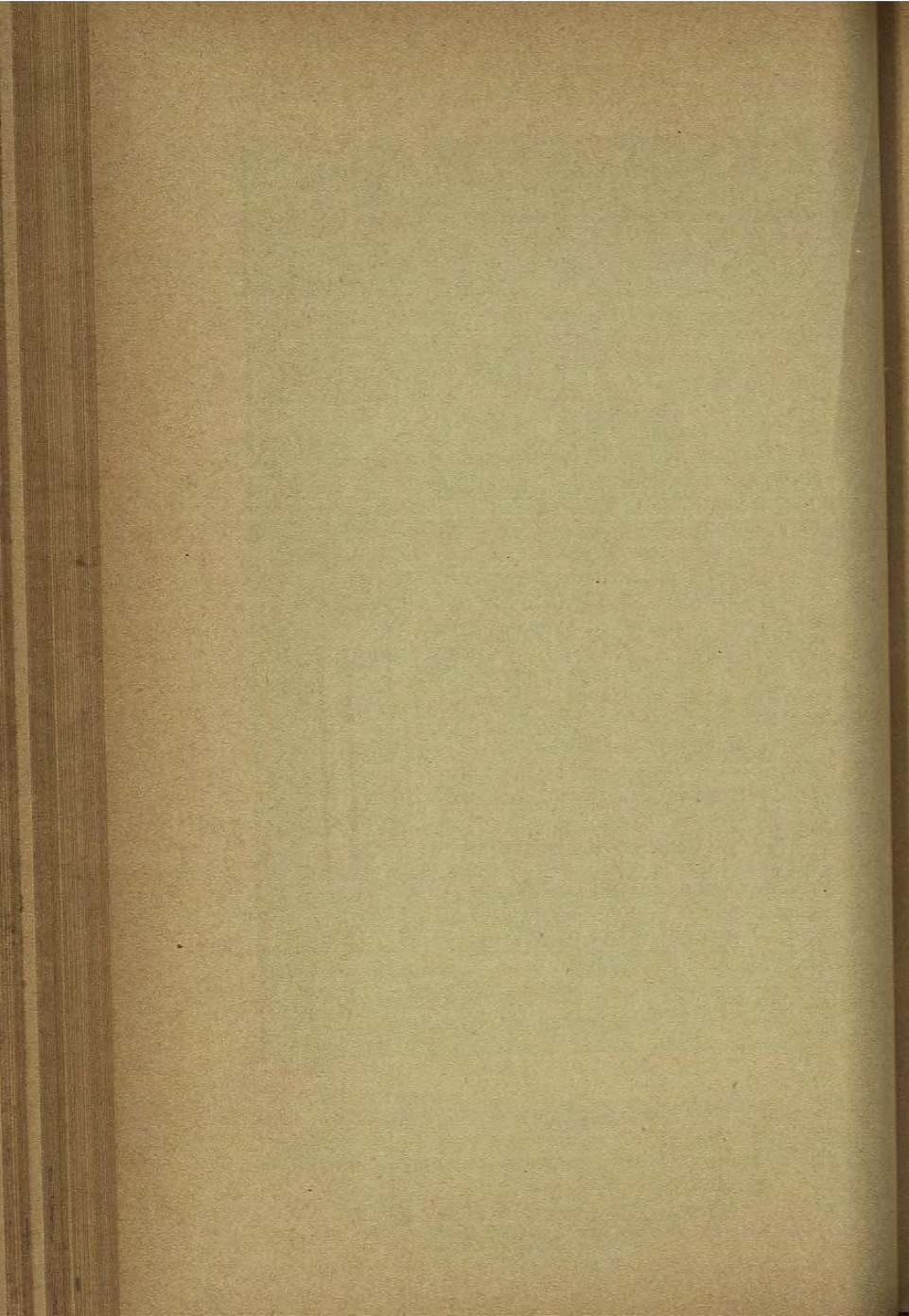
—Y el camino debe haberle parecido largo.

—Creí que nunca llegaba.

Al decir esto, el viajero apoyó los codos sobre la mesa, ocultando el rostro entre las manos, hasta que le trajeron una botella de vino; entonces llenó y vació dos veces seguidas



Rigaud



su vaso, comiendo al mismo tiempo una rebanada del pan que acababan de ponerle delante, con la servilleta, el plato, la sal, el aceite y el vinagre.

En aquel momento hubo una interrupción momentánea en la conversación de los que estaban sentados alrededor de la chimenea, como sucede siempre en semejante caso, cuando llega un forastero que llama naturalmente la atención de los que hablan, y ocasiona distracciones; pero poco después, los parroquianos, dejando de mirar al recién venido, continuaron hablando.

—He aquí por qué—dijo uno de ellos, terminando al parecer una historia comenzada,—he aquí por qué se dijo que el diablo andaba suelto.

El que esto decía era el guardián de la iglesia y afectaba en su narración cierta autoridad, porque se trataba del diablo.

La posadera, después de llamar á su marido, que desempeñaba las funciones de cocinero de *La Aurora*, y de dar las órdenes para servir la comida al forastero, había vuelto á su mostrador á continuar su tarea. Era una mujer pequeña, pero muy vivaracha, y al parecer inteligente y aficionada á la conversación, pues no tardó en tomar parte en ella.

—Ignoro si ya les habrán dicho á ustedes que apenas llegado el barco de Lyon circuló el rumor de que el diablo andaba suelto por las calles de Marsella. Aun hay bobos que lo creen así; pero no yo.

—Señora—repuso el guardián de la iglesia;—confiese usted que debe odiar á semejante hombre.

—¡Ah! ciertamente; eso es natural.

—Era un infame.

—Era un miserable asesino—replicó la posadera,—y merecería bien el castigo de que se ha librado.

—Dispense usted—repuso el guardián de la iglesia, con el aire de un hombre que trata de sostener un argumento;—puede ser que ese desgraciado haya cometido el crimen apurado por las circunstancias; y á pesar de todo, quizás tuviera muy buenas cualidades y antecedentes: falta saber esto. La filosofía filantrópica nos enseña...

Los oyentes interrumpieron al orador con un murmullo, como oponiéndose á que se emplearan palabras tan formidables, y los jugadores de dominó suspendieron un momento su partida para protestar contra la introducción de la filosofía filantrópica en el café de *La Aurora*.

—Déjese usted de filantropías—dijo la posadera;—yo no sé

qué significa eso, pero puedo decirle una cosa, amigo mío, y es que hay hombres, y por desgracia también mujeres, en quienes no se encuentra nada bueno; hay personas que deben ser aborrecidas considerándolas como enemigas de la humanidad, como fieras que es preciso perseguir hasta exterminarlas; y yo no dudo que ese hombre de quien habla usted... no recuerdo su nombre... debe figurar en el número.

Así diciendo, levantóse para ir á tomar la sopa del forastero de manos de su marido, que acababa de presentarse con el plato en la puerta de la cocina, y volvió á ocupar su asiento.

—Volvamos á la cuestión, dejando á un lado todo lo demás—dijo el que hablaba.—Yo puedo asegurar que si los marseleses han gritado que el diablo andaba suelto, es tan sólo porque el tribunal ha absuelto á ese hombre. He aquí cómo ha comenzado á circular la frase, y todo lo que se ha querido decir, nada más.

—¿Cómo se llama?—preguntó la posadera,—creo que... Biraud ¿no es así?

—Rigaud, señora—contestó el guardián de la iglesia.

—¡Rigaud! es verdad.

Después de servida la sopa al forastero, diósele un plato de carne y otro de verdura, todo lo cual comió ávidamente, apurando su botella de vino; luego pidió café y rom y comenzó á fumar un cigarrillo. A medida que reponía sus fuerzas parecía tranquilizarse su espíritu; al fin tomó parte en una conversación insignificante, afectando una condescendencia protectora, cual si hubiese sido de condición muy superior á la que indicaba su traje.

Bien porque los concurrentes tuviesen alguna ocupación, ó porque no se creyeran dignos de alternar con el extranjero, el caso es que comenzaron á desfilar poco á poco, dejando al nuevo huésped completamente solo. La dueña seguía ocupada en su costura, y el viajero fumaba junto á la chimenea tranquilamente, calentándose los pies.

—Dispense usted, señora—dijo de pronto, rompiendo el silencio;—según he oído antes, parece que ese Biraud...

—Rigaud, caballero.

—Bueno, Rigaud, ó como sea... digo que ese Rigaud parece haberle merecido muy mal concepto.

La posadera, que había cambiado de opinión varias veces respecto al juicio que formara del forastero, encontrándole unas veces buen mozo, y otras mal encarado, atúvose á su

último parecer al observar más detenidamente sus facciones.

—Ese Rigaud—contestó,—era un criminal que había dado muerte á su esposa.

—¡Diablo! si que es una infamia. Pero ¿cómo ha sabido usted eso?

—Todo el mundo lo sabe.

—¡Ah! ¿y cómo ha podido escapar de la justicia?

—Según la ley, parece que no se han podido reunir suficientes pruebas, ó por lo menos, así se ha dicho; pero todo el mundo sabe que ese hombre cometió el crimen; el pueblo estaba tan persuadido de ello, que quiso hacerle pedazos.

—Y eso que dicen que los marseleses viven todos en buena inteligencia con sus mujeres—repuso el viajero.—¡Ya, ya! La posadera miró otra vez al forastero, y confirmóse en su última opinión; pero como tenía la mano pequeña, y se cuidaba mucho de colocarla de modo que la viesan, pensó también que aquel hombre, bien mirado, no tenía del todo mal aspecto.

—¿Y sabe usted, señora, ó lo sabrá alguno de los que se han marchado, qué ha sido de ese... Ri... baud?

La posadera movió la cabeza y contestó, que al decir de los parroquianos de *La Aurora*, se le retenía en la cárcel por su propio interés.

—Como quiera que sea—añadió después de una pausa,—ha escapado del castigo que merece, y es una lástima.

Mientras que la dueña inclinaba la cabeza sobre su costura, el forastero la miró con una expresión que probablemente habría disipado todas las dudas de la mujer respecto á la opinión que formara del desconocido; pero no vió nada; cuando volvió á levantar la cabeza, la expresión había desaparecido y la pequeña mano del forastero retorcia su bigote.

—¿Podré subir á mi cuarto?—preguntó.

—Cuando usted guste; mi marido le conducirá. Encontrará ya en él á otro viajero dormido, que se retiró muy temprano porque estaba rendido de fatiga; pero esto no importa, pues la habitación es tan grande que cabrían hasta veinte camas.

La posadera se había interrumpido varias veces para llamar á su esposo, el cual se presentó al fin, cubierta la cabeza con el gorro blanco oficial, y alumbró por una estrecha escalera á su huésped. Este llevaba su capote y su morral, y había dado ya las buenas noches cortésmente á la posadera, diciendo que esperaba tener el gusto de verla al día siguiente.

La habitación era efectivamente una gran sala, donde se

veían dos lechos, uno en cada extremo. Mientras que el viajero se inclinaba para dejar su morral en el suelo, el posadero le miró de reojo y díjole con un tono bastante brusco en el momento de retirarse:

—La cama de la derecha.

Fuera ó no buen fisonomista, el caso es que el posadero juzgó sin vacilar que su huésped tenía muy mala traza.

Entre tanto, el forastero, mirando desdeñosamente las sábanas limpias, pero ordinarias, que le habían puesto, sentóse en una silla, sacó su dinero del bolsillo y comenzó á contarle.

—Es preciso comer—murmuró;—pero el diablo me lleve si no lo hago mañanita á costa de uno de mis semejantes; no habrá más remedio.

Mientras se entregaba á sus reflexiones haciendo saltar su dinero en la mano, la respiración ruidosa del viajero que dormía llamó su atención; pero como aquel compañero estaba muy tapado y además había corrido la cortina blanca de su lecho, no se le podía ver, por más que se le oyese. Aquella respiración regular y sonora que seguía oyéndose en tanto que el viajero se descalzaba, acabó por excitar la curiosidad de éste, inspirándole el deseo de ver las facciones de su vecino. En su consecuencia, acercóse á la cama del durmiente hasta tocarla, mas no pudo satisfacer su curiosidad, porque aquél se había tapado la cabeza con la sábana. Entonces, resuelto á ver la fisonomía de aquel hombre, el viajero adelantó su pequeña y blanca mano (mano traidora,) y levantó la sábana suavemente.

—¡Voto al diablo!—murmuró retrocediendo un paso.—¡Es Cavalletto!

El italiano, cuyo sueño se había interrumpido, quizás instintivamente por la presencia furtiva de su ex-compañero, dejó de roncar y abrió los ojos. En el primer momento, medio dormido aún, miró al intruso sin reconocerle; pero de pronto dejó escapar un grito de sorpresa y alarma y saltó del lecho.

—¡Silencio!—exclamó el forastero.—¿Qué diablos te pasa? No te muevas; soy yo. ¿No me reconoces?

Pero Juan Bautista, sin mirar nada y profiriendo mil exclamaciones, retrocedió temblando hacia un ángulo del cuarto, púsose su pantalón, sujetó alrededor del cuello las mangas de su levita, y manifestó claramente su deseo de huir antes que renovar las relaciones con aquel hombre. Su antiguo com-

pañero al observar aquellas disposiciones poco amistosas, retrocedió hacia la puerta y apoyóse en ella de espaldas.

—¡Cavalletto—le dijo,—despiértate, muchacho! Abre bien los ojos y mírame; pero no me des el nombre de otras veces... Ahora me llamo Lagnier, ¿lo oyes? Lagnier... acuérdate bien.

Juan Bautista que miraba á su compañero con ojos espantados, repitió diez veces seguidas aquel ademán negativo de su país, que consiste en levantar los brazos é inclinár hacia atrás el índice, como si estuviese dispuesto á negar de antemano todo lo que el otro pudiera tener que decirle durante el resto de su vida.

—¡Cavalletto!—dijo su antiguo camarada,—dame la mano; ¿reconoces al caballero Lagnier? ¡toca la mano de un caballero!

Dócil como en otro tiempo al tono de autoridad complaciente adoptado por Lagnier, Juan Bautista se adelantó para dar la mano; su protector no pudo menos de sonreirse y estrechósele fuertemente.

—¿Con que no le han?...—murmuró Juan Bautista.

—¿Afeitado?—interrumpió Lagnier.—Nada de eso; mira qué sólida está.

Y Lagnier volvió la cabeza á derecha é izquierda, como para confirmar sus palabras.

Juan Bautista, estremeciéndose ligeramente, paseó su mirada por toda la habitación, como para recordar dónde estaba, y aprovechando aquel momento, Lagnier cerró la puerta con llave y sentóse después en la cama.

—¡Mira!—dijo á su compañero, señalando sus zapatos y polainas;—ahora sí podrás decir que ese es muy pobre calzado para un caballero; pero no importa; ya verás cómo lo arreglo yo todo en poco tiempo. Vamos, siéntate y ocupa tu antiguo sitio.

Juan Bautista, que no se creía al parecer muy seguro, sentóse en el suelo junto á la cama, con la vista fija en su compañero.

—¡Muy bien!—exclamó Lagnier;—al menos no estamos ya en aquel condenado agujero de allá abajo ¿eh? ¿Cuándo saliste tú?

—Dos días después, maestro.

—¿Y cómo has venido aquí?

—Me aconsejaron que no me quedase en Marsella; de modo que salí de la ciudad inmediatamente y desde entonces he

viajado por diversos puntos. En Avignon, en el Ródano y en el Saona he podido ganar algunos sueldos.

Mientras hablaba, Juan Bautista trazaba rápidamente con el dedo en el polvo de los ladrillos el itinerario que había seguido.

—¿Y á dónde vas ahora?

—¿Qué á dónde voy?

—Sí.

Juan Bautista parecía querer eludir esta pregunta, sin saber cómo.

—*Per Bacco!*—exclamó al fin, como si no hubiese querido hacer esta confesión;—algunas veces he pensado en ir á París y tal vez á Inglaterra.

—Cavalletto—replicó Lagnier;—te lo diré en confianza; yo también voy á París, y quizás á Inglaterra; de modo que viajaremos juntos.

Juan Bautista levantó la cabeza enseñando los dientes cual si quisiera sonreír; mas no parecía ser muy de su gusto aquella combinación.

—Viajaremos juntos—repitió Lagnier;—ya verás qué poco tiempo necesito para reconquistar mis derechos de caballero, y tú te aprovecharás. ¿Queda entendido? ¿Estamos de acuerdo?

—Sí, seguramente—contestó el italiano.

—En tal caso ya sabrás, antes de entregarme al sueño (pero seré breve porque tengo mucha necesidad de dormir,) cómo me encuentro en este sitio, yo, Lagnier; acuérdate bien de este nombre y no lo olvides nunca.

—*¡Altro, altro!* ¿Con que ya no es Ri?...

Antes de que Juan Bautista pudiera pronunciar la segunda sílaba del nombre, su compañero le puso la mano sobre la boca con ademán amenazador, exclamando:

—¡Rayo del cielo! ¿En qué piensas? ¿Quieres que me lapiden y que hagan lo mismo contigo? Si cayeran sobre mí, seguro puedes estar que no perdonarían á mi compañero de cárcel; no lo esperes.

Cuando Lagnier dejó libre la boca de su amigo, sus facciones tenían una expresión poco agradable, por lo cual pudo Cavalletto comprender que si se daba el caso de que apedreasen á su compañero, no dejaría éste de llamar la atención sobre su antiguo camarada para que recibiera su parte. No podía olvidar que Lagnier era un caballero cosmopolita sin escrúpulos ni preocupaciones.

—Soy un hombre contra el cual se ha mostrado la sociedad injusta desde que nos conocimos—prosiguió Lagnier.—Tú sabes que soy valeroso y sensible, y que tengo un carácter dominante. ¿Cómo ha respetado la sociedad en mí estas cualidades? Me han silbado en las calles y ha sido forzoso protegerme en mi camino contra los hombres, y sobre todo las mujeres, dispuestas á lanzarse sobre mí con todas las armas que podían coger. Se ha debido ocultar el sitio donde se me detuvo para que no me hicieran pedazos; ha sido necesario ponerme en una carreta y sacarme de Marsella á las altas horas de la noche, escondiéndome entre la paja en un trayecto de varias leguas. Era pelgroso para mí aventurarme en las inmediaciones de mi propia casa; y sin más que algunos sueldos en el bolsillo, como un pordiosero, me he visto obligado á caminar en pleno lodo, con un tiempo espantoso, desde el día en que bajé de la carretera; por eso tengo los pies destrozados. Tales son las humillaciones que me ha hecho sufrir la sociedad, á mí, dotado de las cualidades que ya conoces; ¡pero la sociedad me lo pagará!

Lagnier dijo todo esto al oído de su compañero y con la mano delante de la boca.

—Aun hoy mismo—prosiguió sin cambiar de postura,—hasta en esta mísera posada, la sociedad me persigue, la patrona me calumnia y sus parroquianos me difaman, á mí, que con mis modales caballerosos y mi talento podría confundirlos; pero en mi noble pecho conservaré el recuerdo de los agravios que la sociedad me ha inferido.

Juan Bautista, prestando atento oído á las palabras de enojo de su interlocutor, contestaba de vez en cuando: «¡Ciertamente, ciertamente!» encogiéndose de hombros y cerrando los ojos, como si hubiera sido imposible formular contra la sociedad una acusación más cándida y más justa.

—Pon mis zapatos en un rincón—continuó Lagnier;—extiende mi capote para que se seque y toma mi sombrero.

Cavalletto obedeció estas órdenes según las recibía.

—He aquí el lecho á que la sociedad me condena—exclamó Lagnier.—¡Ah! ¡muy bien!

Lagnier se tendió cuán largo era en aquella cama indigna de él, con la cabeza cubierta por un pañuelo roto, y sin dejar asomar fuera de la sábana más que la parte superior de su siniestra fisonomía.

—Vamos—dijo mirando á su compañero,—la casualidad ha

vuelto á reunirme contigo, y á fe mía que es mejor para ti, porque te aprovecharás; mas por ahora necesito un largo reposo. No me despiertes por la mañana, ¿oyes?

Juan Bautista contestó que le dejaría dormir en paz, y dándole las buenas noches, apagó la luz. Era natural suponer que el italiano no pensaría ya más que en desnudarse para volver á dormir; pero hizo todo lo contrario, pues se vistió completamente, aunque sin calzarse los zapatos.

Hecho esto se tumbó en la cama, con la intención de pasar así la noche.

Cuando Cavalletto despertó, algo sobresaltado, los primeros albores de la aurora comenzaban á reflejarse en las ventanas de la posada; el italiano se levantó presuroso, dió vuelta á la llave en la cerradura muy cautelosamente, y con sus zapatos en la mano bajó la escalera sin hacer el menor ruido. Nadie se había levantado aún, y el mostrador de la dueña estaba desierto; pero como Juan Bautista había arreglado su cuenta con la patrona el día anterior, poco le importaba encontrar á alguien; todo lo que necesitaba era un momento para calzarse, abrir la puerta y huir.

Así lo hizo: ningún rumor, ninguna voz se dejó oír cuando abrió la puerta; ninguna cabeza de Medusa se asomó á la ventana de la habitación de que acababa de salir. Cuando el disco del sol se dejó ver del todo en el horizonte, iluminando con sus rayos el largo camino cubierto de lodo, con su monótona línea de árboles, vióse un punto negro que se alejaba velozmente, saltando entre los charcos formados por la lluvia: aquel punto negro era Juan Bautista, que huía velozmente de su protector.





CAPITULO XII

El Patio del Corazón Sangriento

El sitio designado con este nombre está comprendido en el casco de la ciudad, aunque se halle en el antiguo camino rural que conduce á un arrabal célebre, donde en la época de Guillermo Shakspeare, autor y actor á la vez, existían varias casas de cazadores, pertenecientes al rey. Hacía tiempo ya que este sitio había perdido mucho, cambiando notablemente su aspecto, pero aún conservaba huellas de su antiguo esplendor. Algunos restos de chimeneas enormes que se elevaban á bastante altura sobre los tejados; y varias casuchas sombrías, de cuyas primitivas dimensiones no era posible formarse idea, comunicaban un aspecto singular á este patio, habitado solamente por familias pobres, que habían ido á instalarse entre aquellas glorias eclipsadas, como los árabes del Desierto despliegan sus tiendas en medio de las piedras caídas de las Pirámides.

El terreno se había elevado á notable altura alrededor del histórico patio; de modo que para penetrar en él era necesario bajar por una escalerilla, saliendo por una bóveda poco alta que se comunicaba con un dédalo de miserables callejuelas.

Sobre esta bóveda hallábanse los talleres de construcción de Daniel Doyce, donde el choque regular del metal contra el metal imitaba los latidos dolorosos de un corazón de hierro.

En cuanto á la etimología del nombre *Corazón Sangriento*, las opiniones de sus habitantes no estaban conformes; los positivistas apoyaban la tradición de un asesinato; y los más sensibles manteníanse fieles á la leyenda de una joven de remota época, encarcelada en su habitación por un padre bárbaro, porque quiso ser fiel á su primer amor y rehusó la mano del caballero que se le propuso en matrimonio, lo cual la costó morir en su encierro.

Daniel Doyce, Meagles y Clennam bajaron la escalerilla y cruzaron el patio entre dos líneas de puertas abiertas, ocupadas todas por chiquillos escuálidos; Clennam se detuvo para ver si estaba por allí el domicilio del albañil Plornish.

Pronto se fijó su atención en un ángulo del patio, donde se veía una entrada llena de manchas de cal, sobre la que el ingenioso albañil había pintado una mano, debajo de su nombre, para indicar que vivía en el piso bajo. La casa, situada en la extremidad del patio, era muy grande y se había dividido en muchas habitaciones para numerosos inquilinos.

Arturo Clennam, después de dar cita á Meagles, despidióse de sus compañeros y se dirigió solo hacia la entrada de que hemos hablado. Apenas llamó, una mujer con un niño en brazos abrió la puerta: era la esposa del albañil; y Arturo le preguntó si estaba en casa su marido.

—No, señor—contestó la mujer muy cortésmente;—á decir verdad, ha salido en busca de trabajo.

Estas palabras á decir verdad eran la frase favorita de la señora Plornish, que si bien incapaz de mentir, no por eso tenía manos la costumbre de intercalar siempre en su conversación esta cláusula restrictiva.

—¿Le parece á usted que volverá pronto?—preguntó Arturo.—En tal caso le esperaré.

—Hace ya media hora que debía estar de vuelta. Entre usted, caballero.

Arturo penetró en una sala algo oscura, falta de aire, aunque tenía el techo bastante alto, y sentóse en la silla que le ofrecían.

—A decir verdad—continuó la mujer de Plornish,—le agradezco que se haya dignado visitar nuestra pobre casa.

Arturo, sin comprender por qué se le decía aquello, no

pudo menos de manifestar su sorpresa por una mirada, que provocó la explicación siguiente:

—Cuando se visita á gente pobre, lo general es que nadie se quite el sombrero, pero nosotros hacemos de esto más caso de lo que se piensa.

—No lo hubiera creído—replicó Arturo avergonzado de que pudiera parecer cosa extraordinaria un acto de cortesía.

E inclinándose, para besar á otro niño que estaba sentado en el suelo, preguntó:

—¿Qué edad tiene esta criatura?

—Aún no ha cumplido cuatro, caballero, pero es muy robusto para su edad ¿no es cierto? Y hablando de otra cosa, espero me dispensará usted una pregunta. ¿Ha venido usted para ofrecer trabajo á mi esposo?

Al hacer esta pregunta, revelábase tal ansiedad en la expresión de la fisonomía de aquella mujer, que Arturo sintió en el alma verse obligado á contestar negativamente.

—Diríase que todo trabajo, bueno ó malo—repuso la mujer ahogando un suspiro,—se halla oculto debajo de tierra.

—¿Es tan difícil encontrarlo?—preguntó Clennam.

—Plornish no lo halla nunca; decididamente es un hombre que no tiene suerte.

La mujer decía verdad; Plornish era uno de esos hombres á quienes la desgracia parece perseguir sin tregua, impidiéndoles avanzar como otros que tienen menos elementos para ello. Lleno de buena voluntad, industrial y dotado de buenos sentimientos, aceptaba su suerte con toda la resignación posible, pero debía pasar por rudas pruebas.

—Y á fe que no es perezoso en buscar trabajo—añadió la mujer de Plornish,—ni deja de hacer su faena con todo el esmero posible, como lo prueba el no haberse quejado nadie de él.

Mientras la mujer se entregaba así á sus lamentaciones, presentóse Plornish; era hombre de unos treinta años, de buen color, patillas rubias y piernas muy largas. Vestía un chaquetón de lana, y toda su ropa estaba llena de manchas de cal.

—Aquí está mi marido, caballero—dijo la mujer.

—He venido—dijo Clennam levantándose,—para hablarle sobre un asunto relativo á la familia Dórrit.

Plornish manifestó cierto aire de desconfianza al oír esto, y creyendo que se trataba de algún acreedor contestó:

—¡Ah! sí, muy bien; pero no sé en qué podría yo servirle respecto á esa familia. ¿De qué se trata?

—Le conozco á usted más de lo que usted cree—dijo Clennam sonriendo.

Plornish contestó, pero sin sonreirse, que no tenía el honor de conocer á su visitante.

—Pues yo—repuso Clennam,—aunque no haya presenciado los buenos servicios que prestó usted hace tiempo á la familia, tengo noticias de ello de buena fuente, es decir, de la niña Dórrit, ó mejor dicho, de la señorita Dórrit.

—¿Será usted, pues, el señor Clennam? ¡Oh! ya me han hablado de usted, caballero.

—Y á mí también de usted y de su esposa.

—Tenga usted la bondad de volver á sentarse—dijo Plornish, apresurándose á dar el ejemplo,—y sea muy bien venido á esta pobre casa. Yo también he tenido la desgracia de estar una vez en la Mariscalía, y allí conocí á la señorita Dórrit, así como á su familia.

—La conocemos íntimamente—añadió la mujer de Plornish.

—Me alegro de que así sea—contestó Arturo,—porque de este modo comprenderán mejor mis intenciones; pero ante todo, quisiera saber el nombre del propietario de estas casas.

—Se llama Casby, caballero—contestó Plornish,—Casby y Pancks, y viene á cobrar el alquiler todos los sábados.

—¡Casby!—repitió Clennam;—me alegro de saberlo, porque es uno de mis antiguos conocidos.

Plornish no hizo el menor comentario, y como Clennam no necesitaba hacer más preguntas sobre el particular, expuso seguidamente el verdadero motivo de su visita, que era servirse de la mediación de Plornish para obtener la libertad de Tip, á fin de que el joven preso no perdiese la costumbre de contar consigo mismo y con sus propios recursos, si aún no había perdido el último resto de dignidad y de confianza en sí propio. Como Plornish sabía ya de boca del mismo acreedor las causas del encarcelamiento, dijo á Clennam que el interesado era un chalán llamado Maron, y que ofreciéndole un cincuenta por ciento de la deuda, se podría arreglar en su concepto el negocio.

Poco después, Clennam y Plornish subían en un coche de alquiler que los condujo rápidamente hacia High-Holborn, y allí se apearon á la puerta de una cuadra, donde se veía un magnífico caballo gris. Plornish penetró en el patio, dejando en la calle á Clennam, y sin detenerse á preguntar cosa alguna, dirigióse á un individuo que estaba probando un caballo, y expúsole el motivo de su visita. Este hombre era el capitán

Maron, precisamente el acreedor de Tip, quien después de escuchar á Plornish, díjole que podía ir á verse con su abogado, y que no quería tratar con él, ni aún permitirle permanecer en el patio si no llevaba un billete de veinte libras esterlinas. Oído esto, Plornish fué á dar cuenta del resultado á Clennam, y volvió poco después con el papel moneda indispensable.

Entonces el capitán Maron le dijo:

—Muy bien, ¿cuánto tiempo necesita usted para pagarme las veinte libras que restan? Vamos, le concedo á usted un mes.

Como el otro no aceptara la oferta, el capitán añadió:

—¡Vaya! entrégueme usted una letra pagadera á cuatro meses en casa de un banquero; esto es cuanto puedo hacer.

Esta condición no fué admitida tampoco.

—¡Pues bien!—dijo el capitán,—el amigo de usted no procede bien conmigo; pero no importa; vengan cinco libras más y una botella de vino, y no se hable más del asunto: esta es mi última palabra.

Al ver que Plornish no se avenía tampoco con este arreglo, el capitán, apurada la paciencia, acabó por decir:

—¡Vamos, qué diablo! déme usted este billete y ahí va el recibo por saldo de la cuenta.

—Señor Plornish—dijo Arturo, cuando el albañil le dió cuenta del resultado de su comisión,—confío en que me guardará usted el secreto. Si quiere anunciar al joven que está libre, y que ha recibido usted el encargo de transigir con el acreedor, por mediación de una persona que no le es posible nombrar, no solamente le quedaré agradecido, sino que hará usted un favor al mismo tiempo al joven Tip y á su hermana.

—Esta última razón es más que suficiente, caballero—replicó Plornish;—haré lo que usted desea.

—Puede usted decir, si le parece, que un *amigo* ha pagado desinteresadamente á su acreedor, con la esperanza de que Tip hará buen uso de su libertad, aunque sólo sea por complacer á su hermana.

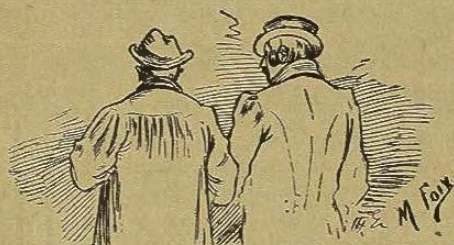
—Así lo haré, caballero.

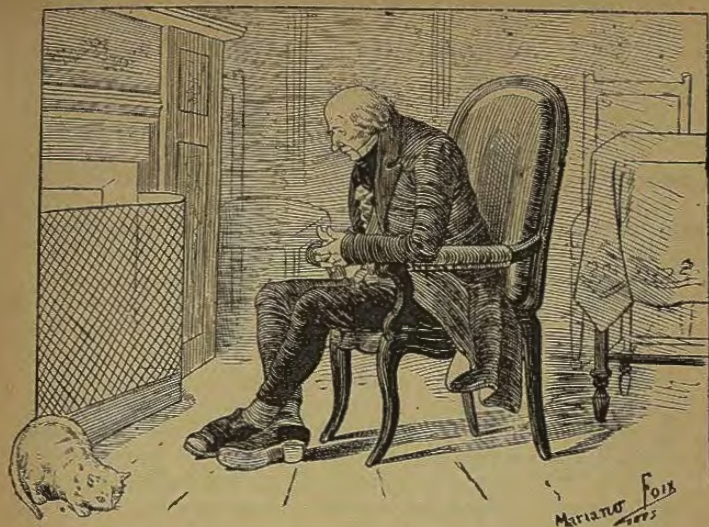
—Y si quiere usted, ya que conoce á la familia mejor que yo, comunicarse conmigo libremente, para indicarme cómo podré ser útil á la niña Dórrit sin ofenderla, le estaré doblemente agradecido.

—No hable usted de eso, caballero; yo tendré en ello á la vez un placer y un... y un...

Plornish, que no encontraba la palabra, optó por dejar la frese sin concluir; guardóse en el bolsillo la tarjeta que le daba Clennam, y aceptó una gratificación pecuniaria.

Plornish manifestaba deseos de cumplir cuanto antes su encargo; y Clennam, que aprobaba aquella actividad, acompañóle hasta la puerta de la prisión por deudas.





CAPITULO XIII

Patriarcal

Reavivó el nombre de Casby, en la memoria de Clennam, una chispa de curiosidad y de interés, que la señora Flintwinch había excitado ya la noche que llegó á su casa. Flora Casby fué su amada en la adolescencia, y era hija única del anciano Cristóbal *Cabeza de Palo*, mote que le habían aplicado irreverentemente algunas personas con quienes tuvo ciertos negocios. El señor Casby gozaba fama de rico, y de sacar hasta de las piedras más aceite del que le era necesario para alimentar la lámpara de su existencia.

Después de perder algunos días en investigaciones y diligencias, Arturo Clennam se convenció de que la situación del padre de la Mariscalía era desesperada, y por lo tanto hubo de renunciar, bien á pesar suyo, al proyecto de proporcionarle la libertad. Tampoco esperaba poder hacer por el pronto cosa alguna en favor de la niña Dórrit; pero pensó que, renovando sus relaciones con el señor Casby tal vez hallaría medio de ser útil á su pequeña amiga.

Animado de tan buena intención hallóse un día á la esquina de la calle donde vivía el señor Casby, en el camino de Gray's Inn, calle larguísima que después de cruzar el valle de

este nombre remontábase hasta la cumbre de la colina de Pentonville.

«La casa, pensó Clennam, cuando se acercaba á la puerta, ha cambiado tan poco como la de mi madre, y parece igualmente triste; pero la semejanza cesa cuando se ha franqueado la entrada. Conozco la pacífica gravedad que reina en el interior, y creo percibir ya el olor de los frascos de lavanda y de las hojas secas de rosa.»

Cuando hubo llamado á la puerta, dando un golpe con el reluciente aldabón, y le abrió la criada, saludáronle ya los perfumes que esperaba, aunque algo debilitados, como una brisa de invierno que aún conservase vago recuerdo de la pasada primavera. Arturo penetró en aquella mansión tranquila, silenciosa, herméticamente cerrada, donde no se percibía el menor ruido, ni aun del exterior. El mueblaje era escogido, severo como un cuáquero, y su aspecto tan agradable como puede serlo toda cosa, hombre ó taburete, destinada desde un principio á servir mucho, pero que en realidad sirve muy poco. En la escalera veíase un grave horario, que dejaba oír su continuo tic-tac, y más allá un pájaro harto triste para cantar, pero que en cambio daba picotazos en los alambres de su jaula con singular regularidad, cual si quisiera llevar el compás con la péndola del reloj.

La criada había anunciado en voz tan baja al señor Arturo Clennam, que su amo no la oyó; de modo que el visitante permaneció en pie sin ser visto junto á la puerta, que se acababa de cerrar. Junto á la chimenea vió, sentado en un sillón, á un anciano que se entretenía en dar vueltas á los pulgares uno alrededor del otro; sus cejas grises, su espaciosa calva, circuida de largos mechones que el tiempo había blanqueado, su sereno mirar y su tranquilo continente, comunicábanle un aspecto verdaderamente venerable. Aquel era el anciano Cristóbal Casby, fácil de reconocer á primera vista, pues en el espacio de veinte años había cambiado tan poco, como los sólidos muebles que le rodeaban.

En la pared opuesta veíase una pintura que representaba un muchacho de diez años, pero á primera vista se hubiera podido reconocer que era el mismo Cristóbal Casby cuando niño; aunque uno se lo figurara sentado en un banco de césped lleno de violetas, sumido en una contemplación precoz á la vista del reloj del pueblo, la expresión de su fisonomía, su tersa frente y su mirada serena, conservábanse en el anciano Casby allí sentado; en el sér seráfico que meditaba, descu-

bríanse los rudimentos incontestables del patriarca de aquella mansión.

Muchas personas, y en particular algunas viejas de la vecindad, habían puesto un mote al buen Casby; llamábanle el *Ultimo Patriarca*. ¿Qué título más adecuado hubieran podido encontrar para aquel hombre tan viejo, tan cachazudo, tan pacífico, tan sereno, y cuya cabeza presentaba tan venerables protuberancias? Algunos filántropos de ambos sexos preguntaban á veces quién era aquel anciano, y cuando se les contestaba: «Cristóbal Casby, antiguo agente de negocios de lord Decimus Tito Barnacle,» exclamaban con desesperación: «¡Oh! ¿por qué con esa cabeza no habrá preferido ser bienhechor de sus semejantes, padre del huérfano y amigo de los desgraciados?» Sin embargo, Cristóbal Casby estaba muy satisfecho de su cabeza, y con ella le encontró Arturo muy tranquilo en su silencioso salón.

Para que el anciano echase de ver que estaba allí, Clennam se adelantó algunos pasos.

—Dispense usted—dijo,—temo que no haya usted oído cuando me anunciaron.

—En efecto, caballero—repuso el anciano,—no había oído nada. ¿Desea usted hablarme?

—Quisiera ofrecer á usted mis respetos.

Esta contestación contrarió al parecer ligeramente al señor Casby, quien sin duda esperaba que el visitante le ofreciera algo más substancial.

—Tome usted asiento, caballero—le dijo.—no sé si tendré el gusto de conocer... ¡Ah! sí; creo que sí... pareceme reconocer esas facciones. Presumo que es usted el caballero cuyo regreso me anunció el señor Flintwinch.

—Sí, señor Casby, soy el mismo de quien usted habla.

—¿El señor Clennam?

—En persona, señor Casby.

—Caballero Clennam, tengo sumo placer en verle. ¿Cómo le ha ido desde que no nos vemos?

Arturo Clennam, juzgando inútil explicar que en el intervalo de unos veinticinco años transcurridos desde que se vieron la última vez, había sufrido muchas contrariedades, tanto moral como físicamente, contestó de un modo vago, limitándose á decir que nunca había estado tan bueno, mientras estrechaba la mano del dueño de aquella mansión á la luz de su aureola patriarcal.

—Somos mucho más viejos que entonces, señor Clennam—dijo Cristóbal Casby.

—Seguramente no somos más jóvenes—repuso Clennam.

Después de esta juiciosa observación, Arturo echó de ver que no daba con semejante respuesta una muestra recomendable de su talento, y enojóse contra sí mismo.

—¿Creo que su respetable padre dejó este mundo?—añadió Casby;—no dude usted, señor Clennam, que la noticia me causó mucho pesar, muchísimo.

Arturo contestó, como era natural, dándole las gracias.

—Hubo un tiempo—continuó el patriarca,—en que los padres de usted y yo vivíamos en muy buena armonía; después hubo entre nuestras dos familias una pequeña diferencia, tal vez porque su madre de usted estaba demasiado orgullosa de su hijo. Y cuando digo su hijo, refiérome á usted, mi apreciable caballero, á usted mismo.

Al pronunciar estas palabras, el señor Casby parecía afectar un aire de profunda sabiduría y de virtud incomparable, al paso que sus facciones expresaban la bondad y la benevolencia.

—Pero aquel tiempo—prosiguió Casby,—ya pasó. Ahora tengo el gusto de visitar á su señora madre de vez en cuando, y admiro siempre el valor y la entereza con que sufre tan rudas pruebas... verdaderamente rudas pruebas.

Cuando el señor Casby se complacía en una de estas repeticiones, acompañábala con una benévola sonrisa, inclinando la cabeza de lado, cual si hubiera en el fondo de sus tiernos pensamientos algo que las palabras no pudieran expresar.

—He sabido—dijo Arturo, cogiendo la ocasión al vuelo,—que en una de sus visitas ha tenido usted la amabilidad de recomendar á mi madre la niña Dórrit.

—¿La niña... Dórrit?... ¡Ah! sí, la costurera de que me habló uno de mis humildes inquilinos. Sí, sí, Dórrit, eso es. ¡Ah! sí, sí. ¿La llama usted niña Dórrit?

Clennam comprendió al punto que no debía esperarse ningún informe por esta parte. El atajo que acababa de tomar conducía sólo á un callejón sin salida.

—Mi hija Flora, como sin duda le habrán dicho ya—repuso el patriarca,—se casó hace algunos años, pero tuvo la desgracia de quedar viuda á los pocos meses de su enlace; de modo que ha vuelto á vivir conmigo. Se alegrará mucho de ver á usted, si me permite anunciarle su visita.

—Ciertamente—contestó Clennam,—y hasta le hubiera ro-

gado que lo hiciese, á no haberse anticipado usted á mis deseos.

Casby se levantó, y con lento paso dirigióse hacia la puerta: vestía un largo levitón de paño, color verde botella y pantalones de lo mismo.

Apenas habían salido del salón, cuando una mano rápida hizo girar una llave en la cerradura de la puerta de entrada, abrió y volvió á cerrar: un hombre de escasa estatura, moreno y vivaracho, precipitóse en el salón con tal ímpetu, que casi tocó á Clennam antes de poder detenerse.

—¡Hola!—gritó.

Clennam pensó que no había motivo para no contestar con la misma exclamación, y la repitió como un eco.

—¿Qué hay?—preguntó el hombre moreno.

—Nada, que yo sepa—repuso Clennam.

—¿Dónde está el señor Casby?—dijo el hombre pequeño, mirando á su alrededor.

—Si pregunta usted por él, no tardará un instante.

—¿Yo preguntar por él?—contestó el hombrecillo;—nada de eso. Supongo que usted le necesita.

Estas últimas palabras indujeron á Clennam á dar una ligera explicación, que el desconocido escuchó atentamente, mirando á su interlocutor. Aquel hombrecillo vestía de negro, tenía ojos muy vivos de este color, como el cabello; sus manos, muy sucias, y sus uñas ennegrecidas podían inducir á creer que el desconocido acababa de salir de una carbonera; sudaba mucho y respiraba ruidosamente.

—¡Oh!—dijo cuando Arturo hubo terminado;—muy bien, muy bien. Si el señor Casby pregunta por Pancks ¿tendrá usted la bondad de indicarle que ya estoy de vuelta?

Así diciendo, el hombrecillo se retiró, saliendo por otra puerta.

Ahora bien, debemos hacer presente aquí, que antes de abandonar Clennam su país, habían llegado á sus oídos, no recordaba cómo, algunos rumores nada favorables al patriarca. Según ellos, asegurábase que Cristóbal Casby disfrazaba bajo falsas apariencias lo que verdaderamente era, llegando algunos hasta calificarle de astuto impostor capaz de dar entrada en su venerable cabeza á los más ruines y perversos cálculos. Otros le consideraban sólo como un torpe egoísta, sin iniciativa de ninguna especie, que para hacerse respetar había tomado el partido de hablar lo menos posible. Decíase también que si lord Decimus Tito Barnacle le había elegido

para agente de negocios, no era porque reuniese las cualidades necesarias para ello, sino porque tenía un aire tan bonachón, que á nadie se le hubiera ocurrido que semejante hombre fuese capaz de acosar á un deudor.

Recordando todos estos rumores, y asociándolos con el incidente de la intempestiva entrada de Pancks en el salón y su extraña conducta, Arturo Clennam se convenció hasta cierto punto de que no carecía de fundamento lo que se contaba del último de los patriarcas, á quien tal vez se debiera considerar como un hombre peligroso.

La vuelta del señor Casby, acompañado de su hija Flora, puso término á sus reflexiones. Apenas la mirada de Arturo Clennam se hubo fijado en el objeto de su primer amor, desvaneciéndose hasta su última ilusión, si alguna conservaba.

Los más de los hombres son bastante fieles á sí mismos para respetar un primer amor; si éste no tiene suficiente fuerza para luchar contra la realidad, y si recibe un golpe de muerte por el contraste del presente con el pasado, no se atribuya jamás á una falta de constancia, sino á todo lo contrario. Esto es lo que sucedió con Clennam.

Flora era mujer de aventajada estatura, pero había engordado mucho, y parecía á punto de reventar por un exceso de grasa; además, Clennam la había dejado blanca como una azucena y encontrábalas roja como una amapola. Por otra parte, su conversación, antes amena y agradable, debía parecerle ahora insulsa y sin atractivo de ninguna especie.

—A la verdad—dijo Flora con estudiada sonrisa, y haciendo un ligero mohín, ridículo en comparación de los que en otra época seducían al joven Arturo,—casi no me atrevo á presentarme al señor Clennam, porque estoy horrible, y seguramente me encontrará atrozmente cambiada; estoy hecha una vieja, y es muy doloroso presentarse en tal estado.

Arturo afirmó que se conservaba perfectamente, y que por otra parte el tiempo no le había respetado á él tampoco.

—¡Oh!—repuso Flora,—en un hombre es muy diferente, y usted tiene demasiado buen aspecto para poder quejarse... ¡Oh! yo estoy tan fea que hasta debo causar miedo.

El patriarca, no sabiendo acaso bien lo que debería decir en aquella ocasión, limitóse á sonreír.

—Si hemos de hablar de las personas que no cambian—añadió Flora,—citemos como ejemplo á papá, que se conserva exactamente lo mismo que el día que usted marchó. ¿No es muy triste que sea así una censura viviente contra su propia

hija? Por poco que siga de este modo, la gente creará algún día que soy la madre de mi papá.

—Aún ha de transcurrir mucho tiempo para eso.

—¡Ah! señor Clennam, ya veo que no se le han olvidado á usted los cumplidos de aquella época en que aparentaba estar perdidamente enamorado... ¡Oh! no es esto lo que yo quería decir... ¡Vamos! ¡ya no sé lo que me digo!

Flora aparentó turbarse, pero dirigió á Clennam una mirada tan expresiva, como las de otro tiempo.

El patriarca, que al fin echaba de ver que lo más prudente sería abandonar la escena, dirigióse á la puertecilla por donde Pancks había salido y desapareció.

—No ha de pensar usted en marcharse aún—continuó Flora, al observar que Arturo miraba á su alrededor, como si buscase el sombrero;—no es posible que piense en dejarme ya, Arturo, ó mejor dicho, señor Clennam, pues sin querer me remonto á una época pasada, que tal vez sería mejor no recordar, porque quizás tenga usted algún compromiso, que yo no quisiera contrariar por nada en el mundo... Pero ¡vamos! ¡ya vuelvo á embrollarme!

Flora hizo una pausa, y añadió con singular volubilidad:

—Sin contar con que tal vez se haya casado usted con alguna dama china, puesto que ha estado tanto tiempo en aquel país; no dudo que su mano habrá sido aceptada con la mayor complacencia, y sólo espero que no se haya unido usted con una de esas herejes que adoran las pagodas...

—No me he casado, Flora—repuso Arturo, sonriendo á pesar suyo.

—¡Santo cielo! no quiero creer que se haya usted conservado célibe por causa mía; no me convencería usted...; pero no me conteste, pues no sé lo que me digo. ¡Oh! doblemos la hoja, se lo ruego. Hábleme usted de las mujeres chinas; dígame si es verdad que tienen los ojos en forma de almendra, como los pintan en sus retratos; quiero saber si llevan largas trenzas colgantes sobre la espalda, y si los hombres se peinan de igual modo. ¿Cómo se componen para no hacerse daño cuando se estiran el cabello á fin de que la frente quede del todo despejada? ¿Por qué los chinos adornan con campanillas sus puentes, sus pagodas y sus sombreros?

Flora dirigió á Clennam una mirada homicida, y continuó, como si hubiese contestado detenidamente á sus preguntas.

—¿Con que todo eso es verdad? ¡Santo cielo, Arturo!... quiero decir señor Clennam... siempre vuelvo al pasado. ¿Y

cómo ha podido usted vivir tanto tiempo en semejante país, con tantos farolillos y paraguas? Me parece que el clima debe ser muy húmedo. Pues ¿y los zapatitos y los pies deformes desde la infancia? Todo esto debe ser muy curioso. Cuando pienso que usted ha recorrido todo aquel país, le tengo envidia.

Flora clavó otra mirada peligrosa en Clennam, que no sabía qué hacer.

—¡Santo cielo!—continuó Flora,—cuando pienso en los cambios ocurridos, no sé avenirme, Arturo. ¿Quién hubiera dicho que yo llegaría á ser la señora Finching? Nunca pude esperar lo.

—¿Se llama usted así ahora?—preguntó Arturo, que en medio de tanta charla, sólo fijó su atención en las últimas frases.

—Sí, Finching; ¿no es verdad que tengo un apellido bien feo? Pero, como decía mi difunto, no era culpa suya. ¡Ah! mi pobre esposo era un hombre excelente.

Flora debió detenerse al fin un instante para tomar aliento; pero muy en breve continuó sobre un nuevo tema.

—Seguramente, nadie podrá censurarle á usted, Arturo... digo, señor Clennam... por la frialdad amistosa que me manifiesta, pues las circunstancias han cambiado de tal modo, que hasta no se debía esperar otra cosa; al menos yo así lo creo; usted lo sabrá mejor que yo, pero no puedo olvidar que hubo un tiempo en que todo era muy diferente.

—Mi apreciable señora Finching...—comenzó á decir Arturo.

—¡Oh! no me dé usted ese nombre tan feo—dijo la dama;—llámeme usted Flora.

—¡Pues bien! sea, Flora; iba á decirle que me complacía mucho verla y reconocer que, así como yo, no ha olvidado usted los antiguos ensueños á que nos entregábamos locamente en el ardimiento de nuestra juventud y de nuestras ilusiones.

—A juzgar por la tranquilidad con que lo toma usted—repuso Flora con cierto aire burlón,—nadie diría que es así; bien conozco que habrá perdido usted sus ilusiones al verme, y tal vez sean causa de ello las damas chinas, si no lo soy yo misma.

—¡No, no!—se apresuró á decir Clennam,—¡no lo crea usted!

—¡Oh! preciso es confesarlo—repuso Flora con tono convencido;—sería una necedad en mí no reconocerlo; sé muy

bien que usted no esperaba verme tan cambiada, y sobre este particular no me hago ilusiones.

En medio de su incesante charla, por lo menos debía hacerse á Flora la justicia de confesar que había comprendido con la perspicacia de una mujer más inteligente, la verdad del hecho que enunciaba.

—Una palabra más—prosiguió Flora, dando á la conversación un giro que, con gran inquietud de Clennam, le comunicaba el carácter de una querrela amorosa;—cuando su mamá vino á ver á mi papá para promover una ruidosa escena, y se me mandó bajar al comedor, donde estaban sentados uno junto á otro, gritando como dos furiosos, ¿qué quería usted que yo hiciese?

—Mi apreciable señora Finching—replicó Clennam,—todo esto es ya tan antiguo, y hace tanto tiempo que terminó, que no veo á qué viene...

—Porque no puedo tolerar—interrumpió Flora,—que se me denuncie á toda la sociedad china como mujer sin corazón, que no trató de rehabilitarse cuando se le presentaba oportunidad de hacerlo. No diré que hubiera usted podido escribirme, estando yo tan vigilada; pero si en vez de devolverme sin ninguna explicación el *Pablo y Virginia* que le dí, hubiese puesto en la cubierta un poco de oblea encarnada, habría adivinado al punto que esto significaba «Ven á Pekín, ó á Nankín, ó á cualquier otra ciudad,» y hubiera ido á toda costa.

—Señora, seguramente no merece usted ninguna reprehensión, ni se la he dirigido nunca. En aquella época éramos demasiado jóvenes, y teníamos tan poca libertad, que no podíamos menos de aceptar la separación impuesta. ¡Piense usted cuántos años han transcurrido desde entonces!

—Permítame añadir—dijo Flora,—que conocimos al difunto Finching en casa de un amigo; poco á poco comenzó á visitarnos con asiduidad; y al fin me hizo la corte, y después su declaración, con el consentimiento de papá. ¿Qué podía hacer yo?

—Nada más que lo que hizo—contestó Clennam con sincera franqueza.—Permita usted á un antiguo amigo asegurarle que no merece la menor censura.

—Muy bien; ahora una palabra más y concluyo. Mi estimado señor Clennam, ha dejado usted de llevar una cadena dorada, es libre, y le deseo toda clase de felicidades... Ya

viene papá, ¡qué fastidio!... ¡siempre llega cuando menos falta hace!

El anciano Casby acababa de entrar, en efecto, y sus primeras palabras fueron para invitar á Clennam á comer, insistiendo particularmente en que se quedara; mientras que Flora hizo al propio tiempo á su antiguo aspirante una seña que quería decir: «¡Quédese usted!» No convenía esto á Clennam; pero tenía tal sentimiento por no haber encontrado la Flora de su juventud y de sus ensueños, y avergonzabase tanto de haber perdido así sus ilusiones, que por un remordimiento retrospectivo y como justa expiación de sus errores, creyó deber inmolarse en la comida del patriarca y de Flora.

Además de Pancks, que en su calidad de agente de confianza del señor Casby, tenía cubierto á la mesa, poco antes de servirse la comida presentóse otro convidado, ó más bien convidada: era una extraña viejecita, con una fisonomía semejante á la de una muñeca de madera, de la cual no se puede exigir que tenga expresión alguna en las facciones, por ser tan ínfimo su precio; llevaba una peluca tan rígida como amarillenta; su rostro parecía tener dos ó tres contusiones producidas con un instrumento obtuso, como por ejemplo la superficie de una cuchara; y la punta de la nariz presentaba el fenómeno de varias cavidades que se podían atribuir á una presión violenta. La particularidad más singular de esta viejecita consistía en que nunca se le daba otro nombre que el de *tía del señor Finching*.

Flora había anunciado ya antes á Clennam que su difunto esposo tuvo á bien legarle al morir esta tía, además de la totalidad de sus bienes muebles ó inmuebles.

Lo primero que llamaba la atención en aquella extraña mujer era su aspecto de severa rigidez y su taciturnidad, que sólo interrumpía de vez en cuando para hacer, en tono cavernoso y amenazador, algunas observaciones que, no teniendo relación alguna con lo que se acababa de decir, ni hallándose encadenadas sino por una asociación de las más misteriosas ideas, inquietaban el espíritu del oyente, atemorizándole con frecuencia.

La comida, sabiamente aderezada, porque en la mansión del anciano calculábase todo para favorecer la digestión, comenzó por una sopa especial á la que siguió un asado de carnero, un biftek y una torta de patatas. Al empezar el banquete, la tía Finching, después de dirigir una mirada malévola á todos los comensales, emitió la siguiente extraña observación:

—Cuando vivíamos en Henley, las cosas del señor Barnes fueron robadas por un calderero.

Pancks tuvo el valor de hacer una señal afirmativa y contestó:

—Sí, ciertamente, sí señora.

En cuanto á Clennam, aquellas palabras le causaron una verdadera inquietud.

Arturo pensaba que hubo un tiempo en que, comiendo en aquella misma mesa, no había tenido ojos más que para Flora; mientras que en aquel momento, cuando fijaba en ella la atención, sólo era para observar que le gustaba mucho la cerveza, y que combinaba una gran cantidad de jerez con el sentimiento, por lo cual pudo comprender que si había engordado, era debido á razones muy substanciales. En cuanto al señor Casby, siempre había sido gran gastrónomo, y devoraba materialmente cuanto se le ponía delante con una beatitud patriarcal.

Durante toda la comida, Flora supo conciliar su afición del momento á la carne y al vino, con su afición de otra época al amor romántico; de modo que Arturo, sin atreverse apenas á levantar la vista, tenía la fija siempre en su plato, pues no podía mirar á la viuda sin recibir de ella alguna mirada de misterioso aviso, cual si se hubiera tratado de un complot entre los dos. La tía Finching, sentada en frente de Arturo, dirigiéndole de continuo miradas de reto, con expresión de indecible amargura; y cuando se sirvieron los postres interrumpió bruscamente la conversación sin consultar con nadie.

Flora acababa de decir:

—Caballero Clennam, tenga usted la bondad de darme un vaso de Portó para la tía del señor Finching.

—El monumento que se eleva junto al Puente de Londres —observó la viejecita,— se construyó después del gran incendio, y este incendio no fué aquel en que se quemaron los almacenes de vuestro tío Jorge.

Pancks contestó de nuevo con el mismo ánimo:

—Es mucha verdad, señora; sí, sí, ¡tiene usted razón!

Pero la tía Finching, en vez de volver á su silencio acostumbrado, pareció indignada de alguna imaginaria contradicción, y replicó seguidamente:

—¡Detesto á los imbéciles!

Al emitir este parecer con solemne gravedad, usó de un tono tan ofensivo, personalizando de tal modo la injuria, fija su mirada en Clennam, que fué preciso hacer retirar á la vie-

jecita de la mesa. Flora se la llevó muy tranquilamente, pues la tía Finching no opuso la menor resistencia, limitándose á preguntar con implacable animosidad:

—¿Por qué viene aquí?

Cuando Flora volvió, explicó que *su legado* era una anciana señora muy inteligente, pero que á veces tenía excentricidades y antipatías incomprensibles.

Previendo, que después de apurar tranquilamente otras dos copas de vino dulce, Pancks no tardaría en levantar el campo, y que el patriarca iría á dormir, Arturo, pretextando que debía hacer una visita, preguntó á Pancks qué dirección pensaba seguir.

—Voy hacia la Cité, caballero.

—¿Quiere usted que vayamos juntos?—preguntó Arturo.

—Con mucho gusto.

Sin embargo, Flora murmuraba misteriosas frases al oído de Arturo, diciéndole que *hubo* un tiempo... que el pasado era un abismo infranqueable.... que Arturo no estaba ya sujeto por una cadena dorada; que al día siguiente la podría ver en su casa á la una y media; que los decretos de la Providencia eran irrevocables, y otras cosas por el estilo. Al salir, Arturo quiso estrechar francamente la mano á la Flora de entonces, no á la de otro tiempo, pero la hija de Casby se empeñó en sostener su papel de niña enamorada.

Clennam salió de aquella mansión bastante triste, y sobre todo tan aburrido, que á no ser por Pancks, habría tomado cualquiera dirección, sin saber á dónde iba.

Cuando la frescura de la atmósfera y la ausencia de Flora hubieron disipado la niebla que obscurecía sus ideas, echó de ver que Pancks avanzaba rápidamente, mordiendo el poco pasto que le ofrecían sus negras uñas, lo cual era en aquel individuo señal evidente de que reflexionaba.

—Se deja sentir el frío esta noche—dijo Arturo.

—Sí—contestó Pancks,—pero usted debe sentirle, en su calidad de extranjero, más que yo. Le aseguro que tengo poco tiempo para ocuparme de si hace frío ó calor.

—Quiere decir que vive usted muy atareado, ¿no es verdad?

—Efectivamente; siempre tengo que andar tras de algún inquilino que no paga, ó vigilar alguna cosa; pero me gustan los negocios—añadió Pancks apretando algo más el paso.—¿No estamos para eso en el mundo?

—¿Cree usted que sólo para eso?—preguntó Clennam.

—¿Para qué otra cosa había de ser?—repuso Pancks.

Estas palabras concentraban en el más corto espacio posible un peso enorme, que había gravitado sobre toda la vida de Clennam, y por eso no contestó.

—Es lo mismo que siempre digo yo á nuestros inquilinos semanales—continuó Pancks.—Algunos de ellos se me quejan de que están trabajando continuamente, sin ser por eso nunca más ricos, á lo cual les contesto: «¿Para qué estáis en el mundo sino para trabajar?» Con esto les cierro la boca, pues no hallan contestación.

—¡Ah!—exclamó Arturo—¡eso es muy triste!

—¡Vaya! aquí me tiene usted! á mí, por ejemplo—prosiguió Pancks.—¿Cree usted que yo estoy en el mundo para otra cosa? Oblígueme á levantarme temprano, déme usted trabajo suficiente, déjeme tan poco tiempo como quiera para comer, hágame correr de un punto á otro sin descanso; yo haré lo mismo con usted, y usted procederá de igual manera con otro. Aquí tiene usted un resumen completo de los deberes del hombre en un país comercial.

Cuando hubieron andado un poco más, Clennam preguntó á su compañero:

—¿Ha tomado usted gusto á alguna cosa?

—¿Gusto? ¿Qué es eso?—preguntó Pancks con acritud.

—Pues... una inclinación cualquiera.

—Mi única inclinación es ganar dinero—repuso Pancks;—indíqueme usted los medios, y ya verá qué pronto me pongo en movimiento.

Así diciendo, produjo una especie de ronquido nasal, que sin duda era su modo de reír, según le pareció á Clennam. Era, aquél, un hombre singular por todos conceptos, y á no ser por el tono breve, duro y rápido, con que pronunciaba sus palabras, como bajo el impulso de un motor mecánico, hubiérase podido creer que no hablaba seriamente.

—Supongo que usted lee—díjole Clennam.

—Sólo leo letras de cambio y libros de cuentas; y también colecciono anuncios relativos á herencias. A propósito, ¿es usted de la familia de los Clennam de Cornouailles, señor Arturo?

—No, al menos que yo sepa.

—Ya sabía yo que no lo era usted, pues se lo he preguntado á su madre que no es mujer para dejar escapar semejante ocasión.

—Supongamos que yo perteneciese á un Clennam de Cornouailles.

—En tal caso hubiera usted sabido cierta cosa que le interesaría.

—¿De veras? Hace mucho tiempo que no me he visto en semejante caso.

—Hay en Cornouailles una propiedad que sólo necesita encontrar un propietario, y ningún Clennam quiere tomarse la molestia de reclamarla—dijo Pancks, sacando su libro de memorias del bolsillo y volviendo á guardarlo después de mirar una apuntación. Ahora debo separarme de usted, pues he llegado á uno de mis negociados. Buenas noches.

—Vaya usted con Dios—contestó Arturo.

Habían cruzado juntos por Smithfield, y Clennam se halló solo en la esquina de la calle de Barbican. No tenía intención de ir aquella noche á la lúgubre morada de su madre, y sentíase tan triste y abatido como si estuviere en medio de un desierto. Comenzó, pues, á bajar lentamente la calle de Aldersgate, y avanzaba hacia la iglesia de San Pablo, sumido en sus reflexiones, con intención de llegar á uno de los barrios más populares de la ciudad, porque necesitaba ruido y movimiento, cuando divisó un numeroso grupo que caminaba hacia él por la misma acera; entonces se apoyó contra la pared, dejando el paso libre, y echó de ver que la gente se agolpaba alrededor de algo que cuatro hombres llevaban en hombros. Luego reconoció que era una camilla, improvisada con lo primero que se había encontrado más propio para el objeto; y á juzgar por la posición del hombre que iba en ella, y por lo que decía un individuo que llevaba un lío en una mano y un sombrero cubierto de lodo en la otra, Clennam comprendió que había ocurrido algún accidente. Los que conducían la camilla se detuvieron junto á un farol para arreglar algo, y Clennam se halló en medio del grupo.

—¿Es algún herido que conducen al hospital?—preguntó Arturo á un anciano que estaba allí con la boca abierta, deseando al parecer que le preguntasen.

—Sí—contestó el interpelado,—la culpa es de esos coches correos, que siempre van á escape con la velocidad de doce á catorce millas por hora; deberían poner coto á semejante abuso; lo extraño es que no haya más desgracias.

—Supongo que habrá muerto ese hombre.

—Si no ha muerto, no será por falta de voluntad del conductor del coche-correo.

Y como el anciano se cruzara de brazos para censurar se-

veramente á la empresa, varios espectadores hicieron coro con él, por simpatías al herido.

—Esos coches son una calamidad—decía uno.

—Yo ví ayer cómo faltó muy poco para que aplastaran á una criatura—añadió otro.

Todos daban á entender que si Clennam tenía alguna influencia administrativa, lo mejor que podía hacer era procurar que suprimiesen los coches-correos.

—¿Y es un extranjero?—preguntó Clennam, inclinándose un poco para ver mejor.

En medio de una infinidad de respuestas contradictorias, tales como: «es un francés;» «es un portugués;» «no, que es un prusiano;» «yo creo que es holandés;» y otras contestaciones por el estilo, Clennam oyó una voz débil que pedía agua en francés y en italiano; y habiendo rogado que le dejasen pasar, porque comprendía lo que decía el herido, abriéronle paso para que sirviera de intérprete.

—Este hombre pide agua—dijo Arturo á los que le rodeaban.

Una docena de muchachos se diseminaron al momento para ir á buscarla.

—¿Está usted gravemente herido?—preguntó Clennam al hombre de la camilla.

—Sí, caballero, sí, sí; la pierna me duele muchísimo; pero no importa; aun así me complace oír la lengua de mi patria.

—¿Es usted viajero?... ¡Ah! ya tenemos aquí el agua; permítame darle un vaso.

Habían colocado la camilla en un montón de escombros que se elevaba á conveniente altura, y así es que sin inclinarse apenas Clennam pudo levantar la cabeza del herido con la mano izquierda, mientras que con la derecha acercaba el vaso á sus labios. El herido era hombre de escasa estatura, musculoso, de tez bronceada, cabello negro y dientes muy blancos; ofrecía una marcada expresión de vivacidad, y llevaba arillos en las orejas.

—Vamos, beba usted... ¿Me ha dicho usted que era un viajero...?

—Sí, señor.

—¿Forastero en esta ciudad?

—Sí, señor, completamente, pues he llegado esta tarde.

—¿De dónde?

—De Marsella.

—Pues vea usted—repuso Clennam,—yo también soy casi

forastero en esta inmensa metrópoli, aunque he nacido en ella; y hace muy poco tiempo llegué igualmente del mismo punto que acaba usted de citar. Vamos, no se desanime usted, que no le abandonaré hasta dejarle en buenas manos. ¡Valor!

El herido dirigió á Clennam una mirada suplicante, mientras éste le enjugaba el sudor de la frente y murmuró:

—¡Ah! ¡*Altro, Altro!*

Esta exclamación parecía indicar cierta incredulidad, pues mientras levantaban las angarillas, el herido alargó la mano para hacer con el índice la señal negativa de los napolitanos.

Arturo Clennam emprendió la marcha también sin separarse del herido, á quien dirigía de vez en cuando alguna palabra para reanimarle; y así llegaron hasta el hospital de San Bartolomé. Sólo se dejó entrar en el benéfico asilo á los portadores y al obsequioso intérprete; el herido fué colocado al punto sobre una mesa, para que el cirujano pudiera examinarlo bien.

—Ese hombre no sabe apenas una palabra de inglés—dijo Clennam.—¿Es peligrosa la herida?

—Ahora veremos—contestó el cirujano continuando su examen con marcada afición, como hombre que se halla en su elemento.

Después de tocar la pierna con un dedo, luego con dos y al fin con toda la mano, por arriba y por abajo, haciendo al mismo tiempo sus observaciones á un caballero que se presentó, el cirujano, dando un golpecito en el hombro al paciente, le dijo:

—Esto se podrá componer, aunque es bastante difícil; por esta vez no pediremos el sacrificio de la pierna.

Clennam tradujo estas palabras consoladoras al herido, que manifestó su agradecimiento besando varias veces la mano del intérprete y la del cirujano.

—Supongo que la herida es grave—dijo Clennam.

—Sí... algo—contestó el cirujano, con la satisfacción del pintor que contempla la obra expuesta en el caballete;—algo es; tiene una doble fractura sobre la rótula y una dislocación más abajo; será una compostura de mérito.

Y el cirujano volvió á dar otro golpecito en la espalda al paciente, cual si quisiera decirle que era digno de los mayores elogios por haberse dejado romper la pierna de un modo tan interesante para la ciencia quirúrgica.

—¿No habla francés?—preguntó el cirujano.

—Sí, señor.

—Pues entonces ya nos entenderemos sin dificultad.

Y dirigiendo la palabra en dicho idioma al herido, díjole afectuosamente:

—Sólo habrá que sufrir un poco, amigo mío, y debe usted felicitarse de que su pierna no se hallé en peor estado; dentro de algún tiempo volverá usted á andar perfectamente. Ahora, veamos si no hay lesión en otra parte, y sobre todo en las costillas.

Por fortuna el cirujano no encontró nada. Clennam esperó á que hubiese hecho todo cuanto se debía practicar; y como el pobre herido le suplicara que no se alejase, permaneció junto al lecho á que se le transportó hasta que se hubo dormido. Antes de marcharse escribió con lápiz algunas líneas, prometiendo al infeliz volver á la mañana siguiente.

Todo esto había requerido mucho tiempo; de modo que eran las once de la noche cuando Clennam salió del hospital. Había alquilado provisionalmente una habitación cerca de Covent-Garden, y dirigióse á su morada por el camino más corto.

Abandonado de nuevo á sí mismo, después de las impresiones que acababa de experimentar á causa del incidente que dejamos referido, Clennam estaba naturalmente predisuesto á la meditación. No anduvo mucho tiempo sin pensar en Flora, y esto le recordó por necesidad la historia de toda su vida, la historia de su desgraciada existencia.

Al entrar en su habitación sentóse ante la chimenea, cuyo fuego se había extinguido casi, y remontándose á su vida pasada, contempló mentalmente la senda sombría que había recorrido hasta llegar al presente período de su existencia.

Arturo era soñador y su meditación fué dolorosa, porque tenía la conciencia de todo lo bueno de que se había visto privado. Aunque se le educó dura y severamente, tratándose de imbuirle ideas mezquinas, poco honrosas, su fe le había salvado y á ella debía el ser un hombre digno y generoso, de noble corazón y elevados sentimientos. Su fe le enseñara también á no condenar á los otros, á ser humilde y misericordioso y á practicar la caridad.

Arturo Clennam, sentado, como hemos dicho, ante su chimenea, recordaba melancólico el tenebroso camino que se le hiciera recorrer en la peregrinación de su existencia. ¿No era bastante desgracia para él verse obligado á su edad á buscar lejos de sí un báculo para la vejez, un apoyo cualquiera y un consuelo para terminar la carrera de su vida? Harto

legítimas hubieran sido sus quejas; y al contemplar el fuego casi apagado, su último resplandor, y las cenizas casi frías, no pudo menos de murmurar:

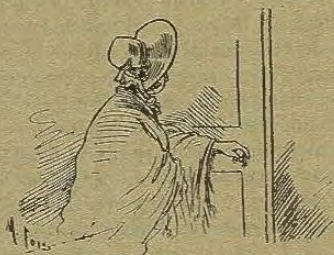
—Pronto llegará la hora de pasar yo también por todas esas fases, para desaparecer al fin.

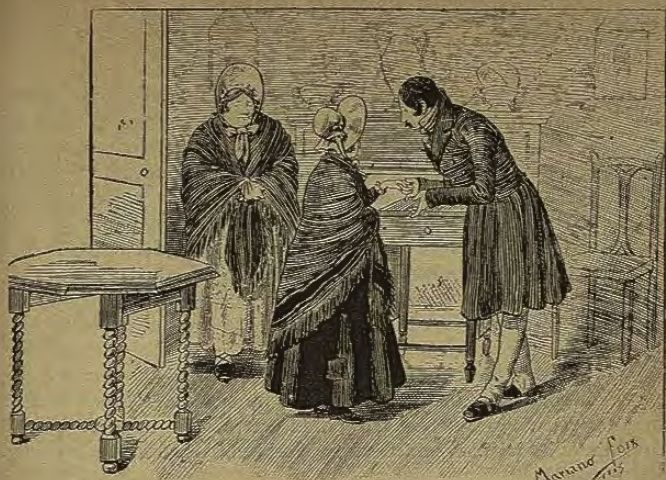
En aquella revista de su existencia, creía ver un árbol verdoso, cargado de flores y de promesas, cuyas ramas todas se marchitaban y caían una por una á medida que él las tocaba.

—A contar desde los días de mi juventud—continuó Arturo,—tan desgraciadamente suprimida, desde mi adolescencia, pasada en un retiro lúgubre y sin amor, desde mi marcha, mi largo destierro, mi vuelta, el recibimiento de mi madre y por último mi visita á la pobre Flora, ¿qué he encontrado yo en el camino de mi vida?

En aquel momento abrióse suavemente la puerta de la habitación y Arturo se estremeció al oír pronunciar el siguiente nombre como en contestación á su pregunta:

—¡La niña Dórrit!





CAPITULO XIV

Visita de la niña Dórrit

Arturo Clennam se apresuró á levantarse, al ver á la joven de pie en el umbral.

La niña Dórrit paseó su mirada por la habitación, y parecióle espaciosa y magníficamente amueblada, aunque algo oscura. La joven tenía ciertas ideas aristocráticas desde la primera vez que vió Covent-Garden, donde había elegantes cafés, soberbias casas y palacios, en que se ostentaban todos los atributos del lujo, y un teatro suntuoso, donde entraban damas y caballeros ricamente engalanados. La niña Dórrit conservaba un confuso recuerdo de aquel sitio aristocrático, tan lleno de misterios ahora como en otra época, con sus románticas memorias, su riqueza y su miseria, su belleza y su fealdad, sus preciosos jardines y sus fétidos arroyos; la joven, lo repetimos, tenía sus ideas sobre los esplendores de Covent-Garden, y por eso le pareció la habitación de Arturo Clennam más oscura de lo que era en realidad, cuando la miró tímidamente desde la puerta.

Pero en la silla que estaba junto al fuego apagado hallábase el caballero á quien iba á ver, y que había vuelto la cabeza con asombro al oír pronunciar su nombre; el caballero de tez morena, de aspecto grave y bondadosa sonrisa, de ca-

rácter tan franco, y á la vez tan resuelto, que la joven creía hallar cierta semejanza entre Arturo y la señora Clennam, sólo que, así como ésta tenía el genio duro y severo, el de Clennam era dulce y bondadoso. En aquel momento Arturo fijaba en la niña Dórrit una mirada profunda y penetrante que siempre le hacía bajar la vista.

—¡Hija mía!—le dijo,—¡usted aquí á media noche!

—Por eso he pronunciado mi nombre al abrir la puerta, caballero, pues ya suponía yo que le sorprendería mi visita, y que era necesario prepararle.

—¿Viene usted sola?

—No, señor, me acompaña Maggy.

Persuadida ésta de que sólo el pronunciar su nombre la autorizaba para entrar, penetró en la estancia sonriendo amistosamente, pero su fisonomía recobró muy pronto su expresión estúpida.

—¡Y yo que he dejado apagar el fuego!—dijo Clennam,—viniendo usted tan... (iba á decir *ligeramente vestida*, pero se contuvo para no hacer alusión á la pobreza de la joven, y añadió:) y haciendo tanto frío.

Clennam acercó á la chimenea el sillón que ocupaba, é hizo sentar á la niña Dórrit; después trajo carbón y leña y encendió fuego.

—Tiene usted los pies helados, hija mía—dijo (los había tocado por casualidad, al arrodillarse para encender fuego;—acérquelos más.

La niña Dórrit contestó que no tenía los pies fríos; pero Clennam pudo comprender, no sin que se le oprimiese el corazón, que la joven quería ocultar sus zapatitos deteriorados por el uso.

—Ante todo—dijo la niña Dórrit, sentada delante del fuego, pálida aun, y fija la vista en el semblante de su interlocutor, cuya expresión de interés y de cariño era para ella un misterio que no se creía capaz de descifrar,—¿me será permitido decirle una cosa, caballero?

—Sí, hija mía.

Una ligera nube obscureció las facciones de la niña Dórrit, como si le causara pesar que Arturo le dijese con tanta frecuencia *hija mía*; pero á este sentimiento sucedióse la admiración al comprender que Clennam lo había notado al punto, puesto que añadió seguidamente:

—Necesitaba una palabra que expresase la ternura, y no he hallado otra de pronto; pero como se ha dado usted misma

ahora el nombre con que la conocen en casa de mi madre, que es el que yo le doy siempre cuando pienso en usted, permítame llamarla niña Dórrit.

—Gracias, caballero; es el nombre que prefiero á todos los demás.

—Yo la llamo madrecita—dijo Maggy.

—Es lo mismo—repuso la joven.

Maggy se sonrió, abriendo una boca enorme, y un momento después comenzó á roncar; mientras que la joven, fijando su vista en el semblante grave de Arturo, preguntábase en qué pensaba al mirarla á ella y á su compañera. «¡Qué buen padre sería para sus hijos, díjose la niña Dórrit, y con qué gusto recibirían éstos los consejos y caricias de una persona tan simpática!»

—Lo que deseaba decir á usted, caballero—murmuró la joven,—es que mi hermano está libre.

Arturo manifestó gran satisfacción por la noticia, contestando que esperaba que Tip se portaría bien.

—Y también quería decir á usted, caballero—continuó la niña Dórrit, sin poder dominar su agitación, y con la voz temblorosa,—que, según dicen, no debo conocer nunca al hombre generoso á quien Tip debe la libertad, no siéndome por lo tanto permitido preguntar quién es ni cómo se llama, para darle gracias con todo mi corazón.

Clennam contestó que la persona de quien hablaba no necesitaría probablemente que le diesen gracias, y que sin duda se daría por contenta con haber prestado tan ligero servicio á una joven digna de recibir favores de más consideración.

—También deseaba decir á usted—añadió la jovencita, cada vez más agitada,—es que si yo conociese á esa persona y me fuera permitido, le demostraría que jamás comprenderá hasta qué punto estoy agradecida, y cuánto lo estaría mi padre si lo supiese. También quería manifestarle, caballero, que si yo le conociera, le diría que no me entregaré al sueño ninguna noche sin haber rogado al cielo que le bendiga y le recompense; me arrodillaré á sus pies, y cogiendo su mano, se la besaría, suplicándole que no la retirase, pues quisiera tenerla entre las mías un instante tan sólo, para bañarla con lágrimas de agradecimiento, puesto que nada más puedo ofrecerle.

Así diciendo, la niña Dórrit acercó á sus labios la mano de Arturo, é hizo ademán de arrodillarse á sus pies, pero Clennam la contuvo suavemente, obligándola á sentarse: no

necesitaba tanto para reconocer el agradecimiento de la joven, pues harto lo daban á conocer su voz y sus miradas. Por eso no le fué posible dominar cierta agitación al decirle:

—¡Vamos, niña Dórrit, vamos! ¿Qué significa esto? ¡Pues bien! supongamos que conoce usted á esa persona, y que ha podido decirle cuanto quería. Pero ahora, contésteme usted á mí, que no soy esa persona, aunque sí el amigo que la ha suplicado tenga confianza en él. ¿Cómo se explica su presencia aquí á semejante hora y tan lejos de su casa?

—Maggy y yo—repuso la joven, calmándose con el tranquilo esfuerzo que le era natural,—hemos ido esta noche al teatro donde mi hermana trabaja.

—¡Oh! ¡qué sitio tan magnífico!—exclamó Maggy, que parecía tener la facultad de dormirse y despertarse á voluntad; —es casi tan hermoso como un hospital, sólo que allí no dan caldo ni pollo.

Dichas estas palabras, la buena mujer volvió á dormirse como antes.

—Hemos ido—continuó la niña Dórrit, dirigiendo una mirada á su protegida,—porque no me disgusta ver algunas veces por mí misma lo que hace mi hermana, y agrádame mirarla sin que ella ni mi tío lo sospechen. No puedo proporcionarme este placer á menudo, porque cuando no trabajo estoy con mi padre, y aunque vaya á comer fuera, me apresuro á volver á reunirme con él. Hoy me he excusado diciendo que iba de tertulia.

Al decir esto, la joven miró fijamente á Clennam, como para leer en su fisonomía lo que pensaba, y añadió con timidez:

—No creo haber obrado mal en esta ocasión; jamás hubiera podido ser útil, sin disimular un poco.

La niña Dórrit temía que su protector la censurase por engañar así á su familia, para serle útil y velar por ella; pero Clennam pensaba en la firmeza de aquella débil joven, en su noble proceder, en su pobre ropa y en sus zapatitos deteriorados.

—¿Y á dónde ha dicho usted á su padre que iba de tertulia?—preguntó Clennam.

—A casa de las personas para quienes trabajo—contestó la joven ruborizándose.—Es la primera noche que he salido. ¡Santo Dios! ¡qué aspecto tan grandioso y sombrío tiene Londres de noche!

A los ojos de la niña Dórrit, la vasta extensión de la ciudad

tenía algo de vaporoso, con su cielo negro y sus grandes edificios.

—Voy á decir á usted lo que me ha inducido á molestarle—continuó la joven, haciendo un esfuerzo para reponerse;—el principal motivo es que mi hermana ha trabado conocimiento con una señora que quiere ser su amiga, y de la cual me ha hablado de una manera que me inquieta un poco. Esta es la causa de mi salida; he pasado expresamente por donde usted vive, y al ver luz en la ventana...

No era la primera vez que la joven había visto aquella luz, pues sus ojos miraban con frecuencia la ventana, que por la noche brillaba como una estrella para la niña Dórrit; muy á menudo habíase desviado de su camino, á pesar de su cansancio, para ir á contemplarla, consagrando su pensamiento al caballero de aspecto grave y de tez morena, que parecía haber venido desde tan lejos para ofrecerse como su amigo y protector.

—Me parece—dijo la jovencita,—que deseaba decirle á usted tres cosas en el caso de encontrarle solo y de poder subir á verle. La primera es aquella de que le hablé al principio; pero supongo que no debo nunca... ni podría jamás...

—¡Chitón! ese ya es asunto concluído. Pasemos á la segunda—repuso Clennam, disipando con su sonrisa la agitación de la joven, y poniendo sobre la mesa una botella de vino, bizcochos y frutas.

—Creo que la segunda—prosiguió la joven,—se reduce á decirle que en mi opinión la señora Clennam ha sorprendido mi secreto, sabiendo ya á dónde voy y de dónde vengo, ó en una palabra, dónde vivo.

—¿Es posible?—replicó Arturo con viveza.

Y después de reflexionar un momento, preguntó á la joven por qué lo creía así.

—Me parece—repuso la niña Dórrit,—que el señor Flintwinch me habrá seguido.

—¿Y por qué le parece á usted eso?—preguntó Clennam, frunciendo las cejas, y como entregado á sus reflexiones.

—Porque le he encontrado dos veces cerca de la casa, y siempre de noche, á la hora de entrar yo. Podría haberme engañado, pero se me figuró, á juzgar por el aspecto de aquel hombre, que el encuentro no era casual.

—¿Habló con usted?

—No, señor; saludó ligeramente é inclinó la cabeza de lado.

—¡El diablo se lleve su cabeza!—murmuró Clennam siempre pensativo;—siempre la inclina á un lado.

Clennam interrumpió sus reflexiones para invitar á la niña Dórrit á tomar alguna cosa, costándole no poco vencer su timidez.

Sucediose una pausa y Clennam reanudó la conversación.

—¿Ha cambiado mi madre su manera de proceder con usted?—preguntó á la joven.

—¡Oh! nada de eso; siempre es la misma; y sin embargo, me pregunto si no sería mejor referirle mi historia. Quisiera saber si desearía usted que le hiciese esta confidencia...

Y mirando á Clennam con aire suplicante, añadió:

—Quisiera preguntarle si se negaría á darme un consejo sobre lo que debo hacer.

—Niña Dórrit (estas dos palabras habían comenzado ya á ser para Arturo y la joven la expresión de tiernos sentimientos, según la entonación y el lugar que ocupaban en el diálogo)—repuso Clennam,—no haga usted nada; yo hablaré antes con mi antigua amiga Afiery Flintwinch. Por ahora límitese usted á tomar un bocado; esto es lo que yo le aconsejo; suplícole que lo haga.

—Gracias, no tengo apetito, ni sed... pero creo que á Maggy no le desagradaría tomar alguna cosa.

—Ya encontraremos lugar en sus bolsillos para poner todo cuanto hay aquí; pero antes de despertarla, recordará usted no le desagradaría tomar alguna cosa.

—Sí. ¿No se enojará usted, caballero?

—No, querida niña; se lo prometo sin condiciones.

—Sin duda le parecerá extraño, y casi no sé cómo decirse-lo, pero sobre todo no vaya usted á creer que soy ingrata.

—No, nada de eso; estoy seguro de que cuanto me diga será natural y justo; no tema usted que yo interprete mal su pensamiento, sea cual fuere.

—Gracias. ¿Tiene usted intención de volver á visitar á mi padre?

—Sí.

—Sé que ha tenido usted la bondad de escribirle dos palabras, anunciándole que iría á verle mañana.

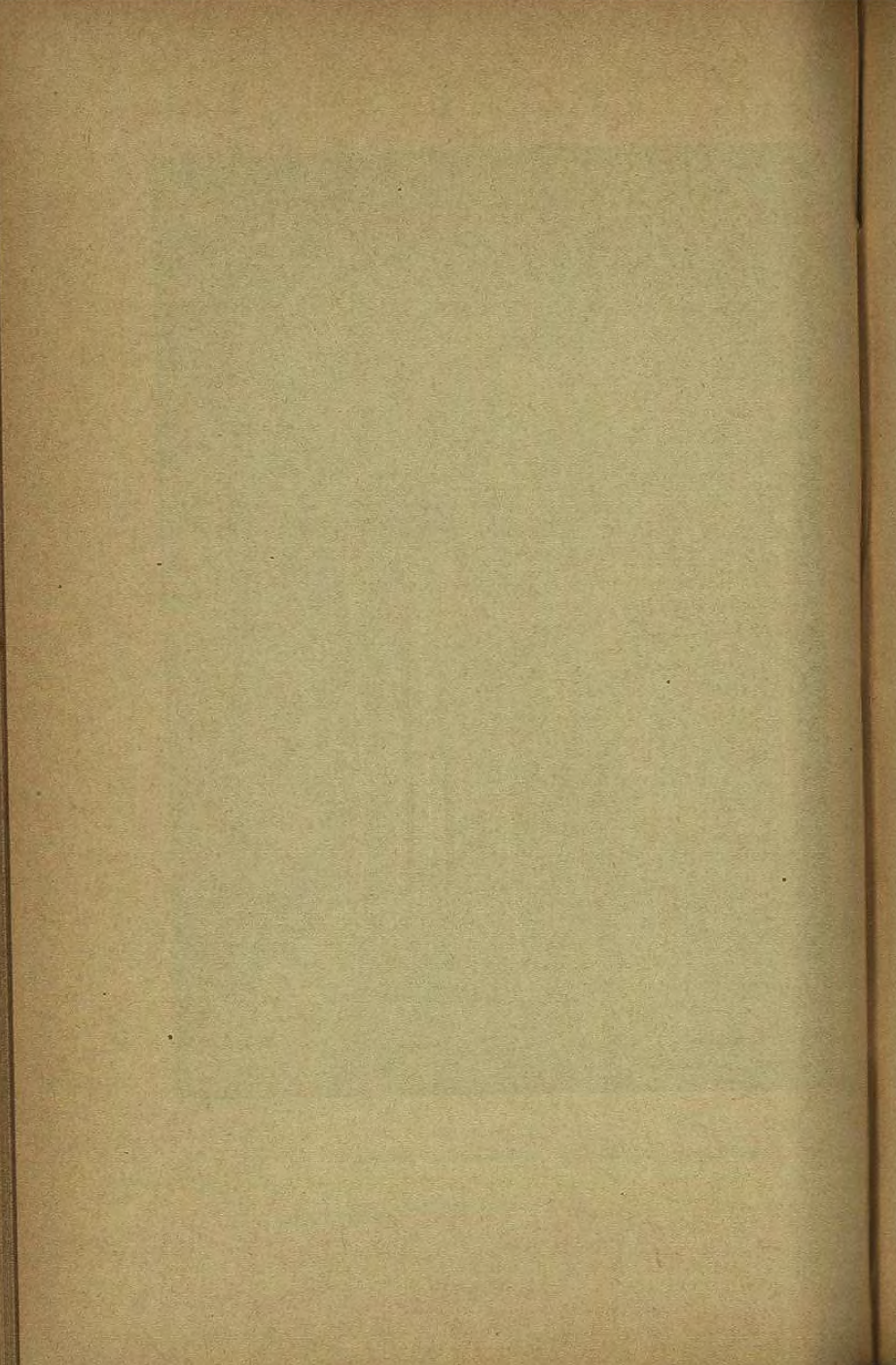
—Es verdad; no hay por qué negarlo.

—¿Podría usted adivinar—continuó la niña Dórrit juntando las manos y fijando en Clennam una mirada suplicante,—lo que voy á rogar á usted que no haga?

—Creo que sí, pero podría engañarme.



¿Es posible?—replicó Arturo.



—No, no se engaña—replicó la jovencita moviendo la cabeza;—si llegásemos á tener tanta necesidad que no pudiéramos prescindir, permita usted que yo sola le pida lo que haga falta.

—Se lo prometo... se lo prometo.

—No le incite usted á pedir, y si lo hace, aparente usted no comprenderle; evítele esta humillación, y entonces podrá juzgarle más favorablemente.

Arturo contestó, al ver lágrimas en los ojos de la joven, que el deseo de ésta sería sagrado para él.

—Usted no conoce aun á mi padre, ni le comprende—dijo la niña Dórrit,—pues sólo le ha visto tal como se halla ahora, sin haber podido seguir cual yo los grados sucesivos por que ha pasado hasta llegar á su situación presente. Ha sido usted tan bueno para nosotros, procediendo con tal delicadeza y bondad, que quisiera tuviese buena opinión de mi padre, porque esta opinión tendría para mí más valor que todas las demás.

—Vamos—repuso Clennam,—no se entristezca usted así; ¡ea! hija mía, todo esto es ya cosa entendida.

—Gracias, caballero, gracias. Me he esforzado mucho para no decirle esto antes; mas al saber que había usted prometido venir mañana, he resuelto hablarle de una vez.

Aliviada por esta confesión, la niña Dórrit comenzó á inquietarse respecto á la hora, mientras que Maggy devoraba con la vista los bizcochos y la fruta.

Clennam procuró tranquilizar á la niña Dórrit, sirviendo á su compañera una copa de vino que la buena mujer bebió ávidamente saboreándolo con marcada satisfacción. Arturo la invitó después á cargar su cesta (Maggy no la abandonaba nunca,) con todas las golosinas que estaban en la mesa, recomendándole que no dejase nada. El placer con que Maggy ejecutó la orden, y la satisfacción de la pequeña Dórrit al ver su alegría, fué un agradable final de aquella dulce entrevista.

—¡Pero ahora caigo en ello! La verja estará cerrada hace largo rato—observó Clennam.—¿A dónde irá usted?

—Voy á casa de Maggy—contestó la joven;—allí estaré segura y mejor cuidada.

—Voy á acompañar á ustedes hasta allí; no puedo permitir que vayan solas.

—¡Oh! le ruego que no nos acompañe—repuso la niña Dórrit con tono de súplica.

La joven había formulado su petición con tal vehemencia, que Arturo temió faltar á la delicadeza si insistía, tanto más cuanto que era de suponer que la vivienda de Maggy no debía tener mucho atractivo.

—Vamos—dijo la jovencita á su compañera,—ya conocemos el camino y saldremos del apuro.

—Sí, sí, madrecita—repuso Maggy,—saldremos del apuro.

Al llegar á la puerta la niña Dórrit volvió la cabeza para murmurar: «¡Dios le bendiga á usted!» Pero aunque pronunció estas palabras en voz muy baja, tal vez fueron oídas en el cielo mejor que si las hubieran salmodiado en coro todos los chantres de una catedral.

Arturo Clennam esperó á que doblasen la esquina de la calle para seguir las á cierta distancia, no con objeto de averiguar si la joven había dicho la verdad, sino para estar seguro de que llegaban á su barrio sin ningún tropiezo.

La niña Dórrit y su compañera llegaron al fin á la gran calle donde estaba la prisión de la Mariscalía; entonces acortaron el paso antes de entrar en una callejuela, y Clennam se detuvo comprendiendo que no debía seguir adelante. No sospechaba que corrían peligro de quedarse al sereno hasta al amanecer, y sólo mucho más tarde supo la verdad.

Llegadas ante una mísera casa donde no se divisaba luz ninguna, ni se oía tampoco el más leve rumor, la niña Dórrit, después de escuchar un momento á la puerta, dijo á su protegida:

—Oye, Maggy; tú estás muy bien alojada en esta casa y no debemos molestar al dueño; de modo que sólo llamaremos dos veces, y no con mucha fuerza; si no nos abren, nos pasearemos hasta el amanecer.

La niña Dórrit llamó ligeramente una vez y luego otra; pero no se oyó el menor ruido.

—Maggy—dijo entonces,—es preciso resignarse á esperar el día.

La noche era muy oscura y el frío intenso; el viento soplabá con fuerza, y cuando volvieron á la calle grande, los relojes daban la una y media.

—Han de transcurrir cinco horas antes de que podamos entrar en casa—dijo la niña Dórrit.

Las dos compañeras se acercaron á la verja cerrada de la prisión para mirar el patio.

—Supongo que dormirá perfectamente—dijo la joven,—para que pueda inquietarle mi ausencia.

La verja les era tan familiar, que la miraban como una antigua amiga, y por eso resolvieron permanecer junto á ella, sentándose en la cesta de Maggy. Cuando la calle estaba desierta y silenciosa, la niña Dórrit no tenía miedo, mas apenas oía el rumor de pasos á lo lejos ó veía una sombra moverse debajo de los faroles, estremecíase y murmuraba al oído de su protegida:

—Maggy, alguien se acerca, ¡vámonos!

Entonces la mujer levantábase con más ó menos mal humor, y las dos comenzaban á pasear, volviendo después al mismo sitio.

Mientras que Maggy tuvo golosinas para comer, mostróse resignada, pero cuando se acabaron, comenzó á quejarse del fríct y á lloriquear.

—Vamos, Maggy—decía la paciente Dórrit,—pronto llegará la hora.

—¡Oh! sí—contestaba la mujer,—usted tiene mucha paciencia, madrecita; pero advierta que yo soy una pobre muchacha de diez años.

Cuando la calle estuvo completamente tranquila y solitaria, la niña Dórrit colocó sobre sus rodillas la pesada cabeza de Maggy é hízola dormir acariciándola; mientras que, sentada junto á la verja, contemplaba las estrellas siguiendo con la vista las nubes en su rápido y caprichoso curso.

Al cabo de algún tiempo Maggy se despertó, y quejándose amargamente dijo que necesitaba andar.

Dieron las tres y luego las tres y media: á esta hora, las dos amigas, después de cruzar por el Puente de Londres, habían visto la corriente precipitarse mugiendo contra los obstáculos; habían contemplado con temor el río cuya superficie estaba cubierta de denso vapor; habían observado el reflejo de los faroles del puente, brillantes como los ojos de un demonio que tratara de fascinar al crimen y la miseria; y habían retrocedido, en fin, ante hombres sospechosos ó borrachos que les infundían pavor.

Cuando daban las cinco en los diversos campanarios de la ciudad, dirigíanse poco á poco hacia el oeste, esperando ver en el cielo la primera pálida luz del día, cuando se acercó á ellas una mujer.

—¿Qué hace usted aquí con esta niña?—preguntó á Maggy.

La interpelante era joven, demasiado joven para estar sola á tales horas en semejante sitio; no dejaba de ser bien parecida, y si el timbre de su voz era duro, debía atribuirse sin

duda á una causa eventual, pues en el transcurso del diálogo que siguió habló á veces con dulzura.

—¿Y qué hace usted misma?—repl.ó Maggy bruscamente.

—¿No lo ve usted, sin que lo digan?

—No, yo no veo nada.

—Pues voy á suicidarme; y puesto que le he contestado, respóndame á su vez. ¿Qué hace usted aquí con esta niña?

La supuesta niña inclinó la cabeza, oprimiéndose contra su compañera.

—¡Pobre muchacha!—prosiguió la mujer,—es necesario no tener corazón para pasearla á semejante hora por estas calles heladas. ¿No tiene usted ojos para ver que es una frágil criatura? Seguramente, también carece usted de sentido y de sentimientos, puesto que no se apiada de esa pobre niña que tiembla de frío.

Al decir esto, la mujer pasó al otro lado, y tratando de coger la mano de la pequeña Dórrit, díjole con acento compasivo:

—Abrázame, pobre niña; dime á dónde quieres ir y te llevaré en brazos.

La pequeña Dórrit levantó la cabeza.

—¡Dios mío!—exclamó la mujer retrocediendo,—¡no es una niña!

—No importa—contestó la pequeña Dórrit, estrechando afectuosamente una de las manos de la desconocida;—no me inspira usted ningún temor.

—Harto lo comprendo; no debe usted temerme. ¿Tiene usted madre?

—No.

—¿Y padre?

—Sí, un padre á quien amo mucho.

—Pues entonces, vaya usted á reunirse con él y témame á mí. Me marchó; buenas noches.

—Antes de irse, permítame usted darle gracias y hablarle cual si fuese una niña.

—Imposible, porque usted es buena é inocente y no puede mirarme con ojos de niña. Jamás hubiera osado tocarla si no hubiese creído que lo era usted.

Y alejóse profiriendo un grito extraño y salvaje.

Aún no había amanecido, pero ya comenzaban á despuntar en el horizonte los primeros albores de la aurora; veíanse circular algunas carretas, los obreros se dirigían á sus talleres, y daba principio el movimiento en las orillas del Támesis.

La niña Dórrit y Maggy volvieron hacia la reja para esperar allí hasta que abriesen; pero el frío era tan riguroso, que la jovencita arrastró á su compañera, al ver que se dormía de pie. Al pasar junto á la iglesia, y como viese que la puerta estaba entornada, entreabrióla para mirar quién estaba dentro.

—¿Quién va?—preguntó un robusto mozo, que se estaba poniendo un gorro de noche, como si se propusiese ir á acostarse en las bóvedas.

—¡Nadie! amigo mío—contestó la niña Dórrit.

—¡Espere usted!—gritó el hombre,—quiero verla.

En vez de retirarse, la niña Dórrit entró en la iglesia, seguida de Maggy.

—¡Pardiez, me lo había figurado! Yo la conozco á usted.

—Nos hemos visto muy á menudo—dijo la niña Dórrit; reconociendo en aquel hombre al sacristán,—porque yo frecuento esta iglesia.

—Aun hay más; también está usted inscrita en nuestros registros, y es una de nuestras curiosidades.

—¿De veras?—exclamó la jovencita.

—¡Vaya! como hija de la...; pero, á propósito, ¿cómo se halla usted fuera tan temprano?

—No hemos podido entrar esta noche, y esperamos á que abran la puerta.

—Pues tienen ustedes para más de una hora. ¡Vamos! entren ustedes en la sacristía; acabo de encender un buen fuego porque han de venir los pintores; de lo contrario no me habrían pescado aquí. No quiero que se constipe una de nuestras curiosidades, mientras podamos tenerla junto al calor. ¡Ea, vamos allá!

Era todo un buen hombre el sacristán, y de ello dió entonces una prueba. Cuando hubo reavivado el fuego, buscó un registro en un estante, púsolo delante de la joven, y después de hojearlo un poco, señaló un asiento, diciendo á la niña Dórrit:

—Aquí está usted anotada; véalo por sus propios ojos... «Amy, hija de Guillermo y de Fanny Dórrit, nacida en la prisión de la Mariscalía, parroquia de San Jorge.»—Y nosotros—dijo el sacristán con aire satisfecho,—referimos á cuantos nos quieren oír, que desde su nacimiento no ha estado usted nunca ausente de la prisión ni siquiera veinticuatro horas. ¿No es verdad?

—Hasta ayer lo ha sido.

—¡Bah! no importa. Lo que siento es verla tan fatigada...

espere un poco; voy á traer unos almohadones de la iglesia y podrá tenderse con su compañera junto al fuego. No tema faltar á su padre, pues cuando abran las puertas la llamaré.

El sacristán fué presuroso á buscar los almohadones y los colocó en el suelo.

—¡Ea! ya está corriente—dijo el buen hombre;—y ahora no me dé usted gracias, pues yo también tengo hijas, y aunque no hayan nacido en la prisión de la Mariscalía, habrían podido nacer allí si hubiesen tenido un padre como el de usted. Pero... aguarde... quiero poner algo para que el almohadón en que apoye la cabeza se levante un poco. ¡Ah! he aquí el registro de las defunciones... ¡perfectamente! Este libro es curioso, no precisamente para buscar los nombres inscritos, sino para ver cuáles no están... Esto es lo que más interesa.

Y volviéndose para contemplar con satisfacción su improvisado lecho, el sacristán se retiró, dejando á las dos amigas solas. Maggy roncaba ya, y la niña Dórrit quedó pronto sumida en profundo sueño, con la cabeza apoyada en el libro del destino, sin cuidarse de las hojas en blanco que aún faltaba llenar en el volumen.

Así pasó la noche de la niña Dórrit en medio del abandono, de la miseria y de los peligros de la gran metrópoli; en medio del frío y de la humedad; así pasó la noche de la niña Dórrit, que debía terminar con una mañana lluviosa y sombría.





CAPITULO XV

La mujer de Jeremías Flintwinch vuelve á soñar

La antigua y decrépita casa de la viuda Clennam, cubierta en parte de una capa de hollín, y sostenida principalmente por sus puntales, ya bastante deteriorados, seguía ofreciendo el mismo aspecto lúgubre. Si el sol la visitaba por casualidad, sólo penetraba en ella algún furtivo rayo que desaparecía muy pronto; y si la iluminaba la melancólica luz del astro de la noche, sólo era para poner en relieve su mole sombría. En cambio, la lluvia, el granizo y el hielo parecían visitar de preferencia aquella triste mansión, donde aún se encontraba niéve mucho tiempo después de haber desaparecido de todos los demás puntos. En cuanto al ruido exterior, apenas se percibía allí el rodar de los carruajes; de modo que la mujer de Jeremías llegaba á creer á veces que estaba sola. Las voces de los transeúntes, los cantos, los gritos, los silbidos, y en fin, todos los rumores humanos, percibíanse sólo como los débiles sonidos que se extinguen con la distancia.

El resplandor variable del fuego y de la luz que ardían de continuo en la habitación de la señora Clennam era el único cambio que turbaba la lúgubre monotonía de aquella mansión. Sin embargo, durante una parte de los cortos días de

invierno, cuando ya por la tarde comenzaba á reinar la obscuridad en aquella antigua casa, hubiéranse podido ver las imágenes disformes de la viuda Clennam en su sillón de ruedas, de Jeremías Flintwinch, y de su mujer que iba y venía, semejantes á las sombras de una inmensa linterna mágica reproducidas en la pared que se elevaba sobre la puerta cochera. Cuando la paralítica se había retirado á descansar, por la noche, estas sombras desaparecían una después de otra, siendo la última la de Jeremías; entonces, la luz solitaria ardía tranquilamente hasta que las primeras claridades del alba la hacían palidecer.

¡Quién sabe si aquel fuego que iluminaba tan débilmente la habitación de la viuda no era sino un faro para atraer á alguno, que tal vez no esperaba llegar hasta allí, conducido por la fatalidad! ¡Quién sabe si aquella luz, que brillaba con vacilante resplandor, no sería una señal que debía iluminar aquella habitación todas las noches hasta que se realizase un acontecimiento imprevisto! Entre la inmensa multitud de seres que viajan ahora á la claridad del sol y de las estrellas, que franquean cerros y colinas polvorientas, que cruzan con fatigado pie llanuras interminables, que avanzan por mar ó por tierra yendo y viniendo de una manera tan singular, para encontrarse é influir unas sobre otras, ¿quién es aquel que sin sospechar aun el objeto de su viaje, dirige sus pasos hacia esa mansión sombría que le señala el dedo del destino?

El tiempo nos lo dirá. Honores y oprobio, bastón de mando ó palillos de tambor, estatua de par en la abadía de Westminster ó hamaca de marinero en el Océano, la mitra y el hospicio, el sillón de presidente de las Cámaras ó la horca, el trono y la guillotina; todos los que se dirigen hacia estos diversos fines están ya en marcha por el gran camino del mundo: pero este camino tiene maravillosas desviaciones, y sólo el tiempo puede darnos á conocer la meta de cada cual.

Cierta noche muy fría, hacia la hora del crepúsculo, la señora Flintwinch, que había sufrido una tenaz jaqueca todo el día, soñó que se hallaba en la cocina, calentando el agua para el té, y que mientras estaba sentada en su silla, preguntándose si no es la existencia un aburrimiento para ciertas personas, asustóla un ligero rumor á su espalda. Soñando siempre, recordó que la semana anterior lo había oído también, y que este ruido misterioso asemejábase al que producen el roce de un vestido y algunos pasos rápidos. La señora Flintwinch sintió como un choque en su corazón, cual si aque-

llos pasos hubieran hecho retemblar el suelo, y hasta se figuró que la tocaba una mano espantosa. La mujer de Jeremías soñó que esta visión reavivaba en ella ciertos terrores ya muy antiguos, infundidos por el temor de que la casa estuviese habitada por duendes; y que había subido de cuatro en cuatro los escalones de la cocina, sin saber cómo, para ir á buscar la sociedad humana.

Pero al llegar á la antecámara, vió que la puerta del despacho de su señor y dueño estaba abierta de par en par, no habiendo nadie dentro; entonces acercóse á la estrecha ventana que daba luz al gabinete situado cerca de la puerta principal, á fin de reprimir los latidos de su corazón y comunicarse con los seres vivientes que viese fuera de la casa hechizada. Apenas se adelantó, pudo ver en la pared, sobre la puerta cochera, las sombras de su señor y de la viuda, que hablaban en alta voz. La señora Flintwinch, con sus zapatos en una mano, subió rápidamente la escalera, no sólo para acercarse á aquellos seres malignos, que valían por sí solos tanto como toda una legión de duendes, sino también á fin de oír lo que decían.

—¡Vamos! no admito esas necedades—decía Flintwinch;—no las toleraré.

La mujer de Jeremías soñó que estaba detrás de la puerta entornada, y que oyó á su marido pronunciar distintamente estas atrevidas frases.

—Jeremías—replicó la señora Clennam con voz cavernosa, —la cólera que te domina es un demonio furioso. ¡Cuidado!

—Poco me importa estar poseído de un demonio ó de una docena de ellos—replicó el viejo, cuyo tono confirmaba sus palabras.—Digo que no quiero esas necedades, y que no las toleraré; y si se negasen á declararlo, ya los obligaría.

—Pero, ¿qué he hecho yo, hombre irritable?—preguntó la voz cavernosa.

—¿Lo que ha hecho usted? Caer sobre mí.

—¿Dice usted eso porque le he hecho algunas observaciones...?

—No me ponga usted en la boca palabras de que no me he servido—interrumpió Jeremías;—repítome que ha caído usted sobre mí y no digo más.

—Si le he hecho observaciones—repuso la señora Clennam, —es porque...

—¡No admito eso!—gritó Jeremías.—Ha caído usted sobre mí.

—Pero, hombre obstinado, si he caído sobre usted (Jeremías sonrió irónicamente al oír á la viuda repetir su misma frase,) es porque no tenía ninguna necesidad de haber sido tan indiscreto esta mañana con Arturo. Me asiste el derecho de quejarme, y digo que es casi un abuso de confianza. No había reflexionado usted...

—¡Nada de eso!—interrumpió de nuevo Jeremías;—yo había reflexionado maduramente...

—¡Vamos! ya veo que es preciso dejarle hablar solo, si así le place—replicó la viuda con un tono que revelaba su irritación.—Es inútil dirigir la palabra á un viejo inconsiderado y testarudo que está resuelto á no escuchar nada.

—Tampoco quiero que diga usted eso—replicó Jeremías;—yo no me niego á escucharla; le he dicho que había reflexionado; y si se empeña usted, vieja inconsiderada y testaruda, ya sabrá por qué hablé esta mañana como lo hice.

—Eso no es más que repetir mis propias palabras—replicó la señora Clennam, esforzándose por contener su indignación.—Vamos, ya le escucho.

—Pues bien, he hablado así porque usted no ha tenido la prudencia de disculpar á su padre, cuando debía hacerlo, y porque antes de acalorarse por lo que á usted se refería, cuando sólo es...

—¡Alto ahí, Jeremías!—exclamó la viuda con tono amenazador—advierta usted que podría extralimitarse...

Sin duda opinaba el viejo lo mismo, pues sucedióse una pausa, y después añadió con más dulzura:

—Quería decir que antes de tomar su propia defensa debió usted tomar la del padre de Arturo, y advierta que yo no le apreciaba tanto como usted pudiera creer. He servido en esta misma casa á su tío, cuando el esposo de usted no ocupaba una posición muy superior á la mía, cuando era más pobre aun que yo, y cuando el tío hubiera podido muy bien nombrarme heredero. Mientras que el padre de Arturo se moría de hambre en el comedor y yo en la cocina, poca diferencia había en nuestras respectivas posiciones. Jamás le profesé afecto entonces, ni creo que tampoco en ninguna otra época, porque era un joven débil y sin carácter, que desde su infantil orfandad, apenas tuvo más energía que la indispensable para ir viviendo. Y cuando la trajo á usted aquí, á usted, la esposa que su tío le eligiera, no necesité mirarla dos veces (en aquel tiempo era usted una hermosa mujer,) para adivinar quién de los dos sería el amo. Usted ha sabido andar

sola... pues bien, siga haciéndolo sin apoyarse en los difuntos.

—Yo no *me apoyo* en los difuntos—repuso la viuda.

—No, pero lo hubiera usted hecho si yo lo hubiese consentido—replicó Jeremías, y he aquí por qué ha caído usted sobre mí. Sin duda le extraña que yo me obstine en hacer justicia al padre de Arturo, ¿no es así? Poco me importa que conteste usted ó no, porque ya sé que conoce la causa. En fin, tal vez piense usted que tengo el carácter algo extravagante, pero sea cual fuere, no puedo cambiarle, y por eso no permitiré que obre usted á su antojo mientras pueda yo evitarlo. No se me oculta que usted es mujer determinada y hábil, y cuando resuelve una cosa no hay fuerza humana que la obligue á retroceder...

—No retrocedo, Jeremías, mientras pueda justificarme á mis propios ojos.

—¿Justificarse á sus propios ojos?—replicó Jeremías;—ya le he dicho que es usted la mujer más determinada que existir pueda en el mundo, ó por lo menos he querido decirlo; y si usted resuelve justificar una medida cualquiera, seguramente no dejará de hacerlo.

—¡Yo no justifico la autoridad de este LIBRO!—exclamó la viuda Clennam, dejando caer el brazo sobre la mesa.

—Vaya—repuso tranquilamente Jeremías,—no toquemos esta cuestión por ahora. De todos modos, el caso es que usted pone en ejecución sus proyectos, y quiere que todo ceda ante su voluntad; pero yo no me someteré á esta voluntad. Le he sido fiel, útil y servicial, pero no consiento, ni he consentido nunca, ni consentiré jamás en que absorba usted mi individualidad. Apodérese de las demás si así le place, y buen provecho le haga; pero en cuanto á mí, señora, ya sabe usted que no tengo el carácter muy á propósito para permitir que se me coman crudo.

Tal vez era este el origen principal de la cuestión perpetua entre Jeremías y la viuda; y añadiremos que si la señora Clennam no hubiese reconocido la energía de carácter de Flintwinch, quizá no se habría dignado aceptarle como socio.

—Muy bien—replicó la viuda con acento de enojo,—ya hemos hablado bastante sobre este asunto.

—A menos que no vuelva usted á caer sobre mí—repuso el obstinado Flintwinch,—pues entonces, esté usted segura que comenzaré de nuevo.

La mujer de Jeremías soñó después que su señor y dueño había comenzado á pasearse de un lado á otro de la habita-

ción, como para calmar su cólera, y que entonces se había retirado ella; pero como su marido no salió mientras ella escuchaba temblando en la antecámara, volvió á subir, atraída por la curiosidad, ocupando otra vez su observatorio.

—¿Quiere usted encender la vela, Jeremías?—decía la señora Clennam con acento conciliador, como para continuar la conversación en tono amistoso.—Ya se acerca la hora de tomar el té; la niña Dórrit debe venir pronto, y podría encontrarme á obscuras.

Jeremías obedeció presuroso, y al poner el candelero sobre la mesa dijo á la viuda:

—Oiga usted... ¿qué piensa hacer con la niña Dórrit? ¿Ha de venir siempre á trabajar aquí? ¿Vamos á estar viéndola ir y venir continuamente?

—¿Cómo puede usted hablar así á una desgraciada paralítica cual yo? ¡Siempre! ¿No estamos ya todos segados como la hierba de la pradera? ¿No me ha cortado á mí la hoz de los tiempos hace muchos años, desde que estoy encerrada aquí, esperando á que me trasladen á la granja del Señor?

—¡Sí, muy bien! pero desde que está usted encerrada aquí, y no como una muerta, muchos niños y jóvenes, muchas mujeres de mejillas sonrosadas y hombres robustos, han sido trasladados á esa granja; y usted se ha conservado sin gran alteración. Usted y yo podemos vivir aun largo tiempo; y por la palabra *siempre*, he querido significar durante todo el curso de nuestra existencia.

El viejo dió esta explicación con mucha sangre fría y esperó tranquilo la respuesta.

—Mientras que la niña Dórrit sea juiciosa y trabajadora y necesite el escaso auxilio que yo puedo darle, mostrándose digna de él, no veo motivo para que no siga viniendo hasta que el Señor tenga á bien llamarme á sí, á menos que esa joven se retire por su propia voluntad.

—¿Nada más tiene usted que añadir?—preguntó Jeremías, acariciándose la barba.

—¿Qué he de añadir? ¿Qué más puede haber?—repuso la señora Clennam sorprendida y con tono severo.

La mujer de Jeremías soñó entonces que su esposo y la viuda habían continuado mirándose por espacio de algunos minutos.

—¿Sabría usted por casualidad, señora Clennam—preguntó después el viejo, bajando la voz, y pronunciando sus palabras

con una expresión que no parecía propia de tan sencilla pregunta,—dónde vive esa joven?

—No.

—¿Y... le gustaría á usted saberlo?—replicó Jeremías con una entonación extraña.

—Si hubiese deseado saberlo, ya lo sabría. ¿No hubiera podido preguntárselo?

—¿Es decir que no le importa á usted ignorar sus señas?

—No las necesito.

Jeremías hizo una larga aspiración y añadió después de una pausa:

—Lo digo porque yo sé dónde vive... por casualidad, se entiende.

—Sea cual fuere su morada—repuso la señora Clennam con cierta dureza, y pronunciando muy despacio las palabras, con la mayor claridad,—si esa joven hace un secreto de ello, yo no trataré de penetrarlo.

—En resumen, tal vez hubiera usted preferido ignorar que yo lo sé—añadió Jeremías, haciendo varias contorsiones como si le costara mucho trabajo hablar.

—Jeremías—replcó la viuda, con un tono tan enérgico, que hizo estremecer á la anciana Affery,—¿por qué me apura usted la paciencia? Si hay alguna cosa que pueda compensar mi prolongada reclusión entre estas paredes, y no olvide que nunca me quejo de los males que me afligen, es el poder vivir ignorando ciertas cosas que prefiero no saber. Usted debería ser el último que envidiase semejante compensación.

—Yo no la envidio—repuso Jeremías.

—Entonces no me hable usted más de eso. Guarde la niña Dórrit su secreto, y usted también; déjela ir y venir sin hacer comentarios ni preguntas. Sufra yo en buen hora, pero permítanseme todos los alivios que pueda obtener en mi situación. ¿Le parece á usted que soy demasiado exigente al pedirle que no venga siempre á mortificarme como un mal genio?

—Yo me he limitado á dirigirle una pregunta, y nada más.

—Pues yo he contestado, y de consiguiente, punto concluído.

Entonces se oyó el ruido del sillón que rodaba, y una mano impaciente agitó la campanilla de la viuda.

Como la mujer de Flintwinch temía más á su marido que al rumor misterioso que á veces oía en la cocina, alejóse tan silenciosa y rápidamente como le fué posible, bajó la escale-

ra con la mayor ligereza, y ocupó otra vez su asiento delante del fuego, tapándose la cabeza con el delantal. La campanilla resonó una, dos, y hasta tres veces, y continuó agitándose; mas á pesar de esta llamada importuna, la mujer de Jeremías permaneció inmóvil, procurando recobrar aliento.

Al fin oyéronse lentos pasos en la escalera que conducía al vestíbulo, y el viejo bajó, gritando sin cesar:

—¡Affery, mujer! ¿dónde estás?

Y como la mujer permaneciera inmóvil, Jeremías llegó á la cocina, candelero en mano, acercóse á su esposa, levantó el delantal que ocultaba su cabeza y la despertó.

—¡Oh! Jeremías—exclamó Afiery al despertar de su sueño, —¡qué miedo me has dado!

—¿Qué diablos haces aquí? Ya te han llamado cincuenta veces.

—¡Oh! Jeremías, es que he soñado.

Al oír estas palabras, Jeremías recordó el último acto de sonambulismo de su esposa, y acercó la vela á la cabeza de su mujer, cual si tuviese alguna intención de prenderle fuego para iluminar la cocina.

—¿Y no sabes que esta es la hora de servir el té?—preguntó el viejo con maligna sonrisa, descargando una patada en la silla de su mujer.

—¿De qué me hablas, Jeremías? No sé lo que me pasa, pero he tenido un miedo espantoso; antes de soñar me pareció oír... allí... allí.

—¡Cállate, perezosa! Déjate de tonterías.

—He oído un rumor extraño, Jeremías, muy singular, aquí, en la cocina, en aquel sitio.

Jeremías levantó el candelero para mirar el techo ennegrecido, y acercóse después al suelo, sucio y húmedo, y á las paredes llenas de manchas.

—Son las ratas, los gatos ó el agua—dijo Jeremías.

Pero su mujer movía la cabeza, como negándose á dar crédito á su marido.

—No, Jeremías—repuso,—no es la primera vez que oigo ese ruido; ya lo percibí una vez arriba, y otra en la escalera, cuando me trasladaba desde la habitación del ama á la nuestra, en medio de la noche; era así, como un frotamiento, y parecióme que algo se agitaba detrás de mí, tocándome casi.

—Affery—replicó el viejo con aire amenazador, después de acercar la nariz á la boca de su mujer, como para asegurarse de que el aliento no revelaba la absorción de algún licor,

—si no sirves el té á escape, viejecita mía, vas á sentir un frotamiento y un tocamiento que te harán bailar un poco.

Esta amenaza estimuló el celo de Affery, que se dispuso á subir corriendo á la habitación de la señora Clennam; mas con todo, comenzó á tener la firme convicción de que en la sombría casa había duendes. Desde aquel momento ya no tuvo un instante de tranquilidad apenas llegaba la noche; y al bajar ó subir la escalera no lo hizo nunca sin luz, cuidando también de ocultar su cabeza con el delantal, por temor de ver alguna aparición.

A causa de estos terrores fantásticos y de sus singulares sueños, la mujer de Flintwinch se entregó á una especie de meditación que indicaba un estado anormal de su espíritu, del que tal vez no la veremos salir en mucho tiempo. Así como en la vaga incertidumbre que le ocasionaban sus nuevas sensaciones, todo le parecía misterioso, así también comenzó ella misma á ser un misterio para los otros; y así como la casa, con todo cuánto contenía, era inexplicable para la mujer de Flintwinch, del mismo modo ella lo fué en lo sucesivo para todos los habitantes de la tétrica mansión.

Aun no había acabado de preparar el té de la señora Clennam, cuando resonó el aldabonazo que precedía siempre á las visitas de la niña Dórrit. La mujer de Jeremías miró á la joven, que se quitaba el sombrero en el vestíbulo, y después á su marido, que manoseando su barba, contemplaba silenciosamente á la costurera. Affery quedó convencida de que aquel encuentro tendría por resultado algún choque terrible, suficiente para hacerle perder el juicio de espanto.

Después de tomar el té resonó de nuevo el aldabón, anunciando la visita de Arturo. La mujer de Flintwinch corrió á abrir la puerta y el visitante le dijo al entrar:

—Me alegro de que sea usted, porque deseo decirle alguna cosa.

—En nombre del cielo—contestó la mujer de Jeremías al punto,—no me pregunte usted nada, Arturo, porque paso una mitad de mi vida soñando y la otra temblando, de modo que estoy más muerta que viva. No me pregunte usted nada, porque nada sé, ni puedo siquiera distinguir una cosa de otra.

Así diciendo, Affery se alejó presurosa, y tuvo buen cuidado de no acercarse más á Clennam.

La pobre Affery, que no era aficionada á la lectura, y que no veía ya lo bastante para trabajar en la habitación de la

enferma, suponiendo que hubiera tenido deseos de coser, manteníase durante la noche en aquella semi-obscuridad en que Clennam la vió el día de su llegada, y entregábase allí á una infinidad de reflexiones y sospechas extrañas respecto á su señora, á su marido y á los singulares rumores que se oían en la casa.

Cuando la viuda se ocupaba en sus lecturas devotas y feroces, la mujer de Jeremías no podía menos de fijar su mirada en la puerta, cual si temiese que apareciera en aquel momento algún sombrío personaje evocado por la pitonisa.

Por lo demás, jamás hacía ni decía nada que pudiese atraer sobre ella la atención de la señora Clennam y de su marido, excepto en muy raras ocasiones (por lo regular poco antes de acostarse su señora,) cuando salía de pronto de su oscuro rincón, y poseída de espanto murmuraba al oído de su esposo, ocupado en leer algún periódico:

—¡Escucha, Jeremías! ¡Ya se oye el ruido!

Entonces el rumor cesaba como por encanto, y Jeremías, enseñando los dientes, volvíase colérico, cual si estuviese cansado de tanta importunidad, y decíale con enojado acento:

—¡Affery, viejecita mía, te voy á dar una dosis... que será buena!... ¿Vas á estar soñando toda tu vida?





CAPITULO XVI

La familia Meagles

Había llegado el día de reanudar las relaciones con la familia Meagles, y en cumplimiento de la cita que le había dado su antiguo compañero de viaje en el Patio del Corazón Sangriento, Clennam encaminó sus pasos cierto sábado hacia Twickenham, donde el señor Meagles habitaba una pequeña quinta de su propiedad. Como hacía buen tiempo y después de una larga ausencia todo debía excitar su interés, envió su maleta por el coche y emprendió la marcha á pie, á fin de disfrutar del paseo.

Clennam siguió la vía de Fulham porque era la más pintoresca; y como no es fácil pasear por el campo sin pensar en algo, entregóse á sus reflexiones, no faltándole por cierto asunto para ellas.

En primer lugar presentábase la grave cuestión que le preocupaba continuamente.

¿Qué debía hacer en lo sucesivo? ¿A qué se dedicaría y dónde buscar un trabajo cualquiera? Clennam distaba mucho de ser rico, y cada día que pasaba en la inacción reducía su patrimonio. Cuando comenzaba á pensar en aumentarle y en los medios de colocar sus fondos, acosábale la idea de que tal vez alguien pudiera quejarse de una expoliación, y esto le inquietaba de continuo. Por otra parte, las relaciones con su madre estaban ya determinadas bajo un pie de igualdad pacífica, pero no de íntima confianza, aunque visitase la casa varias veces todas las semanas. El recuerdo de la niña Dórrit, la persona que tenía más presente, era lo que más le hacía reflexionar; pues así por las circunstancias de su vida como

por la historia de la joven, parecía que ya le unían con ésta estrechos lazos, por más que sólo fuesen hijos de una inocente confianza, de una afectuosa protección, del respeto y del agradecimiento. Arturo comenzaba á considerar á la jovencita Dórrit como su hija adoptiva, y proponíase asegurarle un tranquilo porvenir.

Cuando avanzaba más absorto en sus reflexiones, dió lance á un hombre que le iba precediendo desde hacía largo rato, y á quien creyó reconocer por su aire. Un momento después, deteniéndose el viajero como para orientarse, Clennam pudo ver sus facciones y reconoció á Daniel Doyce.

—¿Cómo sigue usted, amigo Doyce?—dijo Clennam;—me alegró de encontrarle en un sitio menos insalubre que las oficinas del ministerio de Circunlocuciones.

—¡Hola! ¡el amigo del señor Meagles!—exclamó el industrial interrumpiendo su meditación y tendiendo la mano,—me complace en extremo ver á usted, caballero... ¡diantre! ya no recuerdo su nombre.

—¡Ah! no es un nombre muy célebre; no me llamo Barnacle.

—No, no—contestó Doyce sonriendo.—¡Ah!... ya me acuerdo... se llama usted Clennam. ¿Cómo va, señor Clennam?

—Muy bien, gracias. Presumo que nos dirigimos al mismo punto. ¿No es así, señor Doyce?

—¿Hacia Twickenham? Tanto mejor.

Muy pronto entablaron los dos paseantes un diálogo amistoso, abreviando el camino con una variada conversación. El industrial era hombre modesto y de clara inteligencia que había sabido aunar las concepciones más originales y atrevidas con una ejecución paciente y minuciosa. Al principio fué muy difícil hacerle hablar de sí mismo, pero reconociendo al fin que Arturo se interesaba en su historia, refiriósele toda con la mayor franqueza. Clennam supo entonces que Daniel Doyce era hijo de un herrero de un condado del Norte; que habiendo quedado su madre viuda, le colocó de aprendiz en casa de un cerrajero, donde inventó *algunas frioleras*, habiéndole cedido después su amo la tienda por retirarse del oficio; que había trabajado y estudiado mucho durante quince años; que luego se trasladó á Escocia, donde continuó perfeccionándose en la teoría y la práctica; que después visitó Francia, Alemania y San Petersburgo, trabajando más ó menos tiempo en estos países, hasta que al fin, sintiendo deseo de volver á su país había venido á establecerse en Inglaterra,

donde eran muy conocidas varias máquinas inventadas y construídas por él.

—¿Y no está usted desanimado por el mal éxito de sus tentativas en el ministerio de Circunlocuciones?—preguntó Clennam.—¿No sería mejor renunciar á dar su invento?

—Haría mal en desanimarme, porque mi descubrimiento será tanta verdad hoy como mañana; y en cuanto á renunciar, comprenda usted que un invento no se hace para enterrarlo, sino para que sea útil.

Los dos paseantes guardaron silencio por breve rato, y después Clennam, deseando cambiar poco á poco de conversación, preguntó á Doyce si tenía algún asociado que le ayudase en el manejo de los negocios.

—No—contestó Doyce;—tuve uno al principio y era un buen hombre, pero murió hace algunos años, y como no podía resolverme á reemplazarle desde luego, compré de nuevo su parte en la sociedad y continué solo. Sin embargo, debo reconocer que nosotros, los inventores, no servimos para dirigir los negocios.

—Seguramente que no—repuso Clennam.

—De modo que—continuó el industrial,—considero indispensable tomar por socio un hombre que entienda eso y que no haya descubierto nada como yo, aunque sólo sea para sostener la reputación de mis talleres. Me parece que no encontraré en mis libros desorden ni la menor confusión.

—¿Y ha elegido usted ya?

—Todavía no; no he hecho más que resolverme á buscar uno; la verdad es que ahora hay mucho más trabajo del que antes había, y que sólo para vigilarlo necesito todo mi tiempo. Además, alguno ha de cuidarse de la contabilidad y la correspondencia, sin contar los viajes al extranjero, que exigen á menudo un representante. Si puedo disponer de media hora de aquí á mañana, haré alguna diligencia sobre el particular.

Clennam y Doyce hablaron después de diversos asuntos, hasta que llegaron al termino de su viaje.

Como el industrial conocía bien la casa de Meagles, condujole por el camino más corto. Era un sitio muy pintoresco, situado no lejos de las orillas del río, una residencia que parecía construída expresamente para la familia Meagles; elevábase en medio de un jardín y rodeábala una frondosa arboleda, donde abundaban las plantas trepadoras.

Apenas hubo resonado la campana de la verja, presentóse

Meagles, apareciendo un momento después y sucesivamente su señora, la señorita y Tattycoram. La acogida que se hizo á los visitantes no podía ser más cordial.

—Como ve usted, señor Clennam—dijo Meagles,—ya estamos encerrados en nuestra jaula, en los límites de *nuestra casa*, como si no debiéramos salir ya... es decir, como si no hubiésemos de viajar otra vez... Esto no se parece á Marsella, ¿eh?

—Seguramente que no—dijo Clennam;—este es otro género de belleza.

—No importa—repuso Meagles, frotándose las manos con evidente satisfacción;—aquí está uno perfectamente, pero á menudo pienso en aquella cuarentena que nos hicieron pasar, y con frecuencia he deseado hallarme allí otra vez, porque había muy buena gente.

Era ya manía inveterada en el señor Meagles encontrarlo todo desagradable cuando viajaba, y echarlo todo de menos mientras estaba en su casa.

—Siento mucho—dijo,—que no estemos ahora en verano, porque entonces les parecería esto mucho más hermoso. De todos modos, nos causa inmenso placer su visita, amigo Clennam (permítame suprimir el *señor*;) crea usted que nos complace en extremo.

—Y yo le aseguro que nunca se me ha dispensado acogida más cordial.

—¡Ah!—replicó Meagles,—creo que esto vale bien la pena de ser visto; por lo menos observará usted que hay mucha tranquilidad.

Después de hacer este elogio de su morada, Meagles sirvió de guía á sus huéspedes para enseñarles la casa. Era exactamente lo que la familia necesitaba, ni más ni menos, tan bonita interiormente como en el exterior, y muy cómoda. La parte decorativa no dejaba de tener su valor, pues Meagles había acumulado numerosos objetos recogidos en sus frecuentes expediciones. Véanse allí antigüedades de la Italia central, fragmentos de momias de Egipto, modelos de góndolas venecianas y de cabañas suizas, pedazos de mosaicos de Herculano y de Pompeya, cenizas halladas en diversas tumbas y lava del Vesubio, abanicos españoles, babuchas morunas, esculturas de Carrara, camafeos romanos y una infinidad de otras curiosidades. El señor Meagles, que se preciaba de artista, por más que dijese lo contrario, tenía también algunos

lienzos de escaso mérito, pertenecientes los más al género religioso.

Después de haber enseñado á sus amigos todos estos trofeos de viaje, el señor Meagles los condujo á su propia habitación, elegante salita muy cómoda, con vistas al jardín, y que participaba á la vez del carácter de gabinete-tocador y de despacho; veíase allí una especie de pupitre mostrador, en cuyo centro hallábanse unas pequeñas balanzas y una pala de banquero.

—He ahí—dijo Meagles,—los instrumentos que he tenido ante mí durante treinta y cinco años consecutivos, cuando pensaba tan poco en correr el mundo, como ahora en quedarme aquí. Cuando dejé el Banco definitivamente, pedí como especial favor que me permitieran llevarme esos objetos. Ahora mi hija es la que quiere ocuparse siempre en contar el dinero.

Clennam fijó de pronto la vista en un cuadro que representaba dos niñas cogidas de la mano.

—Esos retratos—dijo Meagles,—se pintaron hará unos diecisiete años; de modo que en aquella época sólo eran unas criaturas.

—¿Y sus nombres?—preguntó Arturo.

—¡Ah! es cierto; la una se llama Minnie, que es nuestra Favorita, la que ve usted aquí, y la otra Lillie.

—¿Habría usted adivinado que uno de esos dos retratos es el mío?—preguntó Favorita que acababa de presentarse en el umbral de la puerta.

—Hubiera podido creer que el pintor quiso representar á usted dos veces en ambos retratos, tanto se le parecen aun; y hasta no podría distinguir cuál es verdaderamente el de usted.

—¿Oyes esto, mujer?—preguntó Meagles á su señora, que acababa de llegar también.—Todo el mundo dice lo mismo, Clennam; nadie puede acertarlo: la niña de la izquierda es Favorita.

El cuadro se hallaba por casualidad junto á un espejo, y al mirarle de nuevo Clennam, vió reflejarse en el segundo la figura de Tattycoram, que después de haberse detenido ante la puerta para escuchar lo que se decía, alejábase frunciendo las cejas, con una expresión irritada y desdeñosa que menguaba mucho su natural belleza.

—Acaban ustedes de dar un paseo muy largo, y supongo que no les disgustaría quitarse las botas; en cuanto á Da-

niel, parcéeme que no pensaría nunca en ello si no se lo dijese.

—¿Por qué?—preguntó Daniel.

—Porque usted no piensa más que en cifras, ruedas, palancas, tornillos y cilindros.

Llegó la hora de comer, y cuando se anunció que podían pasar al comedor, la familia Meagles y sus dos huéspedes sentáronse á la mesa, todos con el mejor apetito. La comida fué muy agradable, y durante ella hablóse de diversos asuntos, pero sobre todo del último viaje.

—¿Y qué habrá sido de la señorita Wade?—preguntó de pronto el señor Meagles.—¿No hay quién haya vuelto á verla?

—Yo la he visto—dijo Tattycoram, que acababa de entrar en aquel momento.

—¡Tatty!—exclamó Favorita,—¿tú has visto á la señorita Wade? ¿dónde?

—Aquí, señorita.

—¿Cómo?

—Cerca de la iglesia—contestó Tattycoram, sin poder reprimir un movimiento de impaciencia.

—Yo quisiera saber qué hacía allí—dijo Meagles,—pues me parece que no tenía costumbre de frecuentar tales sitios.

—Comenzó por escribirme—añadió Tattycoram.

—¡Oh, Tatty!—murmuró Favorita,—aparta las manos de mí, porque me parece que alguna otra persona me toca.

La joven dijo esto con una viveza involuntaria, sin más intención ofensiva que la que se podría esperar de una niña mimada cuando se ríe de sus propias palabras apenas las ha pronunciado; pero Tattycoram contrajo sus rojos labios con enojo, y cruzóse de brazos.

—¿Quiere usted saber, señor—preguntó á Meagles,—lo que me ha escrito la señorita Wade?

—Puesto que me diriges esa pregunta delante de amigos, me parece que podrás hacerlo desde luego si te conviene.

—Ha sabido, cuando viajábamos, dónde reside usted—contestó la muchacha,—y á mí me vió cuando... yo...

—Cuando estabas de mal humor—añadió Meagles;—vamos, continúa y no vayas de prisa.

La joven contrajo más aun sus labios é hizo una larga aspiración.

—El caso es—prosiguió,—que la señorita Wade me ha escrito para decirme que si alguna vez llegaba á tener motivos de queja (al decir esto fijó la mirada en su joven señorita,) ó

si me mortificaban, ella me tomaría á su servicio, pagándome bien. Me dijo que reflexionara sobre ello, y que fuese á manifestarle mi contestación cerca de la iglesia, por lo cual he ido á darle las gracias.

—Tatty—dijo Favorita, alargando la mano por detrás de la silla, para que la joven pudiese cogerla,—la señorita Wade casi me dió miedo cuando nos despedimos de ella, y no me extraña haberme estremecido al saber que estaba tan cerca de mí sin saberlo yo. ¡Querida Tattycoram!

La joven permaneció inmóvil.

—Pues bien—dijo Meagles,—reflexiona sobre la proposición. Te doy cinco minutos de tiempo.

Antes de que transcurriera uno, Tattycoram, por toda contestación, inclinóse pára besar la mano cariñosa de su señorita y alejóse sin decir palabra.

—He ahí una muchacha—dijo Meagles,—que se hubiera perdido sin remedio á no haber tenido la suerte de caer en manos de personas prácticas, como mi señora y yo. Sabemos que hay momentos en que esa joven parece rebelarse contra nosotros al ver cuánto cariño profesamos á nuestra hija, pero es una infeliz, y pienso cuánta será su pena, dado su carácter irritable y colérico, cuando oye repetir el cuarto mandamiento todos los domingos.

Llegada la noche se jugó un poco á los naipes para matar el tiempo; mientras que Favorita tocaba el piano, levantándose á menudo para dar una vuelta por el salón. Al contemplarla, Clennam pensó que era muy difícil pasar un día al lado de aquella encantadora joven sin enamorarse de ella, pero había resuelto no dejarse dominar por ningún sentimiento de esta índole y se mantuvo firme en su propósito, por mucho que le costara.

—Pero ¿en qué piensa usted, amigo Clennam?—preguntóle de pronto Meagles, que era su compañero en la partida.

—Dispense usted—contestó Arturo,—me había distraído.

—Estoy segura—dijo Favorita,—que el caballero Clennam pensaba en la señorita Wade.

—¿Por qué en la señorita Wade?—preguntó Meagles.

—¡Ah! sí, ¿por qué?—repitió Clennam.

Favorita se ruborizó ligeramente y fué á sentarse otra vez al piano.

Llegada la hora de retirarse á dormir, Arturo oyó á Daniel Doyce preguntar á Meagles si podría concederle media hora de audiencia á la mañana siguiente, y cuando el primero hubo

salido del salón, acercóse á su vez á su antiguo compañero de viaje y le dijo:

—Señor Meagles, ¿recuerda usted el día en que me aconsejó venir á Londres?

—Perfectamente.

—Supongo no habrá olvidado tampoco que me dió otros consejos, los cuales necesitaba mucho entonces.

—Ignoro si le habrán servido de algo, pero sí recuerdo bien que tuvimos varias conversaciones muy gratas, por nuestra intimidad y confianza.

—He seguido los consejos de usted, y habiendo renunciado á una ocupación que me era penosa por varios motivos, deseo ahora utilizar en otra empresa cuánto me queda de vigor y fortuna.

—Tiene usted mucha razón, y cuanto antes lo haga, mejor será.

—Ahora bien, cuando me dirigía aquí, he sabido que el señor Doyce busca un asociado para la dirección de sus talleres, no una persona que tenga los mismos conocimientos mecánicos, sino alguien que se ocupe en sacar el mejor partido posible de las aplicaciones de aquéllos.

—Muy bien—repuso Meagles, con el aire de un hombre que recuerda también la época en que se dedicaba á los negocios.

—El señor Doyce—continuó Clennam,—me ha dicho que iba á pedir á usted consejo sobre la elección de un asociado de tales condiciones; y si usted cree que nuestras miras y medios pueden conciliarse, espero tenga la bondad de darle á conocer la suma de que dispongo. Hablo de esto sin estar en antecedentes; de modo que podría suceder que no nos conviniésemos.

—¡Comprendo! ¡comprendo!

—Pero eso sería cuestión de cifras y de cuentas.

—Perfectamente; estoy en lo mismo.

—Y á mí me complacería—añadió Clennam,—entablar las negociaciones, si el señor Doyce consiente en ello y usted no tiene nada qué oponer. Si me permite, pues, encargarle de esta comisión, se lo agradeceré mucho.

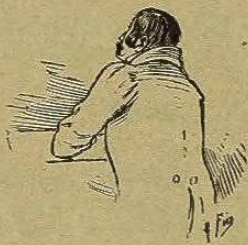
—Amigo Clennam—contestó Meagles,—acepto con mucho gusto esta comisión, y comprendiendo que en su calidad de hombre acostumbrado á los negocios ha previsto usted ya las dificultades que puedan surgir, me creo autorizado á decirle que me parece que su proposición tiene probabilidades

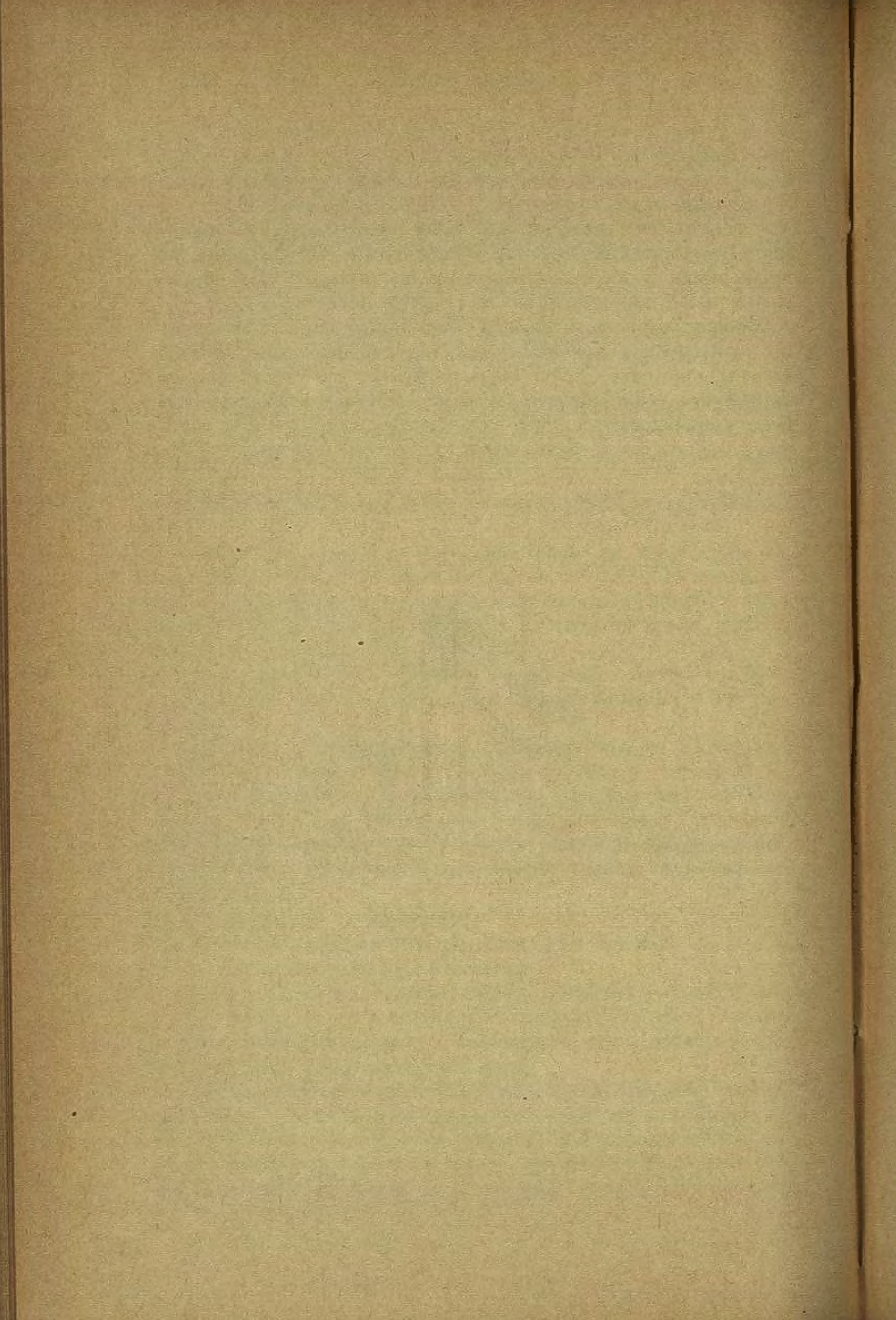
de ser admitida. Por de pronto, esté usted persuadido de una cosa, y es que Daniel Doyce es un modelo de honradez.

—Porque estoy convencido de ello le pido este favor.

—Tenga usted presente que será preciso guiarle, dirigirle por el mejor camino, porque Daniel hace cosas que nadie ha hecho antes, y avanza siempre por nueva vía. Por lo demás, cuente usted con mis servicios. ¡Buenas noches!

Clennam subió á su cuarto, y sentándose junto á la chimenea, entregóse á sus reflexiones, regocijándose ante todo de haberse mantenido fiel á su propósito de no enamorarse de la hija del señor Meagles, aunque cada vez le parecía más bella y seductora.







CAPITULO XVII

Gowan

A la mañana siguiente, antes de almorzar, Arturo salió á dar un paseo por los alrededores, y como hacía buen tiempo, cruzó el río en la barca é internóse por un sendero á través de las praderas. Al regresar fijóse su atención en un individuo que hacía señas al barquero para que fuera á recogerle desde la orilla opuesta.

Era un hombre como de treinta años, moreno y de aspecto elegante. En el momento en que Arturo franqueaba una pequeña eminencia para llegar á la orilla, el desconocido le miró un instante, y como no hubiese llegado la barca aun y deseaba al parecer entretenerse en algo, comenzó á desenterrar guijarros de la arena con el tacón de la bota, colocándolos luego convenientemente para lanzarlos al agua con la punta del pie. Esto no tenía en rigor nada de particular, pero á Clennam le pareció que la manera de arrancar los guijarros revelaba cierto sentimiento de crueldad. ¡Cuántas veces hemos experimentado impresiones análogas al observar la manera con que un hombre ejecuta el acto más insignificante, tal

como arrancar una flor, rechazar un obstáculo, ó hasta destruir un objeto insensible!

El extranjero parecía preocupado, como lo indicaba claramente su fisonomía, y no hacía el menor caso de un magnífico perro de Terranova que le miraba atentamente, siguiendo con la vista cada piedra á medida que su amo las lanzaba, y cual si sólo esperase una señal para precipitarse en el río á cogerla. El barquero llegó en breve, y cuando hubo atracado en la orilla, el desconocido hizo entrar á su perro en la barca, saltando él después, seguido de Clennam.

Llegados á la orilla opuesta, el desconocido y su perro se apresuraron á desembarcar; y sin saber por qué, Clennam se alegró de que no siguieran el mismo camino que él.

El reloj de la iglesia vecina señalaba la hora de almorzar cuando Arturo dió vista á la verja del jardín, y extrañóle oír el ladrido de un perro, en la parte opuesta, mientras él hacía resonar la campanilla.

Cuando la criada abrió la puerta, Clennam no pudo menos de asombrarse viendo allí al desconocido y á su perro.

—La señorita no ha bajado aun—dijo la criada, conduciendo á los visitantes al jardín.

Y volviéndose hacia el desconocido, añadió:

—Este caballero es el señor Clennam.

—Es muy extraño que no nos hayamos conocido en la barca, señor Clennam—dijo el extranjero;—permítame usted que me presente yo mismo; soy Enrique Gowan, para servir á usted.

Los modales y la voz de aquel hombre no eran desagradables, y Clennam pensó que si no hubiera resuelto firmemente no enamorarse de Favorita, aquel hombre le habría sido antipático.

—Esta residencia es deliciosa—dijo Gowan;—tal vez no la conozca usted aun.

—Muy poco; la visité por primera vez ayer tarde.

—Pues debo decirle á usted que ahora dista mucho de valer tanto como en la primavera; yo la he visto bajo muy diversos aspectos desde hace tres años, y puedo asegurarle que es un verdadero paraíso.

Al presentarse la hija del señor Meagles, parecióle á Clennam que sus ojos aumentaron en brillo cuando el perro se adelantó para acariciarla, y hasta pensó que nunca la había visto tan animada y alegre. Gowan, por su parte, habíase

apresurado á dar la mano á la hermosa joven, que le felicitó por su llegada, acariciando al mismo tiempo al perro.

Favorita, dirigiéndose después á Clennam, dióle la mano y cogió su brazo para subir al comedor, sin que Gowan manifestase el menor resentimiento.

La expresión de la fisonomía de Meagles, generalmente alegre, pareció obscurecerse cuando vió entrar á Gowan con su perro, y Clennam observó que también la señora Meagles manifestaba una ligera inquietud al ver al recién venido.

—¿Cómo va, señor Gowan?—preguntó Meagles, ahogando un suspiro.

—Como siempre. Estaba resuelto á no perder nada de mi visita semanal, y por lo tanto he madrugado hoy más que de costumbre para ir antes á Kingstown, donde tengo establecido por ahora mi cuartel general para concluir dos bosquejos en que estoy trabajando.

Gowan explicó después su encuentro con Clennam en la barca.

—¿Y cómo está la señora Gowan?—preguntó la señora Meagles.

—Muy bien, gracias.

—Me he tomado la libertad—dijo Gowan después de una pausa, de agregar un convidado más á la mesa de ustedes, y esperó que no lo llevarán á mal. Es un joven que me ha rogado le presentara, y como pertenece á una familia distinguida, he creído que no lo llevarían ustedes á mal.

—¿Y quién es ese joven?—preguntó Meagles con aire de satisfacción.

—Es el hijo de Tito Barnacle, el joven Clarence, empleado en la oficina de su padre; pero le aseguro á usted que el río no debe temer nada de su visita, pues seguramente no le prenderá fuego (1).

—¡Ah, ah!—exclamó Meagles,—¡un Barnacle! Conocemos un poco á esa familia; me alegraré de ver á ese caballero, y le recibiremos lo mejor posible en nuestra humilde morada, procurando que no se muera de hambre.

—Les quedo sumamente agradecido—dijo Gowan;—Clarence es un asno, pero tiene muy buen fondo y sabe hacerse querer.

De la conversación que medió antes de terminar el almuerzo resultaba evidente que todos los amigos de Gowan eran

(1) La frase *incapaz de prender fuego al Támesis* equivale á nuestra locución castellana *no ha inventado la pólvora*.

más ó menos borricos ó bribones, lo cual no se oponía á que también fueran amables, sinceros y obsequiosos.

Durante aquella mañana, Clennam pudo notar que las facciones de Meagles manifestaban repetidas veces una marcada expresión de disgusto, y que las miradas de su esposa revelaban inquietud, sobre todo cuando Favorita acariciaba al perro, inclinando la cabeza por un lado, mientras que Gowan lo hacía por el otro. Cualquiera hubiera pensado que Meagles y su señora envidiaban aquellas muestras de cariño; y Clennam se convenció más tarde de que efectivamente era así, al ver desde el jardín á la joven en el cuarto de su padre abrazándole y llorando.

En cuanto á Gowan, como Clennam no sabía á qué atenerse respecto á su persona; y le picaba la curiosidad, acercóse á Doyce, que estaba asomado á una ventana, y le preguntó:

—¿Conoce usted á ese caballero?

—Le he visto aquí varias veces; viene todos los domingos.

—Es artista, á juzgar por su conversación.

—Sí, una especie de artista—contestó Doyce con tono irónico.

—¡Cómo!—exclamó Clennam sonriendo.

—Sí—repuso Doyce,—me parece que ha hecho un poco la corte á las Bellas Artes y que éstas le han rechazado, como suele suceder á todos esos señores que viven en Pall-Mall.

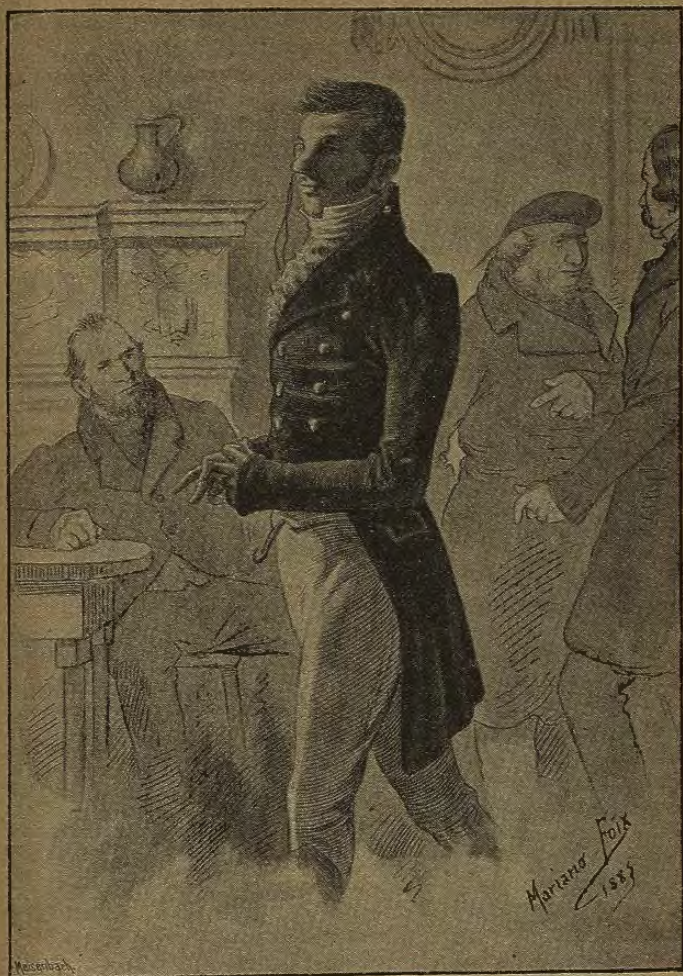
Prosiguiendo en sus investigaciones, Clennam supo que la familia Gowen era una ramificación muy lejana de los Barnacle, y que el padre había disfrutado de una pensión por haber sido agregado á una Legación británica algún tiempo antes de morir. Su hijo, Enrique Gowan, no hallando colocación alguna como empleado del gobierno, habíase dedicado á la pintura, sin llegar á ser en ella, nunca, á pesar de sus esfuerzos, ni siquiera una medianía.

Tal fué el resumen de los informes que Arturo Clennam pudo obtener sobre el artista Gowan.

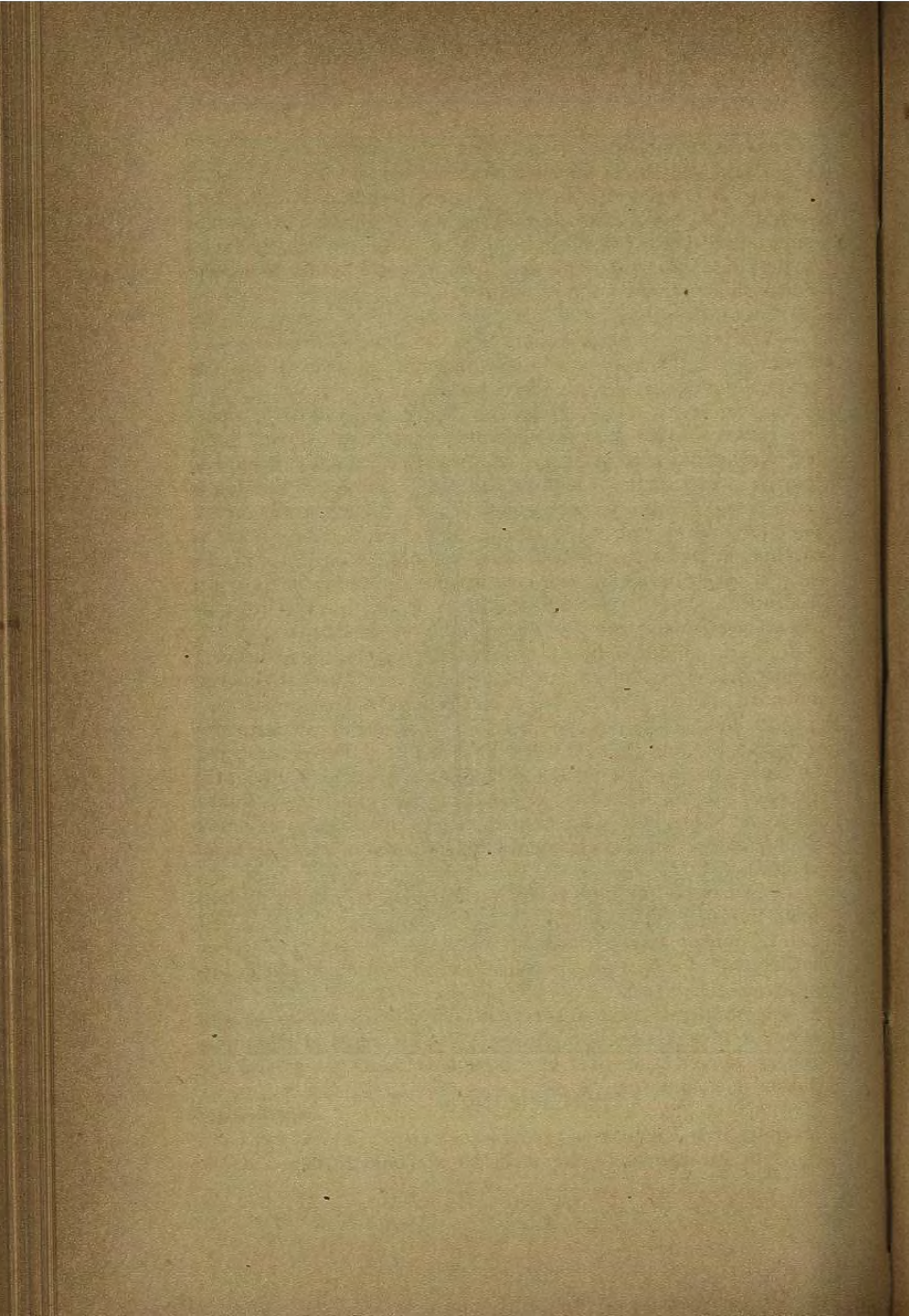
Una hora después de la señalada presentóse el joven Barnacle, armado de su inseparable lente; no siendo poca su sorpresa al ver á Arturo, cuya presencia pareció desconcertarle. Tanto fué así, que aprovechó la primera ocasión para conducir á su amigo Gowan á una ventana, á fin de preguntarle, con esa entonación nasal que le era propia, si conocía á Clennam.

—Oiga usted, Gowan, veamos... ¿quién es ese individuo?

—Un amigo del señor Meagles; pero no le conozco.



Barnacle (hijo)



—Es un demócrata furioso. ¿Lo sabía usted?

—¡Bah! ¿quién se lo ha dicho?

—Lo sé porque el otro día se agarró á nosotros como una sanguijuela; fué á casa de mi padre y se aferró á su pretensión de tal modo que no hubo más remedio que echarle fuera, y después volvió al ministerio para importunarme de nuevo. Jamás he visto un hombre como ese.

—¿Qué deseaba?

—Quería saber algo, no me acuerdo qué, é invadió el ministerio sin carta de audiencia, diciendo que deseaba averiguar alguna cosa que no tengo presente.

La comida no fué aquel día tan alegre como la de la víspera, principalmente á causa del nuevo convidado, joven imbecil, que además de ser poco comunicativo estaba preocupado por la presencia de Clennam, de quien no podía apartar la vista, cual si éste ejerciese sobre él una influencia misteriosa. Siempre que le miraba, caíale el lente en el plato ó en el vaso, ó quedaba suspendido en el hombro, lo cual mortificaba más al joven burócrata, por comprender sin duda que se ponía en ridículo; mas á pesar de todo, no le era posible dejar de mirar á Clennam, como si éste le hubiese fascinado.

Por fin terminó el día, y el joven Barnacle se despidió para volver á Londres en su cabriolé, que le esperaba á la puerta; mientras que Gowan se fué á pie, seguido de su perro.

Poco después de haberse retirado Clennam á su cuarto oyó llamar á su puerta, y al abrir vió ante sí á Doyce, que con su bujía en la mano iba á preguntarle á qué hora pensaba regresar al día siguiente á Londres. Arreglado este punto, Clennam, deseando sondear un poco la opinión de su nuevo amigo respecto á los incidentes del día, díjole antes de marcharse:

—Me parece que nuestro amigo Meagles no estaba de muy buen humor hoy.

—Lo mismo creo—contestó Doyce.

—Pero la visita no ha producido el mismo efecto en la hija—añadió Clennam.

—Seguramente que no—repuso Doyce.—El hecho es que el señor Meagles ha llevado á su hija dos veces al extranjero con la esperanza de hacerle olvidar á Gowan, por creerla dispuesta á enamorarse de él.

—Supongo que habrá promesa de casamiento entre los dos jóvenes—dijo Clennam.—¿No es así?

—No; me han dicho terminantemente que no hay nada de

eso; Gowan solicitó una promesa de este género, pero la hija de nuestro amigo se negó á ello. Meagles, sin embargo, ha consentido en que el pretendiente venga una vez á la semana, pero á esto se reduce todo; y advierta usted que Minnie no sería capaz de engañar á sus padres por nada en el mundo. Usted que ha viajado con ellos habrá podido reconocer que los lazos de afecto que unen á la familia son difíciles de romper, al menos por ahora.

Al decir esto, Doyce dió las buenas noches, recordando la hora en que debían marchar al día siguiente de regreso á Londres.





CAPITULO XVIII

El enamorado de la niña Dórrit

La niña Dórrit no había alcanzado á los veintidós años sin encontrar quien de ella se enamorase. Hasta en aquella misera prisión de la Mariscalía el audaz Cupido había disparado algunas flechas que hirieron en el corazón á uno ó dos presos.

Sin embargo, el que se había enamorado de la pequeña Dórrit no era un preso, sino el hijo sentimental de un carcelero, que al cabo de una larga carrera pensaba legar á su joven sucesor una llave sin tacha, para lo cual le había iniciado desde la infancia en los deberes de su cargo. Esperando la herencia, el hijo ayudaba á su madre á despachar en un estanco que tenían en la esquina del pasaje Horsemonger. El padre, aunque carcelero, no dormía en la prisión.

Muchos años antes de que la niña Dórrit hubiese tomado la costumbre de ir á sentarse en su pequeño sofá al lado de la chimenea, el joven Juan (su apellido de familia era Chivery,) que tenía un año más que la niña, dirigíale ya expresivas ojeadas; más adelante, cuando los dos jugaban en el patio, procuraba siempre ser su compañero; y apenas tuvo suficiente talla para mirar por el agujero de la cerradura de la puerta, más de una vez había olvidado la comida por contemplar á su amada á través de aquella perspectiva aérea. Cuando hubo cumplido los veintitrés años, el enamorado pretendiente tomó la costumbre de ir todos los domingos á ofrecer ci-

garros al padre de la Mariscalía, ó más bien al padre de la reina de su corazón.

El joven Juan tenía escasa talla, las piernas algo flacas, cabello rubio muy claro, y uno de sus ojos, sin duda el que miraba por la cerradura, aparentemente mayor que el otro. Por lo demás, su carácter era tímido, lo cual no le impedía tener un alma poética y un corazón fiel.

El enamorado joven había examinado bajo todas sus fases la cuestión que le preocupaba, entreviendo, á pesar de su modestia, un matrimonio por todos estilos conveniente. ¿No era la niña Dórrit hija de la Mariscalía, como él futuro carcelero? Juan llegaría á ser guardián interino, y Amy podría heredar oficialmente la habitación cuyo alquiler había pagado tanto tiempo. El joven Juan, entusiasmado por la perspectiva del feliz porvenir que en su concepto debía coronar tanto amor, hasta ideó el epitafio que habría de ornar su tumba, en el cementerio contiguo, cuando llegase su hora. Diría así:

«AQUÍ YACE JUAN CHIVERY, QUE FUE SESENTA AÑOS
CARCELERO DE LA PRISIÓN INMEDIATA.
MURIÓ EN 31 DE DICIEMBRE DE 1886,
Á LA EDAD DE 83 AÑOS,
AMADO Y RESPETADO DE TODOS.

AQUÍ YACE TAMBIEN SU MUY AMADA Y AMANTE
ESPOSA AMY, HIJA DE GUILLERMO DÓRRIT,
QUE NO SOBREVIVIÓ CUARENTA Y OCHO HORAS Á LA
PÉRDIDA DE SU ESPOSO. TAMBIEN MURIÓ
EN LA PRISIÓN DE LA MARISCALÍA,
DONDE NACIÓ Y VIVIÓ.»

Los padres de Juan Chivery no ignoraban la pasión de su hijo, y después de discutir varias veces sobre la conveniencia de oponerse á ella ó dejarle tomar incremento, la señora Chivery había convencido á su esposo de que la unión sería aceptable, dadas las circunstancias en que se hallaban ambos jóvenes. Sin embargo, el joven Juan no había tenido nunca valor para hacer su declaración, y con frecuencia renegaba de su timidez.

En este asunto, como en todos los demás, la niña Dórrit fué la última persona á quien se pensó en consultar; su hermano y hermana conocían la pasión de Juan, pero poseídos

de la idea de que eran de elevada cuna, reíanse de las pretensiones del joven. En cuanto al padre de la Mariscalía, no era de suponer que se dignase fijar su atención en el asunto, ni menos que su pobre dignidad se rebajase hasta el punto de dar oídos á semejante demanda por parte del humilde aspirante; pero esto no le impedía aceptar los cigarros de Juan el domingo, y á veces llevaba su condescendencia hasta el punto de fumarlos en compañía del donador. También acogía afablemente las atenciones de Chivery padre, quien cedía siempre su sofá y su diario al decano cuando éste visitaba su habitación.

Por esto el padre de la niña Dórrit repetía con frecuencia:

—Ese Chivery es un hombre muy cortés, atento y respetuoso, así como también su hijo; ambos comprenden la posición que ocupo aquí, y su conducta me lisonjea y satisface.

Cierto domingo, el joven Juan, engalanado con su traje del día de fiesta, por demás ridículo, y bien provisto de los cigarros propiciatorios, dió una vuelta por el patio, subió después la escalera que conducía á la habitación del decano, y con el corazón agitado llamó á la puerta.

—¡Adelante, adelante!—exclamó una voz afable, en la que Juan reconoció al punto la del padre de su amada.

El decano estaba sentado, leyendo el diario, junto á una mesita en la que se veía una regular cantidad de calderilla, sin duda donativo de los que habían ido ya á visitar al anciano.

—¡Hola, Juanito!—exclamó el anciano,—¿cómo va, amigo?

—Bastante bien, caballero; supongo que podrá usted decirme lo mismo...

—Sí, Juan Chivery, sí; en cuanto á la salud, no tengo motivo de queja.

—Me he tomado la libertad, caballero...

—¿Eh?

El decano interrumpía siempre cuando su interlocutor comenzaba así, y abría mucho los ojos, sonriendo con afabilidad.

—Me he tomado la libertad de escogerle algunos cigarros.

—¡Oh! ¡muchas gracias, joven Juan, muchas gracias! A decir verdad, creo ser demasiado... ¿No?.. En tal caso no hablemos más de ello. Hágame el favor de ponerlos sobre la chimenea y siéntese, que no es usted ningún forastero, amigo Juan.

—Gracias, caballero; es usted muy amable. ¿Y la... señorita Amy... está buena?

—Sí, Juan, sí, ha ido á tomar un poco el aire; mis hijos salen muy á menudo; pero es natural, Juan.

—Nada podría serlo más, señor Dórrit.

—Sí, ha ido á tomar el aire un rato en el Puente colgante, que desde hace algún tiempo parece ser su paseo favorito.

Y como para cambiar de conversación añadió:

—¿No tiene usted de guardia á su padre en este momento?

—No, señor, no entrará hasta la tarde.

El joven Juan comenzó á dar vueltas á su sombrero entre las manos, como si vacilara en reanudar la conversación, y dijo después de una pausa:

—Me parece que debo retirarme, caballero.

—¡Cómo! ¡tan pronto! Como usted guste, Juan. ¡Vamos! no se quite el guante, joven; guárdele para estrecharme la mano; ya sabe que no es aquí forastero.

Muy satisfecho por tan cordial acogida, Juan bajó presuroso la escalera, y como el señor Dórrit observase que al mismo tiempo subían varios visitantes acompañados de algunos presos, inclinóse sobre la harandilla y gritó:

—Quedo muy agradecido al obsequio, Juan.

El enamorado mancebo se dirigió presuroso hacia el Puente colgante, temiendo al principio no encontrar á la joven, pero muy pronto la vió de pie, inmóvil, contemplando las aguas del río; parecía absorta en profunda meditación, y el joven se preguntó en qué podría estar pensando.

Como la niña Dórrit continuaba sumida en sus reflexiones, sin notar siquiera que su pretendiente estuviese junto á ella, y permaneció así largo tiempo, Juan resolvió dirigirle la palabra; el sitio era solitario, y si no aprovechaba aquella ocasión, tal vez no se le presentara otra mejor.

—Señorita Dórrit—dijo, acercándose más á la joven.

La niña Dórrit se estremeció, retrocediendo un paso, con tal expresión de temor, y hasta de disgusto, que Juan experimentó un espanto indecible. Hacía mucho tiempo que la joven procuraba no encontrarse con él, alejándose cuando le veía; de modo que el infeliz Juan no pudo suponer al fin que lo hiciera impensadamente, pero supuso que esto era debido á su timidez y modestia. Aquella mirada, sin embargo, debía darle á entender la verdad.

La niña Dórrit, no obstante, reprimiendo su primer movimiento de repulsión, contestó con su dulce voz:

—¡Oh! ¿usted por aquí, señor Juan?

—Sí, señorita Amy; temo haberla molestado al dirigirle la palabra.

—Sí, un poco. Yo... yo había venido aquí para estar sola, y creía estarlo.

—Señorita Amy, me he tomado la libertad de venir aquí, porque el señor Dórrit me ha dicho, por casualidad, al hacerle mi visita, que estaba usted en el Puente...

La joven pareció turbarse, y volviendo la cabeza murmuró:

—¡Oh, padre, padre!

—Señorita Amy—dijo el joven,—espero no haber'e causado la menor inquietud al nombrar al señor Dórrit; le aseguro que estaba muy bueno y sano cuando le he visto, y por cierto que me ha dispensado la más cordial acogida.

Con gran asombro del enamorado Juan, la niña Dórrit volvió la cabeza, ocultando el rostro entre las manos, y murmurando: «¡Oh! padre mío, ¿por qué ha procedido así?» alejóse rápidamente.

El pobre joven, que se había quedado al principio inmóvil como una estatua, corrió después tras de la niña Dórrit, y díjole con acento suplicante, cuando la hubo alcanzado:

—Señorita Amy, ruego á usted que se detenga un momento; si es preciso que alguien se vaya, me iré yo; y crea usted que me volvería loco si pensara que yo soy quien la obliga á huir.

Su voz temblorosa y su evidente sinceridad detuvieron á la joven, que murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¿qué debo hacer ahora?

—Señorita Amy—continuó Juan,—ya sé que la familia de usted es muy superior á la mía; que entre los Chivery no hay ningún caballero de elevada cuna; y no ignoro que su hermano y hermana me desprecian altamente; mas á pesar de todo esto, me atrevería á dirigirle una petición.

La niña Dórrit contestó al joven que no debía rebajar ni su persona ni su posición social, ni menos imaginar que ella se considerase superior á él.

Estas palabras consolaron un poco al joven Juan, que cobrando ánimos, añadió:

—Señorita Amy, hace mucho tiempo... siglos á mi parecer... que alimento en mi corazón el deseo de decirle alguna cosa. ¿Puedo hablar?

La niña Dórrit se alejó otra vez más, estremeciéndose in-

voluntariamente, pero reprimiendo su impulso, detúvose á cierta distancia sin contestar.

—¿Puedo hablar á usted, señorita Amy?—repitió el joven Juan;—sólo quiero dirigirle una humilde pregunta, y siento tanto haberla molestado involuntariamente, que no hay peligro de que hable si usted no me lo permite. Crea usted que sabré devorar en secreto mi dolor, sin causarle el menor pesar, aunque para ello debiera arrojarme al río.

Las palabras de Juan con su ridículo traje, hubieran bastado para hacer reír á cualquiera, á no mediar la exquisita delicadeza que manifestaba en aquel momento. La niña Dórrit comprendió al punto lo que debía hacer.

—Señor Juan Chivery—dijo con acento tembloroso á la vez que con calma,—puesto que tiene usted la bondad de preguntarme si puede seguir hablando, le suplicaré que no pase adelante.

—¿Jamás, señorita Amy?

—Nunca, si usted me hace el favor.

—¡Ah! ¡Dios me ampare!

—Y ahora—añadió la señorita Dórrit,—permítame usted hacerle una advertencia, franca y lealmente; y es que cuando piense usted en nosotros, Juan, quiero decir en mi hermano, en mi hermana y en mí, no crea que nos consideremos diferentes de los demás presos, pues sea cual fuere la posición que mi padre ocupó en otra época, hace ya largo tiempo que sólo somos lo que usted ve.

El joven Juan contestó con acento lúgubre que trataría de recordar el consejo para complacer á la joven.

—En cuanto á mí—añadió la niña Dórrit,—no me consagre usted ninguno de sus pensamientos, si le es posible; acuértese usted sólo, Juan, de la niña que ha visto usted crecer en la prisión, siempre ocupada en cumplir con sus deberes; y sobre todo quisiera que no olvidase usted que cuando salgo de esa cárcel estoy sola y sin protector.

Juan contestó que obedecería en un todo, pero que desearía saber por qué la señorita Imy hacía esta última advertencia.

—Porque comprendo—repuso la niña Dórrit,—que no olvidará usted nuestro encuentro de hoy, y que se abstendrá de hablar más sobre lo que desea decirme. Es usted tan generoso, que estoy segura de que así lo hará. En prueba de ello, le diré que ningún sitio me agrada tanto como éste para entregarme á mis reflexiones, por lo cual es probable que le

frecuente á menudo, y tengo la seguridad de que, una vez advertido, no vendrá usted jamás á buscarme.

El joven Juan contestó que se consideraba como el más desgraciado de los mortales, pero que los deseos de la niña Dórrit serían leyes para él.

Cuando la joven ofreció la mano á su enamorado aspirante al despedirse, el corazón de Juan se dilató, y no pudiendo contener las lágrimas, rompió el infeliz á llorar.

—¡Oh!—exclamó la niña Dórrit con acento compasivo,—no llore usted, se lo ruego. ¡Adiós, Juan, Dios le bendiga!

—¡Adiós, señorita Amy, adiós!

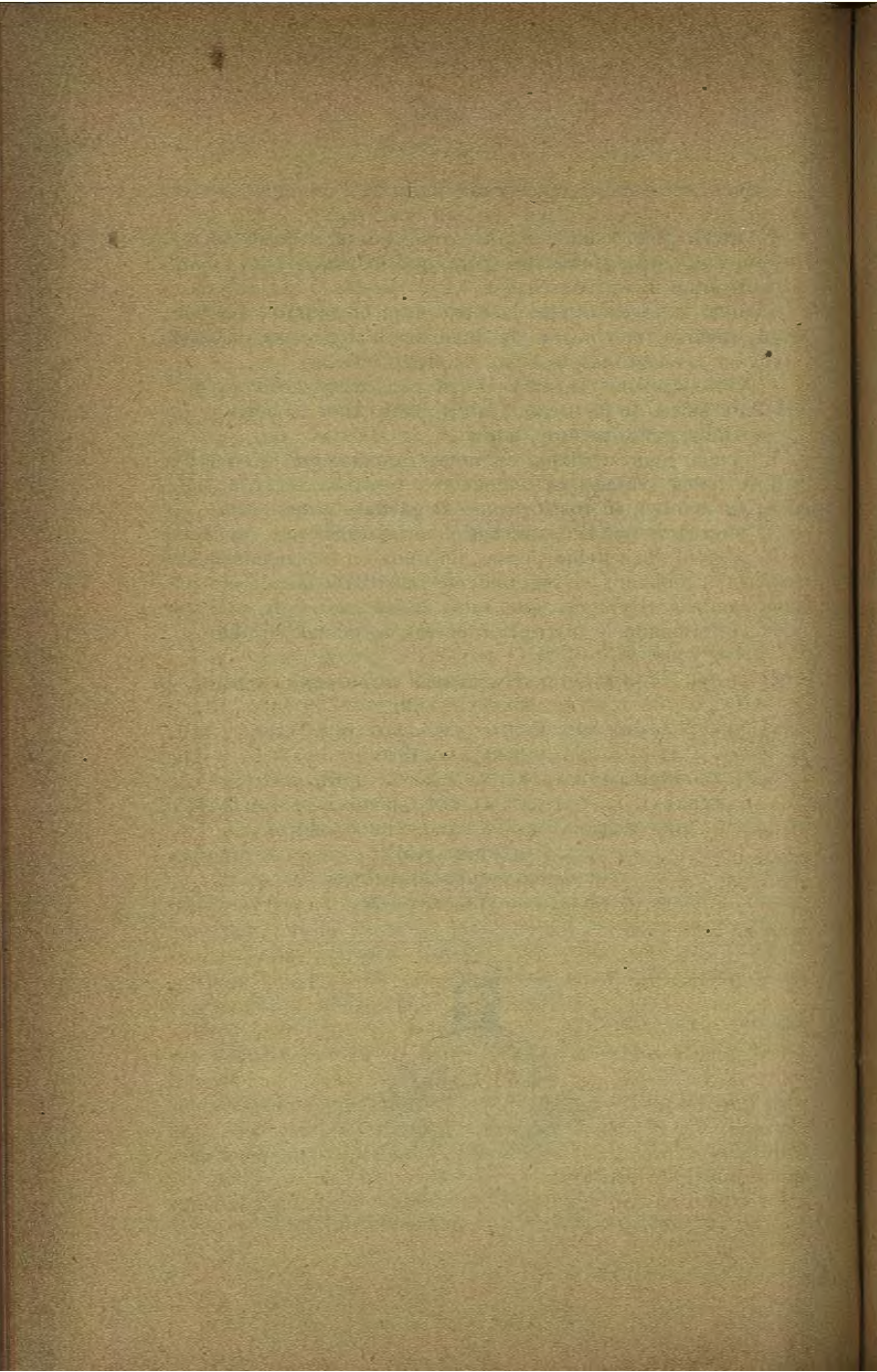
El joven Juan se alejó, sin notar siquiera que la niña Dórrit se había sentado en un banco y apoyaba sobre el parapeto su mano y su rostro, como si quedase entristecida.

Al internarse por las estrechas y sucias calles que conducían á la prisión, Juan debió pensar sin duda en la vanidad de los proyectos humanos, y seguramente recordaría que le era preciso cambiar el epitafio que había ideado antes de su entrevista, reformando la inscripción en los siguientes términos:

AQUI YACEN LOS RESTOS MORTALES
DE JUAN CHIVERY,
QUE NUNCA HIZO NADA NOTABLE.
MURIÓ EL AÑO 1826

A CONSECUENCIA DE UNA PASIÓN DESGRACIADA;
AL EXHALAR EU POSTRER ALIENTO ROGÓ Á SUS PADRES
QUE GRABARAN EN LA LÁPIDA DE SU TUMBA
EL NOMBRE DE AMY,
Y SUS INCONSOLABLES PADRES
HAN CUMPLIDO SU DESEO.







CAPITULO XIX

El Padre de la Mariscalía en sus relaciones sociales

Guillermo y Federico Dórrit se paseaban de arriba abajo en el patio de la prisión, ofreciendo un contraste que, á falta de otro, hubiera bastado para excitar la sorpresa del espectador. El primero, el cautivo, con su aspecto de persona distinguida, mostrábase afable y risueño, como hombre que está satisfecho de su posición; el segundo, el libre, humilde y abatido, parecía tan quebrantado y tenía tan mísero aspecto, que cualquiera hubiera podido creer que él era el preso, y no su hermano.

Los dos se paseaban por el patio, como hemos dicho, y era precisamente el día en que la niña Dórrit había hablado con el joven Juan en el Puente colgante. El decano había terminado satisfactoriamente sus asuntos del día, pues gracias á las muchas presentaciones y visitas, la calderilla que tenía sobre su mesa habíase cuadruplicado, y esto era lo bastante para que estuviese contento. Por lo mismo mostrábase complaciente con el pobre Federico; procuraba andar con el paso lento y perezoso de su hermano, y, modesto en su reconocida superioridad, dispensábase la mayor consideración. •

En cuanto á Federico, con su mirada apagada, su mano

temblorosa y su paso vacilante, parecía aceptar la protección de su hermano, como aceptaba todo incidente en el laberinto del mundo donde se había perdido. Llevaba en la mano el cucurucho de rapé, según su costumbre, y á cada momento tomaba un polvo, contemplando á intervalos á su hermano con admiración.

El decano miraba con frecuencia á su alrededor, como para recibir los saludos de los presos, á los cuales contestaba con una ligera inclinación de cabeza, procurando al mismo tiempo que los presentes no tropezaran con su hermano, que parecía ciego.

—Te veo algo abatido esta tarde, Federico—dijo el padre de la Mariscalía.—¿Tienes algún disgusto?

—¿Algún disgusto? No, Guillermo, no tengo nada.

—Si yo pudiera inducirte á cuidar un poco de tu persona, Federico...

—Sí, sí—interrumpió el anciano;—ya comprendo, pero eso no puede ser; no puedo hacerlo, y por lo tanto no me hables más del asunto.

Nada hubiera faltado á Guillermo Dórrit para ser un modelo de guía fraternal, de filósofo y de amigo, si hubiese preservado á su hermano de una ruina completa en vez de causarla él mismo.

—Creo, Guillermo—dijo Federico,—que comienzo á cansarme, y por lo tanto me voy á la cama.

—Querido Federico, no te detendré un momento más, pues no quiero que sacrifiques tus gustos á los míos.

—Las veladas, la atmósfera pesada de mi habitación, y también los años—dijo Federico,—contribuyen á debilitarme.

—Hermano mío—repuso el decano,—¿piensas tú que cuidas lo bastante de tu salud, y que tus costumbres son tan regulares y metódicas como... las mías por ejemplo? Dudo que tomes el aire necesario y que hagas suficiente ejercicio, Federico; aquí tienes un paseo que está siempre á tu disposición, y no sé por qué no habías de aprovecharlo más.

—¡Ah! sí, sí, sí.

—¡Buena! tú te limitas á decir que sí, pero no utilizas mi consejo; deberías tomar ejemplo de mí, pues la necesidad y el tiempo me han enseñado lo que debo hacer. A ciertas horas precisas del día me encontrarás en el paseo, en mi cuarto ó en la portería, leyendo mi diario, recibiendo mis visitas, ó comiendo y bebiendo. Hace ya muchos años que he acostumbrado á Amy á esta exactitud, haciéndole comprender

que debo tomar mi alimento siempre á horas fijas; ella lo sabe y cuida de que así sea.

El hermano suspiró, volviendo á repetir:

—¡Ah! sí, sí, sí.

—Amigo mío—dijo el padre de la Mariscalía, apoyando ligeramente su mano en el hombro de Federico por temor de que se cayera,—no hace más que repetir las mismas palabras, y no sé si tendrán algún sentido oculto, pero me parece que no pueden significar gran cosa. Yo quisiera despertarte un poco, Federico; tú necesitas que te despierten.

—Sí, Guillermo, sí, no hay duda, pero yo no soy como tú.

—¡Oh!—repuso el decano,—si tú quisieras podrías parecerme á mí.

Así diciendo, el decano condujo á su hermano hasta la verja con cierto aire caritativo y protector, saludando al paso á los presos que encontraba, y como estaba muy satisfecho entró en la portería, donde Chivery el carcelero le hizo un respetuoso saludo, acercando una llave á su gorra, y preguntó-le cómo seguía de salud.

—Gracias, Chivery—contestó el decano,—estoy bueno, ¿y usted?

—¡Oh! perfectamente.

—Esta mañana he recibido la visita del joven Chivery—dijo Dórrit,—y observé que iba muy lechuguino.

—Sí, sí—repuso el carcelero,—eso he oído decir; pero quisiera que mi hijo no gastara tanto en arreglarse, para no tener tantas cavilaciones.

—¿Qué cavilaciones, Chivery?—preguntó el decano con benevolencia.

—Nada, nada—contestó Chivery;—no importa. ¿Se va el señor Federico?

—Sí, amigo mío, parece que está cansado y algo indispuerto. Vamos, buenas noches, hermano mío.

El anciano se quitó con una mano su grasiento sombrero para saludar á los presentes, y dió la otra á Guillermo, dirigiéndose después á la puerta que el carcelero acababa de abrir.

—Haga usted el favor de no cerrar en seguida—dijo el decano á Chivery,—por si acaso le sucede algo.

Y esforzando la voz gritó:

—¡Ten cuidado, Federico, mira bien los escalones, y alerta con los carruajes al cruzar la calle!

Cuando hubo dado estos consejos, el decano dirigió á los

circunstantes una mirada como diciéndoles: «¿No es verdad que mi pobre hermano es muy digno de lástima por no estar encerrado como nosotros?»

Terminada su visita, el decano volvió á su habitación, donde estaba dispuesta la mesa para cenar, y la bata del anciano pendiente del respaldo de una silla junto á la chimenea. La niña Dórrit guardó en el bolsillo su libro de oraciones y levantóse para saludar á su padre.

—¿Se ha marchado el tío Federico?—preguntó la joven, ayudando al decano á mudar de traje.

—Sí, ya se ha marchado.

—¿Y ha sido el paseo agradable?

—No mucho, Amy, no mucho.

—¿No se encuentra usted bien, padre mío?

El decano se sentó sin contestar y comenzó á mirar el fuego con cierta expresión de vaga inquietud. Cuando volvió á tomar la palabra, hízolo al principio pronunciando frases sueltas que no expresaban bien su pensamiento.

—Es preciso que... haya... alguna cosa... ¡hem!... no sé qué... tendrá... no sé por qué Chivery se ha mostrado así. Esta tarde... ¡hem!... no ha sido tan obsequioso como de costumbre. ¡Hem!... no es mucha la diferencia, pero basta para contristarme. ¡Ah! hija mía, cuando uno se halla en nuestra posición ha de sufrir á menudo las impertinencias de esa gente, que á cada hora del día puede causarnos un disgusto.

La niña Dórrit, que estaba de pie detrás del sillón de su padre, no miraba al anciano mientras hablaba, pero inclinó la cabeza, fijando su vista en otra parte.

—Yo...—continuó el decano,—¡hem! no imagino, hija mía, qué podrá haber ofendido á Chivery, que generalmente se muestra obsequioso y atento. Esta tarde me ha parecido muy... lacónico... conmigo, y lo siento más porque ha sido en presencia de personas extrañas. ¡Santo cielo! si Chivery y sus colegas dejaran de apoyarme y reconocerme en lo que soy, estaría expuesto á morirme aquí de hambre. ¡Ah! no puedo imaginar en qué consistirá esto, no puedo explicarme la causa de tan brusco cambio.

El anciano guardó silencio de pronto, cual si hubiese dado fin á sus reflexiones, mientras que la niña Dórrit aplicaba suavemente la mano sobre los labios de su padre, como si no quisiera oírle hablar más así. Sucedióse entonces un silencio profundo, durante el cual el anciano pareció abismarse en sus pensamientos, en tanto que la niña Dórrit apoyaba la ca-

beza en el hombro de su padre.

La cena se acababa de guisar en una pequeña cacerola, y cuando la joven comprendió que estaba á punto, dispúsose á servir al anciano.

El decano se sentó en el sitio acostumbrado, y la niña Dórrit se colocó á su lado. Hasta entonces, padre é hija habían evitado mirarse; pero poco á poco, el anciano comenzó á hacer mucho ruido con el cuchillo y el tenedor, cogiendo todos los objetos bruscamente; mordía el pan con furor, y demostraba por sus ademanes que no se hallaba en su estado normal. Al fin rechazó de sí el plato y comenzó á hablar en voz alta con una singular incoherencia.

—¿Qué importa que yo coma ó me muera de hambre?— exclamó.—¿Qué importa que una existencia tan amarga como la mía se termine ahora ó se prolongue hasta la semana ó el año próximo? ¿Qué soy yo? ¡Un pobre preso que vive de las limosnas y de los restos de los demás; un pobre diablo que no tiene honra ni dinero!

—¡Padre, padre!—exclamó Amy, arrodillándose á los pies del anciano y levantando las manos en actitud suplicante.

—Amy—continuó el decano, con voz ahogada y temblorosa y mirándola fijamente con la expresión de un loco,—te digo que si pudieras verme como tu madre me vió, no reconocerías al infeliz á quien sólo has contemplado á través de los barrotes de esta jaula. Yo era joven entonces; tenía talento y buena figura, y además era independiente, sí, hija mía, era libre como el aire que respiraba, apetecían mi sociedad y me envidiaban.

—¡Padre mío!—exclamó la niña Dórrit, tratando inútilmente de sujetar los brazos que el anciano agitaba sin cesar.

—Si yo me hubiese retratado en aquella época, muy mal debiera haberse hecho la pintura para que ahora no te mostrases orgullosa de lo que tu padre ha sido; pero no pensé en ello. Sirva de ejemplo á los demás, y que cada cual sepa conservar al menos este ligero recuerdo de la época en que era feliz y respetado, para que sus hijos tengan una prueba del rango que ocupó. A menos que mis facciones no recobren después de la muerte el aspecto que tenían en la juventud, según dicen que sucede algunas veces, mis hijos no me podrían reconocer.

—¡Padre mío!

—¡Oh! sí, despréciamе cuanto quieras; aparta la vista de

mí, no me escuches, ciérrame la boca, y avergüénzate de tenerme por padre. Ahora ya estoy endurecido; me he rebajado tanto, que no me puedo contristar mucho, ni aun por esta causa.

—¡Querido padre, yo le amo de todo corazón!

Y al decir esto, la niña Dórrit rodeó con sus brazos el cuello del anciano, á quien hizo sentar, y añadió:

—Déjese usted de esas reflexiones, padre mío, míreme usted y abráceme; piense en mí un solo instante.

El anciano, sin hacer caso de su hija, continuó en el mismo tono:

—Y sin embargo, aquí se me respeta; he sabido realzarme y no me he dejado humillar; pregúntese á cualquiera quién es aquí la persona más importante, y todos dirán que yo; mi muerte daría más que decir que la de ningún otro; y ¿crees tú, hija mía, que tu padre es despreciado generalmente, y que no hay nada que le rehabilite? ¿No guardarás de él más recuerdos que los de su ruina y de su decadencia? ¿No podrás conservar ningún afecto al pobre paria cuando haya dejado de existir?

Al pronunciar estas palabras, el decano no pudo reprimir el llanto, y apoyando la cabeza en el hombro de su hija, vertió silenciosas lágrimas.

—¡Oh! ¡Amy, querida Amy! ¡cuántos días te he visto cuidarme y trabajar para mí!

La niña Dórrit hizo todo lo posible para calmar á su padre, suplicándole que le perdonara si le había faltado alguna vez al respeto; y á fin de distraerle de sus reflexiones, hablóle sobre modas y otros asuntos diversos, poniéndole así al fin de buen humor.

Mientras que el anciano fumaba tranquilamente, la niña Dórrit arregló la cama y la habitación, y entonces el decano, sintiéndose fatigado, no sólo por lo avanzado de la hora, sino también por las emociones de aquella tarde, levantóse del sofá para bendecir á su hija y darle las buenas noches. Durante toda aquella conversación no había pensado una sola vez en la ropa de Amy, ni en sus pobres zapatos, ni en otras mil cosas que la pobrecilla podía necesitar. Nadie en el mundo se ocupaba menos que el decano de lo que faltaba á su hija.

Sin embargo, antes de acostarse, abrazóla varias veces repitiendo:

—¡Dios te bendiga, hija mía! ¡Dios te conceda un sueño tan tranquilo como yo deseo!

Pero la niña Dórrit se había conmovido tan profundamente por lo que acababa de ver y oír, que temía dejar solo á su padre, pensando que tal vez volvería á desesperarse, entre-gándose de nuevo á sus lamentaciones.

—Querido padre—le dijo,—no estoy cansada; permítame usted volver cuando se haya acostado para sentarme aquí.

El anciano le preguntó si la entristecía la soledad.

—Sí, señor—contestó la niña Dórrit.

—Entonces, vuelve si quieres, hija mía.

—Estaré bien quietecita, padre mío.

—No te preocupes por mí, hija mía; puedes volver siempre que te plazca.

El anciano parecía medio dormido cuando la joven volvió á entrar; pero oyó cómo arreglaba el fuego, y preguntó quién era.

—Soy yo, padre—contestó la niña Dórrit.

—Amy, hija mía—repuso el anciano,—ven aquí; quiero decirte una cosa.

La niña Dórrit se arrodilló junto al lecho del decano, cogiéndole las manos; y en aquel instante despertáronse de pronto los sentimientos del verdadero padre.

—Hija mía—le dijo,—tú has arrastrado aquí una existencia muy triste, sin amigas, sin recreo ninguno y rodeada de cuidados.

—No hablemos de eso, padre mío—replicó la niña Dórrit,—no pienso en ello nunca.

—Tú conoces mi posición, Amy, y bien sabes que nunca he podido hacer gran cosa por ti; pero cree que lo que he podido, lo he hecho.

—Sí, padre mío—contestó la niña Dórrit,—ya lo sé.

—Pronto hará veintitrés años que estoy en esta prisión, y te aseguro que en este tiempo no he dejado de hacer por mis hijos cuanto me era posible. Amy, amor mío, tú sabes que de los tres tú eres aquella á quien profeso más cariño, tú la que ha ocupado siempre el primer lugar en mi pensamiento; y que cuanto he podido hacer en interés tuyo lo hice siempre sin murmurar.

Sólo la sabiduría suprema que tiene la llave de todos los corazones y de todos los misterios, podría conocer hasta qué punto un hombre, sobre todo un hombre envilecido como el decano, puede imponerse á sí mismo. Por lo pronto basta

decir que volvió á reclinar la cabeza sobre la almohada con aire sereno y majestuoso, después de confesar su degradación á su cariñosa hija, sobre la cual había pesado y pesaba más que sobre nadie la existencia de aquel anciano.

Y no obstante, la niña Dórrit no se permitió abrigar ninguna duda ni hacer la menor pregunta, limitándose á murmurar: «¡Pobre padre, es el más tierno y el más cariñoso de los padres!»

La joven veló al anciano durante el resto de aquella noche, cual si se creyera culpable de alguna falta y tratase de purgarla con su cariño; sentóse junto al lecho, y de vez en cuando acariciaba á su padre, pero tan ligeramente, que no podía interrumpir su sueño.

Velando estuvo hasta que vió asomar la primera claridad del día; entonces levantóse de su silla, dió el último beso al anciano y salió ligeramente de la reducida habitación. Cuando hubo llegado á su misero cuarto, lo primero que hizo fué abrir silenciosamente su ventana para mirar el patio de la prisión por la parte del oeste, donde las puntas de hierro que guarnecían el muro parecían enrojecerse en su extremidad, iluminadas por los primeros albores de la aurora. Jamás le habían parecido aquellas puntas tan agudas, ni tan pesados los barrotes, ni tan lúgubre y estrecha la prisión de la Mariscalía, é involuntariamente pensó en los grandes ríos, en los inmensos océanos, en los ricos paisajes y en los frondosos bosques poblados de avejillas, que saludan alegres la salida del sol. Y fijando su mirada en aquella tumba viva, cuyas formas se destacaban ya claramente, y donde su padre estaba encerrado hacía ya veintitrés años, no pudo menos de exclamar, poseída de profunda tristeza y de dolorosa compasión: —¡No, no; nunca le he visto como debía ser!





CAPITULO XX

El gran mundo

Si el joven Juan Chivery hubiera tenido el deseo ó el talento suficiente para escribir una sátira contra el orgullo de nacimiento, no habría necesitado buscar los ejemplos muy lejos, pues los tenía en la misma familia de su amada. No era posible encontrar otros mejores que aquel Tip, aspirante á caballero, y aquella hermana desdenosa, acostumbrados ambos á todo género de bajezas, dispuestos siempre á pedir prestado, á mendigar de los más pobres, á comer el pan y gastar el dinero de todo el mundo, y á beber en la copa de todos, rompiéndola después. Nada más fácil que pintar al natural la existencia sórdida de aquellos personajes que evocaban sin cesar el fantasma de sus pretensiones aristocráticas para deslumbrar con falaces apariencias á sus bienhechores.

En nuestra historia no podemos precisar con exactitud la época en que el joven Tip y la señorita Fanny comenzaron á evocar sistemáticamente el esqueleto aristocrático de su noble familia, destinado á ejercer impresión en la mayoría de los presos, pero sería sin duda en el tiempo en que comenzaron á comer á expensas de la comunidad. De todos modos, ello es que cuanto más pobres y necesitados estaban, más

altamente solían proclamar la nobleza de su cuna. Sentado esto, prosigamos nuestra narración.

La niña Dórrit no había podido salir temprano en la mañana del lunes, porque el decano se levantaba tarde y era preciso darle su almuerzo; mas apenas hubo cumplido con este servicio, púsose el sombrero y salió.

Deseaba ver á su hermana, pero cuando llegó á su alojamiento supo que Fanny y su tío habían salido ya. Sin embargo, tenía previsto este caso, y como había resuelto verla á todo trance, encaminóse hacia el teatro, que estaba al otro lado del río, no muy lejos de allí.

La niña Dórrit no tenía la menor idea de lo que era un coliseo, y cuando le indicaron una puertecilla desvencijada que parecía próxima á caer, la joven vaciló en acercarse, intimidada además por la presencia de media docena de caballeros, que se paseaban de arriba á abajo con aire conquistador. Sin embargo, después de breve reflexión dirigióse á uno de ellos y preguntóle si sabía dónde podría hallar á Fanny Dórrit; indicáronle que pasase adelante, y pronto se halló en un vestíbulo obscuro, donde se oía el rumor de una música lejana. Un hombre, inmóvil en un rincón, y que parecía ser el guardián de aquella triste sala de espera, dijo á la visitante que mandaría recado á la señorita Dórrit por la primera persona que pasase. No tardó en llegar una daina que llevaba en la mano un cuaderno de música, y enterada del deseo de la joven, díjole que la siguiese y vería al momento á Fanny.

Así llegaron á un sitio más espacioso, donde, entre una nube de polvo veíase á muchas personas corriendo de un lado á otro, entre un laberinto de bastidores, objetos de formas extrañas, martillos, cuerdas, cilindros y herramientas de toda especie; la luz del gas confundíase allí con la natural, ofreciendo singular contraste; y en medio de aquel caos y aquel continuo movimiento, las dos mujeres hubieran podido creer que veían alguna decoración del universo revuelto. La niña Dórrit, abandonada á sí misma y codeada á cada momento, comenzaba á perder la serenidad cuando oyó de pronto la voz de su hermana.

—¡Dios mío! Amy. ¿Qué haces aquí?—le preguntó ésta.

—Quería verte, querida Fanny, y como tendré ocupado todo el día mañana, y sabía que estarías aquí hasta la noche...

—¡Qué raro me parece verte entre bastidores! Nunca hubiera pensado que vinieses aquí.

Expresándose de esta manera, con un tono que no tenía

mucho de cordial, Fanny condujo á su hermana á un sitio donde la nube de polvo era menos densa y donde se veían muchas mesas y sillas con adornos dorados, amontonadas unas sobre otras; varias jóvenes, sentadas en todo lo que podía servir para descansar, charlaban como cotorras, esperando su vez para que el peluquero les arreglase un poco el peinado.

—Vamos—dijo Fanny á su hermana,—me parece imposible verte entre nuestras artistas; eres la última persona cuya visita hubiera esperado. ¿Cómo te las compusiste para llegar hasta este sitio?

—No lo sé; la señora que te ha anunciado mi visita me ha servido de guía.

—No sé cómo te arreglas para meterte por todas partes, Amy; confieso que no hubiera podido hacer otro tanto, y eso que conozco el mundo mejor que tú.

Era costumbre de la familia considerar siempre á la niña Dórrit como una muchacha pacífica y casera, desprovista completamente de la sabia experiencia de sus parientes; pero esto era como un ardid imaginado para no reconocer en su justo valor los servicios de la joven, de los cuales aparentábase no hacer mucho caso.

—¡Vamos!—añadió Fanny,—¿qué te atormenta hoy? Supongo que te inquietará algo respecto á mi persona.

Fanny hablaba á su hermana, que sólo tenía dos ó tres años menos, como pudiera hacerlo una abuela regañona.

—No tengo que decirte gran cosa—contestó la niña Dórrit; —pero desde que me hablaste de aquella dama que te dió ese brazalete...

Antes de que pudiese concluir, un muchacho asomó la cabeza por un bastidor y gritó, desapareciendo al punto:

—¡Atención, señoras, atención!

Todas las jóvenes se levantaron al momento y arreglaron un poco su traje, como disponiéndose á andar.

—Y bien—dijo Fanny, imitando á sus compañeras.—¿Qué ibas á decirme?

—Desde que me dijiste que una señora te había regalado el brazalete que me enseñaste el otro día, estoy algo inquieta, y deseo saber más sobre el asunto, si tienes á bien confiármelo.

—¡Prevenidas, señoras!—gritó el mismo muchacho, asomando de nuevo la cabeza.

Todas las jóvenes desaparecieron en un abrir y cerrar de

ojos, incluso Fanny, y entonces resonaron con más fuerza la música y las pisadas de las bailarinas.

La niña Dórrit se sentó en una silla dorada, muy inquieta por aquellas frecuentes interrupciones, y permaneció sola mucho tiempo. Al fin dejó de oírse la música, y todas las bailarinas volvieron más ó menos agitadas.

—Espera un momento, hermana—dijo Fanny en voz baja; —dejemos que salgan antes todas.

El mismo muchacho de antes, asomándose por tercera vez entre bastidores, gritó:

—¡ Todo el mundo aquí mañana á las once, señoras!

Cuando las dos hermanas estuvieron solas, Fanny se acercó á una especie de trampa, y fijando la vista en su oscura profundidad, gritó:

—¡Vamos, tío!

La niña Dórrit, cuyos ojos se habían acostumbrado á la obscuridad, divisó al anciano sentado en el fondo de aquella especie de cisterna, con su instrumento y su estuche roto debajo del brazo. Aquel era el sitio que el pobre hombre ocupaba seis veces á la semana hacía ya muchos años.

—¡Allá voy, allá voy!—contestó el anciano.

Pocos momentos después, los tres salían por la puertecilla desvencijada, y el tío tomó instintivamente el brazo de la niña Dórrit, sin duda por considerarlo más seguro.

—¿Con que estás inquieta respecto á mí?—preguntó Fanny á su hermana.

—Todo cuanto te concierne me interesa—contestó la niña Dórrit.

—Es verdad, es verdad—repuso Fanny,—eres una buena hermanita; y si algunas veces me encuentras enojada, segura estoy que recordarás lo que es hallarse en una posición como la mía, que tanto me rebaja. ¡Ah! ninguna de mis compañeras ha caído de la altura que nosotras; ellas no han cambiado de nivel; son de ordinaria estirpe, y nada les importa.

La niña Dórrit fijó una mirada indulgente en su hermana, mientras que ésta se enjugaba los ojos con el pañuelo.

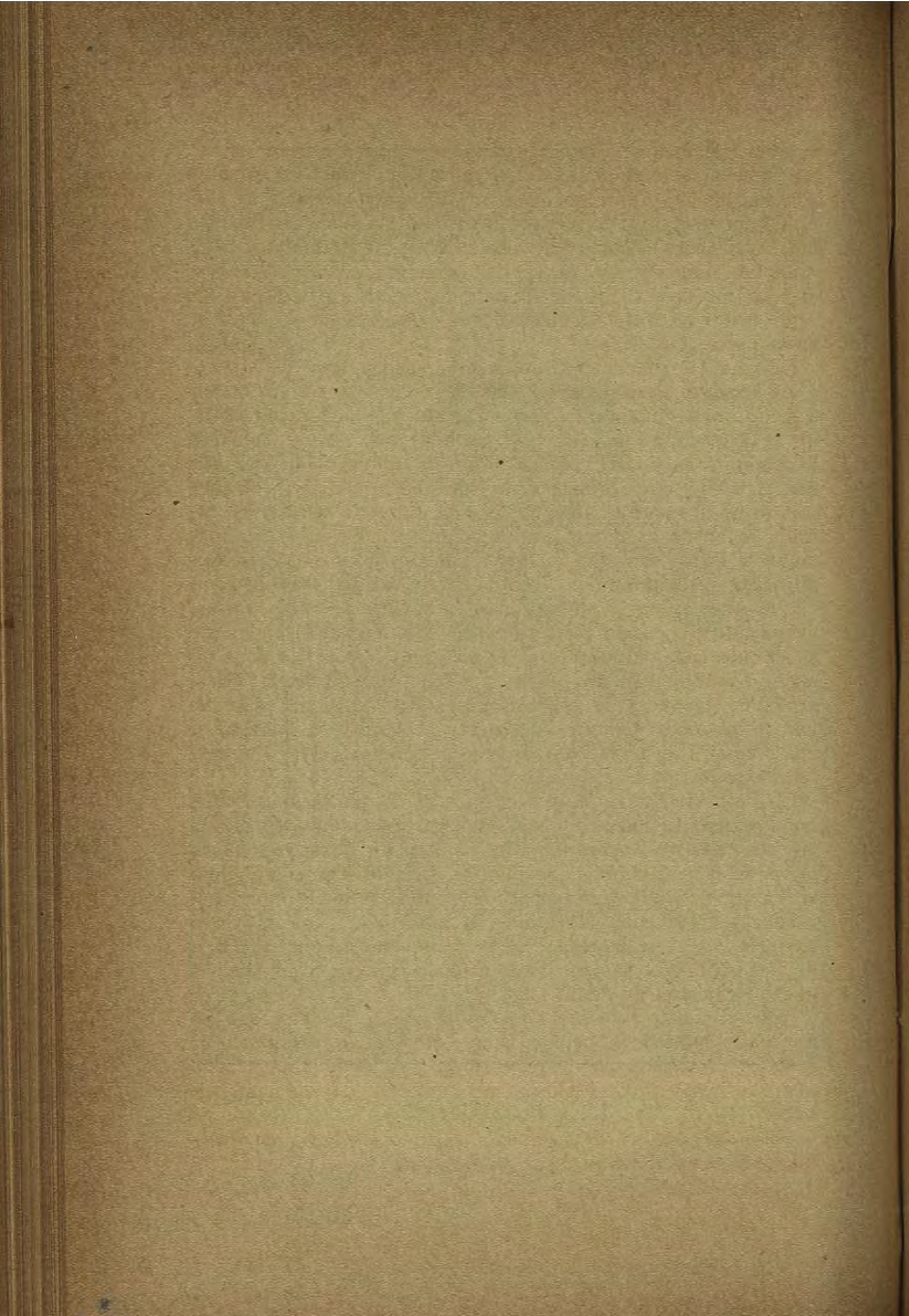
—No he nacido donde tú—continuó Fanny,—y tal vez consista en esto la diferencia que hay entre nosotras; pero ahora dejaremos á nuestro tío en la casa donde come, y te lo contaré todo.

En breve llegaron á una calle estrecha y sucia, y detuviéronse ante una especie de figón, en cuyo interior veíanse varios compartimientos de madera, semejantes á los de una



La señora Merdle

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1525 MONTERREY, MEXICO



cuadra, destinados á los parroquianos que preferían comer allí á llevarse el alimento de su casa. Fanny sacó de su bolsillo un chelín y entregóselo á su tío, quien después de mirar algún tiempo la moneda comprendió sin duda lo que debía hacer, pues separóse de sus sobrinas, murmurando:

—¿La comida? ¡Ah! sí, sí, sí.

—Ahora—dijo Fanny á su hermana,—ven conmigo, si no estás demasiado cansada para llegar hasta la calle de Harley, en la plaza de Cavendish.

La niña Dórrit contestó que estaba dispuesta á acompañar á su hermana donde decía, y las dos encaminaron sus pasos á dicho punto. Cuando hubieron llegado á la citada calle, Fanny se detuvo ante la casa más hermosa que en ella había, y llamando á la puerta, preguntó por la señora Merdle. Aunque el lacayo que abrió tenía el cabello empolvado, lo mismo que otros dos que estaban junto á él, lejos de rehusar la entrada, contestó al punto que la señora estaba en casa, invitando á Fanny á pasar adelante. Las dos hermanas subieron al primer piso, precedidas de uno de los lacayos, y esperaron en un gran salón semi-circular, al que seguían otros varios, en uno de los cuales veíase un loro que se paseaba fuera de su dorada jaula, agarrándose del pico en las salientes para tomar una infinidad de posturas á cual más extravagantes, echándose á veces de espalda. Esta disposición no es peculiar de los loros; también se observa en otras aves sin pluma, que toman esta actitud para trepar á lo largo de los dorados hilos que las atraen.

El salón era mucho más magnífico de lo que la niña Dórrit hubiera podido imaginar, y habría parecido suntuoso aun á las personas más acostumbradas al lujo. La joven miró á su hermana con asombro, y le hubiera dirigido alguna pregunta si Fanny no hubiese fruncido el entrecejo, indicándole una cortina que ocultaba la entrada de otro salón. Un momento después levantóse aquélla y se presentó una señora, que desde luego hubiera llamado la atención por las muchas sortijas que adornaban sus dedos.

Aquella mujer no ostentaba la lozanía y frescura que se debe á la naturaleza, pero sí la que comunica el tocador; sus grandes ojos carecían de expresión, y su abundante cabello negro y sus blancos hombros no realizaban en nada su persona.

—Señora Merdle—dijo Fanny, haciendo las veces de introducida,—aquí tiene usted á mi hermana.

—Me alegro mucho de conocerla, señorita Dórrit; no recordaba que tuviese usted hermana.

—Nunca he dicho á usted que la tenía.

—¡Ah, ah!—repuso la señora Merdle encorvando el dedo meñique de la mano izquierda, como si quisiera decir: «Ya sabía yo que no me había indicado nada.»—Siéntense ustedes—añadió arrellanándose voluptuosamente entre varios cojines de terciopelo.—¿Es también artista su hermana?

—No, señora—contestó Fanny.

—¿No?—repitió la señora Merdle dejando de mirar con su lente á la niña Dórrit.—En efecto, no tiene el aire de artista, por más que sea muy graciosa.

—Mi hermana, señora—repuso Fanny con una mezcla de audacia y respeto,—me ha rogado que le dijese, cosa muy natural, cómo había tenido el honor de conocer á usted; y recordando que había prometido visitarla de nuevo, me he tomado la libertad de venir con ella, confiada en que tendría usted la amabilidad de manifestarle lo que desea saber. Quisiera que su curiosidad quedase satisfecha, y espero que usted la complacerá.

—¿Cree usted que la edad de su hermana...?—insinuó la señora Merdle.

—Tiene mucha más de la que representa—interrumpió Fanny;—cuenta casi tanta como yo.

—La *Sociedad* es tan difícil de explicar á las personas jóvenes, pues aun las mayores no la comprenden bien, que me complace mucho lo que usted dice. Yo quisiera que la *Sociedad* fuese menos arbitraria, menos exigente... ¡Cállate, Jacquot!

Jacquot era el loro, que acababa de lanzar un grito agudo como si hubiera sido el representante de la *Sociedad* y quisiera sostener que tenía derecho á ser exigente.

—Sin embargo—prosiguió la señora Merdle,—es preciso aceptar la Sociedad tal como es. Ya sabemos que peca de superficial, de mundana y hasta de abominable; pero á menos de ser salvajes de los mares del trópico (y por cierto que yo hubiera querido nacer allí, porque me han dicho que el clima es muy agradable,) hemos de atenernos á sus disposiciones. El señor Merdle, mi esposo, es uno de los primeros capitalistas de Inglaterra; su fortuna y su influencia son considerables, y á pesar de esto se ha de someter... ¡Cállate, Jacquot!

El loro, profiriendo otro grito, había completado la frase

de una manera tan expresiva, que la señora Merdle no creyó necesario añadir nada.

—Puesto que su hermana desea—continuó la dama dirigiéndose á la niña Dórrit,—que aproveche esta última entrevista para referir las circunstancias en que figuró usted tan honrosamente, no puedo menos de apresurarme á satisfacer su demanda. Tengo un hijo (yo era muy joven cuando me casé la primera vez,) de veintidós ó veintitrés años...

Fanny contrajo los labios, dirigiendo á la niña Dórrit una mirada casi triunfante.

—Mi hijo—continuó la dama,—es algo aturdido, defecto que la Sociedad tolera en los jóvenes, y también muy impresionable, defecto que tal vez ha heredado de mí, porque yo también lo soy, hasta el punto de que la menor cosa me enternece.

La dama pronunció estas palabras, así como las otras, con una frialdad singular, como si en vez de hablar á las dos hermanas dirigiese la palabra á la idea abstracta que se llama la Sociedad.

—Sería inútil recordar á una persona dotada de tan buen sentido y de tanta experiencia como usted—continuó la señora Merdle,—que la escena de un teatro ejerce á veces cierta fascinación en un joven impresionable; y al decir *escena*, entendiéndose que me refiero á las personas que en ella figuran. Ahora bien, cuando me dijeron que una bailarina había fascinado á mi hijo, no ignoraba yo lo que la Sociedad entendía por esto, y deduje que se trataba de una figurante de la Opera, porque allí es donde acostumbran ir los jóvenes admitidos en la Sociedad.

La dama miró á las dos hermanas y posó una mano sobre otra, produciendo con las sortijas un ruido desagradable.

—Su hermana podrá decirle cuantos fueron mi sorpresa y pesar al saber de qué teatro se trataba; pero cuando me dijeron que Fanny, al rechazar las proposiciones de mi hijo con una severidad inesperada, debo confesarlo, le había inducido á pedir su mano, experimenté una angustia profunda... indecible. Y presa de una inquietud muy natural en una madre que conoce el mundo, resolví ir yo misma al teatro en cuestión y revelar á la bailarina mi inquietud. En su consecuencia presentéme á la hermana de usted, y con gran sorpresa mía reconocí que por muchos conceptos distaba de ser lo que yo había pensado. Lo que me admiró sobre todo es que por su parte adelantóse á mí, oponiendo cierta pretensión social.

La señora Merdle sonrió al pronunciar estas palabras.

—Le he dicho á usted, señora—replicó Fanny mientras que sus mejillas se teñían de carmín,—que á pesar de la posición en que usted me veía, era tan superior á mis compañeras por mi cuna, que me consideraba de tan buena familia como la de su señor hijo; y que si mi hermano hubiese tenido conocimiento de la oferta habría opinado cual yo, no considerando semejante unión como un gran honor para nosotros.

—Señorita Dórrit—replicó la dama después de dirigirle con su lente una mirada glacial,—esto es lo que yo iba á decir á su hermana para satisfacer su curiosidad, y doy á usted gracias por haberse anticipado á mí, recordando los hechos con tanta exactitud. Y ahora diré á usted—añadió la señora Merdle dirigiéndose á la niña Dórrit,—que apenas su hermana me hubo dado sus explicaciones, desprendí de mi brazo una pulsera, rogando á Fanny que la admitiese en testimonio del vivo placer que experimentaba sabiendo que podía entablar las negociaciones bajo cierto pie de igualdad.

Esto era muy cierto, pues al dirigirse al teatro, la dama había comprado una joya de más apariencia que valor, con vagas intenciones de corrupción.

—Y le he dicho á usted, señora Merdle—prosiguió Fanny,—que podíamos haber sufrido desgracias, pero que no éramos gente ordinaria.

—En efecto, señorita Dórrit; creo que pronunció usted esas mismas palabras.

—También le dije, señora—añadió Fanny,—que si usted me hablaba de la superioridad del rango que su hijo ocupa en la sociedad, podría muy bien engañarse un poco en sus suposiciones relativas á mi nacimiento, y que la posición de mi padre en la sociedad misma á que pertenece en este momento (aun no sabe usted cuál,) era eminentemente más elevada, no habiendo á su alrededor nadie que le dispute la superioridad.

—Perfectamente exacto—replicó la señora Merdle,—tiene usted una memoria maravillosa.

—Gracias, señora. Tal vez tenga usted á bien ahora referir el resto á mi hermana.

—Poco falta que añadir—repuso la señora Merdle,—y este poco es siempre en favor de usted.

Y dirigiéndose á la niña Dórrit, le dijo:

—Yo expliqué á su hermana la verdadera situación, haciéndole entrever que era imposible que la sociedad á que perte-

necemos, mi hijo y yo, se pusiera en relación con ella á que su hermana pertenece... por agradable que pueda ser; le hice comprender los disgustos que esto podría ocasionar á la familia de que se muestra tan justamente orgullosa, y que nosotros deberíamos tratar con desprecio, alejándonos de ella (socialmente hablando,) con el mayor disgusto. En una palabra, hice un llamamiento al orgullo, muy loable, de su hermana de usted.

—Sepa también mi hermana, si usted gusta, señora Merdle —dijo Fanny con cierto aire burlón,—que yo había tenido ya el honor de rogar á su señor hijo que me dejase en paz.

—Pues bien, señorita Dórrit, tal vez debí comenzar por aquí; si no he pensado en ello será sin duda porque me refería al primer tiempo de conocer á usted, cuando temí que mi hijo insistiera en que aceptase usted sus asiduidades. He dicho también á su hermana... (y ahora me dirijo á la señorita Dórrit que no es artista,) que mi hijo no recibiría un cuarto en el caso de contraer semejante enlace, y que sólo le quedaría el recurso de pedir limosna. Hago mención del hecho simplemente porque pertenece á la historia cuya narración se me ha pedido, y no porque suponga que haya podido ejercer en el espíritu de su hermana más influencia que esa presión prudente y legítima que todos debemos sufrir, visto el estado artificioso de nuestro sistema social. Finalmente, después de algunas palabras enérgicas de su hermana, hijas de la irritación, convinimos en que no había nada que temer, y Fanny tuvo la amabilidad de permitirme que la recomendase á mi modista para ofrecer algunos ligeros testimonios de mi consideración.

La niña Dórrit pareció muy apesadumbrada, y miró á Fanny con cierta confusión.

Las dos hermanas se levantaron al mismo tiempo, y con la señora Merdle permanecieron un momento en pie junto á la jaula del loro, que se ocupaba en comer un bizcocho, escupiéndolo pedacitos después de haberlos triturado, como si se burlase de las jóvenes; después se echó de espaldas y arrastróse alrededor de su dorada jaula, mostrando sus patas escamosas y su lengua negra.

—Esto me ha proporcionado también el placer—prosiguió la señora Merdle,—de tener una última entrevista antes de separarnos como buenas amigas. Con tal motivo (al decir esto, puso disimuladamente alguna cosa en la mano de Fanny,) la señorita Dórrit me permitirá despedirme de ella, deseándole

toda clase de felicidades. Si pudiese volver á la edad de oro ó algo parecido, me complacería en cultivar el conocimiento de muchas personas verdaderamente simpáticas y de gran talento; mas por desgracia debo privarme por ahora de semejante satisfacción. Una sociedad de costumbres más primitivas sería deliciosa para mí. Si á muchos de los que pertenecemos al gran mundo nos fuera permitido volvernos indios, me inscribiría desde luego la primera en lista; pero como por desgracia no puede ser... ¡Vamos, buenos días!

Las dos hermanas bajaron la escalera precedidas de un lacayo y escoltadas por otros dos: Fanny, altiva y desdenosa, y la niña Dórrit humillada.

—Y bien—preguntó Fanny cuando estuvieron en la calle;—¿no tienes nada que decirme, Amy?

—¡Oh! no sé qué decir—contestó la niña Dórrit contristada.—¿No amabas á ese joven, Fanny?

—¿Yo amarle? ¡Si es casi un idiota!

—Siento mucho... no quisiera ofender tu amor propio... pero puesto que me preguntas si no tengo nada que decirte, Fanny, te contestaré que siento mucho que hayas admitido cosa alguna de esa señora.

—¡Necia!—replicó Fanny, sacudiendo bruscamente el brazo de su hermana;—no tienes sangre en las venas, y siempre te sucederá lo mismo. ¡No sabes respetarte, ni tienes un noble orgullo! Como tú permites que te siga los pasos ese despreciable y estúpido Chivery, sin duda quisieras que tu familia se dejase pisotear sin oponer resistencia.

—No digas eso, querida Fanny, pues yo hago por ella cuanto me es posible.

—Pues si es así—replicó Fanny apresurando el paso,—no deberías desear que una mujer como esa, en quien reconocerías la más falsa é insolente de las mujeres, no deberías desear, repito, que pusiera el pie sobre la cabeza de tu familia, y que se le diesen después las gracias.

—No, Fanny, eso no.

—Entonces que pague su insolencia. ¿De qué otro modo podrías vengarte? Que pague su insolencia y gastemos el dinero para mayor honra de la familia. Tú eres una niña sin dignidad, y no comprendes estas cosas.

Las dos hermanas, sin hablar más, continuaron su camino hasta llegar á la casa habitada por Fanny y su tío, á quien hallaron sentado en un rincón del cuarto, ensayándose en su clarinete con aspecto entristecido. Fanny tenía que preparar

la cena, y aparentó ocuparse en ello con aire indignado, mientras que la niña Dórrit era realmente la que lo hacía todo. Cuando al final estuvo la cena preparada y Fanny se sentó para comer y beber, hizo lo mismo que su padre la víspera, es decir, cogía los objetos con ademán airado y mordía el pan con aparente cólera.

—Si tú me desprecias—exclamó de pronto Fanny, rompiendo á llorar,—si tú me desprecias porque soy una bailarina, recuerda que tú fuiste la que me hizo dar el primer paso. Sin duda querías que yo me arrodillase delante de esa señora Merdle, dejándole decir y hacer todo cuanto se le antojase, y permitiéndole injuriarnos porque soy una bailarina.

—¡Oh, Fanny, Fanny!

—Y á Tip también, pobre muchacho, también le hubiera podido rebajar cuanto le diese la gana, sin que nadie contestara una palabra... sin duda porque estubo empleado en varias oficinas. Y advierte que esto también es obra tuya, Amy, y por lo tanto no deberías llevar á mal que tomara su defensa.

Durante este diálogo, el tío continuaba soplando en su instrumento, y á intervalos suspendíale á dos dedos de su boca para mirar á las dos hermanas, como si creyese que decían alguna cosa.

—¿Y tu padre, qué me dices de tu padre, Amy? Porque no está libre, porque no puede presentarse para defender su propia causa, ¿quisieras que permitiese á gente de esa clase insultarle impunemente? Si esto no te afecta porque trabajas fuera todo el día, por lo menos no debieras mostrarte insensible al honor de tu padre, sabiendo cuanto sufre hace tanto tiempo.

La injusticia de este cargo hirió profundamente á la pobre-cilla Dórrit, y el recuerdo de la escena de la víspera aguzaba más aun la punta del dardo lanzado por Fanny. En vez de contestar, volvió su silla hacia el fuego; mientras que el anciano tío, después de una nueva pausa, produjo una nota semejante á un lúgubre gemido, y prosiguió su estudio. Fanny se desahogó contra las tazas y el pan en tanto que duró su cólera; después dijo que era la mujer más desgraciada del mundo y que quisiera haber muerto; luego se llenaron sus ojos de lágrimas, como si se arrepintiese de su proceder, y entonces levantándose de pronto, abrazó á su hermana. La niña Dórrit quiso tapparle la boca, pero Fanny replicó que le

era preciso hablar, y repitió varias veces, con tanta viveza como la que antes empleara en reprender á su hermana:

—Perdóname, Amy, dispénsame y olvida mis palabras.

Las dos hermanas se abrazaron, y habiéndose sentado una junto á otra, Fanny reanudó la conversación.

—Creo firmemente—dijo,—que tú habrías juzgado esta cuestión de un modo muy distinto si hubieses conocido algo más de la sociedad.

—Es muy posible, Fanny—contestó la niña Dórrit.

—Debes reflexionar, Amy—prosiguió Fanny, adoptando poco á poco su tono protector,—que mientras tú has sido casera, resignándote con tu suerte, yo he vivido en el mundo, llegando á ser orgullosa y altiva... tal vez más de lo que debiera.

—¡Oh! sí, sí.

—Y mientras tú pensabas sólo—añadió Fanny,—en las necesidades materiales de la casa, yo procuraba mantener el honor de la familia. Pienso que este era mi deber. ¿No te parece así, Amy?

La niña Dórrit hizo una señal afirmativa, procurando sonreír, aunque tenía contristado el corazón.

—Era tanto más necesario—continuó su hermana,—cuanto que en la prisión á que te has conservado tan fiel hay una atmósfera especial que la distingue de la sociedad. Así pues, abrázame una vez más, querida Amy, y convengamos en que ambas podemos tener razón, lo cual no impide que seas una buena hija y una excelente mujer de tu casa.

Durante este diálogo, el clarinete había continuado lamentándose de una manera sumamente patética, pero Fanny interrumpiendo bruscamente á su tío, advirtió que era hora de marchar, cerró el viejo cuaderno de música y retiró el clarinete de los labios del anciano.

La niña Dórrit se despidió á la puerta y apresuróse á volver á la Mariscalía. Al entrar, parecióle que bajaba á un profundo foso; la sombra del muro contristaba, más aun que el anciano decano, con su bata gris y calzón de terciopelo negro.

«¿Por qué no me entristece la habitación de mi padre, pensó la niña Dórrit al penetrar en ella, tanto como á los demás? Al fin y al cabo, tal vez Fanny tenga razón.»



CAPITULO XXI

La enfermedad del señor Merdle

El señor Merdle era un hombre inmensamente rico, que gozaba de cierta reputación por su asombrosa audacia en las empresas comerciales; era un Midas, sin las orejas, que transformaba en oro todo cuanto tocaba. En todas las buenas especulaciones, bien se tratase de una operación de banca ó de la construcción de un edificio, siempre figuraba en primer término el señor Merdle. Inútil parece decir que este personaje ocupaba un lugar en el Parlamento; que tenía sus oficinas en la Cité y que era presidente de esta Compañía, administrador de aquélla, ó director de la otra. Cuando los hombres más influyentes presentaban algún proyecto financiero, lo primero que se les preguntaba era: «¿Qué nombres nos dan por garantía? ¿Tienen ustedes un Merdle?» Y si la contestación era negativa, replicábase al punto: «Entonces no hay negocio. ¡Hasta otro día!»

Hacia ya unos quince años que este feliz y grande hombre había proporcionado un nido de púrpura y oro á la majestuosa dama que necesitaba tanto sitio para hacer gala de su insensibilidad; no era una mujer en quien su esposo pudiera buscar las dulzuras del amor ó del cariño, pero sí la más pro-

pia para ostentar alhajas; y como esto era precisamente lo que convenía al señor Merdle, no vaciló en comprar la dama. Si Storr y Mortimer, los diamantistas de moda, hubieran debido elegir una mujer, se habrían casado sin duda por el mismo principio de especulación.

Así como las demás operaciones comerciales del señor Merdle, la que tuvo por base á su esposa obtuvo completo éxito; las alhajas produjeron el mayor efecto posible, y la dama recibida en la alta sociedad, fué objeto de admiración general; y fuerte con la aprobación de la sociedad, el señor Merdle quedó satisfecho. Era el más desinteresado de los hombres; hacíalo todo por la sociedad; así ésta se beneficiaba de las inmensas ganancias del capitalista mucho más que él mismo.

Cabe suponer, sin embargo, que no le faltaba nada, pues á no ser así, con su ilimitada fortuna hubiera podido adquirir cuanto necesitase, por más que su único deseo consistiera en satisfacer todo lo posible á la Sociedad (sea cual fuere el sentido de esta vaga expresión,) cumpliendo con todos los deberes que la cortesía y la buena política exigen. El señor Merdle no brillaba en el mundo, ni solía hablar mucho, porque era hombre de carácter reservado; tenía la cabeza muy grande, una mirada penetrante al parecer, y en las mejillas ese color rojizo que es más bien efecto de un acaloramiento que de la frescura de la tez. Lo poco que decía, hacíale pasar por hombre afable y sencillo; pero no hablaba nunca con ligereza tratándose de la confianza pública ó privada, y era muy quisquilloso en todo cuanto se refiriese al respeto que cada cual debía profesar á la sociedad. Esta última, sin embargo, no parecía divertirse mucho cuando asistía á sus banquetes y recepciones, pues siempre se le veía apoyado en alguna pared, ó detrás de las puertas, observando á los demás; y si iba á visitar á los individuos de la sociedad, lejos de estar á su gusto, parecía siempre deseoso de retirarse cuanto antes, todo lo cual no le impedía cumplir estrictamente con todos los deberes que esta sociedad exige, frecuentándola de continuo, y gastando su dinero por ella con suma liberalidad.

El primer marido de la señora Merdle había sido un coronel, bajo cuyos auspicios la dama tuvo ocasión de entrar en lucha con las nieves de la América del Norte; y si fué vencida por lo que toca á la blancura, en cambio venció por lo que hace á la frialdad. El hijo del coronel era el único de la señora Merdle, joven estúpido, de formas pesadas, muy semejante á un gran muñeco rechoncho, sin expresión alguna: había

dado tan pocas pruebas de inteligencia, que sus compañeros propalaron en breve el rumor de que se le había helado el cerebro á consecuencia de un frío de treinta grados que reinó en San Juan (Nueva-Brunswich,) el día de su nacimiento, sin que su espíritu hubiese conocido nunca el deshielo desde entonces. Algunos bromistas hicieron circular también la especie de que cuando el joven era niño se cayó desde lo más alto de una casa á la calle, donde varias personas dignas de crédito reconocieron que se le había resquebrajado el cráneo. Es probable que estas dos anécdotas se inventaran cuando se reveló en el joven, cuyo expresivo nombre era Sparkler (1), una singular monomanía, cual era la de ofrecerse en matrimonio á toda especie de mujeres de dudosa reputación, haciendo de ellas los más pomposos elogios.

Un hijastro de tan limitada inteligencia hubiera sido un estorbo para cualquier hombre, pero el señor Merdle le había aceptado gustoso para complacer á la sociedad. El joven Sparkler, que había servido en un regimiento de guardias, estaba acostumbrado á presentarse en las carreras de caballos, en todos los paseos y los bailes, y siendo por lo tanto muy conocido, la sociedad quedó satisfecha del hijastro del señor Merdle. El banquero hubiera dado gustoso más dinero aun por obtener semejante resultado, aunque ya le era bastante costoso el joven Sparkler.

Precisamente el día en que la niña Dórrit comenzaba á cortar unas camisas nuevas para su padre, celebrábase en la suntuosa casa del señor Merdle un espléndido banquete al que habían sido invitadas todas las eminencias de la Corte y de la Bolsa, varios representantes de las Cámaras de los Lores y de los Comunes, las notabilidades de la Magistratura y del Foro, del Episcopado y de la Hacienda, la flor y nata del Ejército y de la Marina; y en fin, muestras de todos los grandes señores y potentados que nos hacen avanzar en este mundo, cuando no son causa de que tropecemos.

—Me han asegurado—dijo un individuo del Episcopado á otro del Estado Mayor, durante la comida,—que el señor Merdle acaba de hacer otra jugada de bolsa enorme; se habla de cien mil libras esterlinas.

Un alto funcionario de la Tesorería dijo que en su concepto era cuestión de *trescientas* mil; y una notabilidad del Foro emitió el parecer de que bien podrían ser *cuatrocientas* mil,

(1) *Sparkle* significa: brillar, chispear.

tratándose de uno de esos felices efectos del cálculo y de las combinaciones, de uno de esos raros ejemplos de asombrosa habilidad y de suerte constante, en que es difícil adivinar el resultado exacto.

Un representante de la Marina dijo que el señor Merdle era un hombre prodigioso, y el empleado de la Tesorería demostró que el señor Merdle representaba una nueva potencia en el país, por lo cual podría comprar, si le conviniese, toda la Cámara de los Comunes en masa.

El señor Merdle no solía presentarse en la reunión hasta última hora, como conviene á un hombre á quien ocupan empresas gigantescas, cuando los demás han abandonado hasta el día siguiente sus mezquinas ocupaciones.

Inútil parece decir que en aquel banquete la Sociedad admiró todo cuanto se puede admirar, y comió y bebió todo lo que se puede comer y beber, excepto el señor Merdle, que apenas probó los manjares ni la bebida. Su señora, en cambio, estaba resplandeciente; y el mayordomo figuró como el personaje más majestuoso de la Sociedad; no hacía nada, pero observaba los actos de los demás, con una dignidad de que pocos hubieran sido capaces. El señor Merdle no necesitaba tal mayordomo, y hasta le molestaba este pomposo personaje; pero la Sociedad lo exigía, y el opulento banquero se apresuró á complacerla.

Cuando terminó la comida, habíanse reunido tantas notabilidades que deseaban decir particularmente alguna cosa al señor Merdle, que éste debió hacer una lista imaginaria para dar sucesivamente audiencia á todos los solicitantes.

El primer favorecido fué el alto funcionario de la Tesorería, quien se apresuró á felicitar al banquero por las nuevas victorias que acababa de alcanzar, asegurándole que se le consideraba como una de las celebridades de Inglaterra, y que contribuir á los triunfos de semejante hombre era acrecentar los recursos de una nación. El alto funcionario de la Tesorería indicó que desearía asociarse á los heroicos esfuerzos del señor Merdle... por puro patriotismo; y después de tributar varios elogios al opulento banquero, retiróse para subir al salón.

Una notabilidad del Foro ocupó su lugar: este personaje dijo al señor Merdle que iba á comunicarle desinteresadamente, y en su calidad de *amicus curiæ*, un hecho llegado últimamente á su conocimiento. Había tenido que examinar los títulos de una propiedad, muy extensa, situada en los confines

de dos condados del oeste; los documentos estaban en toda regla, y la propiedad podría adquirirse por cualquiera que tuviese dinero, con unas condiciones sumamente ventajosas. La notabilidad del Foro se había dicho: «Tendré el honor de comer hoy con mi apreciable amigo el señor Merdle, y en confianza le daré á conocer la buena oportunidad que se ofrece.» Semejante adquisición proporcionaría al comprador, no sólo una inmensa y legítima influencia política, sino también media docena de canongías de una considerable renta anual; y el representante del Foro opinaba que el señor Merdle debía adquirir esta influencia, no en interés propio ni tampoco de su partido, sino en beneficio de la Sociedad.

El banquero declaró que complacer á esta última era su constante fin; y con esto la notabilidad del Foro se retiró también para subir al salón.

Siguieron después la flor y nata del Episcopado y del Ejército, y otros personajes de más ó menos importancia, cada uno de los cuales dió algún consejo ó noticias de interés para la sociedad; y terminada al fin la improvisada audiencia, el afamado capitalista se trasladó también al salón, mezclándose humildemente entre los convidados que subían en tropel la escalera. La señora Merdle estaba ya en el salón, ostentando sus más hermosas alhajas, y al verla tan brillante, la sociedad debió quedar satisfecha. En cuanto al banquero, fué á sentarse en un rincón para sorber una simple taza de té.

Entre las notabilidades de la reunión hallábase un célebre médico que conocía á todo el mundo y que de todos era conocido: al entrar en el salón, y como viera al señor Merdle tomando su taza de té, acercóse á él y le dijo, tocándole el brazo:

—¿Cómo va, amigo mío?

—¡Ah! ¿es usted, doctor?—replicó el banquero estremeciéndose.

—¿Está usted mejor hoy?

—No, nada mejor.

—Siento mucho no haberle visto antes hoy; vaya usted á mi casa mañana, ó fíjeme hora para venir yo á la suya.

—Cuando vaya á mis oficinas, mañana, subiré á ver á usted.

La notabilidad del Foro y el representante del Episcopado habían sido testigos de aquel diálogo, y mientras el banquero era impelido por la multitud, hicieron sus observaciones al médico, diciéndole entre otras cosas que los esfuerzos de la

inteligencia tenían ciertos límites, los cuales no podía el hombre traspasar impunemente, como lo hacía el señor Merdle; y que sin duda la fatiga ocasionada por cálculos excesivamente complicados era la causa de su quebrantamiento y su falta de salud.

—Sí—dijo el médico,—no les falta á ustedes razón; pero debo decirles que no encuentro ninguna dolencia en el señor Merdle; es robusto como un rinoceronte, digiere lo mismo que un avestruz y absorbe cual una ostra. En cuanto á los nervios, ese caballero tiene un temperamento pacífico y no se acalora fácilmente; en mi concepto es tan invulnerable como el divino Aquiles. Sin duda extrañarán ustedes que un hombre con tales condiciones se pueda creer enfermo, pero la verdad es que yo no veo que tenga nada. Tal vez se halle atacado de una enfermedad desconocida; yo lo ignoro, y sólo afirmo que hasta ahora no me ha sido posible descubrir síntoma alguno.

No había indicios de la enfermedad del señor Merdle en su esplendorosa señora, que en aquel momento parecía un escaparate cuajado de diamantes; tampoco se hubiera podido reconocer señales de la tal enfermedad en el joven Sparkler, que iba de un salón á otro como ánima en pena, buscando alguna joven de reputación problemática; ni menos en los Barnacle y sus parientes, que constituían una colonia entera en la reunión del capitalista.

¡La enfermedad del señor Merdle! Este y la Sociedad estaban ligados por tantos intereses comunes, que difícilmente se podía pensar que el banquero guardase para sí solo la enfermedad, si tenía alguna. ¿Sería realmente algún mal desconocido, é impenetrable? ¿Qué médico llegó por fin á descubrirla? ¡Paciencia! Ya lo sabremos!

Entre tanto, los muros de la Mariscalía proyectaban una verdadera sombra que ejercía una funesta influencia en la familia Dórrit á todas horas del día y de la noche.





CAPITULO XXII

Un enigma

No se granjeaba el señor Clennam el mayor aprecio por parte del Padre de la Mariscalía en razón al número creciente de sus visitas, principalmente porque el decano, tan quisquilloso en cuanto se refiriese á su dignidad, empezaba á creer que Arturo carecía de alguna cosa para ser un caballero en toda la extensión de la palabra. Por otra parte, habíale causado cierto disgusto y tristeza el reconocer que Clennam no tenía esa delicadeza de que en un principio le creyó dotado, por lo cual llegó hasta á decir en el seno de su familia, que temía que Clennam no fuera un hombre de sentimientos elevados. Aseguró también que en su calidad oficial, como jefe y representante de los presos, recibiría siempre con gusto á dicho caballero, cuando fuese á ofrecerle sus respetos, pero que no le parecía que pudiera nunca llegar á entenderse con él bajo ningún otro punto de vista. En su concepto faltábale alguna cosa, sin que pudiera decir el qué, pero esto no impedía al decano mostrarse siempre cortés y atento con Clennam, dispensándole todas las atenciones posibles, tal vez con la esperanza de que si el visitante no tenía suficiente discernimiento para dar de *motu proprio* una prueba de su amistad, como lo hizo la primera vez, no le faltaría al menos talento

para contestar convenientemente á una solicitud por escrito.

En su triple calidad de caballero libre, que había pasado una noche en la prisión por descuido, que había examinado los asuntos del decano con la increíble idea de hacerle recobrar la libertad; y que se había interesado, en fin, por la suerte de la hija de la Mariscalía, el señor Clennam fué acogido en todos los ámbitos de la prisión como un visitante distinguido. No le extrañaban las atenciones de que era objeto por parte de Chivery, cuando este funcionario estaba de guardia, pues parecíanle análogas á las de los demás carceleros; pero una noche, Chivery le causó verdadero asombro por su manera de ponerse en relieve.

Valiéndose de cierta astucia, el carcelero había conseguido despejar su habitación de todos los ociosos que le visitaban, á fin de que al salir Clennam de la prisión le encontrase completamente solo.

—Dispense usted, caballero—dijo al verle;—quisiera saber qué dirección va usted á tomar.

—Voy á cruzar el Puente.

El carcelero permaneció silencioso algunos instantes, con su llave junto á los labios como si reflexionara.

—Voy á tomarme la libertad—dijo al fin,—de pedirle un favor. ¿Tendría usted inconveniente en pasar por el estancuillo de la señora Chivery y C.^a, expendedora de tabaco y cigarros de la Habana? En esta tarjeta verá usted las señas.

Así diciendo, Chivery entregó á Clennam una tarjeta de las que siempre tenía á disposición de sus parroquianos.

—No crea usted—añadió,—que se trate de tabaco. A decir verdad, mi mujer quisiera hablar con usted un momento acerca de...; sí—continuó Chivery contestando con una señal afirmativa á la mirada inquieta de Clennam...—acerca de la niña Dórrit.

—Procuraré pasar inmediatamente por casa de su señora.

—Gracias, caballero; le quedo agradecido, aunque esto no le retrasará más de diez minutos.

Arturo Clennam, con su tarjeta en la mano, se dirigió hacia el punto que las señas indicaban y no tardó en llegar. Era una tienda muy modesta, donde una mujer de aspecto decente se disponía á coser junto al mostrador, sobre el cual se veían varios botes llenos de tabaco, cajas de cigarros, un variado surtido de pipas y dos tarritos con rapé.

Al presentarse Arturo á la señora Chivery, díjole que hacía

aquella visita á petición de su esposo, y que tenía entendido se trataba de algo referente á la niña Dórrit.

La estanquera se apresuró á dejar su costura á un lado, levantóse al punto y movió la cabeza con aire condolido.

—Le puede usted ver ahora mismo si quiere—dijo,—si se toma la molestia de dirigir una mirada al patio.

Al pronunciar estas misteriosas palabras, la señorita Chivery condujo al visitante á una salita situada en la trastienda, donde había una ventana que daba á un patio pequeño y de aspecto melancólico. En este patio se habían tendido para secar (aunque inútilmente, porque allí no corría el aire,) varias sábanas y manteles; y en medio de estos objetos flotantes hallábase un joven, muy triste al parecer, sentado en una silla, semejante al último marinero que ha sobrevivido al naufragio en el puente de un buque incapaz de salvarse.

—Ese es nuestro Juan—dijo la señora Chivery.

A fin de no aparentar que no se interesaba en aquel triste espectáculo, Clennam preguntó qué hacía Juan allí.

—Es su única distracción—replicó la mujer moviendo la cabeza;—no quiere salir, ni aun al patio de atrás cuando no han puesto ropa á secar; mas apenas la tienden, de modo que pueda ocultarse á la vista de los vecinos, se sienta ahí durante horas enteras y dice que le parece estar en un bosquecillo.

La señora Chivery movió la cabeza por segunda vez, hizo ademán de limpiarse los ojos con el delantal y condujo de nuevo á Clennam á las regiones comerciales.

—Tenga usted la bondad de sentarse—dijo la estanquera;—ya que desea saber lo que el pobre Juan tiene, voy á decirselo. Todo es cuestión de la señorita Dórrit, caballero; está loco por ella; y yo me atrevería á preguntar á usted, qué compensación habrá para nosotros cuando ese pobre chico muera víctima de su dolor.

La señora Chivery que tenía muy buen aspecto y era respetada en el barrio por sus elevados sentimientos y su escogido lenguaje, pronunció estas palabras con una calma cruel, sin dejar por eso de mover la cabeza, enjugándose siempre los ojos.

—Caballero—prosiguió,—usted conoce á la familia, usted se ha interesado por ella y tiene influencia con los Dórrit; si puede contribuir á labrar la felicidad de los dos jóvenes, permítame suplicarle en interés de nuestro Juan y en el de la señorita, que nos preste su auxilio.

—En el poco tiempo transcurrido desde que conozco á la señorita Dórrit—contestó Clennam algo confuso,—me he acostumbrado de tal modo á ver en ella un carácter tan distinto del que usted me representa, que estoy verdaderamente sorprendido. ¿Conoce á Juan?

—Se han criado juntos, caballero; los dos jugaban en el patio cuando niños.

—¿Sabe ella que Juan la ama?

—¡Ya lo creo!—contestó la señora Chivery con aire de triunfo;—no ha podido menos de reconocerlo todos los días de fiesta, aunque sólo fuera por el bastón, pues los jóvenes como mi hijo no se compran bastones con puño de marfil sin ningún objeto. Esto sólo me ha bastado á mí también para comprenderlo.

—Tal vez la señorita Dórrit no se ha dado cuenta de ello tan pronto como usted—repuso Clennam.

—Pues yo le aseguro que sí—replicó la estanquera,—porque se lo han dicho.

—¿Está usted segura?

—Tan cierto como que ahora se halla usted delante de mí. Con mis propios ojos he visto á Juan salir y volver, y sé también que habló con ella.

Estos detalles circunstanciados y estas repeticiones, comunicaron una energía sorprendente á la elocuencia de la señora Chivery.

—¿Me será permitido preguntar por qué el hijo de usted se halla poseído de esa tristeza que tanto parece inquietarla?

—Esto comenzó—repuso la estanquera,—el mismo día en que ví á Juan volver tan cabizbajo; desde entonces ya no le reconozco; jamás ha vuelto á ser lo que antes era.

—¿Y qué piensa usted de todo ello?

—Se lo diré á usted en pocas palabras, y todo es tan cierto como que estoy en esta tienda. Todo el mundo aprecia á nuestro Juan; cuando era niño jugaba con la niña Dórrit en el patio, y desde entonces jamás la perdió de vista. El domingo á que me refiero, después de almorzar en esta misma sala, se fué y encontró á la joven; ignoro si tenían ó no cita, pero el caso es que le hizo su declaración. El hermano y la hermana son orgullosos y desprecian á nuestro Juan; el padre piensa sólo en sí mismo y no quiere compartir su hija con nadie. Sin duda por esto la señorita Dórrit contestó á la declaración con las siguientes palabras: «No, Juan, no puedo aceptar su proposición, porque no pienso casarme nunca.

Adiós, busque una esposa digna de usted y procure olvidarme.» He aquí cómo esa joven se condena á ser esclava de una gente que no merece semejante abnegación; y he aquí cómo nuestro Juan ha llegado á no tener más recreo que el de constiparse en medio de la ropa blanca, pasando su triste existencia en ese patio, y causándome con ello el más profundo pesar.

Así diciendo, la buena mujer señalaba la ventana, por donde se podía ver á Juan sentado en medio de la ropa. Moviendo nuevamente la cabeza, la estanquera suplicó á Clennam que emplease su influencia en interés de ambos jóvenes, para cambiar el curso de tan tristes acontecimientos.

La señora Chivery parecía tan segura de la verdad de los hechos que citaba y fundábanse éstos en tan correctas premisas en lo referente á las relaciones de la niña Dórrit con su familia, que Clennam no podía poner en duda los asertos de la estanquera. Ahora bien, él, á su vez, había acabado por profesar á la niña Dórrit un verdadero cariño, sintiendo por ella un interés que tal vez dependiera de las circunstancias que rodeaban á la joven, pero que no por eso era menos profundo; y causóle tristeza sólo el pensamiento de que pudiese amar á Juan Chivery, á aquel joven estúpido que tenía la rareza de ir á constiparse entre la ropa blanca en un bosquecillo de su invención. Por otra parte, Clennam reflexionó que enamorada ó no de aquel carcelero futuro, sería una debilidad someterse al triste porvenir que la ofrecía semejante enlace. La juventud, la timidez, la gracia y la nobleza de sentimientos, eran otras tantas cualidades personales que hacían interesante á la niña Dórrit á los ojos de Arturo, quien no podía menos de reconocer que el enlace de aquellos dos jóvenes no era admisible por ningún concepto.

Clennam prometió á la señora Chivery hacer cuanto estuviere de su parte para asegurar la felicidad de la señorita Dórrit, y favorecer sus proyectos en cuanto de él dependiera. Al mismo tiempo recomendóle que desechase toda hipótesis, sin fiarse de las apariencias, aconsejándole el mayor secreto para no perturbar el ánimo de la señorita Dórrit, y sobre todo que procurase obtener la confianza de su hijo y hacerse cargo de la verdadera situación. La señora Chivery contestó que consideraba inútil semejante precaución, pero que trataría de adoptarla; y moviendo la cabeza, como si aquella entrevista no la hubiese consolado tanto como esperaba, dió gracias á

Clennam, sin embargo, por su atención, separándose con esto en la mejor inteligencia.

A fin de evitar que la multitud de transeúntes que circulaba por aquel sitio le distrajesen de sus reflexiones, Clennam se alejó del Puente de Londres y dirigióse hacia el Puente colgante, por lo regular tranquilo y silencioso; y apenas hubo andado tres ó cuatro pasos, cuando vió á la niña Dórrit, que iba delante de él. El tiempo era hermoso; soplaban una ligera brisa; y Arturo pensó que la joven habría salido para tomar un poco el aire en el puente, pues no hacía más de una hora que la dejara en el cuarto de su padre.

Era una feliz casualidad que favorecía su deseo de observar la fisonomía de la joven y sus ademanes sin que nadie les molestara. Apresuró, pues, el paso; pero antes de alcanzarla, la niña Dórrit volvió la cabeza.

—¿Ha tenido usted miedo?—preguntó Clennam.

—He creído reconocer el paso—contestó la joven con timidez.

—Pues me parece que no esperaría usted encontrarme aquí.

—No esperaba ver á ningún conocido, pero al oír pasos detrás de mí, no sé por qué me pareció que era su modo de andar.

—¿Va usted muy lejos?

—No, señor; he venido aquí sólo para tomar un poco el aire.

Después de pasear un rato juntos, la joven recobró su serenidad, y mirando fijamente á Clennam le dijo:

—Tal vez no quiera usted creer, porque es difícil de explicar, que á veces me parece un egoísmo venir á pasearme aquí.

—¡Egoísmo! ¿cómo se entiende?

—Ver el río y tan inmenso espacio de cielo, y contemplar tal variedad de objetos; y volver después allí para verle encerrado en tan estrecho recinto...

—Sí; pero usted olvida que al volver lleva consigo la influencia y el reflejo de cuanto ha visto.

—¿Lo cree usted así? Yo bien lo quisiera; pero temo que haya en esto más imaginación que realidad, y que se me atribuya más poder del que tengo. Si usted estuviera en la prisión como él, ¿cree verdaderamente que yo le llevaría al volver de mi excursión el germen de consuelo de que usted habla?

—Sí, niña Dórrit, estoy seguro de ello.

Al observar el temblor de los labios de la joven y su agita-

ción, Arturo supuso que pensaba en su padre, y guardó silencio un instante para que la niña Dórrit recobrase su sangre fría. Y al advertir su extrema agitación, no le pareció imposible que hubiese algún otro amor en el horizonte de la joven, aunque tan lejano, que no ofrecía ninguna esperanza.

Cuando volvían de su paseo divisaron á lo lejos á Maggy, que en breve llegó ante ellos; pero iba tan preocupada, que no los reconoció hasta llegar casi á tocarlos.

—Maggy—le dijo la niña Dórrit,—me habías prometido hacer compañía á mi padre.

—Es verdad, madrecita, pero él no ha querido. Si me envía á un recado, preciso es obedecer. Me ha dicho que lleve una carta, que vuelva pronto, y que si la contestación es buena me dará seis peniques. Dios mío, madrecita, ¿qué quiere usted que haga una muchacha de diez años, como yo? El señor Tip, que entraba en el momento de salir yo, me preguntó á dónde iba, y cuando lo supo, díjome que aprovecharía la ocasión para que llevara también una carta suya; entró en el café, escribióla y me la dió, diciéndome: «Lleva esta carta al mismo punto, Maggy, y si la contestación es favorable, te dará diez peniques.» ¿Qué había de hacer, madrecita?

Arturo leyó en los ojos de la niña Dórrit que ésta había adivinado á quién iban dirigidas las cartas.

—¡Vaya! me voy—dijo Maggy;—pero mejor sería, señor Arturo, que usted se despidiese también, para que yo pueda entregarle una cosa que me han dado para usted.

—Vamos, no haga usted cumplidos—dijo Clennam en voz baja,—deme lo que tenga para mí.

—Pues venga usted al otro lado—replicó Maggy con cierto aire de misterio;—la madrecita no debía saber nada de esto, y no se habría enterado si hubiese usted venido conmigo á otra parte, en vez de estar curioseando por aquí. No es culpa mía, sino de ellos; yo he de hacer lo que me mandan; que no me hubieran dado el encargo, y así no habría sucedido esto.

Clennam cruzó al otro lado para leer rápidamente las dos cartas: la del padre decía que habiendo sufrido un retraso el reembolso de cierta suma que esperaba recibir de la Cité, y la cual creyó segura hasta el último momento, tomaba la pluma, puesto que su cautividad de «veintitrés» años le impedía presentarse en persona, para rogar al señor Clennam tuviese la bondad de adelantarle la suma de tres libras esterlinas y seis chelines, de la cual le enviaba adjunto el recibo. El hijo

decía en su epístola que esperaba que el señor Clennam estaría satisfecho al saber que por fin había obtenido un empleo permanente, con todas las probabilidades de un brillante porvenir, pero que no pudiendo su jefe satisfacer por el pronto ciertos atrasos, debía resignarse á esperar, lo cual, unido á la falta de buena fe de un compañero, y á la carestía de los artículos de primera necesidad, le pondría en el más grave apuro si no lograba reunir antes de las seis de la tarde la cantidad de ocho libras esterlinas. Tip añadía que gracias á la buena voluntad de varios amigos á quienes inspiraba una confianza sin límites, había conseguido completar la suma, excepto una libra esterlina y diecisiete chelines; y que si el señor Clennam tenía la bondad de adelantarle este pico, pagadero á treinta días, salvaría á Tip de una ruina completa.

Clennam contestó en el acto á estas cartas, con ayuda de su cartera y de su lápiz, enviando al padre lo que pedía y excusándose de no poder complacer al hijo. Después entregó á Maggy las contestaciones, dándole un chelín para pensarla por el mal éxito de su segunda comisión.

Cuando se hubo reunido de nuevo con la niña Dórrit, y continuado su paseo, la joven le dijo de repente:

—Lo mejor que puedo hacer es marcharme y volver á casa.

—No se allija usted—repuso Clennam;—ya he contestado á las cartas. ¿Sabe usted lo que decían? En resumen, nada.

—Temo dejarle solo—replicó la joven;—temo separarme del uno ó del otro, pues apenas me marchó, sobornan... sin quererlo... aun á la misma Maggy.

—¡Pobre mujer! su comisión era bien inocente, y si tan reservada se ha mostrado con usted seguramente sería por no disgustarla.

—Así lo espero, pero mejor será que vuelva á casa. Aun no hace dos días que mi hermana me dijo que me había acosumbrado de tal modo á la prisión, que tenía su tono y su carácter; creo que efectivamente es así; allí está mi lugar, y vale más que permanezca en la prisión. Es egoísmo de mi parte continuar aquí cuando tal vez sea allí conveniente mi presencia. Adiós; mejor hubiera hecho en no salir.

La angustia con que la niña Dórrit pronunció estas palabras como si se escapasen violentamente de su corazón oprimido, casi hizo asomar las lágrimas á los ojos de Clennam.

—No diga usted «su casa»—repuso Clennam;—siempre me contrista que le dé semejante nombre.

—¿Tengo acaso otra? ¿Cómo la he de olvidar?

—¡Oh! ya veo que no la olvida, cuando se trata de hacer bien.

—Vamos, me marchó—dijo la niña Dórrit,—y suplico á usted que no me acompañe. Gracias por todo, y Dios le bendiga.

Clennam comprendió que debía respetar la voluntad de la joven, y sin moverse de su sitio, contempló á la niña Dórrit, que se alejaba rápidamente. Cuando hubo desaparecido, volvióse hacia el río y se entregó á sus reflexiones.

El hecho de descubrir aquella correspondencia hubiera afligido en todo tiempo á la niña Dórrit; pero ¿no habría sido menor su pena en otro momento cualquiera?

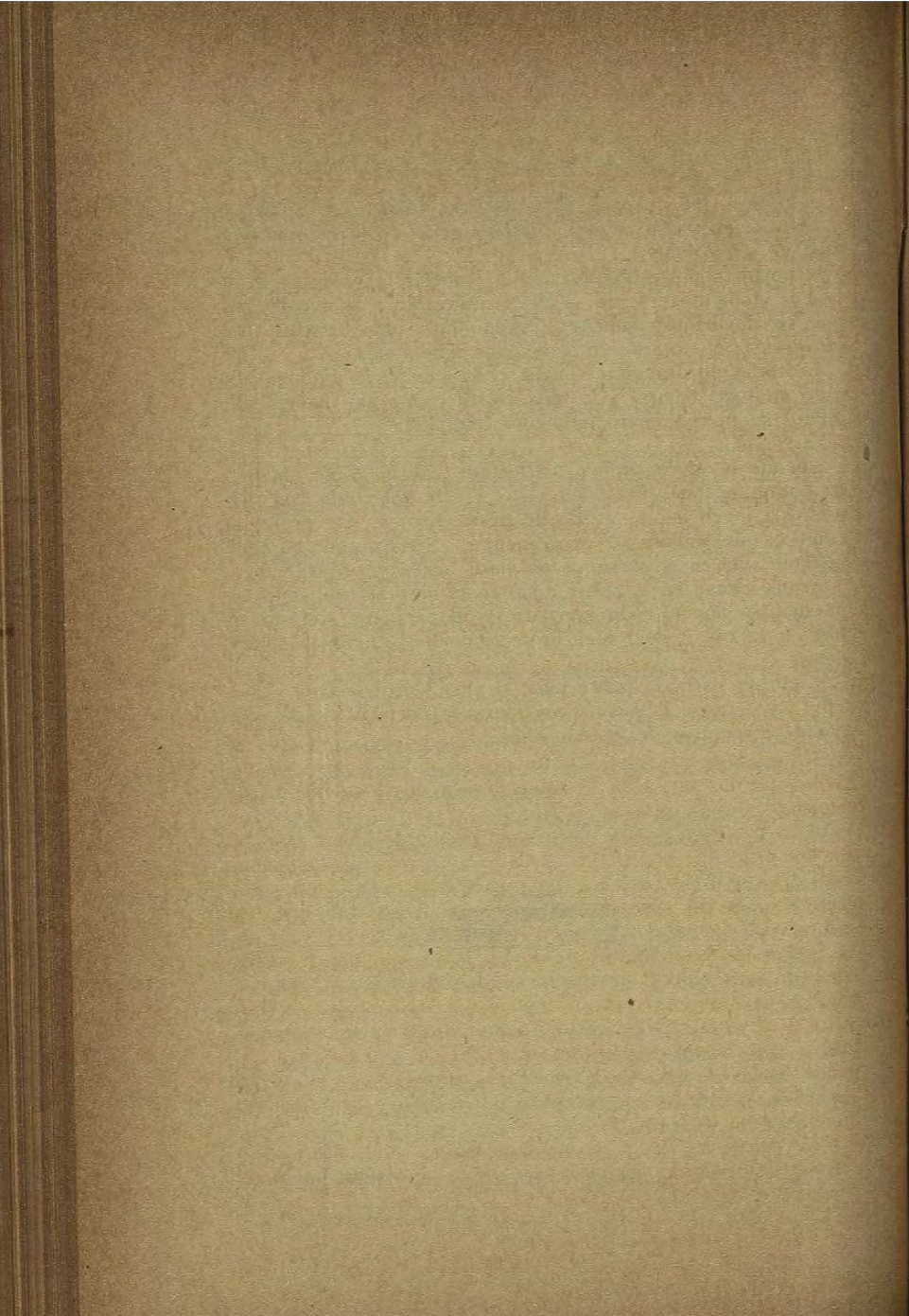
¡Sí!

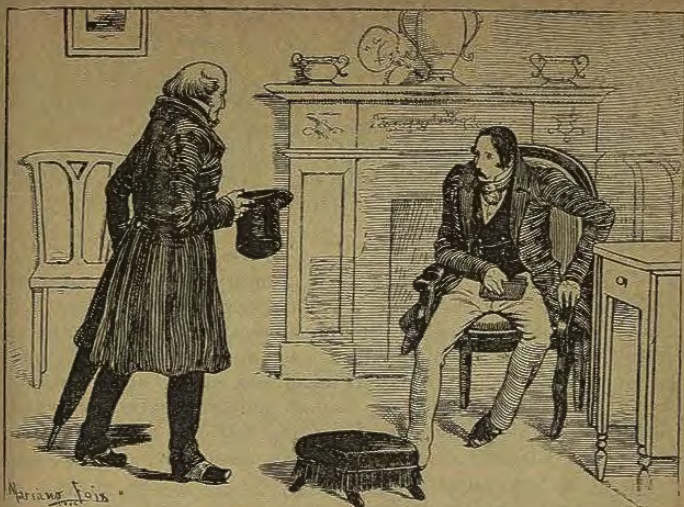
Cuando la joven suplicó á Clennam que no diese dinero á su padre, después de haber visto á éste solicitarlo con disimulo, la joven había sufrido un pesar, pero no tan profundo, como el que acababa de experimentar. ¿Sería porque en aquel instante veía en el horizonte un amor lejano y sin esperanza?

Arturo pensó en la pobre niña, en la niña Dórrit; soñó largo tiempo, con el codo apoyado en el parapeto, soñó al entrar en su casa, en el silencio de la noche, y también al despertar.

Y por su parte, la pobre niña, la niña Dórrit soñaba y pensaba en él... con la misma constancia y fidelidad... á la sombra de los muros de la Mariscalía.







CAPITULO XXIII

La máquina en movimiento

El señor Meagles se ocupó tan activamente de la negociación que Clennam le había confiado, que muy pronto tuvo el asunto en vías de arreglo, y un día se presentó en casa de Clennam á las nueve de la mañana para darle cuenta de su comisión.

—Doyce—le dijo,—está muy satisfecho de la buena opinión que ha formado usted de él, y desea que visite la fundición, á fin de juzgar por sí mismo, y para que puedan ustedes ponerse de acuerdo. Me ha entregado las llaves que guardan sus registros y papeles... las tengo en el bolsillo... y sólo me ha hecho la recomendación siguiente: «Deseo que el señor Clennam sepa todo cuanto yo mismo sé en los asuntos de mis talleres, pues de lo contrario no podría tratar conmigo en condiciones de perfecta igualdad. Si no conseguimos entendernos, ya sé que no abusará de mi confianza, y á no estar seguro de ello, no habría escuchado su proposición.» Supongo —añadió Meagles,—que reconocerá usted en esto á nuestro hombre. ¿No es verdad?

—En efecto, es una persona dignísima.

—Sin duda alguna; es algo excéntrico, pero tiene un carác-

ter muy noble. ¿Creerá usted, amigo Clennam, que me ha hecho pasar toda una mañana con él en ese patio que tiene un nombre tan singular... cómo se llama?

—El patio del Corazón Sangriento.

—Pues bien, he estado toda una mañana en ese dichoso patio antes de poder inducir á Doyce á tratar sobre el asunto de la asociación.

—¿Y por qué?

—Apenas hube pronunciado el nombre de usted, negóse rotundamente á escucharme, diciendo que habían ustedes hablado ya sobre el asunto, aunque sin más objeto que sostener una conversación amistosa; que no era de suponer que usted quisiera hacer formal sociedad con nadie; y que tal vez usted habría creído que sus francas palabras encerraban una añagaza con algún fin interesado, por todo lo cual no quería exponerse á semejante sospecha. «Es imposible, dijo al concluir, es de todo punto imposible.»

—Me parece muy extraño.

—Le digo á usted—prosiguió Meagles,—que es un hombre verdaderamente excéntrico. He necesitado toda la mañana para vencer sus escrúpulos, y no creo que ningún otro hombre lo hubiera conseguido. Al fin le convencí, refutando todos sus argumentos, y entonces me rogó que examinara sus libros para formar mi opinión. Hágalo así y le digo que están en regla. «Entonces, repuso Doyce, sírvase usted facilitar al señor Clennam los medios de practicar su examen; y para que pueda hacerlo con toda libertad, sin temer mi influencia, ma ausentaré ocho días.» ¿Qué le parece á usted del desenlace, amigo Clennam? preguntó Meagles.

—Confieso que me da una relevante prueba de su candor y de su...

—Excentricidad—interrumpió Meagles;—yo también lo creo así; pero en fin, puede usted comenzar el examen cuando guste. Yo estoy encargado de explicarle cuanto puede necesitar explicación, pero en condiciones de la más estricta neutralidad.

Llegada la tarde, Clennam y Meagles se dirigieron al patio del Corazón Sangriento para proceder á la inspección. La vista ejercitada de un hombre práctico en los negocios no podía tardar en descubrir algunas pequeñas irregularidades en la manera que tenía el señor Doyce de llevar sus cuentas, pero implicaban sólo algún ingenioso medio de simplificar ó abreviar un cálculo difícil. Observábase también que había

bastante trabajo atrasado, y que Doyce necesitaba efectivamente con urgencia de ajeno auxilio para proseguir el desarrollo del negocio; pero el resultado de cada una de las empresas desde hacía muchos años, indicábase claramente y era fácil de determinar, reconociéndose en todo la mayor probidad.

Al cabo de tres ó cuatro días de asiduo examen, Clennam tenía ya reunidos todos los datos esenciales, pues Meagles se hallaba siempre á su disposición para ilustrarle en los puntos oscuros. Terminado el trabajo, los dos convinieron en la suma que sería justo ofrecer para obtener una parte igual en los negocios; el señor Meagles abrió el sobre que contenía la nota en que Daniel Doyce fijaba la cifra, y siendo esta inferior á la que Meagles calculó, abrevióse la terminación del asunto; de modo que al regresar Doyce, encontrólo todo hecho.

—Ahora le confesaré á usted—dijo el industrial, estrechando la mano á Clennam,—que yo hubiera podido buscar largo tiempo un socio sin encontrar ninguno que me conviniese tanto.

—Lo mismo le digo á usted—contestó Clennam.

—Y yo diré á los dos—añadió Meagles,—que son ustedes muy á propósito el uno para el otro. Usted, señor Clennam, refrenará á su socio con su buen sentido; y usted, Daniel, se ocupará de la fundición con su...

—Falta de sentido—añadió Doyce con su tranquila sonrisa.

—Llámele usted como quiera—repuso Meagles;—pero de todos modos, cada cual de ustedes será la mano derecha del otro; desde ahora ofrezco la mía á los dos en mi calidad de hombre práctico.

En menos de un mes quedó establecida la sociedad: á Clennam no le quedaba como fortuna personal más que una suma de dos á trescientas libras esterlinas, pero en cambio ofrecíasele una carrera activa, llena de porvenir. Los tres amigos comieron juntos para celebrar tan fausto acontecimiento; los trabajadores de la fábrica, con sus mujeres y sus hijos, estuvieron de fiesta para participar del banquete; y hasta los mismos vecinos del patio del Corazón Sangriento pudieron comer á saciedad.

Después, todo recobró muy pronto en aquel sitio su aspecto ordinario; nada nuevo se veía allí, como no fuese un gran

rótulo pintado en los montantes de la puerta de la fábrica, en que se leía

DOYCE Y CLENNAM.

El pequeño escritorio reservado para Clennam estaba lleno de bancos, útiles, correas y ruedas; algunas trampas abiertas en el suelo y en el techo ponían en comunicación el taller de arriba con el de abajo, formando en esta perspectiva una especie de puente luminoso que recordaba á Clennam el libro de estampas de su infancia, en el que unos rayos semejantes eran testigos de la muerte de Abel. A los ojos de Clennam, toda la fábrica tenía un aspecto á la vez fantástico y lleno de atractivos, constituyendo para él un agradable cambio.

Cierto día, cuando más ocupado estaba en su trabajo, causóle no poco asombro divisar un sombrero de mujer que parecía subir penosamente la escalera que conducía á su despacho, seguido de otro que avanzaba con más lentitud aún. Levantóse al punto, y vió que el primer sombrero cubría la cabeza de la tía del señor Finchíng, y el otro la de Flora, que parecía subir la escalera con sumo trabajo.

Aunque no le agradase mucho la visita, Clennam abrió presuroso la puerta de su despacho, apartando á un lado diversos objetos que hubieran impedido á las señoras pasar sin tropiezo.

—¡Bondad divina! Arturo... debería decir señor Clennam, por ser más conveniente... ¡qué ascensión para llegar hasta aquí! ¿Y cómo podremos bajar sin ayuda de alguno de esos aparatos usados por los bomberos en los incendios? ¡cuando pienso que se halla usted entre las máquinas y la fundición sin haberse dignado avisarme nunca!

Esto decía Flora con la mayor agitación, mientras que la tía se rascaba el tobillo con la punta de su sombrilla, por haberse lastimado un poco con alguno de los obstáculos que encontró al paso.

—Ha sido una falta imperdonable—prosiguió Flora,—no haber vuelto á visitarnos desde la última vez que estuvo en casa, por más que ésta no le ofreciese ya ningún atractivo, sobre todo, si pasa más agradablemente el tiempo en otra parte... A propósito, ¿es rubia ó morena? ¿tiene los ojos azules ó negros? No me desagradaría saberlo. De todos modos, estoy segura que debe ofrecer conmigo un contraste notable por todos conceptos, porque yo no soy buena más que para

ocasionar un desengaño. Pero... ¿qué digo, Arturo? No haga usted caso, porque ni yo misma sé lo que hablo.

Clennam ofreció sillas á las dos damas, y Flora se dejó caer en una, dirigiéndole una de sus miradas de otro tiempo.

—¡Cuando pienso que ha llegado usted á ser Doyce y Clennam!—continuó la incansable Flora.—¿Quién será ese Doyce? tal vez un hombre muy recomendable; quizás esté casado y tenga una hija; en cuyo caso ya se comprende la asociación. Sé que no tengo derecho para dirigirle estas preguntas, porque hace mucho tiempo que se rompió la cadena de oro forjada por nosotros.

Flora puso su mano sobre la de Arturo y dirigióle otra de las ojeadas de su juventud.

—Querido Arturo... ¡ah! vea usted lo que es la fuerza de la costumbre... sería más propio llamarle Clennam; usted dispense. Espero que no lleve á mal que haya venido á molestarle; pensé que un pasado marchito ya para nosotros, y que no podría florecer de nuevo, me autorizaba para presentarme aquí con la tía del difunto Finching para felicitarle. Seguramente que esto vale más que la China; está más cerca, y además ocupa usted una posición más elevada.

—Me complace mucho su visita—repuso Clennam,—y le agradezco el buen recuerdo.

—No puedo decir otro tanto—replicó Flora,—pues hubieran podido enterrarme veinte veces sin verle á usted más; pero, en fin, vengo á darle una última explicación.

—Señora Finching...—dijo Arturo, inquieto, al parecer, al oír aquellas palabras.

—No me dé usted ese nombre tan desagradable.

—Pues bien, Flora, ¿será necesario que me dé usted nuevas explicaciones? Parécenme de todo punto inútiles, pues las que me dió usted, me han satisfecho completamente.

La tía del señor Finching intervino en el diálogo, haciendo una «terrible é inexorable» observación.

—En toda la longitud del camino de Douvres se encuentran piedras miliarias.

La tía del señor Finching, que odiaba al género humano, como ya hemos dicho, pronunció estas palabras con tal expresión de encono, que Clennam no supo qué contestar, y miró á la dama con aire desconcertado; pero Flora acogió esta reminiscencia geográfica como una observación muy chistosa, diciendo que la tía era mujer muy enérgica. Esto pareció estimular á la dama, que excitada por el elogio, ó por su viva

imaginación, añadió al punto, fijando su mirada en Clennam, como si sus palabras se refiriesen á él: «¡Que arrostre nuestras iras si se atreve!»

—Le decía á usted—repuso Flora,—que deseaba darle una última explicación. No le hubiéramos molestado á no mediar un motivo que espero considerará usted importante, Arturo... quiero decir señor Clennam, y hasta me parece que debería llamarle Doyce y Clennam.

—Es igual—replicó Arturo;—llámeme usted como quiera.

—Quería decir que cuando su mamá y mi papá rompieron el lazo dorado que nos unía, todo cambió para nosotros, ó al menos para mí, y que cuando acepté la mano del difunto Finching no ignoraba lo que hacía; pero mostrábase tan triste, y hablaba tantas veces del Támesis y de una droga que pensaba comprar en la botica, que quise evitar un funesto desenlace.

—Querida Flora, ya hemos hablado de eso, y le dije á usted que había hecho muy bien.

—Es claro que está convencido de ello, puesto que lo toma con tanta frialdad, por lo cual no puedo censurarle; pero volviendo á Doyce y Clennam, le diré que como las propiedades de papá se hallan aquí, hemos sabido por Pancks la nueva posición que ocupa usted; á no ser por esta circunstancia, seguramente lo hubiéramos ignorado siempre.

—No; no diga usted eso.

—Fuera una debilidad no reconocerlo, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir... (esto me gusta porque no ofende tanto mis sentimientos;) yo lo sé muy bien, y usted no puede negarlo.

—Pues yo lo niego, Flora; crea usted que no hubiera tardado en hacerle una visita amistosa.

—¡Sí, sí, ya podía contar con ella! Pero vamos al caso: cuando Pancks nos dió la noticia, resolví venir á ver á usted, con la tía, pues mi papá... algún tiempo antes... había pronunciado su nombre, diciéndome que usted se interesaba por ella, á lo cual contesté yo: «¡Dios mío! ¿por qué no hacerla venir á casa cuando hay trabajo, en vez de enviarlo fuera?»

—¿Ella?—repitió Clennam, sin comprender una palabra de lo que decía.—¿Entiende usted por esto la tía del señor...?

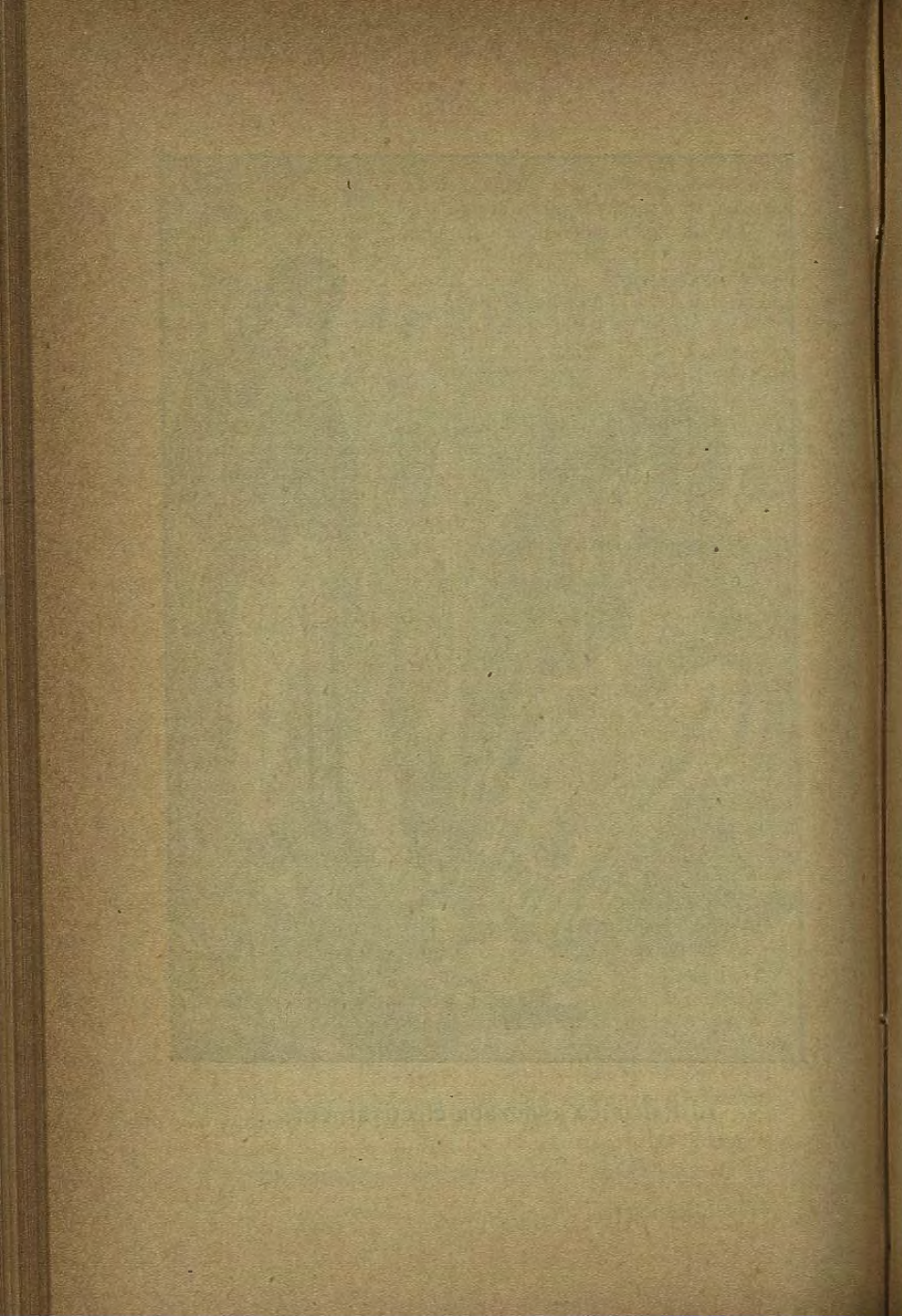
—¡Cómo! ¿Quién ha pensado nunca en dar trabajo á la tía del señor Finching, tomándola á jornal?

—¿Tomarla á jornal? ¿Se trata, acaso, de la niña Dórrit?

—Ciertamente—contestó Flora;—y añadiré que de todos los



El Patriarca avanzaba efectivamente...



nombres extraños que jamás oí, éste es el más singular; me recuerda el campo, una cabaña aislada, el nombre de una jaca favorita, de un perrillo ó de un pájaro.

—Entonces, Flora—repuso Clennam, interesándose de pronto vivamente en la conversación,—eso quiere decir que el señor Casby se ha dignado hablar á usted de la niña Dórrit. ¿Y qué le ha dicho á usted de ella?

—Que usted le había hablado de esa niña con mucho interés, á lo cual le contesté lo que antes le he indicado y nada más.

—¿Nada más?—repitió Arturo, algo contrariado.

—Espere usted; Pancks nos dijo que se había embarcado usted en este negocio, lo cual no hubiéramos creído á no asegurarlo tanto; y entonces rogué á la tía que me acompañase para venir á preguntar á usted si les agradaría á todos que ocupásemos á la niña en casa cuando hubiera trabajo, pues yo sé que también frecuenta la casa de la señora Clennam, cuyo carácter irritable fué causa de que yo me casase con el señor Finching; á no mediar esta circunstancia, tal vez sería yo ahora... Pero, ¡vamos...! ya comienzo á decir tonterías...

—Me da usted una prueba de su bondad al prestar este pequeño servicio—dijo Clennam.

La pobre Flora contestó con una sinceridad que le sentaba mejor que sus ojeadas, que se daba por contenta con haber complacido á Arturo; y dijo esto tan de buena fe, que Clennam hubiera dado mucho por encontrar la Flora de otro tiempo.

—Creo—dijo,—que el trabajo que puede usted ofrecer á la niña Dórrit, y la benevolencia que usted le manifiesta le servirán de mucho alivio.

—¡Oh! puede usted estar seguro que la trataré con bondad—exclamó vivamente Flora.

—Estoy persuadido de ello. No me creo autorizado á decir á usted lo que sé de esa joven, porque me lo confiaron en circunstancias que me obligan á guardar el secreto; pero sí confesaré que me interesó mucho por esa pobre niña, la cual me inspira un respeto indecible. Su existencia ha sido una larga serie de duras pruebas; su abnegación, su sencillez y su bondad la recomiendan desde luego; y no me es posible acordarme, ni menos hablar de ella sin sentirme conmovido. Por esto podrá usted adivinar lo que yo quisiera decirle al reco-

mendarla á su amistad, por la que doy á usted ahora las más expresivas gracias.

Así diciendo, Clennam tendía la mano para estrechar la de Flora, cuando ésta, fijando de pronto su vista en la entrada del escritorio, y al ver á dos personas que se acercaban, exclamó de pronto, muy satisfecha sin duda por poder comunicar á este incidente, que le recordaba la época de sus amóros con Arturo, cierto carácter de intriga y misterio.

—¡Papá viene! ¡Silencio, Arturo, en nombre del cielo!

Y al pronunciar estas palabras, volvió á su asiento con paso vacilante, imitando á las mil maravillas el de una vestal sorprendida en flagrante delito, y que se siente indispuesta.

El Patriarca, es decir Casby, avanzaba efectivamente hacia el despacho de Clennam, precedido de Pancks, que abrió la puerta del escritorio y fué á situarse en un rincón cuando su señor se hubo sentado.

—He sabido por Flora—dijo el Patriarca con benévola sonrisa,—que pensaba hacerle á usted una visita, y acordándome de ello al salir, he venido á verle.

La serenidad con que Casby pronunció estas palabras, su venerable cabeza y su cabello blanco, hubieran podido producir impresión en cualquiera; y seguramente podía creerse que era un hombre de inagotable bondad y de los más nobles sentimientos, cuando añadió, al tomar la silla que Clennam le ofrecía:

—¿Con que ya le tenemos á usted otra vez en los negocios, señor Clennam? Le deseo á usted prosperidad y toda clase de felicidades.

—La señora Finching acaba de manifestarme—dijo Arturo (Flora protestó contra el uso de este nombre),—que piensa ocupar algunas veces á la joven costurera que usted recomendó á mi madre, y acabo de darle gracias.

Como el Patriarca volviese la cabeza hacia Pancks, cual solicitando su ayuda para contestar, éste cerró la cartera de apuntes que consultaba en aquel momento, y repuso:

—Ya sabe usted que no ha recomendado á nadie, porque no puede hacerlo, pues no conoce á la interesada ni por Eva ni por Adán; le han dicho á usted el nombre de esa costurera, usted lo ha dado á conocer, y á esto se reduce todo.

—Pues bien, como esa joven es digna de todas las recomendaciones, esto no implica...

—Usted se alegra de que se conduzca bien—añadió Pancks, hablando siempre con el Patriarca,—pero nadie podría cul-

parle si la niña se portase mal; usted no ha salido fiador de ella, puesto que no la conoce.

—¿De modo que la familia de esa joven le es á usted completamente desconocida?—preguntó Clennam maquinalmente.

—¿Su familia?—replicó el intérprete Pancks.—¿Cómo ha de conocer usted á su familia, señor Casby? Usted no ha oído hablar nunca de ella; y, por lo tanto, mal puede conocer á personas cuya existencia ignora. Esto es evidente.

Durante este diálogo, el Patriarca sonreía, haciendo una señal afirmativa ó negativa según que Pancks decía sí ó no.

—En cuanto á dar informes sobre las personas—continuó el intérprete, hablando en nombre de Casby,—ya se sabe que esto es una farsa. Vea usted sino nuestros inquilinos del Patio del Corazón Sangriento; todos se hallan dispuestos á dar buenos informes unos de otros, si se les piden; pero ¿de qué sirve esto? No es nada ventajoso que nos engañen dos personas; basta con una: un individuo insolvente presenta por fiador á otro que lo es también; esto viene á ser como si un inválido con piernas de palo presentase á otro que las tuviese iguales, para garantizarle á usted que las de su compañero son de carne y hueso. Ni uno ni otro se perjudican por ello, y al fin y al cabo, cuatro piernas de madera entorpecen más que dos, cuando ya sobraría con una.

El intérprete calló al decir esto, como para tomar aliento.

La tía del señor Finching, inmóvil en su silla como una estatua, aprovechó aquel momentáneo silencio, y después de agitarse violentamente, cual si quisiera producir más efecto, emitió con increíble animosidad la observación siguiente:

—Nadie podría fabricar una cabeza provista de cerebro con una bola de cobre vacía; no hubiera usted podido hacerla en vida de su tío Jorge, y por lo tanto, ¿cómo la haría ahora que está muerto?

Pancks contestó al punto con su calma habitual:

—A decir verdad, señora, me admira usted.

Las palabras de la tía del señor Finching produjeron mal efecto en los oyentes, en primer lugar porque no podía dudarse que la dama aludía á la inofensiva cabeza de Clennam, y además porque á ninguno le era dado adivinar quién sería aquel tío Jorge, aquel personaje misterioso que la tía del señor Finching evocaba continuamente.

Flora hizo notar que la anciana parecía muy animada, y que sería conveniente retirarse, pero la tía tomó tan á mal

esta proposición, que profiriendo varias palabras injuriosas, aseguró que no quería marcharse.

—Si él (este pronombre demostrativo indicaba claramente á Clennam,) quiere librarse de mí—dijo la vieja,—que me arroje por la ventana. ¡Quisiera verlo; que venga si se atreve!

En esta situación crítica, el buen Pancks, siempre á la altura de las circunstancias cuando se trataba de dificultades que pudieran afectar al Patriarca, calóse el sombrero, abrió con suavidad la puerta del despacho, y salió para volver silenciosamente un momento después, impregnado de una frescura artificial que podía hacer creer que acababa de pasar algunas semanas en el campo.

—¡Oh! señora—exclamó dirigiéndose á la tía del señor Finching,—¡qué agradable sorpresa! ¿Es usted á quien encuentro aquí? ¿Cómo va, señora mía? ¡Hoy está usted hermosa como un sol! Me alegro mucho de verla. Tenga usted la bondad de darme el brazo, é iremos á dar un paseito juntos.

Con estas palabras, Pancks consiguió sacar de allí á la tía del señor Finching sin que ésta se opusiese, y entonces Casby se levantó muy satisfecho, como si él fuera quien hubiese conseguido aquel triunfo; despidióse de Clennam y salió, dejando detrás á su hija, que aprovechando la oportunidad, dijo á Arturo con ademán misterioso:

—Hemos apurado hasta las heces la copa de la vida, en cuyo fondo se halla el difunto Finching.

Una vez solo, Arturo Clennam sintió renacer sus primeras inquietudes respecto á su madre y á la niña Dórrit, evocando involuntariamente sus antiguas dudas y sospechas. Cuando más absorto estaba en sus reflexiones, revisando á intervalos sus cuentas, observó que una sombra se proyectaba en sus papeles, y al levantar la cabeza vió en el umbral de la puerta á Pancks que con un movimiento de cabeza preguntaba si podía entrar. Clennam contestó con una señal afirmativa, y entonces el agente de Casby se adelantó hasta tocar el pupitre de Arturo, produciendo ese ronquido que le era peculiar.

—¿Se ha calmado ya la tía Finching?—preguntó Clennam.

—Sí, señor.

—Tengo la desgracia de excitar siempre en esa señora una extremada animosidad. ¿Sabe usted por qué?

—¿Lo sabe ella misma?

—Presumo que no.

—Pues yo también lo supongo.

Pancks cogió su cartera, abrióla y cerróla sucesivamente,

la dejó caer en su sombrero, contemplándola después con aire reflexivo, y dijo al fin:

—Señor Clennam, necesito informes.

—¿Respecto á la fundición?

—No, señor.

—Entonces, ¿sobre qué? ¿Soy realmente yo quien puede dar esos informes?

—Sí, señor; á usted es á quien debo pedirlos, aunque ignoro si podré inducirle á dármelos. A, B, C, D, DA, DE, DI, DO; orden alfabético; Dórrit... he aquí el nombre, caballero.

Pancks comenzó á morderse las uñas de la mano derecha; mientras que Arturo fijaba en él una mirada interrogadora.

—No le comprendo á usted, Pancks—dijo Clennam.

—Los informes que necesito se refieren á ese nombre.

—¿Y cuáles desea?

—Todos los que pueda usted proporcionarme.

—He aquí una visita singular, señor Pancks; me parece bastante extraordinario que se dirija usted á mí para eso.

—No diré que no, pero esto no impide que se trate de un negocio, que puede ser muy lucrativo. Yo soy hombre de negocios y de ellos me ocupo. ¿Para qué estoy en el mundo, sinó?

Clennam observó la fisonomía de su interlocutor, preguntándose una vez más si aquel hombre seco y duro hablaba formalmente; pero Pancks, siempre tan sucio, tan desaliñado, tan inquieto y tan listo, no indicaba por su aspecto que sus palabras no fuesen sinceras.

—Por de pronto—añadió el agente,—para evitar una mala inteligencia en este asunto, le advertiré que mi propietario no tiene que ver nada en él.

—¿Se refiere usted al señor Casby?

Pancks hizo con la cabeza una señal afirmativa y añadió:

—Repito que mi propietario no tiene nada que ver en esto; yo no me opongo á las suposiciones de usted, y me limito á decirle que he oído pronunciar un nombre... el de una joven á quien el señor Clennam desea favorecer. Ahora bien, suponga usted que Plornish ha dado ese nombre á mi propietario; que yo he ido á ver á Plornish para pedirle informes, diciéndole que se trata de un negocio; que este individuo, aunque tiene un atraso de seis semanas de alquiler, ha rehusado facilitarme los informes, así como también su señora; y que los dos, en fin, me han dirigido á usted.

—¿Qué más?

—Pues bien, suponga usted ahora que vengo para hablarle y que estoy delante de usted.

—Señor Pancks—replicó Clennam,—sin querer penetrar el fondo del misterio, le hablaré con toda franqueza; pero permítame dirigirle antes dos preguntas. En primer lugar...

—¿Cuál es el motivo, eh?—interrumpió Pancks.

—Justamente.

—Mi motivo es bueno, y nada tiene que ver con mi propietario; no puedo explicarlo en este momento, porque parecería ridículo, pero le repito que es bueno y que implica el deseo de hacer un favor á la joven llamada Dórrit. Admita usted sin contestación que el deseo es bueno.

—Muy bien; sepamos ahora qué desea usted averiguar.

El agente Pancks, que había vuelto á coger su cartera antes de que Clennam le dirigiese la pregunta, guardóla en su bolsillo, se abrochó la levita, y mirando fijamente á su interlocutor, le contestó:

—Necesito todos los informes que sea posible obtener.

Clennam no pudo reprimir una sonrisa al observar la ansiedad con que el agente esperaba los detalles; y también notó en Pancks cierto afán que le inducía á hacer muchas suposiciones; pero después de reflexionar un poco, resolvió dar al agente todos los pormenores que se creía autorizado á comunicar, persuadido de que él buscaría por otra parte los que le faltaran.

Después de recordar á Pancks su declaración voluntaria, de que Casby no tenía nada que ver en el asunto; y que su curiosidad, por otra parte, era hija de las mejores intenciones, Clennam aseguró que no sabía nada de la genealogía de los Dórrit, ni de los sitios que habían habitado en otro tiempo; y que sólo podía decir que la familia constaba únicamente de cinco individuos, es decir, dos hermanos, uno de los cuales era célibe, y el otro viudo con tres hijos. Clennam indicó además al agente la edad de cada cual, y dióle á conocer la situación del padre de la Mariscalía, así como la época en que fué encarcelado y las circunstancias que habían contribuido á ello.

Pancks, roncando á más y mejor, á medida que se interesaba en estos detalles, escuchó el relato con la mayor atención, y al parecer satisfizole mucho el dato referente á que Guillermo Dórrit hubiera estado en la prisión tanto tiempo.

—Y ahora, señor Pancks—dijo Clennam,—réstame sólo hacerle una advertencia, y es que tengo razones muy poderosas

para hablar lo menos posible de la familia Dórrit, sobre todo en casa de mi madre (Pancks hizo una señal afirmativa,) y que deseo saber todo cuanto á ella se refiera. Un hombre de negocios tan hábil como usted...

—Esto no es nada—interrumpió Pancks.

—Quiero decir que un hombre de negocios como usted debe saber lo que es un trato leal, y yo deseo que hagamos uno. Usted me dará cuantos detalles pueda obtener acerca de la familia Dórrit, como yo le he dado los que conocía. Tal vez forme usted de mí una opinión poco lisonjera al ver que no le he impuesto mis condiciones de antemano; pero hago de esto un punto de delicadeza, pues le aseguro que he visto desplegar tanta habilidad en los negocios, que he llegado á disgustarme.

—Trato concluído, caballero—dijo Pancks sin poder reprimir una sonrisa;—ya verá usted cómo yo no falto á lo pactado.

El agente permaneció silencioso algunos minutos, mirando á Clennam y mordiéndose las uñas: era evidente que trataba de grabar en su memoria los informes que le había dado Clennam, repasándolos por si acaso incurría en un olvido.

—¡Bueno!—dijo al fin,—ahora me retiraré con permiso de usted, porque hoy debo ir á cobrar los alquileres en el Patio del Corazón Sangriento... A propósito... ¿y aquel extranjero cojo con su bastón?

—¡Ah! veo que no se descuida usted en tomar informes—dijo Clennam.

—Es muy natural—repuso Pancks;—tomar todo lo que se pueda y conservar lo que no sea preciso devolver es el secreto de los negocios. El extranjero cojo quiere alquilar una habitación en nuestro Patio, y yo me digo si tiene con qué pagar.

—Advierta usted que yo tengo para pagar, y respondo de él.

—Esto basta; lo que yo necesito—replicó Pancks, escribiendo una nota en su cartera,—es una garantía. El pago ó la fianza: esta es mi orden. El extranjero cojo me dijo que usted le enviaba, pero también hubiera podido decirme que le recomendaba el gran Sultán. Creo que ha salido del Hospital...

—Sí; sufrió un accidente.

—Pues cuando un hombre sale del Hospital—replicó Pancks, —generalmente pide limosna; he visto muchos casos.

—Y yo también—dijo Clennam fríamente.

Tomo I.—17

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

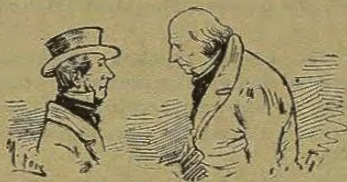
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

El agente se retiró al punto, sin añadir una palabra, bajó presuroso la escalera, y á los pocos segundos hallábase ya en el Patio del Corazón Sangriento, donde casi en seguida pudo observarse una gran agitación. El sombrío Pancks corría de un lado á otro escandalizando á los inquilinos que no podían pagar, pidiendo garantías, y amenazando con la expulsión y el embargo á los morosos; por todas partes reinaba la consternación que infundía la cólera del agente; sólo se oían excusas, quejas y recriminaciones; pero Pancks quería dinero contante y sonante. Dos horas después de marcharse Pancks, aun no se había calmado la agitación producida por su presencia en los inquilinos del Patio del Corazón Sangriento.

Aquella misma tarde, los vecinos formaron grupos, y todos estuvieron acordes en la opinión de que un caballero como el señor Casby no debía servirse de un agente tan cruel é inexorable como Pancks.

En la misma tarde y á la misma hora, el Patriarca, que había cruzado por el Patio del Corazón Sangriento antes de la agitación de que hemos hablado, decía á su agente:

—Mal día, señor Pancks, mal día; ¡creo que hubiera usted podido arreglarse mejor para traer mucho más dinero!





CAPITULO XXIV

La buena ventura

La niña Dórrit recibió la visita de Plornish en la propia tarde del día de que acabamos de hablar. El albañil deseaba decirle dos palabras en particular, según lo dió á entender hábilmente por medio de una serie de golpes de tos tan poco naturales, que para no fijar la atención en ellos era preciso que el decano, tratándose del trabajo de costura de su hija, confirmara el antiguo adagio que dice: «no hay peor sordo que el que no quiere oír.» Plornish obtuvo de este modo sin dificultad una audiencia en la escalera del piso paterno.

—Hoy ha venido á casa una señora—dijo Plornish á la niña Dórrit con malhumorado acento,—acompañada de una vieja bruja cual nunca he visto...

Plornish hizo una pausa como para alejar de sí el recuerdo de la tía del señor Finching, y añadió:

—Dispense usted, pues le aseguro que no es posible encontrar una vieja más avinagrada; pero á Dios gracias no se trata de ella. La otra dama es la hija del señor Casby y ha venido á casa para decirnos que si la señorita Dórrit quisiera pasar al punto indicado en estas señas, donde vive el señor Casby, tendría el gusto de darle trabajo. Según parece, es una antigua amiga del señor Clennam, lo cual me ha repetido diez veces, y espera ser útil á la protegida de su amigo (son sus propias palabras.) Como quería saber si la señorita Dórrit podría ir mañana por la mañana, le he dicho que yo vería á usted para preguntárselo y que pasaría á darle la contestación.

—Sí; puedo ir, muchas gracias; le quedo sumamente agradecida por su atención.

Al día siguiente, la niña Dórrit, después de confiar á Maggy la importante misión de vigilar el hogar paterno, dirigióse muy temprano hacia la morada de Casby. Encaminóse por el Puente colgante á pesar de los dos sueldos que costaba el pasaje, y avanzó despacio por esta primera parte del trayecto; pero á las ocho menos cinco minutos llegaba á la casa de Casby y empinábase para alcanzar el aldabón de la puerta.

La niña Dórrit entregó la tarjeta de la señora Finching á la criada que le abrió la puerta, y fué invitada á pasar al salón para esperar un poco; pues la «señorita Flora» no había salido aún de su alcoba (Flora había vuelto á tomar su nombre de soltera desde su vuelta á la casa paterna.) Al entrar, la joven vió una mesa muy bien servida, con cubierto para dos, pero en una bandeja exhibíase otro para una tercera persona. La criada después de ausentarse un instante, volvió á decir que la señorita Flora rogaba á la niña Dórrit que tomara asiento junto á la chimenea, se quitara el sombrero y se arreglase á su gusto. Pero la joven, que era muy tímida y no estaba acostumbrada á buscar su comodidad cuando iba á trabajar, no osando utilizarse de esta recomendación, permaneció sentada junto á la puerta, con el sombrero puesto; y así la encontró Flora cuando llegó media hora después.

—¡Bondad divina!—exclamó al entrar,—siento muchísimo haberla hecho esperar tanto: pero ¿por qué se ha quedado usted aquí, tomando el frío? Yo esperaba encontrarla junto á la chimenea leyendo un diario. Esa muchacha es muy descuidada; debió decir á usted que se considerase como en su casa. ¿Por qué no se ha quitado usted el sombrero? Permítame hacerlo yo.

Y Flora, uniendo la acción á la palabra con la mejor voluntad, quedó tan admirada al contemplar las facciones de la joven, que no pudo menos de exclamar, cogiendo su cabeza entre las manos con expresión cariñosa:

—¡Qué rostro tan lindo, hija mía!

Estas palabras y el ademán que las acompañó fueron cosa de un instante, y apenas había tenido tiempo la niña Dórrit para significar su agradecimiento á la dama, cuando ya Flora la conducía hacia la mesa para dar nuevas pruebas de su locuacidad.

—No me consolaré nunca—dijo Flora,—de haberme retardado tanto, sobre todo esta mañana, pues me proponía estar dispuesta á recibir á usted apenas llegase, para decirle que una persona por quien Arturo Clennam se interesa tanto no podía menos de interesarme á mí, y que es usted mil veces bienvenida á esta casa. Si no le gusta á usted el pollo frío ó el jamón caliente, lo cual no sería imposible, porque hay muchos á quienes no agrada el jamón, sin contar los judíos, cuyos escrúpulos de conciencia deben respetarse, aunque yo siento que no tengan los mismos cuando venden lo falso por lo verdadero para robarnos; si no le gusta, repito, lo sentiría en el alma.

La niña Dórrit dió las gracias y contestó con timidez que su almuerzo se reducía generalmente á una taza de té con pan y manteca.

—¡Oh! no me diga usted esto, no quiero oírlo; usted viene aquí para ser tratada como amiga, si me permite esta libertad; me avergonzaría si procediese de otro modo; y por otra parte, Arturo Clennam me ha hablado de usted en términos... ¿Está usted cansada, amiga mía?

—No, señora.

—Vamos, ya padece usted; sin duda está cansada por haber andado tanto antes de almorzar; tal vez vive muy lejos; debía usted haber venido en coche. ¡Dios mío! ¿qué podré darle que le sienta bien?

—Pero señora—repuso la niña Dórrit,—crea usted que no tengo nada; me encuentro muy bien, y le estoy infinitamente agradecida por su bondad.

—Pues entonces hágame el favor de tomar su té al punto, con esa pechuga de pollo y ese pedazo de jamón. No me espere usted á mí, porque yo soy quien lleva siempre esta bandeja á la tía del señor Finching, que almuerza en el lecho; es una anciana muy simpática é inteligente, y se parece mucho

al retrato del difunto Finching que está ahí detrás de la puerta, aunque tiene la frente demasiado ancha; esas columnas, el pavimento de mármol, las balaustradas y las montañas que ese cuadro representa, me parecen accesorios bastante inverosímiles, pues ya nunca ví á mi difunto rodeado de tales cosas, porque era tratante en vinos; aunque buen hombre, no era muy aficionado al paisaje.

La niña Dórrit dirigió una mirada al retrato sin comprender bien las alusiones de Flora al hablar de aquella obra maestra.

—El difunto Finching—continuó Flora,—me amaba tanto, que sólo era feliz á mi lado; y no sé cuanto tiempo hubiera durado esto si la parca fatal no hubiese cortado el hilo de su existencia tan pronto.

La niña Dórrit volvió á mirar el retrato: el artista le había pintado una cabeza que, bajo el punto de vista intelectual, habría sido bastante pesada para hacer doblar el cuello á Shakspeare.

—Sin duda le causará sorpresa—prosiguió Flora mientras arreglaba el almuerzo de la tía del señor Finching,—que mi difunto pidiese mi mano siete veces, la primera en un coche, la segunda en un barco, la tercera en una iglesia, la cuarta en ocasión de estar yo paseando montada en un borrico, y las otras veces de rodillas... la novela dejó de existir para mí desde que Arturo marchó; nuestros padres nos separaron cruelmente, dejándonos petrificados, la cruel realidad usurpó el trono de la joven poesía. El difunto Finching me acosaba cada vez más... y al fin le dí mi palabra... Vamos, hija mía, almuerce usted bien mientras yo subo esta bandeja á la tía del señor Finching.

Flora se ausentó, dejando á la niña Dórrit adivinar como pudiese el sentido de aquel torrente de palabras; pero la dama no tardó en volver y comenzó también su almuerzo sin dejar de hablar un instante.

—Ya lo ve usted, amiga mía—dijo Flora llenando dos veces su cucharilla de un líquido cuyo color se parecía al del aguardiente de caña, para mezclarlo con el té—me veo precisada á cuidarme, obedeciendo las prescripciones de mi médico; esto no me gusta mucho, pero estoy tan débil desde que perdí la salud en mi juventud á fuerza de llorar en mi cuarto cuando me separaron de Arturo... ¿Hace mucho tiempo que le conoce usted?

Cuando la niña Dórrit hubo comprendido que se le dirigía

una pregunta, pues costábale mucho trabajo hacerse cargo de todas las palabras en la rápida elocuencia de su protectora, contestó que conocía al señor Clennam desde su vuelta á Londres.

—En efecto—repuso Flora,—no podía usted haberle conocido antes, á menos de haber estado en China ó de mantener correspondencia con él; pero no es probable, porque todos los viajeros vuelven con un color semejante al de la caoba y usted lo tiene blanco. En cuanto á tener correspondencia, ¿para qué se habían de escribir ustedes, como no fuera para enviarle té? De modo que le ha conocido usted en casa de su madre... la señora Clennam... Es una mujer muy sensata y enérgica, pero de un carácter sumamente duro... debía haber nacido para ser la mamá del hombre de la máscara de hierro.

—Sin embargo—replicó la niña Dórrit,—la señora Clennam ha sido muy buena para mí.

—¿De veras? Me alegro mucho de saberlo, pues naturalmente deseo tener mejor opinión de la madre de Arturo, aunque yo ignore lo que ella piense de mí. Cuando comienza á charlar como una cotorra, me mira con los ojos muy abiertos, y entonces parece la estatua del Destino sentada en un sillón con ruedas... Siento mucho haber dicho esto, porque al fin y al cabo, ella no tiene la culpa de ser paralítica.

—¿Dónde encontraré mi trabajo, señora?—preguntó la niña Dórrit dirigiendo á su alrededor una tímida mirada.

—¡Qué laboriosa es usted!—exclamó Flora bebiendo otra taza de té con algunas cucharadas del estimulante prescrito por su médico;—no hay prisa ninguna; vale más que comencemos por confiarnos todo cuanto se refiere á nuestro común amigo... (la palabra amigo es muy fría... pero no, es por el contrario muy conveniente;) no hemos de permanecer impasibles (no lo digo por usted, sino por mí,) como aquel muchacho de Esparta que se dejaba comer el corazón por un zorro. Dispénsame usted por evocar este recuerdo clásico; pero es porque de todos los chicos fastidiosos que se meten por todas partes, ese es el más cargante.

La niña Dórrit se puso muy pálida y volvió á sentarse para oír la confidencia de Flora, diciendo al mismo tiempo:

—¿No sería mejor que trabajase al mismo tiempo? Eso no me impediría oír y yo estaría más satisfecha si usted lo permite.

Era tan fácil ver que la joven no se hallaba á su gusto sin

el trabajo, que Flora fué á buscar un cesto lleno de pañuelos blancos. La niña Dórrit lo colocó á su lado con aire de satisfacción, sacó del bolsillo su alfilerero, enhebró su aguja y comenzó á coser.

—¡Qué dedos tan ágiles!—exclamó Flora.—¿Está usted segura de no hallarse enferma?

—Muy segura.

Flora se acomodó bien delante de la chimenea, y después de contemplar algún tiempo las serenas facciones de la pequeña costurera, reanudó la conversación.

—Debo comenzar por confesar á usted—dijo,—aunque es probable que ya lo sepa por mis alusiones anteriores, y porque conozco que lo llevo escrito en la frente con caracteres de fuego, que antes de ser presentada yo al señor Finching, era la prometida del señor Clennam. Yo le llamo señor Clennam en público, por respeto á las conveniencias sociales, pero aquí podemos llamarle Arturo... En otro tiempo los dos no éramos más que uno; nos hallábamos en la primavera de nuestras existencias; todo era alegría, felicidad, y otras muchas cosas buenas... cuando se nos impuso la separación; entonces quedamos como petrificados, y por eso Arturo marchó á la China y yo dí mi mano al señor Finching, mi difunto esposo.

Flora pronunciaba las palabras en voz baja, pareciendo complacerse en hacer semejante declaración.

—Corramos un velo sobre ese período de mi existencia, que ha pasado para mí como un sueño—prosiguió Flora:—me limitaré á decir que mi difunto y yo hicimos un viaje de recreo á Calais, y que algún tiempo después de haber vuelto á Londres, un acceso de gota le arrebató de este mundo. Venero la memoria del difunto Finching, porque era un hombre muy apreciable y muy buen esposo, que acogía mis menores deseos como órdenes, y que me proporcionó el bienestar en cuanto le fué posible. Yo resolví volver á la casa paterna, donde he vivido algunos años, si no feliz, por lo menos tranquila, hasta el día en que papá entró en mi cuarto con su aire benévolo para decirme que Arturo Clennam me esperaba en el salón. No me pregunte usted lo que experimenté al verle... bástele saber que le hallé joven, y siempre el mismo.

El misterio de que Flora se rodeó en esta parte de su narración, hubiera podido detener otros dedos menos ágiles que los de la costurera que estaba á su lado; pero la niña

Dórrit no interrumpió su tarea, ni tampoco levantó un instante la cabeza.

—No me pregunte usted—continuó Flora,—si le amo aún ó si soy amada todavía, ni cómo ni cuándo acabará todo esto; muchas miradas están fijas en nosotros, y tal vez cada cual de nosotros esté destinado á languidecer, sin que jamás nos una el lazo conyugal. Ni una palabra, ni un ademán, ni una mirada debe hacernos traición; es preciso que permanezcamos mudos como la tumba, y por lo tanto no extrañe usted verme tratar á Arturo con cierta frialdad, como él lo hará conmigo. Razones fatales nos obligan á disimular; basta que nos comprendamos. ¡Silencio!

Flora dijo todo esto con tal volubilidad y tal acento de convicción, que nadie hubiera pensado en poner en duda sus palabras.

—¡Silencio!—repitió,—ahora ya lo sabe usted todo, y no hay secreto entre nosotras. Por el amor de Arturo quiero ser siempre una amiga para usted, hija mía, y desde luego puede contar conmigo.

La niña Dórrit dejó su costura á un lado y levantóse para besar la mano de Flora.

—Tiene usted mucho frío—dijo ésta, con aquel acento de bondad natural que era en ella lo más apreciable;—no trabaje usted más hoy... seguramente está indispuesta... me parece que tiene usted la salud algo delicada.

—Esto pasará muy pronto; sólo estoy un poco conmovida por su bondad y la del señor Clennam al recomendarme á una señora á quien ama hace tanto tiempo.

—En cuanto á esto, hija mía—repuso Flora, siempre dispuesta á ser sincera cuando podía reflexionar un momento,—dejemos el amor de Arturo á un lado por ahora, porque en resumidas cuentas, yo no juraría nada. De todas maneras, lo más importante es que descanse usted un poco en el sofá.

—Siempre he sido bastante fuerte para hacer lo que me proponía—replicó la niña Dórrit con una ligera sonrisa;—el agradecimiento es lo único que me ha producido cierta agitación, y si me permitiera usted sentarme junto á la ventana, esto pasaría muy pronto.

Flora abrió al punto la que estaba más cerca, hizo sentar á la joven en el sofá inmediato, y retiróse discretamente hacia la chimenea. La brisa que refrescó á la niña Dórrit hízole recobrar su animación en breve, y á los pocos minutos volvió á sentarse junto al cesto de pañuelos para continuar su trabajo.

Después de haber cosido un rato, la joven preguntó tranquilamente á Flora si el señor Clennam le había dicho dónde habitaba; y cuando su protectora hubo contestado negativamente, la joven repuso que comprendía la delicadeza de Arturo, y que estaba convencida de que éste no la aprobaría cuando supiera que había confiado su secreto á Flora, como deseaba hacerlo, si ésta lo permitía. Habiéndosele contestado afirmativamente, la joven reseñó á grandes rasgos su historia, hablando muy poco de sí misma, pero sin escasear los elogios para su padre. Flora escuchó el relato con cariñoso interés, que armonizaba con el candor de la joven.

A la hora de comer, Flora cogió del brazo á su protegida y la presentó al Patriarca y á Pancks, que esperaban en el comedor, dispuestos á comenzar. La tía del señor Finching seguía guardando cama y era menester servirla en su cuarto. Casby y su agente recibieron á la niña Dórrit cada cual á su manera: el Patriarca pensó sin duda hacerle un gran favor al decirle que se alegraba mucho de verla; el señor Pancks saludó, produciendo un ligero ronquido.

En tal estado de cosas, y hallándose ante personas extrañas, la niña Dórrit no podía menos de manifestar mucha timidez, sobre todo cuando Flora la obligó á tomar un vaso de vino y á comer de los mejores platos; pero su confusión creció de punto al observar el proceder de Pancks. La conducta del agente le hizo creer al principio que era algún retratista, á juzgar por lo mucho que la miraba, consultando á menudo los apuntes de la cartera que tenía á su lado; pero al ver que no dibujaba nada y que sólo hablaba de negocios, comenzó á creer que sería algún acreedor de su padre, cuyo crédito estaría inscrito en la cartera. Bajo este punto de vista, los ronquidos de Pancks podían indicar su cólera y su impaciencia para realizar el cobro.

Pero Pancks se encargó muy pronto de desvanecer las sospechas de la joven por la conducta que observó después, tan anormal como extraordinaria. Hacía media hora que la niña Dórrit se había sentado á coser; Flora acababa de entrar en una habitación contigua, de donde salió en breve cierto olor alcohólico; y el Patriarca, cubierta la cabeza con un pañuelo amarillo, habíase entregado al sueño en el mismo comedor: este momento de calma fué el que Pancks eligió para presentarse silenciosamente á la niña Dórrit, á quien saludó con la mayor cortesía.

—Debe parecerle á usted el tiempo un poco largo, señorita Dórrit—dijo en voz baja.

—No, señor—contestó la joven,—nada de eso.

—Veo que está usted muy ocupada—repuso el agente adelantándose un poco.—¿Qué trabajo tiene usted, señorita Dórrit?

—Sólo unos pañuelos.

—¡Pañuelos!—repitió Pancks;—nunca lo hubiera creído. Usted se preguntará sin duda, señorita, quién soy yo; y por si acaso desea saberlo, le confesaré de una vez que soy uno de esos que dicen la buena ventura.

La niña Dórrit comenzó á creer que su interlocutor estaba loco.

—Pertenezco en cuerpo y alma á mi propietario—continuó Pancks,—ese caballero anciano que ha visto usted en el comedor; pero también hago otros pequeños negocios por mi cuenta y muy secretamente, señorita Dórrit.

La joven miró al agente con cierta expresión de temor.

—Me complacería mucho ver á usted la palma de la mano, —dijo Pancks,—sólo para dirigir una ojeada, pero no me atrevo á pedirle este favor, por temor de molestarla.

La niña Dórrit pensó que Pancks la molestaba en efecto, pues hubiera preferido no tenerle delante; pero sin decir palabra, colocó su costura sobre las rodillas y tendió la mano izquierda sin quitarse el dedal.

—Largos años de trabajo—dijo Pancks, mirando atentamente la mano, y tocándola con su índice algo seco;—pero ¿para qué hemos nacido sino para trabajar? Para nada. ¡Pero qué veo en estas líneas! ¡Una prisión! ¿Y quién es aquel otro que lleva un clarinete debajo del brazo? ¡Un tío! ¿Y quién aquella joven que calza unos zapatitos de seda blancos? ¡Una hermana! ¿Y quién aquel que se pasea ocioso de una parte á otra? ¡Un hermano! ¿Y, quién aquella que euída de todos? Es usted, señorita Dórrit.

La joven no pudo menos de fijar una mirada de asombro en su interlocutor, y entonces parecióle que Pancks, á pesar de sus ojos penetrantes tenía una expresión más benigna de lo que le pareció en la mesa; mas no tuvo tiempo de confirmar ó rectificar esta nueva impresión, pues Pancks había vuelto á estudiar la mano.

—A fe mía—murmuró el agente, indicando con el pulgar una línea profética,—consiento en que me ahorquen si no

soy yo quien está representado en aquel ángulo. ¿Qué papel hago yo aquí? ¿Cuál es mi misión? ¿Qué hay detrás de mí?

Pancks corrió lentamente su dedo hasta la muñeca, después alrededor de ésta, y aparentó buscar en el dorso de la mano la contestación á su última pregunta.

—¿Será algo malo?—preguntó la niña Dórrit sonriendo.

—Nada de eso—replicó Pancks.—¿Qué valor le parece á usted que puede tener?

—Yo soy quien podría preguntar á usted eso—repuso la joven,—pues no entiendo nada en lo de la buena ventura.

—Es cierto. ¿Cuánto valdrá? Vivir para ver, señorita Dórrit.

Dejando la mano poco á poco, Pancks introdujo los secos dedos de la suya entre los mechones de su áspero cabello y repitió lentamente:

—Recuerde usted lo que le digo, señorita Dórrit: «vivir para ver.»

La niña Dórrit no pudo menos de manifestar á Pancks su asombro por lo bien informado que estaba de todo cuanto á ella se refería.

—Figúrese usted que no he dicho nada—repuso el agente;—lo que usted debe hacer es no hablarme delante de nadie, y hasta aparentar que no me conoce. ¿Quedamos convenidos en esto, señorita Dórrit?

—Apenas sé que contestarle—replicó la joven, sorprendida en el más alto grado.—¿Por qué me pide usted eso?

—Porque soy Pancks el bohemio, el que dice la buena ventura. Aún no sabe usted, señorita Dórrit, lo que yo he visto en esa pequeña mano; solamente le he dicho: «vivir para ver.» ¡Vaya! ¿quedamos convenidos?

—Todo se reduce á no aparentar que me conoce cuando nos encontremos fuera de esta casa, ni fijar tampoco su atención en mis idas y venidas. Esto es cosa muy fácil, y no perderá usted mucho en no mirarme, porque no tengo nada de guapo ni de agradable en sociedad, y sólo soy el *factotum* de mi propietario. Usted debe limitarse á pensar que soy Pancks el bohemio, el que dice la buena ventura... y que algún día le dirá el fin de la suya... «Vivir para ver...» ¿Quedamos convenidos, señorita Dórrit?

—Sí—balbuceó la joven, que comenzaba á turbarse;—consiento en ello, siempre que no sea para hacer algún daño.

—¡Bah!—murmuró Pancks,—no hablemos de eso.

E inclinándose hacia la costurera, díjole al oído, dirigiendo una mirada á la puerta de la habitación contigua:

—Es una buena mujer, que no deja de tener apreciables cualidades, pero peca de irreflexiva y de habladora.

Al decir esto, Pancks se restregó las manos y alejóse, muy satisfecho al parecer de su entrevista con la costurera.

Si la niña Dórrit se preocupó mucho al observar la conducta de su nuevo amigo después de aceptar semejante compromiso, las circunstancias que siguieron no debían ser las más propias para desvanecer sus dudas. Cuando la joven iba á casa del señor Casby, Pancks no se contentó ya con dirigirle miradas significativas, sino que comenzó á intervenir en su vida cotidiana, ó más bien á espiar sus actos. La niña Dórrit le encontraba siempre en la calle; y se iba á casa de la señora Clennam, el agente no dejaba de encontrar un pretexto para ir también. Apenas transcurrida una semana, la joven encontró un día á Pancks, con no poco asombro suyo, hablando con el carcelero de servicio en la misma portería, y al parecer con cierta intimidad; pero su sorpresa creció de punto cuando al día siguiente le dijeron que Pancks había figurado el domingo anterior entre los visitantes del decano, y que se le vió pasear con un preso, así como entrar en el café de la prisión, donde espetó un discurso á los concurrentes diarios, convidándolos después á una veintena de litros de cerveza. El efecto que produjeron en Plornish algunos de estos fenómenos, presenciados por él mismo, impresionó también mucho á la niña Dórrit; Plornish había enmudecido de sorpresa, y cuando más, murmuraba que ningún inquilino del Corazón Sangriento creería á Pancks capaz de semejante cosa. El agente de Casby puso el colmo al asombro que ocasionaba su misteriosa conducta, trabando conocimiento con Tip, á quien vieron un día entrar en el patio de la prisión cogido del brazo de Pancks. Sin embargo, el agente no parecía fijar su atención en la niña Dórrit, y sólo dos ó tres veces, al pasar junto á ella, sin que nadie le oyera, murmuró, fijando en ella una mirada amistosa: «Pancks el bohemio dice la buena ventura.»

En cuanto á la joven costurera, aunque muy asombrada de todo esto, guardaba su sorpresa para sí, como había guardado antes sentimientos más dolorosos. En la niña Dórrit se efectuaba un cambio; cada día era más reservada; salir de la prisión y entrar sin que nadie la viera, mantenerse olvidada de todos eran sus más vehementes deseos.

La joven no parecía feliz sino cuando podía retirarse á su

habitación, donde solía sentarse junto á la ventana, entregándose á sus reflexiones; entonces sus miradas se fijaban en aquellas puntas de hierro que coronaban el muro, y en la sólida verja, que á veces veía sólo á través de sus lágrimas; pero risueña ó triste, este era su único pasatiempo; sólo veía el mundo á través de aquellos hierros inexorables.

Su cuarto era una especie de buhardilla, de mísero aspecto, pero muy limpia y aireada; la joven se había encariñado con su habitación, y su mayor recreo era estar allí sola, entregada á sus pensamientos. Tanto es así, que cierto día, después de haber comenzado Pancks con sus misterios, al oír los pasos de Maggy en la escalera, temió que enviaran á buscarla; sus mejillas palidieron y tembló al ver á Maggy abrir la puerta.

—Será preciso bajar á darle los buenos días—dijo la buena mujer;—hace ya rato que ha venido.

—¿De quién hablas, Maggy?

—¿De quién ha de ser, sino del señor Clennam? Está en la habitación del padre, y me ha dicho que tuviera la bondad de subir á decir á usted que ha llegado.

—No me siento muy bien, Maggy; mejor sería quedarme en mi cuarto; voy á descansar un rato, porque me duele la cabeza. Darás al señor Clennam expresiones de mi parte, diciéndole que á no ser por esto habría bajado.

—Sí, sí; pero no está bien que vuelva usted así la cabeza para hablarme, madrecita.

Maggy era muy sensible á los desaires, y no poco ingeniosa para imaginarlos.

—He aquí que ahora se oculta usted el rostro con las manos—prosiguió Maggy;—si no puede sufrir que la mire una pobre muchacha como yo, más vale decirlo de una vez, en lugar de taparse la cara de ese modo, entristeciendo el corazón de una pobre chica de diez años.

—Es que me duele la cabeza, Maggy.

—Pues bien, si llora usted para aliviarse la cabeza, madrecita, permítame llorar también, pues no es justo que lo haga sola; lo mismo se deben compartir las lágrimas que otra cosa cualquiera cuando no somos egoístas.

Y sin esperar el permiso, Maggy comenzó á llorar de la mejor gana.

No le costó poco á la niña Dorrit inducir á su amiga á que bajase para excusarla con el señor Clennam, y fué necesario que le prometiera referirle un cuento, á los cuales era muy aficionada, para acabar de convencerla. La niña Dórrit en-

cargó á Maggy que volviese dentro de una hora, advirtiéndole que si desempeñaba bien su comisión, quedaría contenta de la recompensa. La pobre mujer se retiró al punto y alejóse repitiendo las palabras que debía decir, para no olvidar ninguna.

Transcurrido el tiempo indicado, Maggy volvió al cuarto de la niña Dórrit, diciéndole al entrar:

—No está poco incomodado; quería enviarme á buscar un médico, y ha dicho que volverá mañana; creo que no dormirá bien esta noche, á causa del dolor de cabeza de usted. ¿Ha llorado más la madrecita?

—Un poco, Maggy.

—¿Sólo un poco?

—Sí; pero ahora ya no tengo nada; se me ha pasado casi el dolor de cabeza y me siento mucho mejor. Me alegro de no haber bajado.

Maggy abrazó cariñosamente á la niña Dórrit, alisó después su cabello, roció con agua fresca la frente y los ojos de la joven; y, por último, reuniendo sus esfuerzos, arrastró un cofre hasta cerca de la ventana, como hacía siempre cuando se trataba de oír un cuento y dijo á la joven:

—Vamos, madrecita, que sea interesante.

—¿Sobre qué asunto, Maggy?

—¡Oh! quisiera que hubiese una princesa, como usted sabe, rica, hermosa y buena.

La niña Dórrit reflexionó un momento, y sonriendo después melancólicamente, comenzó así:

—Una vez era un rey que poseía todo cuanto pudiera desear, y aun mucho más; tenía oro, plata, brillantes, riquezas de toda especie, palacios y...

—Hospitales—interrumpió Maggy,—póngale usted hospitales, madrecita, porque en ellos se está muy bien.

—También los tenía—contestó la joven.

—¡Muy bien!—repuso Maggy;—veo que era un rey famoso.

—Continúo: este monarca tenía una hija joven, la más bella y sabia princesa que se pudiera encontrar; cuando era niña, aprendía sus lecciones antes que ninguna otra, sin que sus maestros necesitaran enseñarla; y cuando fué mujer considérase como la maravilla del mundo. Ahora bien, cerca del palacio habitado por esta princesa había una cabaña donde vivía una pobre mujercita...

—¿Era vieja?—preguntó Maggy.

—No—contestó la niña Dórrit,—era por el contrario muy joven.

—¿Y no temía estar sola? Eso sí que me extraña, madrecita.

—La princesa pasaba d'ariamente por delante de la cabaña y veía á la mujercita hilando, cruzándose siempre una mirada entre las dos, hasta que una tarde la princesa mandó á su cochero hacer alto delante de la cabaña; apeóse y se adelantó para examinar aquella vivienda; mientras que la mujercita seguía hilando y mirándola. Esta princesa era tan maravillosa, que adivinaba todos los secretos, y por eso dijo á la mujercita: «¿Por qué guardas tan oculta aquella imagen?» Entonces la mujercita, comprendiendo que la princesa había descubierto por qué vivía sola, hilando desde la mañana hasta la tarde, arrodillóse á sus pies y le suplicó que no revelase su secreto. «No lo revelaré—contestó la princesa,—pero deseo ver lo que ocultas á todo el mundo.» Entonces la mujercita cerró las ventanas y la puerta de su cabaña, y en el sitio más recóndito y secreto de su vivienda enseñó á la princesa una «sombra.»

—¡Dios mío!—exclamó Maggy.

—Era la sombra de alguno que había pasado por allí hacía mucho tiempo, y que después marchó á un remoto país para no volver más. La princesa miró un momento á la mujercita y preguntóle después: «¿Por qué guardas con tanto empeño esa sombra?»—«Porque desde que habito aquí no ha pasado nunca por este sitio una persona tan buena y tan bondadosa; á nadie hago daño guardando esa sombra, porque *aquel* á quien pertenece ha ido á reunirse con la dama que le esperaba...»

—¡*Aquel*!—repitió Maggy;—entonces sería un hombre.

La niña Dórrit contestó tímidamente que lo suponía, y continuó su historia:

—La princesa dijo entonces á la mujercita: «Muy bien; pero cuando tú mueras, hija mía, se descubrirá que guardabas la sombra.» «Nada de eso—contestó la mujercita,—porque, llegada mi hora, la sombra se deslizará suavemente conmigo al fondo de mi tumba, y nadie sabrá nunca nada.»

—¡Pobre mujercita!—exclamó Maggy.—Continúe usted.

—La princesa quedó muy sorprendida al oír esto...

—Motivo había suficiente—interrumpió Maggy.

—Y por lo tanto—prosiguió la niña Dórrit,—resolvió vigilar á la mujercita para ver cuál sería el desenlace. Todos los días

pasaba en su hermoso coche por delante de la cabaña, viéndose siempre á la mujercita; pero al fin una mañana no la encontró; y como preguntase dónde estaba, dijéronle que acababa de morir.

—Debieron de llevarla al hospital—interrumpió Maggy,—porque allí la hubieran curado.

—La princesa—continuó la niña Dórrit,—después de llorar un poco, tan poco que no vale la pena hablar de ello, apeóse del coche, en el mismo sitio donde lo hiciera la primera vez, y se dirigió hacia la cabaña para examinar el interior. Como allí no había nadie que pudiese observarla, penetró resueltamente en el sitio donde la mujercita guardaba su imagen como un tesoro precioso; pero inútilmente buscó por todas partes, pues no encontró el menor vestigio de ella; y entonces comprendió que la mujercita no la había engañado al decir que la imagen se deslizaría con ella hasta la tumba.

—Este es el fin de mi cuento—dijo la niña Dórrit, cubriéndose en parte el rostro con la mano, para evitar el reflejo de los últimos rayos del sol poniente.

—¿Y había llegado á ser muy vieja?—preguntó Maggy.

—¿Quién, la mujercita?

—Sí.

—No lo sé; pero esto no alteraría en nada la historia, aunque hubiese vivido cien años.

Maggy comenzó á reflexionar, permaneciendo largo rato con la boca abierta, tanto que la niña Dórrit, á fin de distraerla, levantóse y se asomó á la ventana. En aquel mismo momento, Pancks, que pasaba por el patio, levantó la cabeza y fijó una mirada en la niña Dórrit.

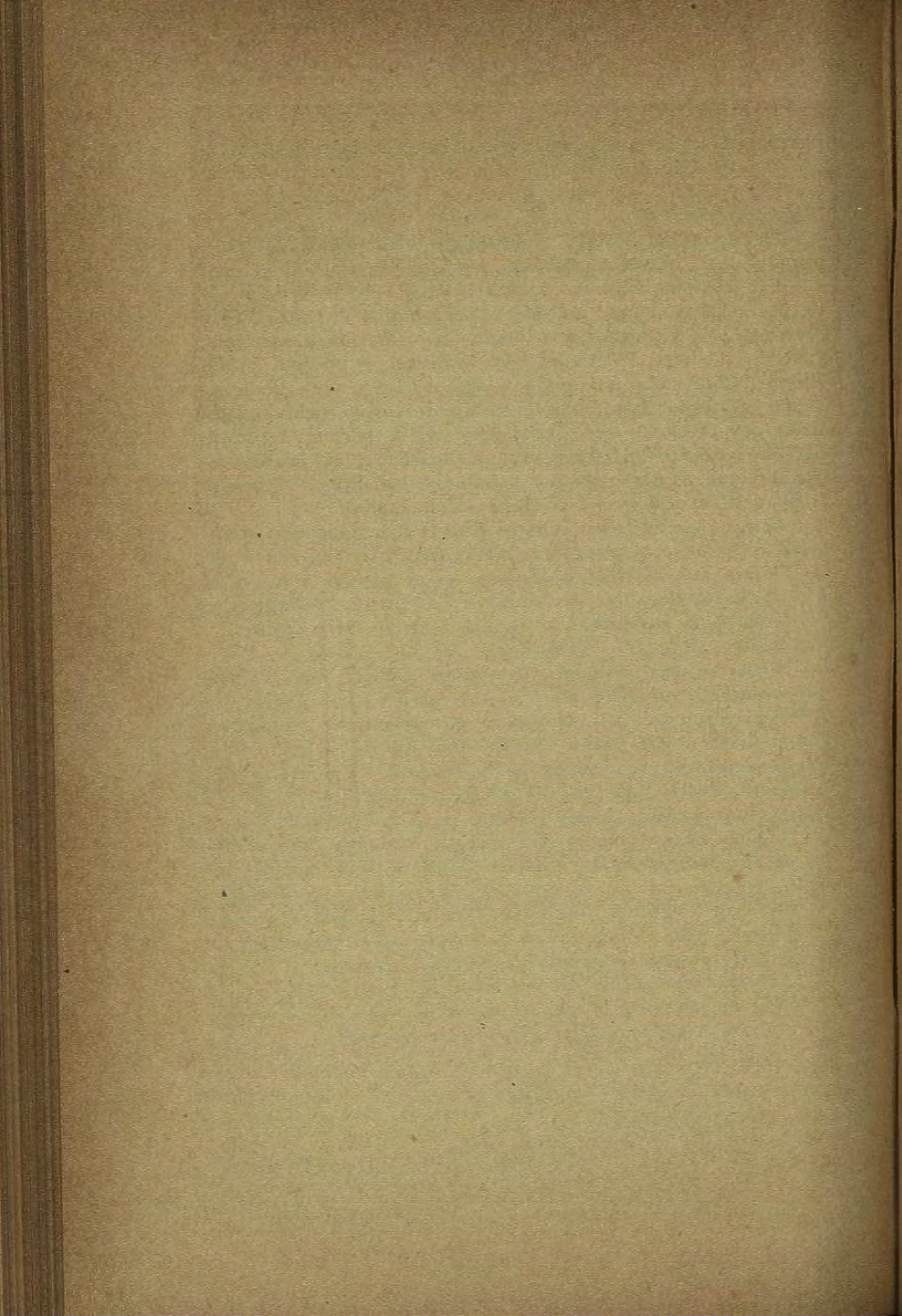
—¿Quién es ese, madrecita?—preguntó Maggy, que acababa de asomarse también;—le veo entrar y salir muy á menudo.

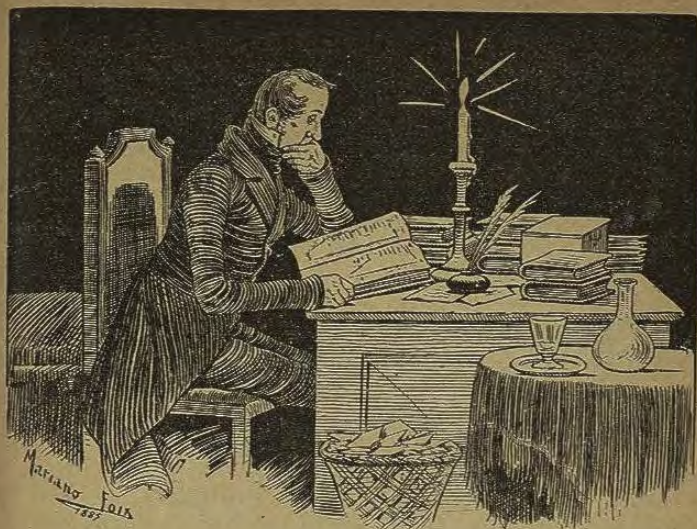
—Me han asegurado que es uno que dice la buena ventura—replicó la niña Dórrit;—pero dudo que sea capaz de referir la historia presente ó pasada de muchas personas.

—¿No hubiera podido contar la de la princesa?

—No, ni tampoco la de la mujercita—contestó la joven, fijando una triste mirada en el patio de la prisión.







CAPITULO XXV

Conspiradores y otros

Pancks tenía su domicilio particular en el arrabal de Pentonville, donde ocupaba en un primer piso una habitación que le alquiló un procurador de exigua clientela, el cual había puesto en la puerta de su casa un rótulo que decía:

«RUGG, agente de negocios y tenedor de libros.»

Esta inscripción, cuya severa sencillez tenía cierto aire majestuoso, veíase desde la extremidad de un jardinillo que separaba la casa de la calle, y en el que había algunos arbustos cuyo reseco follaje estaba cubierto de polvo. Un profesor de caligrafía, que habitaba el piso bajo, había adornado la verja con algunas muestras escogidas hechas por sus discípulos después de recibir las primeras lecciones. La habitación del señor Pancks reducíase á una alcoba muy bien ventilada; y el agente había estipulado con Rugg, principal inquilino, que todas las fiestas podría ó no almorzar y comer con él avisándole con un día de anticipación. Rugg estaba casado y tenía una hija.

Hacia veinte años que Pancks acostumbraba á comer todos los domingos con los esposos Rugg; y también había cenado con ellos muchas veces, sin que jamás se interrumpiese la buena armonía, porque el agente era uno de esos célibes empedernidos que no fijan su atención en mujer alguna.

Pancks se había ocupado siempre muy poco de negocios en su alojamiento de Pentonville, á donde no iba por lo regular más que para dormir; pero desde que había comenzado á decir la buena ventura, permanecía con frecuencia encerrado hasta media noche en el pequeño despacho oficial del señor Rugg, y no pocas veces veíase luz en su cuarto mucho después de esta hora. Era evidente que Pancks se ocupaba en algún trabajo extraordinario después de despachar los asuntos del Patriarca, que por cierto no dejaban de ser espinosos.

Después de trabar conocimiento con Chivery padre, Pancks no halló, sin duda, dificultad en relacionarse con su amable esposa y con el inconsolable Juan; pero fuera fácil ó no, el caso es que lo consiguió muy pronto. Una semana ó dos después de presentarse en el patio de la prisión, entraba en el estanquillo con tanta franqueza como en su misma casa, y había procurado sobre todo captarse la buena voluntad del joven, consiguiendo por último inducir al enamorado pastor á dejar sus húmedos bosquecillos para ocuparse de varias comisiones misteriosas.

Muy pronto el joven Juan comenzó á emprender de vez en cuando excursiones cuyo objeto era desconocido, y que se prolongaban á veces hasta cuatro días. La prudente señora Chivery, á quien la metamorfosis de su hijo asombraba mucho, hubiera podido protestar contra las ausencias de Juan, que podían ocasionar perjuicio á los parroquianos; pero tenía dos razones poderosas para no quejarse. En primer lugar, Juan salía de su embrutecimiento, interesándose en el negocio que era objeto de los viajes, lo cual consideraba la madre como un remedio eficaz para la salud de su hijo; y por otra parte, Pancks había consentido en satisfacer á la señora Chivery la suma legal de siete chelines y medio por cada ausencia de su hijo. El mismo agente había hecho la proposición en los siguientes términos lacónicos:

—Si su hijo tiene la debilidad de no admitir esta suma, no veo razón para que usted no la acepte en su nombre, y por lo tanto, como entre nosotros todo negocio será siempre negocio, aquí tiene usted el dinero.

En cuanto á Chivery padre, no cabía esperar de él que

emitiese su parecer sobre este asunto; era hombre de pocas palabras, y sin duda á causa de su profesión tenía también la costumbre de cerrarlo todo bajo llave, incluso á sí mismo; y hacíalo con tanto cuidado, como con los presos de la Mariscalía. Hasta cuando era necesario dejar salir alguna cosa, limitábase á entreabrir la puerta lo menos posible, y cerrábala al punto. Por lo que hace á buscar en la expresión de su fisonomía un indicio que pudiera servir para adivinar su pensamiento, tan inútil habría sido como tratar de descubrirle en las llaves de la prisión.

Convidar á cualquiera á comer en Pentonville era un hecho sin ejemplo en la historia de Pancks; y por eso llamó mucho la atención que invitase un día al joven Juan. El banquete tuvo lugar un domingo, y con este motivo la señorita Rugg preparó con sus propias manos un suculento asado con ostras; mientras que Pancks, por su parte, llevó una botella de rom para alegrar á su convidado. Cuando el joven Juan se presentó, á la una y media de la tarde, sin llevar ya su bastón de puño de marfil, Pancks le presentó al señor Rugg, diciéndole que era el joven de quien le había hablado á menudo, é invariable amante de la señorita Dórrit.

—Me complazco mucho en conocer á usted—dijo el señor Rugg,—pues sé que tiene sentimientos que le honran, y ojalá no sobreviva usted á ellos. Si á mí me hubiese de suceder, añadiría á mi testamento un legado de sesenta libras esterlinas en favor de aquel que me arrancase la vida.

El señor Rugg no era avaro de sus palabras, y había conquistado cierta reputación de buen hablista.

—Tengo el gusto—añadió,—de presentar á usted á mi hija Anastasia, que comprendiendo las emociones que agitan el corazón de usted, debe serle simpática, porque también ella ha pasado ya por el mismo camino.

El joven Juan parecía conmovido por tan cordial acogida.

—Permita usted—le dijo Rugg,—que ponga su sombrero en un rincón, pues aquí no tenemos perchas... ¡Ah! envidio á usted la felicidad de poseer tan buenos sentimientos, pues mi profesión es de aquellas que no permiten semejante dicha.

El joven Juan contestó que sólo deseaba hacer lo que pareciera bien, desinteresadamente, sobre todo cuando se tratara de servir á la señorita Dórrit.

—¡Vamos!—añadió Rugg, estrechando la mano del joven,—sólo el oírle á usted consuela, y á fe mía quisiera citarle á usted como testigo ante cualquier tribunal sólo para que se

humanizasen un poco los hombres de toga. Ahora, amigo mío, supongo que no se habrá dejado usted el apetito en casa y que manejará bien el cuchillo y el tenedor.

—Gracias, caballero—repuso el joven Juan,—hace algún tiempo que como muy poco.

—Pues sepa usted—replicó Rugg en voz baja,—que á mi hija le había sucedido exactamente lo mismo, y crea que no exagero al decirle que en la época de su desgraciado amor su alimento sólido no excedía de diez onzas á la semana.

—Creo que yo voy aun más lejos—replicó Juan, como avergonzado de hacer esta confesión.

—Sí, pero usted no tuvo que tratar seguramente con un demonio oculto bajo la forma de un sér humano—observó Rugg, con una mirada y un ademán muy significativos.

—Ciertamente que no—replicó Juan;—lo hubiera sentido mucho.

—Mi hija se conmovió si le oyese hablar así... pero he aquí el asado; vamos á comer. Señor Pancks, sólo por hoy, tenga usted la bondad de sentarse frente á mí; mi hija se colocará frente al joven Chivery... Gracias sean dadas al Señor por lo que nosotros y la señorita Dórrit vamos á recibir.

A no ser por el tono de broma con que Rugg pronunció estas palabras, hubiérase podido creer que la joven costurera debía asistir al banquete.

Terminada la comida pensóse en destapar la botella de rom, pero antes de verificarlo, sacó Pancks su cartera y abrió la discusión sobre los negocios, aunque de un modo tan singular, que cualquiera hubiera dicho que se trataba de un complot. Después de hacer algunas anotaciones en diversos pedacitos de papel, mientras que Rugg le miraba con mucha atención y Juan sonreía melancólicamente, reunió sus apuntes, corrigiólos, cerró su cartera, y con sus notas en la mano, como el jugador que tiene sus naipes, tomó la palabra cual pudiera hacerlo el jefe de una conspiración.

—Para comenzar—dijo,—tenemos un cementerio en el condado de Bedford. ¿Quién quiere encargarse del asunto?

—Si nadie lo pide, corre de mi cuenta—contestó Rugg.

Pancks dió una nota á Rugg y consultó las que le quedaban.

—Ahora—continuó el agente,—he aquí un apunte para tomar ciertos informes en York. ¿Quién lo quiere?

—A mí no me conviene—dijo Rugg.

—En tal caso, tal vez tendría usted la bondad de encargarse, Juan Chivery—añadió Pancks.

El joven consintió en ello, y Pancks, después de darle una nota, volvió á consultar las que le quedaban en la mano.

—También tenemos una Iglesia en Londres—dijo el agente,—pero esto quedará para mí. De un registro que hay en Durham podrá encargarse Juan; y usted, señor Rugg, de un anciano marino de Dunstable. De mi cuenta corren cierta Biblia de familia, una lápida sepulcral y un recién-nacido muerto. Por ahora no tengo más apuntes.

Al pronunciar estas palabras, Pancks introdujo la mano en uno de sus bolsillos y sacó una bolsa de lona, de la cual retiró dos paquetitos que contenían la suma necesaria para los gastos de viaje.

—El dinero se va pronto—dijo Pancks con tono inquieto, colocando uno de los paquetitos delante del señor Rugg y el otro al lado de Juan.

—Lo único que puedo decirle á usted—repuso el joven,—es que siento mucho no ser bastante rico para pagar mis gastos de viaje, ya que no consiente en darme tiempo para ir y venir á pie, que sería lo más satisfactorio para mí.

La abnegación del joven Juan pareció tan ridícula á los ojos de la señorita Rugg, que se vió obligada á retirarse precipitadamente para ir á la escalera á reirse á sus anchas; mientras que Pancks, después de contemplar un momento á Juan con mirada compasiva, retorció lentamente una punta del saquito de lona con cierta expresión que hubiera podido inducir á creer que habría hecho lo mismo de buena gana con el cuello del enamorado joven. En cuanto á la señorita Rugg, presentóse poco después y se ocupó en mezclar el rom con agua caliente y azúcar, como si nada hubiera sucedido, dando á cada cual su parte.

Tal fué la memorable comida que el señor Pancks dió en su domicilio de Pentonville; tal era su existencia activa y misteriosa; sus únicos momentos de ocio durante los cuales parecía olvidar sus cuidados, dedicábalos á hacer alguna visita, particularmente al extranjero cojo que había ido á instalarse en el Patio del Corazón Sangriento, por el cual parecía interesarse mucho.

Este forastero, llamado Juan Bautista Cavalletto, era un hombre de escasa estatura y de carácter tan alegre, que había acabado por llamar la atención de Pancks. Solitario y débil, sin conocer más que algunas palabras del idioma en que po-

día hablar con la gente que le rodeaba, sin tener apenas lo suficiente para comer y beber, ni más ropa que la que llevaba puesta, parecía sin embargo feliz, y cuando se paseaba por el Patio cojeando, apoyado en su bastón, excitaba la simpatía de todos por su carácter franco y jovial.

Y ciertamente no era poca cosa para un extranjero granjearse la buena voluntad de los habitantes del Patio, atendida la desfavorable opinión que de todos los extranjeros tenían formada, figurándose que no había ninguno que no tuviera malos antecedentes ni que dejara de llevar algún cuchillo oculto para dirimir sus contiendas á puñaladas. Por otra parte, los habitantes del Patio del Corazón Sangriento pretendían, sin pensar en su propia miseria, que los extranjeros son siempre muy pobres, y tan cobardes que se dejarían pegar por cualquiera, suponiendo asimismo que no conocen la moralidad ni saben lo que es la independencia. En una palabra, los inquilinos del Patio criticaban en los extranjeros los mismos defectos de que ellos adolecían en grado superlativo.

El pobre Juan Bautista debió luchar, pues, contra todas estas preocupaciones; pero felizmente para él, Arturo Clennam le había recomendado á los Plornish, y habitaba el último piso de la casa en que éstos vivían. Poco á poco, el buen Bautista se granjeó las simpatías de todos sus vecinos; tratabanle como si fuera un muchacho, riéndose de sus gestos y ademanes y de su modo de hablar; llamábanle á gritos, como si fuera sordo, para darle broma; y al ver que no se formalizaba nunca, cobráronle cierto cariño, hasta el punto de que algunos se esforzaron para enseñarle las frases más usuales en el idioma del país.

El pequeño italiano habitaba en el Patio hacía unas tres semanas cuando llamó la atención del señor Pancks.

El agente, acompañado de la señora Plornish, que debía servir de intérprete, subió un día al cuarto de su inquilino y hallóle trabajando en una escultura en madera, alegre y contento como siempre, aunque sólo tenía un colchón extendido en el suelo, una mesa y una silla.

—¡Vamos, amigo mío—le dijo Pancks,—es preciso pagar el alquiler!

Bautista, que tenía ya el dinero preparado envuelto en un pedazo de papel, entrególo al agente, y haciendo después un rápido movimiento con su mano derecha, indicó con los dedos la cantidad que entregaba.

—¡Oh!—exclamó Pancks mirando al italiano con asombro,

COPIA DE LA BIBLIOTECA
NACIONAL DE ESPAÑA

1881 DE OCTUBRE

—¡qué puntuales somos! He aquí un buen parroquiano; la suma está completa. A fe mía que no esperaba cobrar.

La señora Plornish tuvo entonces la bondad de adelantarse para desempeñar sus funciones de intérprete, y dijo á Bautista señalando á Pancks:

—El señor satisfecho, contento de recibir dinero.

El italiano sonrió, haciendo una señal afirmativa con la cabeza; y la expresión de su semblante pareció seducir entonces á Pancks.

—¿Cómo sigue de la pierna?—preguntó el agente á su intérprete.

—¡Oh! mucho mejor—contestó la señora Plornish;—esperamos que de aquí á ocho días andará sin bastón.

La buena mujer no quería que escapase tan buena ocasión de dar una prueba de su saber como políglota, y por lo tanto apresuróse á explicar á Bautista las palabras de Pancks, diciendo:

—El señor esperar que la pierna curar pronto.

—Pues según veo—observó Pancks contemplando al italiano con muda admiración,—parece estar muy contento. ¿Cómo se gana la vida?

—Creo que tiene mucha habilidad para esculpir las flores que le vemos hacer.

Bautista, adivinando sin duda lo que se trataba, enseñó su trabajo, y la señora Plornish le comunicó en su mal italiano la contestación de Pancks, diciéndole:

—El señor contento; parecerle muy bien la obra.

—¿Y gana con eso lo bastante para vivir?—preguntó el agente.

—¡Oh! es hombre que se contenta con muy poco—contestó la intérprete, y por otra parte, supónese que más tarde se arreglará muy bien. El señor Clennam le ha encargado esta escultura, y además, siempre le da algo que hacer en la fábrica, llegando hasta á improvisar algún trabajo cuando el italiano lo necesita.

—¿Y en qué pasa el tiempo cuando no le dan ocupación?

—¡Oh! no hace gran cosa, sin duda porque aun no puede andar bien; pasea por el patio; habla con todos, sin comprender apenas lo que le dicen ni hacerse entender mucho tampoco; juega con los niños; se sienta á tomar el sol... canta y ríe... ¡ah! es preciso verle para juzgarle.

—¡Oh! comprendo sin dificultad que se ría—repuso Pancks;

—basta observar su fisonomía para comprender que debe costarle muy poco hacerlo.

—Pero nunca excita tanto la curiosidad—continuó la señora Plornish,—como cuando sube á lo más alto de la escalera por el otro lado del muro; entonces se le ve mirar con expresión inquieta en todas direcciones, observando atentamente á los que van y vienen. Unos dicen que contempla el horizonte por la parte de su país; otros suponen que espera ver llegar á alguñó á quien no desea ver; y los demás no saben qué pensar.

Bautista pareció adivinar vagamente lo que decía la señora Plornish, ó tal vez sorprendió al punto el ademán casi imperceptible por el cual la mujer remedaba á un hombre que mira de reojo; lo cierto es que cerró los ojos y encogióse de hombros con el aire de una persona que tiene sus razones para hacer lo que hace, pronunciando la palabra *altro*, con lo cual indicaba sin duda que esto no importaba á nadie sino á él.

—¿Qué quiere decir *altro*?—preguntó Pancks.

—¡Hum!... es una palabra que significa todo lo que se quiere—contestó la señora Plornish.

—¿De veras? En tal caso, procuraremos no olvidarla nunca. Y volviendo hacia el italiano, añadió:

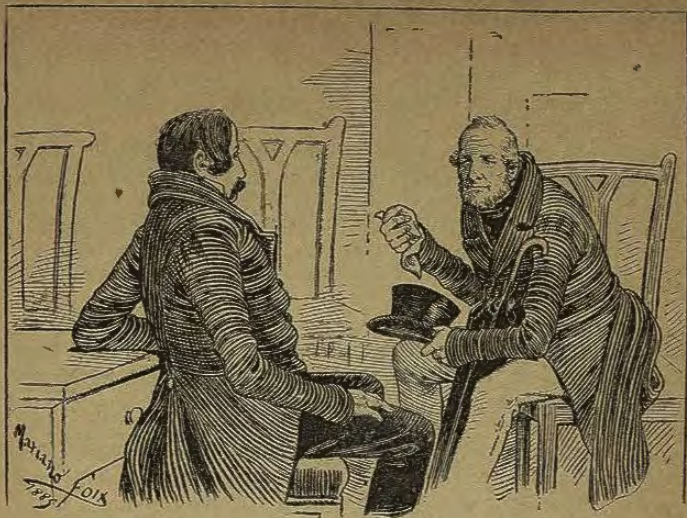
—¡*Altro!* amigo mío; pasarlo bien. ¡*Altro!*

Juan Bautista repitió la palabra varias veces con su viveza meridional y Pancks le contestó una sola, con su flema británica. Desde aquel día el agente adquirió una nueva costumbre: todos los días al volver á su casa, cansado de trabajar, cruzaba por el Patio del Corazón Sangriento, subía ligeramente la escalera, abría la puerta del cuarto de Juan Bautista y decía:

—¡Hola! camarada. ¡*Altro!*

El italiano contestaba con diversos ademanes y sonrisas, repitiendo á cada instante: «¡*Altro, signore, altro, altro, altro!*» Terminada esta conversación tan lacónica, Pancks se marchaba con aire satisfecho, como hombre que acaba de descansar y refrescarse.





CAPITULO XXVI

Situación de ánimo

Arturo Clennam podía felicitar-se de haber adoptado la juiciosa y firme resolución de no enamorarse de la hija de su amigo Meagles, pues de lo contrario habríase visto en una situación algo embarazosa, en lucha con encontrados sentimientos, uno de los cuales le induciría á odiar cordialmente á Enrique Gowan, cosa que juzgaba indigna de un caballero. Un corazón generoso que no se siente inclinado á experimentar estas profundas antipatías, y difícilmente las acepta, ni aun desapasionadamente; pero si echa de ver que el odio comienza á intervenir y reconoce en sus momentos de calma que este odio tiene su origen en un sentimiento interesado, no podrá menos de experimentar un pesar profundo.

A no ser por su prudente resolución, el recuerdo de Enrique Gowan habría sido enojoso para Clennam, ocupando su espíritu continuamente, hasta el punto de impedirle pensar en otras muchas personas y cosas más agradables. En cambio Daniel Doyce parecía ocuparse de Gowan mucho más que su asociado, y casi siempre era él quien comenzaba á hablar del joven artista en sus conversaciones confidenciales con Arturo, que habían llegado á ser muy frecuentes, pues los dos

socios habitaban el mismo piso en una de las antiguas calles de la Cité, no lejos del Banco.

El señor Doyce, que había ido solo á pasar el día en Twickenham, porque Clennam se excusó de acompañarle, acababa de llegar á la casa común, y antes de dirigirse á su habitación entreabrió la puerta de la de su socio para saludarle.

—Entre usted—dijo Clennam.

—He visto que leía usted—repuso Doyce,—y temía molestarle.

Clennam cerró con viveza el libro que tenía delante, y en el cual había fijado su vista más de una hora, tal vez inconscientemente, sin leer una sola línea, y preguntó á su socio:

—¿Cómo sigue aquella familia?

—Bien—contestó Doyce;—todos continúan en perfecta salud.

Así como muchos trabajadores, Daniel tenía la costumbre de llevar su pañuelo en el sombrero; descubrióse para sacarlo, y limpiándose la frente repitió con lentitud:

—Todos siguen bien, sobre todo la señorita Minnie.

—¿Había gente allí?

—No; yo era el único forastero.

—¿Y cómo han pasado ustedes el tiempo los cuatro?—preguntó Clennam con aire más satisfecho.

—¡Oh! éramos cinco; estaba allí aquel fulano.

—¿Qué *fulano*?

—Enrique Gowan.

—¡Ah! sí... es natural—replicó Arturo con viveza;—sí, sí... lo había olvidado.

—Según le dije á usted—repuso Doyce,—no deja de ir ningún domingo.

—Sí, sí; ahora lo recuerdo.

Daniel Doyce, que seguía limpiándose la frente, repitió con lentitud:

—Sí, allí estaba... allí estaba... y su perro también.

—La señorita Meagles parece querer mucho... al perro—observó Clennam.

—En efecto, aparentemente le aprecia más que yo al otro.

—¿Quiere usted decir al señor...?

—Enrique Gowan—interrumpió Doyce, para completar la frase.

Sucediose una pausa que Arturo aprovechó para dar cuerda al reloj.

—Tal vez forma usted concepto de las personas demasiado

pronto—dijo al fin.—En nuestros juicios... hablo en tesis general...

—Se entiende.

—En nuestros juicios pueden influir tantas consideraciones, que sin echarlo de ver nosotros, es posible que con frecuencia resulten injustos, por lo cual es preciso evitar toda precipitación. Así, por ejemplo, ese caballero...

—Gowan—añadió tranquilamente Doyce, que parecía tener empeño en pronunciar este nombre.

—... Es joven y guapo; parece hombre de chispa, y tiene gran experiencia del mundo. Difícil sería en mi concepto fundar imparcialmente la repulsión que inspirase á cualquiera.

—Pues para mí no existe dificultad, amigo mío—replicó Doyce.—Vea la inquietud que infunde hoy, y el pesar que ocasionará más tarde en la morada de mi antiguo compañero; y observo también que cuanto más se acerca á la señorita Minnie y más la mira, mayor es el número de arrugas que surcan la frente de mi amigo. En una palabra, veo que ese hombre tiende una red á la hermosa niña á quien no hará nunca feliz.

—No sabemos—replicó Arturo, con el tono de un hombre que no está tranquilo,—si la hará feliz ó no.

—Tampoco sabemos si la tierra durará cien años; pero la cosa nos parece muy probable.

—¡Vamos, vamos! tengamos esperanza, procurando por lo menos ser justos, ya que nada nos obliga aquí á mostrarnos generosos. No es cosa de censurar á ese joven por haber sabido agradar á la hermosa niña cuya mano ambiciona; ni tampoco debemos discutir el derecho natural que ella tiene de dar su corazón al hombre á quien juzgue digno de semejante favor.

—Es posible, amigo Clennam, es posible; pero no lo es menos que Minnie, demasiado joven y confiada, no conoce bastante mundo para hacer una buena elección.

—Esto sería un mal que no está en nuestra mano remediar.

—Mucho lo temo—repuso Doyce, moviendo tristemente la cabeza.

—De consiguiente—continuó Clennam,—es preciso resol vernos á no decir nada malo del señor Gowan, lo cual sería indigno de nosotros; fuera en mi concepto una despreciable satisfacción ceder á la antipatía que pueda inspirarnos ese joven; y en cuanto á mí, he resuelto no hablar nada contra él.

—No estoy tan seguro de mí, amigo Clennam, y por lo tan-

to, resérvome el derecho de no hacer su elogio; pero si no tengo confianza en mí, por lo menos estoy seguro de usted, admiro su rectitud y la respeto. ¡Buenas noches, querido socio!

Así diciendo, Doyce estrechó la mano de Clennam, como si se hubiera tratado de alguna cosa más formal en su conversación.

Algún tiempo antes de mediar este diálogo, los dos socios habían visitado ya varias veces á la familia Meagles, observando siempre que la menor alusión á Enrique Gowan desvanecía al punto la expresión de contento que se notaba por lo regular en el padre.

Entre tanto, Enrique Gowan parecía cuidarse muy poco de la situación de ánimo de unos y otros, sin que nada turbara su tranquila serenidad, como si juzgase increíble y ridícula la idea de que Clennam pudiera permitirse intervenir para nada en sus relaciones. Tratábale siempre con cierta bondad, á la vez que con una especie de desenvoltura, que tal vez hubiera producido el más desagradable efecto en Arturo, á no ser por la oportuna resolución que adoptara respecto á la hija de Meagles.

Al día siguiente de la conversación de los dos socios, Enrique Gowan hizo una visita á Clennam, y después de las primeras preguntas de costumbre, díjole con acento de bondad:

—Siento mucho que no haya usted venido ayer, pues hemos pasado un día delicioso.

—Así me lo han dicho—replicó Arturo.

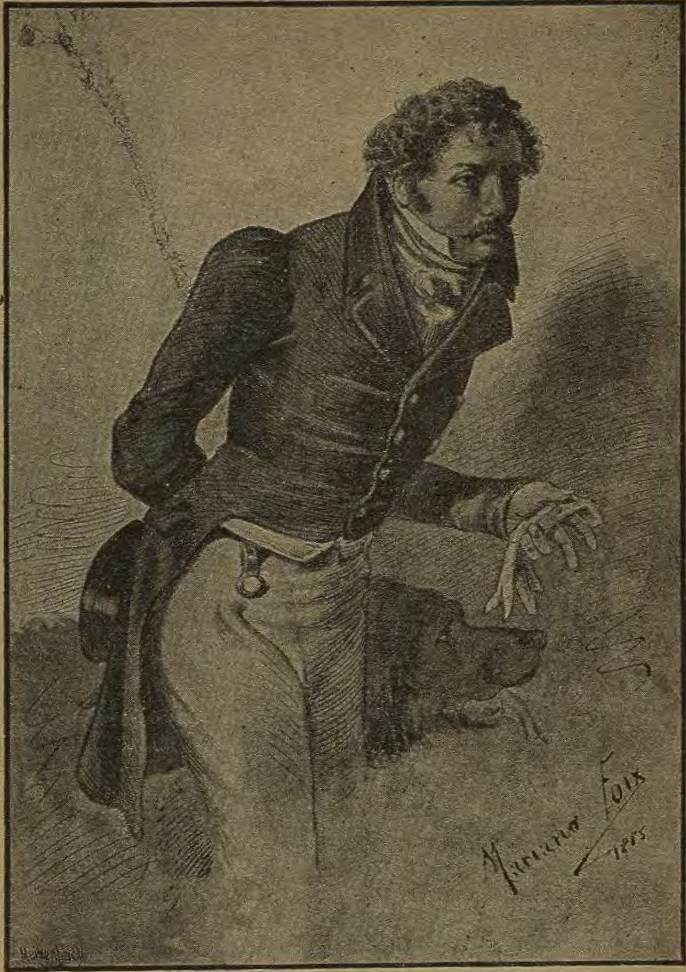
—Lo habrá sabido usted por su socio. ¡Qué hombre tan apreciable!

—Para mí lo es mucho.

—¡Pardiez! no he conocido otro más simpático, con su ingenuidad y candidez, y su ciega fe en una porción de cosas increíbles.

En la conversación de Gowan, éste era uno de los puntos delicados que desagradaban á Clennam, y por lo tanto lo eludió, repitiendo simplemente que apreciaba mucho á Doyce.

—Le digo á usted—continuó Gowan,—que es una bellísima persona; á mí me encanta verle ir y venir como un enamorado, sin cuidarse de si gana ó pierde en el camino, tan poco viciado por el mundo, tan sencillote y tan bonachón. A fe mía, señor Clennam, que cualquiera se puede creer atrozmente mundano y calavera junto á un hombre tan primitivo.



Góvan

Permítame usted añadir que sólo hablo por mí, señor Clennam, pues también usted me parece algo cándido.

—Gracias por el cumplido—contestó Ariuro algo picado;—supongo que usted le merecerá también.

—¡Bah! si he de hablarle con franqueza, no mucho, aunque tampoco soy un gran impostor. Si me compra usted un cuadro, le aseguro á usted, en confianza, que no valdrá el dinero que dé por él; pero si le compra usted á otro pintor, á uno de esos que han adquirido celebridad, le apuesto ciento contra uno que cuanto más caro le cueste más engañado quedará. Todos hacen lo mismo.

—¿Todos los pintores?

—Todos los pintores, escritores, patriotas, y cuántos tienen tienda abierta en el mercado social. Dé usted veinte libras esterlinas á cualquiera de los más que yo conozco, y le engañarán por su dinero; y cuanto mayor sea la cantidad, más considerable será el fraude; mas á pesar de todo, preciso es confesar que este mundo es encantador, verdaderamente delicioso.

—Yo creía—dijo Clennam,—que el principio de que usted habla se había adoptado principalmente por...

—Los Barnacle—interrumpió Gowan sonriendo.

—Por los hombres de Estado que dirigen el ministerio de Circunlocuciones.

—¡Ah! no diga usted mal de los Barnacle—replicó Gowan sonriendo de nuevo;—porque son hombres que encantan á cualquiera, particularmente el pequeño Clarence, el idiota de la familia, y el más refinado imbécil que jamás conocí. ¡Por Júpiter! tiene una habilidad que le admiraría á usted.

—Mucho—contestó Clennam con sequedad.

—Además—continuó Gowan, que parecía reducir todas las cosas al mismo valor,—aunque no puedo negar que el ministerio de Circunlocuciones debe concluir por ocasionar la ruina de nuestra nación, debe tenerse presente que la catástrofe no ocurrirá en nuestra época; y que por ahora no deja de ser una buena escuela para formar verdaderos caballeros.

—Pues yo creo que esa escuela, sobre ser muy peligrosa, cuesta demasiado y no satisface á los que pagan un subido precio por sostener á los discípulos—dijo Clennam moviendo la cabeza.

—¡Ah! es usted un hombre terrible—replicó Gowan, sonriendo,—y no me extraña que haya usted hecho perder la ca-

beza á ese asno de Clarence, que es el más apreciable de los idiotas, y á quien quiero de todo corazón. Pero dejemos de ocuparnos de él, y hablemos de otra cosa: yo quisiera presentar á usted á mi madre, señor Clennam, y espero que me ofrecerá usted propicia ocasión.

Si Clennam hubiera podido considerarse como rival de Gowan, semejante invitación le habría parecido la cosa menos apetecible del mundo, poniéndole en aprieto para buscar un medio de rehusarla.

—Mi madre—continuó el artista,—vive humildemente en ese torreón de ladrillos rojos que llaman el castillo de Hampton-Court. Si quiere usted elegir día y decirme cuándo tendrá á bien comer con nosotros, podrá pasar un mal rato, pero mi madre quedará sumamente complacida: esta es la pura verdad.

¿Qué contestar á esto? En el carácter reservado de Clennam había un gran fondo de sencillez (tomando la palabra en el sentido más favorable,) porque carecía de esa experiencia del hombre gastado; así es que se puso desde luego á disposición de Gowan, fijando el día, que por cierto fué muy triste para el convidado.

La señora Gowan, que recibió á Clennam con bastante amabilidad, era dama muy entrada en años, aunque de aspecto majestuoso, que en otro tiempo pasaría tal vez por una belleza, y que se conservaba lo bastante para poder prescindir del polvo que blanqueaba la punta de su nariz y de ciertos afeites que comunicaban á sus mejillas un aspecto de frescura imposible. Esto no le impidió manifestarse un poco altiva con su convidado, siguiendo el ejemplo de otra dama antigua que, excepción hecha del cabello, los dientes, el color negro intenso de las cejas, el busto y el tinte del cutis, debía tener necesariamente alguna cosa natural, pues de otro modo no hubiera podido existir. Junto á esta dama estaba sentado un caballero, también de respetable edad, de cabello gris y de aspecto digno, aunque bastante antipático. Estos dos personajes, que iban á comer con la señora Gowan, habían formado parte de una embajada inglesa en diversas partes del mundo; y como toda embajada inglesa que aspira á ponerse en buen lugar con el ministerio de Circunlocuciones debía tratar á todo súbdito inglés con soberano desprecio (pues de lo contrario se hubiera parecido á las embajadas de los demás países,) nuestros dos personajes debieron hacer un esfuerzo para conducirse algo cortésmente con el nuevo convidado: así lo comprendió Clennam.

La señora Gowan, presa de dulce melancolía, muy natural en una dama del alta sociedad que ve á su hijo reducido á solicitar el favor de la vil multitud, cultivando las «viles artes,» en vez de prevalerse de su parentesco con los Barnacle para pescar un destino, dió principio á la conversación, hablando del mal estado de los negocios públicos, y en particular de la noble familia que imperaba en el ministerio de Circunlocuciones.

La dama de las cejas negras y el ex-embajador antipático tomaron una parte muy animada en el debate que se siguió sobre cuestiones del día, debate que Enrique Gowan se complació en prolongar todo lo posible con maligna intención, al observar la desagradable sorpresa que los discursos de los tres oradores producían en Clenna. Al artista aficionado parecía divertirle la confusión de Arturo y su aislamiento entre aquellos nobles convidados.

Al cabo de dos horas de conversación, el ex-embajador, después de tomar su taza de té y de emitir con tono solemne varios pronósticos políticos, tuvo á bien retirarse; y entonces la señora Gowan, señalando á Clennam con el abanico el sillón que tenía á su lado, el cual solían ocupar sólo las personas más favorecidas, invitó á sentarse, como para darle una prueba de su deferencia y prosiguió con él la conversación sobre otro asunto.

—Señor Clennam—le dijo,—mucho me complace su visita... aun en este incómodo alojamiento, que es un verdadero cuartel; pero la satisfacción que me causa tiene doble motivo, porque ardo en deseos de hablar con usted sobre un asunto al que mi hijo debe, según creo, el placer de cultivar su conocimiento.

Clennam se inclinó, juzgando que esta vaga respuesta era la más conveniente al principio de una conversación que no comprendía aún del todo.

—Por de pronto—continuó la señora Gowan,—¿es verdaderamente bonita?

—¿De quién habla usted, señora?

—¡Oh! bien lo sabe usted—replicó la dama;—me refiero á esa señorita de quien Enrique se ha enamorado; me refiero á ese desgraciado capricho de mi hijo. Si toma usted por punto de honor obligarme á pronunciar la primera su nombre, diré que es la señorita... Mikles... Miggles...

—La señorita *Meagles* es muy linda—repuso Clennam.

—Los hombres—prosiguió la señora Gowan, moviendo la

cabeza, se engañan tan á menudo sobre este particular, que si he de hablar francamente, confesaré que disto mucho de estar convencida. No obstante, ya es algo que usted confirme la opinión de Enrique con tanta gravedad y convicción. Creo que en Roma fué donde conoció á esa gente...

Estas palabras hubieran agraviado á Clennam si hubiese tenido un interés amoroso, pero no hallándose en ese caso, limitóse á contestar:

—Dispense usted, señora; temo no haber comprendido bien.

—Digo que en Roma conoció á esa gente—repitió la señora Gowan, golpeando un velador con su enorme abanico cerrado;—que los descubrió, que los desenterró allí.

—¿Esa gente? ¿Qué gente?

—Esos Miggles.

—No podría decir á usted con certeza—replicó Clennam,—dónde mi amigo el señor *Meagles* presentó á su hija al señor Enrique Gowan.

—Yo creo que recogió á esa familia en Roma; pero poco importa el punto... claro está que los recogió en alguna parte. Ahora, quisiera que me dijese usted en confianza si esa gente no tiene modales demasiado plebeyos.

—A decir verdad, señora, yo soy tan plebeyo que no me creo autorizado á ilustrarla sobre este punto.

—¡Muy bien!—repuso la dama, abriendo tranquilamente su abanico;—debo creer, pues, que en su interior piensa usted que los modales de esa señorita corren parejas con su hermosura.

Clennam se inclinó con fría gravedad.

—Lo que usted me dice—añadió la dama,—no deja de ser consolador, y espero que no se engañe. Creo que Enrique me dijo que había usted viajado con ellos.

—Durante varios meses tuve, efectivamente, por compañeros de viaje al señor *Meagles*, á su esposa y su hija.

—Esto prueba que debe usted conocerlos, de lo cual me alegro mucho, porque le hablaré con franqueza. Ya hace mucho tiempo, señor Clennam, que comenzaron esos amorfos, sin que por esto disminuya la ceguedad de mi hijo. A mí me alivia mucho poder decirle á usted estas cosas, hablar del asunto con una persona tan bien informada.

—Dispense usted, señora—replicó Arturo;—pero debo advertirle que el señor Enrique Gowan no me ha hecho ninguna confidencia, y que disto mucho de estar informado como usted supone; el error de usted me coloca en grave apuro, y

de consiguiente le repetiré que entre su hijo y yo no se ha cambiado una sola palabra sobre el particular.

La señora Gowan dirigió una mirada al otro lado de la habitación, donde su hijo jugaba una partida al «carté» con la antigua dama artificial, y dijo después de una pausa:

—¿Con que no le ha confiado á usted nada, ni le ha hecho ninguna revelación? Esto no me extraña; pero advierta, señor Clennam, que hay confidencias mudas; y como usted es amigo íntimo de esos Miggles, no dudo que sabrá á qué atenerse. Tal vez sepa usted ya que he sufrido mucho al ver á Enrique dedicarse á una profesión que... ¡en fin! una profesión respetable hasta cierto punto, pues hay artistas que como tales son personas muy superiores; pero en nuestra familia no hemos tenido nunca pintores, y sí sólo aficionados.

Al oír esto Clennam pensó que por el pronto no había el menor peligro de que un verdadero artista comunicara nuevo brillo al nombre ilustre de los Gowan.

—Enrique—continuó la madre,—es testarudo, y como esos Mikles hacen todo lo posible para «acapararle,» pocas esperanzas me quedan, señor Clennam, de verle romper con la familia. Temo que esa muchacha tenga un pobre dote; Enrique hubiera podido encontrar cosa mucho mejor; en una palabra, no veo nada que compense la desigualdad de semejante alianza. En fin, mi hijo no quiere atender razones, y si pasando algún tiempo no puedo conseguir que eso concluya, forzoso será resignarme y hacer de tripas corazón, aceptando á esa gente. Por lo demás, le agradezco que me haya proporcionado los informes que deseaba.

—Señora Gowan—replicó Clennam, después de inclinarse gravemente, y no sin cierta confusión,—apenas sé cómo cumplir lo que considero un deber, y ruego á usted me dispense la manera de hacerlo. Creo que usted incurre en un error, y muy grave (si me es permitido hablar así,) que es preciso rectificar. Usted supone que el señor Meagles y su familia hacen todo lo posible... creo que éstas son sus palabras...

—Sí, señor—repuso la dama, mirando á su interlocutor tranquilamente.

—Hacen todo lo posible—repitió Clennam,—para «acaparar» al señor Enrique Gowan.

La madre hizo una señal afirmativa.

—Ahora bien—prosiguió Arturo,—esto no tiene el menor viso de verdad, pues me consta que sólo la idea de semejante unión aflige al señor Meagles, quien ha opuesto todos los

obstáculos posibles con la esperanza de conseguir un rompimiento.

La señora Gowan cerró su gran abanico verde, dió un golpecito en el brazo de Arturo y otro en sus propios labios, entreabiertos por una sonrisa, y replicó:

—Justamente; eso es lo que yo quiero decir.

Clennam buscó en las facciones de su interlocutora la explicación de estas palabras.

—¿Habla usted seriamente, señor Clennam? ¿No me ha comprendido?

Arturo contestó negativamente.

—¿Le parece á usted—prosiguió la dama,—que no conozco á mi hijo, y que puede ocultárseme que ese es el mejor medio para atraparle? Esos Miggles lo saben tan bien como yo, y harto se ve que son gente práctica en los negocios. Si no me engaño, el tal Miggles estuvo empleado en un Banco, y éste prosperó bajo su dirección. ¡Muy bien jugado; debo reconocerlo!

—Señora, ruego á usted...

—¡Oh! señor Clennam, ¿cómo puede usted ser tan crédulo?

Ofendióle tanto á Clennam el tono altivo de la dama y su ademán desdeñoso al acariciarse los labios con el abanico, que no pudo menos de replicar con mucha viveza:

—Créalo usted, señora; esa sospecha es injusta y carece de todo fundamento.

—No es sospecha—dijo la dama,—es «certidumbre.» A fe mía que está muy bien jugado, puesto que esa gente parece haberle deslumbrado á usted también con falsas apariencias, señor Clennam.

La señora Gowan comenzó á reirse, y pasando de nuevo el abanico por sus labios, añadió:

—¡Vamos! ¿le parece á usted que á mí se me oculta que esa gente se pondría en cuatro pies para obtener semejante alianza?

En aquel momento, Enrique Gowan, que había dejado de jugar, acercóse y dijo á su madre:

—Espero que por esta vez me cederá al señor Clennam, porque hemos de ir muy lejos y se va haciendo tarde.

Arturo se levantó, mientras que la señora Gowan le seguía mirando con la misma altivez y la misma desdeñosa sonrisa.

—Mi madre le ha concedido á usted una audiencia terriblemente larga—dijo Gowan á Clennam cuando hubieron salido;—espero que le habrá maltratado mucho.

—Nada de eso—contestó Arturo.

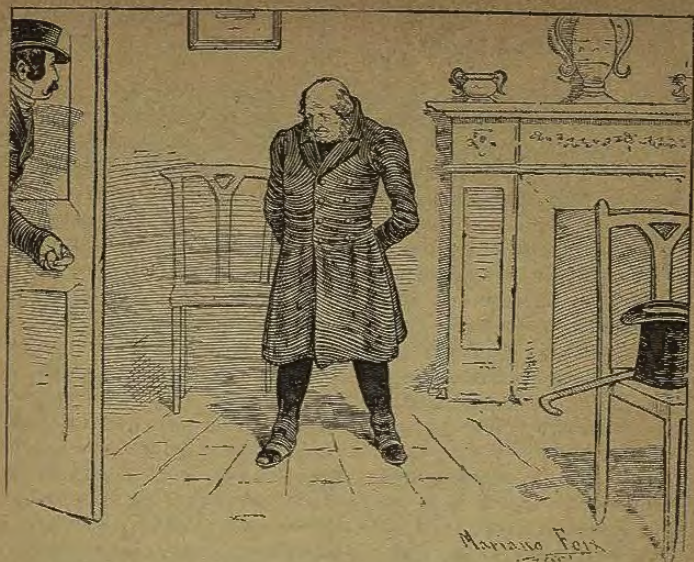
A la puerta esperaba un pequeño factón descubierto para trasladarlos á Londres, y un momento después el vehículo corría hacia la capital. Gowan, que conducía, encendió un cigarro, ofreciendo otro á Clennam; pero éste rehusó, y por más que hizo para evitarlo, quedó absorto en sus reflexiones, tanto que Gowan le repitió:

—Temo mucho que mi madre le haya tratado mal.

—De ningún modo—contestó Arturo, interrumpiendo su meditación para caer de nuevo en ella.

Arturo recordó involuntariamente la mañana en que vió por primera vez á Enrique Gowan, desenterrando las piedras del camino con el tacón de su bota; y preguntóse más de una vez, cuando se hubo despedido del artista, si la presentación de aquel día no habria sido preparada por éste, sabiendo lo que su madre iba á decirle sobre la familia Meagles.





CAPITULO XXVII

Veinticinco

Mucho inquietaba á Clennam la idea de que los informes pedidos por Pancks sobre la familia Dórrit pudieran tener alguna relación con los temores que manifestó á su madre al volver de su largo destierro. ¿Qué datos habría obtenido ya el agente? ¿Qué deseaba saber aún? ¿Por qué se ocupaba tanto de esta familia? Todas estas preguntas eran para Arturo otros tantos problemas que le daban mucho que pensar. Pancks no era hombre para perder el tiempo y el trabajo en averiguaciones sugeridas por mera curiosidad, y no podía dudarse que se proponía un objeto determinado, siendo muy posible que descubriera muchos de los motivos secretos que habían impulsado á la señora Clennam á dispensar su protección á la niña Dórrit. Asunto era éste que se prestaba á las más graves reflexiones.

Y adviértase que Arturo no vacilaba un solo instante en su deseo y en su resolución de reparar una injusticia cometida en vida de su padre, si se llegaba á descubrir algo cuya reparación fuese posible. El temor de que hubiera podido su-

ceder semejante cosa era muy vago; pero de todos modos, si su presentimiento se justificaba, hallábase dispuesto á ceder todo cuanto poseía, aunque le fuera preciso comenzar de nuevo su carrera en la vida. Como las terribles y sombrías lecciones de su infancia no habían penetrado nunca en su corazón, el primer artículo de su código de moral le imponía como precepto conducirse de modo que pudiera mirar á todo el mundo sin avergonzarse de ninguno de sus actos.

No; en la inquietud de Arturo Clennam no había terror ni vacilación; sólo temía que Pancks no cumplierse su compromiso, dejando de darle cuenta de sus averiguaciones. Por otra parte, cuando recordaba su conversación con el agente, y los pocos motivos que tenía para suponer que aquel singular personaje podría encontrar una nueva pista, admirábase de dar tanta importancia al asunto. Juguete de los vientos en aquel mar de incertidumbres, como los barcos en medio de la tempestad, vagaba á la ventura sin encontrar seguro puerto.

La desaparición de la niña Dórrit, que evitaba sus relaciones de costumbre, no era lo más propio para tranquilizar á Clennam. La joven salía con mucha frecuencia ó permanecía encerrada en su cuarto; de modo que Arturo llegó á encontrar en su ausencia un vacío. Háblele escrito varias veces para preguntarle si estaba mejor, recibiendo siempre una contestación muy atenta, rogándole que no se inquietase; pero el caso es que habían transcurrido varias semanas sin ver á la niña Dórrit, y como Arturo no estaba acostumbrado á ello, parecíale el tiempo demasiadamente largo.

Una tarde, al entrar en su casa, después de ver al padre de la Mariscalía, quien le dijo que su hija estaba de visita (esta era siempre su respuesta cuando la joven iba á trabajar,) Clennam encontró á Meagles, que se paseaba en la habitación, muy agitado al parecer: apenas Arturo abrió la puerta, detúvose, volvió la cabeza y exclamó:

—¡Clennam!... ¡Tattycoram!

—¿Qué ocurre?

—¡Perdida!

—¿Qué quiere usted decir?

—Le tenía dicho desde hace mucho tiempo que antes de tomar una resolución contara siempre hasta veinticinco; no hubo medio de hacerla pasar de ocho, y se ha marchado.

—¿De su casa de usted?

—Sí, señor; y para no volver más—contestó Meagles moviendo la cabeza.—Usted no conoce el carácter arrebatado é

indomable de esa muchacha; diez ó doce caballos que tiraran de ella no bastarían ahora para contenerla; todas las cadenas y cerrojos de la antigua Bastilla no serían suficientes tampoco para guardarla cuando tuviera empeño en huir.

—Pero, ¿cómo ha sucedido esto? Siéntese usted y cuéntemelo todo.

—En cuanto á decirle cómo ha sucedido, no es muy fácil, pues á menos de conocer antes el desgraciado carácter de esa pobre muchacha, que es un verdadero huracán, le costaría mucho comprenderme; pero le daré algunos detalles. Desde hace algún tiempo, Favorita, su madre y yo hemos tenido muchas conferencias íntimas, y no le ocultaré, amigo Clennam, que no han sido tan agradables como pudiéramos desear. Tratábase de emprender un nuevo viaje, y al proponerlo yo, tenía un objeto.

El corazón de Clennam latió fuertemente.

—Un objeto—continuó Meagles,—que no le ocultaré, amigo mío. Nuestra querida hija siente una inclinación que me aflige; supongo que adivinará usted que me refiero á Enrique Gowan.

—Esta noticia no tiene nada nueva para mí.

—¡Vamos!—repuso Meagles, dejando escapar un suspiro,—ya veo que no ha faltado razón para que usted lo sospeche; pero en fin, el hecho es que la cosa no se ha podido evitar. Su madre y yo nos hemos valido de todos los medios para impedirlo; tiernos consejos, viajes, ausencia: todo ha sido inútil hasta ahora. En nuestras últimas conversaciones se ha tratado de alejarnos una vez más, por espacio de un año cuando menos, para que hubiese rompimiento y separación completa; pero Favorita manifestó mucha afición, y su madre y yo tuvimos un gran sentimiento.

Clennam contestó que así era de esperar.

—Mi mujer y yo—prosiguió Meagles,—reconocemos, como gente práctica, que en las familias cada cual acostumbra á exagerar sus penas, transformando en graves cuestiones las más insignificantes rencillas domésticas, sin duda para atraer á su favor á personas poco interesadas en el asunto; mas la felicidad ó la desgracia de Favorita es para nosotros cuestión de vida ó muerte, y por lo tanto comprenderá usted que demos á esto gran importancia. De todos modos, Tattycoram no debió incomodarse. ¿No opina usted como yo?

—Ciertamente; en un todo, amigo mío, no es usted muy exigente.

—Pues bien—repuso Meagles, moviendo tristemente la cabeza,—no lo ha entendido ella así. Las cóleras y arrebatos de esa muchacha, sus accesos de ira y su descaro habían llegado á tal punto, que cuantas veces pasaba yo á su lado decíale con bondad, y por cierto bien inocentemente: «Tattycoram, hija mía, cuenta hasta veinticinco antes de hacer cualquier cosa.» Si ella hubiese seguido mi consejo no se habría dado este caso.

El señor Meagles, con su expresión de abatimiento, que revelaba más que nunca la bondad de su alma, pasóse la mano por la frente y movió la cabeza con aire melancólico.

—Yo decía á mi mujer—prosiguió después de una pausa,—nosotros somos gente práctica, conocemos la historia de esa infeliz joven, y por lo tanto, seamos indulgentes con ella, sin hacer caso de su carácter violento; ya buscaremos una ocasión propicia para razonar con ella cuando se halle en mejor disposición. El resultado era no decir nunca nada, y al fin ha estallado la bomba. Parece que esto debía suceder y por último ha sucedido.

—Pero, ¿cómo? ¿por qué?

—Voy á decírselo. Ayer, después de dar las buenas noches a Favorita, muy afectuosamente á decir verdad, Tattycoram subió con ella al cuarto, donde tal vez mi hija, en un momento de mal humor ó algo afectada de los nervios, se mostró demasiado exigente, aunque no sé si debo hacer tal suposición, porque Favorita tiene un carácter dulce y bondadoso.

—Ninguna doncella encontraría mejor ama en el mundo.

—Gracias, Clennam—dijo Meagles estrechando la mano de su amigo con efusión;—usted ha visto á las dos muchas veces... pero volvamos á mi relato. Al poco tiempo oímos la voz de esa infeliz Tattycoram, que hablaba con acento de cólera; y en el momento en que íbamos á preguntar qué ocurría, vemos á Favorita bajar temblorosa, diciéndonos que tenía miedo. Tattycoram la seguía de cerca, roja de cólera y gritando: «¡Aborrezco á los tres, les maldigo, y también á toda la casa!»

—Entonces usted...

—Yo—repuso Meagles con un acento de bondad y franqueza que hubiera conquistado hasta las simpatías de la señora Gowan,—me limité á decirle que contara hasta veinticinco.

Meagles se pasó la mano por la frente con expresión afligida y continuó:

—La infeliz estaba tan acostumbrada á obedecer á esta in-

dicación, que aun en aquel momento, á pesar de su violenta cólera, detúvose de pronto, miróme fijamente y contó... me parece que hasta ocho; pero no pudiendo contenerse más, la pobre muchacha envió al diablo las restantes cifras, y entonces declaróse una verdadera tempestad. Según dijo, «nos aborrecía, era desgraciada con nosotros, no podía ni quería vivir de aquel modo, y estaba resuelta á marcharse. Era más joven que su ama, y no debíamos esperar que se quedase en casa para vernos tratar siempre a la señorita como el único sér del mundo que fuese digno de interés y mereciera ser amado. No se quedaría, de ningún modo. ¿Qué habría sido ella (Tattycoram) si desde su infancia la hubiesen cuidado y mimado como á su ama? También hubiera sido buena y tal vez cincuenta veces mejor. Si aparentábamos querernos tanto era sólo para humillarla, echándole en cara su nacimiento; cada cual hablaba de su padre, de su madre y de sus hermanos precisamente cuando ella estaba delante, con el único fin de zaherirla. Y ¿qué derecho teníamos nosotros para darle un nombre de perro ó de gato? Esto, no obstante, le importaba poco; pero no quería recibir más nuestros beneficios y se marcharía, sin que nada bastase á contenerla.»

El señor Meagles había dicho todo esto con tal animación, recordando tan fielmente á Tattycoram, que parecía casi tan excitado como debía estarlo la muchacha, cuyo monólogo acababa de repetir.

—Era inútil—prosiguió pasándose de nuevo la mano por la frente,—hacer observaciones en tal momento á una muchacha que estaba temblando de cólera, y por lo tanto me limité á decirle tranquilamente que no le permitiría salir á semejante hora; cogíla de la mano y la conduje á su habitación, cuidando después de cerrar con llave las puertas de la casa; pero esta mañana había desaparecido.

—¿Y no sabe usted hacia dónde?

—No; la busco desde esta mañana y no me cabe duda que se ha ido muy temprano y ocultamente. No he descubierto nada que me permitiera seguir sus huellas en los alrededores.

—¿Espere usted!—dijo Clennam después de reflexionar un momento;—supongo que usted desea verla, ¿no es así?

—Seguramente; quiero ofrecerle una oportunidad para volver, como lo desean mi mujer y Favorita... y hasta creo que usted también, amigo Clennam—añadió Meagles con tono persuasivo, como si no fuera él quien tuviese derecho para creerse ofendido por la conducta de Tattycoram.

—Sería injusto en mí pensar de otro modo—repuso Clennam,—cuando usted y su familia se muestran tan dispuestos á perdonar. Iba á preguntar á usted si había pensado en la señorita Wade.

—Sí, pensé en ella, pero sólo después de recorrer todos los alrededores, y aun no me habría acordado si mi mujer y mi hija no me hubiesen dicho que estaban seguras que Tattycoram se hallaría en casa de esa señorita. Entonces recordé naturalmente lo que nos dijo el primer día que usted comió con nosotros.

—¿Sabe usted dónde vive la señorita Wade?

—A decir verdad, sólo tengo una vaga idea de sus señas, una idea de esas que se fijan á veces en la imaginación sin que nos expliquemos la causa ni sepamos á punto fijo dónde y cuándo se concibió...; según esta idea, la señorita Wade vive ó ha vivido en el punto donde indican estas señas, ó muy cerca.

Al decir esto el señor Meagles entregó á Clennam un papel en que se leía el nombre de una de las más obscuras calles del aristocrático barrio de Grosvenor-Square, cerca de Park-Lane.

—Pero aquí no hay número—observó Clennam después de leer señas tan vagas.

—Bien lo sé yo—replicó Meagles;—no hay nada y ni siquiera respondo del nombre de la calle, pues en mi casa nadie recuerda quién haya dado tales señas; pero nunca estará de más ir allí, y como prefiero que me acompañe alguno á ir solo, he pensado, habiendo sido usted también compañero de viaje de esa irascible joven...

Sin dejar que Meagles concluyera la frase, Arturo volvió á ponerse el sombrero y dijo á su amigo que estaba á sus órdenes.

Era una triste tarde de verano, y como hacía mucho calor, los dos amigos fueron en coche hasta la entrada de la calle de Oxford, donde se apearon para internarse en un verdadero laberinto de callejuelas sucias y sombrías. En cada esquina la luz crepuscular iluminaba escasamente vetustas casas ornadas de pórticos y accesorios de gusto execrable, y de monstruos de arquitectura ideados sin duda por una cabeza sin seso, en una época en que faltaba el sentido común, seguramente con la esperanza de excitar el asombro de los siglos futuros. Algunas residencias raquílicas en su pretenciosa elegancia, demasiado pequeñas para contener cómodamente otra

cosa más que un olor nauseabundo, parecían ser el producto adulterino del cruzamiento de las casas de aquel barrio aristocrático con las que tenían ventanitas y pequeños balcones suplementarios sostenidos por delgadas columnas de hierro; sobre algunas puertas cocheras veíanse escudos de piedra que contenían sin duda toda la ciencia del blasón y que recordaban involuntariamente lejanas épocas. En cuanto á las tiendas, poco numerosas, no se distinguían por su ostentación, como si se cuidasen poco de la opinión pública; acá y allá divisábase alguna discreta taberna que no parecía solicitar ostensiblemente el patronazgo del público, y donde no se recibía de buena gana á los individuos que no llevasen librea.

Los dos amigos, que acababan de penetrar en una calle larga y estrecha, singularmente triste y sombría, verdadera tumba de ladrillos y cal, detuviéronse delante de varios jardillos que separaban las casas de las aceras y preguntaron en varias tiendas si sabían dónde habitaba la señorita Wade, pero todos sin excepción contestaban que no conocían aquella dama ni de Eva, ni de Adán. Meagles y Clennam recorrieron un lado de la calle y luego el otro, volviendo á detenerse en la esquina por donde habían comenzado sus investigaciones, sin saber más que antes. En aquella calle había una casa bastante sucia y deshabitada al parecer, porque en los vidrios de sus ventanas veíanse papeles pegados, aunque atendido el aspecto lúgubre de la calle, también podían ser un adorno. Tal vez porque esta casa le chocó, ó porque Meagles había repetido diferentes veces al pasar por delante que la señorita Wade no viviría seguramente allí, Clennam propuso llamar á la puerta antes de renunciar á sus pesquisas, y como Meagles consintiera en ello, dirigiéronse hacia dicha casa para informarse.

Clennam dió un golpe con el aldabón y no contestándole nadie llamó de nuevo.

—No hay nadie—dijo Meagles prestando atento oído.

—Probemos por última vez—replicó Clennam uniendo la acción á la palabra.

En el mismo momento oyóse rumor de pasos, al parecer de una persona que subía de la cocina subterránea y que avanzaba hacia la puerta.

La entrada era tan oscura, que no pudieron distinguir bien á la persona que abría, mas parecióles que era una anciana.

—Dispense usted—dijo Clennam,—si la molestamos para

preguntarle si sabe por casualidad dónde vive la señorita Wade.

—Aquí mismo—contestó la voz de la mujer oculta en la obscuridad.

—¿Está en casa?

No habiéndose recibido contestación, Meagles repitió:

—¿Quiere usted decirnos si está visible la señorita Wade?

—Supongo que sí—contestó la voz con tono brusco después de una pausa;—si quieren ustedes subir lo preguntaré.

La puerta se cerró al punto y los dos amigos se hallaron aprisionados en aquella tenebrosa morada, donde una pesada atmósfera dificultaba la respiración. El roce de un vestido les indicó que su guía se alejaba, y luego oyeron una voz que decía desde el primer piso:

—Tengan ustedes la bondad de subir.

Clennam y Meagles subieron á tientas la escalera, guiados por una escasa luz, que no era otra sino la de los reverberos de la calle, reflejada en los vidrios de una ventana sin cortinas. La anciana cerró la puerta, dejándolos solos en una habitación.

—¡Qué extraño es esto, Clennam!—dijo Meagles en voz baja.

—Bastante raro, en efecto; pero hemos conseguido nuestro fin, y esto es lo principal—replicó Clennam.—¡Ah!... ¡ya tenemos aquí una luz!

Esta vez la luz era la de una lámpara, que una vieja muy sucia y apergaminada llevaba en la mano.

—La señorita está en casa—dijo la mujer,—y al momento saldrá.

Y dejando la lámpara sobre la mesa, dirigió á los visitantes una mirada de curiosidad y salió del cuarto.

La dama que habitaba en aquella casa debía haberse establecido allí como hubiera podido hacerlo en una posada oriental; una pequeña alfombra cuadrada, extendida en medio de la habitación, y algunos muebles no muy apropiados, con muchos cofres y objetos de viaje, constituían todo el ajuar de la señorita Wade. El inquilino anterior, menos nómada que la dama, tenía en aquel saloncito una consola dorada y un espejo; mas la primera había perdido ya todo su brillo, y el segundo estaba cubierto de tan espesa capa de polvo, que no parecía sino que tenía la virtud mágica de conservar el espejismo de todas las brumas y de todos los malos tiempos en él reflejados. Los visitantes sólo pudieron disponer de

un minuto ó dos para mirar á su alrededor, pues muy en breve se abrió la puerta y presentóse la señorita Wade.

En nada había cambiado desde la última vez que la vieron; conservábase igualmente bella, desdeñosa y tranquila. La presencia de Clennam y Meagles no pareció causarle la menor sorpresa ni emoción; invitólos á tomar asiento, y permaneciendo ella en pie, fué la primera en romper el silencio.

—Si no me engaño—dijo,—ya sé á qué debo la visita de ustedes: podemos tratar del asunto sin preámbulos.

—Lo que me trae aquí, señora—repuso Meagles con acento breve,—es la evasión de Tattycoram.

—Así me lo figuré.

—Señorita Wade—replicó Meagles,—¿tendría usted la amabilidad de decirme si sabe dónde se halla esa joven?

—Seguramente; está aquí, conmigo.

—Entonces, señorita, me permitiré decirle que me complacería mucho que volviese á mi casa; y que mi mujer y mi hija se alegrarían también infinito de ello. Hace muchos años que vive con nosotros; no olvidamos los derechos que tiene á nuestro interés; y aseguro á usted que todos estamos dispuestos á la indulgencia.

—¿A la indulgencia?—repitió la señorita Wade en el mismo tono tranquilo.—¿Respecto á qué?

—Creo, señorita—dijo entonces Arturo, al ver que su amigo vacilaba en contestar,—que el señor Meagles se refiere á los arrebatos de que esa joven se deja llevar, dominada por una injusta envidia que á veces le hace olvidar mejores sentimientos.

La dama se sonrió, fijando la vista en Arturo, y limitóse á contestar:

—¿De veras?

Luego se apoyó en la mesa con un aire tan impasible, que Meagles se quedó mirándola como dominado por una especie de fascinación, sin poder siquiera fijar su vista en Clennam para invitarle á proseguir. Pasados algunos minutos, y sin saber apenas qué decir, Arturo añadió:

—Tal vez sería conveniente que el señor Meagles viese á esa joven.

—Nada más fácil—contestó la dama.

Y abriendo la puerta de la habitación contigua, desapareció un momento y volvió llevando de la mano á Tattycoram.

Era curioso ver á aquellas dos mujeres una junto á otra;

la doncella arreglándose la falda con la mano que le quedaba libre, entre inquieta y enojada; y la señorita Wade, siempre serena y fija la vista en Tattycoram.

—Aquí tiene usted—dijo á la joven,—aquí tiene usted á su amo, que consiente en admitirla de nuevo, con tal que usted sepa apreciar este favor y le acompañe. Se le ofrece la oportunidad de volver á servir de término de comparación para que se pongan más en relieve los méritos de la hija de este caballero; puede usted ser de nuevo la esclava de sus numerosos caprichos, el juguete de la casa; una prueba viviente de la bondad de esa amable familia. Así recobrará su extraño nombre, que sólo sirve para que la señalen con el dedo como cosa rara, y para recordarle á la vez su nacimiento. Podrá usted, Enriqueta, ser un testimonio irrecusable de la superioridad y de la graciosa condescendencia de la señorita Minnie, recobrando el favor de que disfrutaba, en vez de perderle si permanece conmigo. Bástale á usted decir una palabra á estos caballeros, confesarles que se arrepiente y que desea obtener su perdón. ¿Qué contesta usted á esto, Enriqueta? ¿Quiere usted acompañarlos?

Al oír estas palabras, la joven sintió renacer su cólera, tiñéronse sus mejillas de carmín, oprimió con mano nerviosa la parte del vestido que tenía cogida, y exclamó con acento de cólera.

—¡Antes quisiera morir!

La señorita Wade, siempre de pie junto á Tattycoram, volvió tranquilamente la cabeza y dijo á sus visitantes:

—Señores, ¿qué les resta hacer ahora?

La consternación que sobrecogió á Meagles al oír calumniar así sus intenciones y su conducta, hábale impedido hasta entonces contestar una palabra; pero al fin se recobró y repuso:

—Tattycoram... aun te llamaré así, hija mía, porque tengo la convicción de no haberte puesto este nombre con malas intenciones, como sabes muy bien...

—¡No, yo no lo sé!—exclamó Tattycoram, desgarrándose el vestido con su mano agitada.

—Es posible que en este momento no; mientras que la vista de esta señora esté fija en ti, ejerciendo una fatal influencia; ahora puede ser que no, pero más tarde sí, Tattycoram. No preguntaré yo á esa señora si cree lo que ha dicho, ni aun dominada por una cólera y rencor inexplicables, de qué no podemos dudar mi amigo y yo, por más que disimule tales

sentimientos con inconcebible serenidad; ni tampoco te preguntaré á ti si, dados los recuerdos que debes conservar de mi casa y de mi familia, te atreverías á creer lo que esta señora ha dicho. Me limitaré á declarar que no es necesario que hagas promesa alguna ni á mí ni á los míos, que no has de solicitar perdón de nadie, y que yo sólo quisiera, Tattycoram, que contaras hasta veinticinco.

La joven miró un momento á Meagles, y contestó después frunciendo las cejas:

—¡No quiero, no, no, no!—repitió con voz casi ahogada por la cólera.—¡Antes me dejaría cortar en pedazos! Permítame usted retirarme, señorita.

La dama colocó su mano sobre el cuello de Tattycoram con aire protector, y mirando fijamente á sus visitantes, dijoles sonriendo, con el mismo tono que la primera vez:

—Señores, ¿qué les resta hacer ahora?

—¡Oh Tattycoram, Tattycoram!—exclamó Meagles con ademán suplicante,—escucha la voz de esa señora, contempla su rostro, piensa en lo que hay en su corazón y reflexiona sobre el porvenir que te espera. Hija mía, por más que digas, la influencia que esa dama ejerce en tu ánimo, y que á mis ojos tiene algo de sorprendente, por no decir de terrible, se funda sólo en que ella es más intratable que tú en sus odios, y de un carácter más violento aun que el tuyo. ¿Qué será de vosotras si permanecéis juntas? ¿Qué resultará de todo ello?

—Estoy sola aquí, señores—observó la señorita Wade sin cambiar de tono ni de maneras,—y por lo tanto pueden ustedes decir impunemente lo que les plazca.

—A la cortesía debe anteponerse el interés que me inspira esta joven extraviada, señora, al verla en una posición tan crítica; mas á pesar de todo, creo no faltar á usted, sobre todo al pensar en el mal que le hace á mi propia vista. Dispénsame si le recuerdo delante de esa joven... porque me es forzoso hacerlo... que usted siempre fué para todos nosotros un misterio, y que nada teníamos de común con usted cuando esa muchacha llamó desgraciadamente su atención por primera vez. Ignoro quién pueda ser usted... pero de todos modos no puede ocultar que le anima un espíritu sombrío. Si acaso fuese usted una de esas mujeres que por un motivo cualquiera tienen el cruel placer de hacer á sus semejantes tan desgraciadas como ellas lo son, no podría menos de decir á esa joven: «Desconfía de ella,» como le diría á usted: «Desconfíe de sí misma.»

—Caballero—dijo la señorita Wade con la misma sangre fría,—cuando usted haya concluido... señor Clennam, tal vez tendrá la bondad de invitar á su amigo...

—No antes de que haya intentado el último esfuerzo—interrumpió valerosamente Meagles;—Tattycoram, hija mía, cuenta hasta veinticinco.

—No desoiga usted la súplica de su buen protector—dijo Clennam con acento conmovido;—vuelva con sus amigos, que le quieren bien; reflexione una vez más.

—¡No, no, no! ¡No quiero!—contestó la joven, con el pecho palpitante;—señorita Wade, permítame usted retirarme.

—Tattycoram—dijo Meagles,—lo único que te pido por última vez, hija mía, es que cuentes hasta veinticinco.

Por toda contestación, la joven levantó las manos y tapóse los oídos con tan brusco ademán, que su negro y brillante cabello se desenlazó, cayendo sobre la espalda; y después volvióse resueltamente de cara á la pared. La señorita Wade, que había tenido la vista fija siempre en Tattycoram, con su extraña sonrisa, rodeó con su brazo el talle de la joven, como apoderándose de ella para siempre.

—Atendiendo á que esta es la última vez que tendré el honor de verle—dijo la dama á Meagles,—y puesto que desea usted saber, según parece, quién soy y cuál es el origen de mi influencia sobre esa muchacha, le confesaré que las dos debemos defender una misma causa; esta pobre joven, juguete de todos, ignora quiénes fueron sus padres, y lo mismo me sucede á mí; ella no tiene nombre, yo no le tengo tampoco; y de consiguiente, nuestras quejas son idénticas. Nada más he de añadir.

Meagles salió tristemente de la habitación, seguido de Clennam, á quien la señorita Wade dijo con la misma impasibilidad, pero con esa sonrisa que sólo se observa en las personas de cruel corazón y que desaparece de pronto, cuando dejan de hablar:

—Espero que la esposa de su amigo Gowan hallará la felicidad en el contraste que distingue su nacimiento del de esta joven y del mío, en la brillante posición que la espera.



CAPITULO XXVIII

Clennam y Minnie

No contento con el paso que acababa de dar, Meagles escribió á Tattycoram una larga carta llena de bondad, para inducirla á volver, rogando á su mujer y á su hija que le escribiesen también; pero las tres cartas, no contestadas, fueron devueltas al cabo de algunos días, por no haberse admitido á domicilio. Meagles rogó entonces á su amigo Clennam que solicitara una entrevista de la señorita Wade para tratar de

convencerla; mas esta tentativa sólo dió por resultado averiguar que la orgullosa joven había emprendido un viaje, dejando como guardiana de su habitación á la vieja que la servía.

Meagles y su familia, desanimados por el mal éxito de sus esfuerzos, habían comenzado ya, bien á pesar suyo, á renunciar á la idea de ver más á Tattycoram, cuando los representantes de la nueva y activa sociedad conocida bajo la razón social «Doyce y Clennam» se pusieron en marcha un sábado para hacer á sus amigos de Twickenham una visita que debía durar hasta el lunes: Doyce tomó el coche y Clennam marchó á pie.

Los últimos rayos del sol poniente iluminaban el paisaje en el momento en que, llegado casi al término de su excursión, Arturo cruzaba las praderas que se extienden á orillas del río. Clennam experimentaba esa sensación de tranquilidad interior que la vista del campo suele despertar en los habitantes de las ciudades; todo cuanto veía era risueño y apacible; el rico follaje de los árboles, la espesa hierba esmaltada de flores agrestes, las isletas del río, los lechos de cañaverales, los nenúfares que flotaban en la superficie líquida, el rumor de voces lejanas que parecía llegar en alas de la brisa, el continuo trinar de los pájaros, el ladrido de un perro, el mugido de una vaca; todos aquellos objetos, todos estos rumores, que respiraban reposo y tranquilidad, producían en Clennam un bienestar indecible. En las copas de los árboles lejanos, iluminadas por matices purpúreos y á lo largo de la verde colina, sobre la cual extendíanse lentamente las sombras de la noche, comenzaba á reinar un silencio profundo; entre el paisaje mismo y su imagen, reproducida en el río, no se notaba diferencia alguna, y el solemne misterio de vida y de muerte que pronto iba á imperar estaba impregnado de tal armonía de grandiosidad y misericordia, que la esperanza no podía menos de verter su dulce bálsamo en el corazón del hombre, espectador de aquel cuadro sublime.

Clennam se había detenido para mirar alrededor, como lo había hecho muchas veces, é iba á continuar su marcha, cuando vió á pocos pasos, en el mismo sendero que seguía, á una persona que tal vez había asociado ya con sus pensamientos.

Era Minnie, completamente sola; llevaba unas rosas en la mano, y al parecer habíase detenido para esperar á Clennam; notábase en ella cierta agitación; y cuando Arturo se acercó, ocurriósele que la joven le salía al encuentro con intención de hablarle.

—Tal vez extrañará usted—dijo Minnie ofreciéndole su mano,—verme aquí sola; pero como la tarde es hermosa he ido más lejos de lo que me proponía, si bien pensaba encontrar á usted. ¿Va usted siempre por este camino?

Después de contestar afirmativamente, Clennam ofreció su brazo á Minnie, y entonces notó que la joven temblaba, hasta el punto de agitarse las rosas que llevaba en la mano.

—¿Me permitirá usted ofrecerle una, señor Clennam?—preguntó Minnie;—las he cogido al salir del jardín, y casi puedo decir que para usted, pues pensaba encontrarle. El señor Doyce ha llegado hace más de una hora y nos ha dicho que usted venía á pie.

La mano de Arturo tembló también al aceptar las rosas, y dió gracias á la joven: en aquel momento llegaban á una arboleda, á la cual habían dirigido maquinalmente sus pasos.

Con su sencillo sombrero de campo y su gracioso traje, con su abundante cabello castaño y sus grandes ojos, cuya mirada expresaba á un tiempo la timidez y la confianza, Minnie estaba tan hermosa, que Arturo se regocijó, ó tal vez se contristó (no lo sabía á punto fijo,) de haber resuelto no enamorarse de ella.

La joven fué la primera en romper el silencio, á los pocos minutos, preguntando á Clennam si su padre le había dicho que pensaba emprender otro viaje. Arturo contestó afirmativamente; y después de una segunda pausa, Minnie añadió, no sin cierta vacilación, que habían renunciado á esta idea.

Clennam pensó que estaba ya próximo el casamiento.

—Amigo mío—continuó Minnie con cierta timidez, y bajando tanto la voz, que Arturo debió inclinarse para oír,—quisiera depositar en usted mi confianza, si usted no la rehusa; lo he deseado hace mucho tiempo porque... comprendía que usted era para nosotros el más fiel amigo.

—¡Cómo no había de estar orgulloso de su confianza!—exclamó Arturo,—puede usted depositarla en mí con toda seguridad.

—Nunca he dudado de ello—repuso Minnie,—y creo que ya le hubiera hablado hace mucho tiempo, pero no sabía cómo hacerlo, y aun en este instante no acierto á comenzar.

—El señor Gowan debe ser muy feliz—dijo Arturo.—Dios bendiga á los dos.

Minnie no pudo contener las lágrimas al querer dar las gracias; pero Arturo la tranquilizó, y cogiendo las rosas que aún llevaba en la mano, acercó ésta á sus labios para besarla. En

tonces parecióle que renunciaba formalmente por primera vez á la esperanza que aún fluctuaba en su corazón, y prometióse no alimentar ya más ilusiones: un hombre de su edad debía romper para siempre con los sueños de la juventud.

Arturo colocó las rosas junto á su corazón, y después preguntó á Minnie con acento de bondad si no tenía nada más que decir al amigo de su padre, si no necesitaba encargarle alguna cosa particularmente, ó pedirle algún favor, pues se complacería en contribuir de cualquier modo á su felicidad.

Minnie iba á contestar, cuando le sobrecogió un sentimiento de tristeza, ó tal vez de secreta simpatía, tan poderoso que no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh señor Clennam!—murmuró;—generoso señor Clennam, dígame usted que no me guarda ningún rencor.

—¡Yo rencor! No, hija mía, de ningún modo.

La joven pronunció algunas palabras entrecortadas, para dar á Clennam gracias de todo corazón, y después calmóse poco á poco, reanimada por las frases de bondad de su acompañante.

Así continuaron su paseo, casi silenciosamente, por la sombría alameda, hasta que al fin Arturo dijo á Minnie sonriendo:

—Y ahora, señora Gowan, ¿tiene usted que pedirme algún servicio?

—¡Oh! Muchos quisiera pedirle.

—Muy bien; ya lo suponía y veo que no me engañaba.

—Ya sabe usted, amigo mío, cuanto me aman mis padres, y tal vez se le resista creer, al verme abandonarlos por mi propia voluntad, que no los amo también de todo corazón...

—Estoy convencido de lo contrario—interrumpió Clennam, —y no puede usted creer que lo dude.

—No, no; mas parece extraño, aun á mis propios ojos, que amándolos como los amo y sabiendo cuanto me quieren, pueda resolverme á la separación. Hasta diríase que en esto hay algo de ingratitud.

—Hija mía—repuso Clennam,—no veo en ello más que progreso natural, el cambio inevitable que producen los años. Todas las jóvenes abandonan así á sus padres.

—Sí, ya lo sé; pero no todas dejan tras sí un vacío como el que yo dejo. Bien conozco que no será difícil hallar muchas jóvenes mejores y más amables que yo, y que tal vez no merezca que se lamente mucho mi marcha; pero me aman y me han mimado tanto, que la separación debe causarles un profundo sentimiento.

Minnie dejó escapar un sollozo y añadió:

—No se me oculta que el pesar de mi padre será inmenso al principio, y por eso, señor Clennam, le suplico que piense en él y venga á verle cuando tenga un momento disponible; entonces dígame que usted sabe que al separarme de él le amaba más que nunca le amé en la vida, de lo cual no dudará si usted se lo asegura, pues precisamente esta mañana, hablando con usted, me dijo que no había persona á quien apreciase más, ni en que tuviera tanta confianza. Si no hablo de mi madre es porque me comprenderá mejor en esta ocasión, sintiendo mi pérdida por otro estilo; pero usted no ignora hasta qué punto puede amar una madre, y también pensará usted en ella, ¿no es así?

Clennam aseguró á la joven que podía contar con él en todo cuanto deseaba.

—Ya sabe usted—prosiguió Minnie,—que mi padre y otra persona, cuyo nombre no necesito citar, no se aprecian mucho ni se comprenden del todo, como debe suceder más tarde. Mi orgullo y mi satisfacción en mi nueva existencia consistirán en conseguir que los dos se comprendan y estimen, ya que ambos me aman tan tiernamente; pero entretanto, amigo Clennam, cuando yo haya marchado, y adviértale que voy muy lejos, tenga usted la bondad, ya que es tan generoso y fiel, de valerse de toda su influencia para desvanecer las preocupaciones de mi padre, mostrándole á mi esposo bajo su verdadero punto de vista. ¿Quiere usted hacer esto por mí, usted, el verdadero amigo de mi noble corazón?

¡Pobre Minnie! ¡Qué ilusiones y quimeras se forjaba! ¿cuándo hemos visto efectuarse un cambio semejante en las relaciones naturales de los hombres? ¿Quién consiguió jamás conciliar antipatías tan inveteradas? ¡Muchas jóvenes antes que tú soñaron lo mismo, pobre Minnie, pero sólo obtuvieron desengaños y pesares!

Así pensó Clennam, pero guardóse bien de manifestarlo, porque era ya demasiado tarde, y por lo tanto se limitó á prometer que cumpliría su promesa.

Iban á pasar ya por delante del último árbol de la sombría alameda, cuando Minnie, deteniéndose de pronto, con la vista fija en su acompañante, díjole con voz conmovida, tocando una de las rosas que había puesto junto á su corazón:

—Querido señor Clennam, en medio de mi felicidad... porque soy dichosa aunque me haya usted visto llorar, no podría sufrir que hubiese la más ligera nube entre nosotros. Si

tiene usted alguna cosa que perdonarme, cualquiera falta involuntaria ó un pesar que le hubiera causado involuntariamente, déme una nueva prueba de su bondad dispensándome-lo de todo corazón.

Clennam se inclinó, y como Minnie adelantase al mismo tiempo su candoroso semblante, como para escuchar mejor la respuesta, estampó Arturo un beso en su frente virginal, poniendo á Dios por testigo de que nada tenía que perdonarle. Ambos murmuraron la palabra ¡Adiós! y un momento después salieron de la alameda, pareciendo que los árboles se cerraban detrás de ellos como para echar un velo sobre el pasado.

Muy pronto se oyeron las voces de Meagles y de Doyce que repetían el nombre de Minnie, y á quienes Clennam contestó gritando:

—Aquí está conmigo.

Después de bromear un rato por la orilla del río, al poco tiempo, el industrial volvió á la casa acompañando á Minnie, y habiendo quedado solos los dos amigos, entablaron un animado diálogo:

—Arturo—dijo Meagles dando á Clennam por primera vez su nombre de pila,—¿recuerda usted que un día, cuando contemplábamos el puerto de Marsella, le dije que aunque la hermana pequeña de Favorita hubiese muerto nos parecía á su madre y á mí que seguía creciendo y pasaba por las mismas transformaciones?

—No lo he olvidado.

—¿Recuerda usted también que le dije que en nuestro pensamiento no habíamos podido separar nunca á las hermanas gemelas, figurándonos que ambas debían sufrir en la vida la misma suerte?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, Arturo, esta noche voy más lejos aún, diciéndole que me parece que usted ha amado tiernamente á la hija que nos falta, habiéndola perdido cuando llegó á la edad de Favorita.

—Gracias, gracias—murmuró Clennam estrechando con efusión la mano de Meagles.

—¿Volvamos ahora á casa, Arturo?

—Dispéñeme un momento: luego iré.

Meagles se alejó, dejando á su amigo solo. Después de pasearse media hora por la orilla del río á la suave claridad de la luna, Arturo cogió las rosas que Minnie le había dado...

tal vez las oprimió contra su corazón, ó acaso las besara; pero como quiera que fuese, inclinóse sobre la líquida superficie y las dejó caer con suavidad en el río, cuyas aguas se llevaron á lo lejos aquellas flores, que á la dudosa claridad de la luna parecían pálidas y fantásticas. Así es como las grandes esperanzas, ocultas largo tiempo en el fondo de nuestro corazón, y acariciadas con ternura, nos abandonan á menudo para ir á perderse en el vasto océano de la eternidad.





CAPITULO XXIX

La mujer de Jeremías continúa soñando

La casa de la señora Clennam seguía ofreciendo el mismo lúgubre aspecto, y la viuda no había variado en nada su existencia uniforme, sucediéndose los días y las noches con la misma monotonía: aquello era como el movimiento continuo de una máquina montada sin cesar, ó como la cadena de un reloj que se arrolla y se desenrolla perennemente.

El sillón de ruedas tendría sin duda sus asociaciones de reminiscencias del pasado, como lo tiene todo lugar donde ha vivido un sér humano. ¡Cuántos recuerdos debían renacer incesantemente en el espíritu de la parálitica durante los tristes días de su lúgubre existencia! ¿En qué escenas, en qué actores pensaría más á menudo aquella mujer, que no salía ni en invierno ni en verano de su sombría habitación? Nadie hubiera podido adivinarlo. Sólo el astuto Jeremías, á fuerza de ejercer diariamente una poderosa presión en el ánimo de la enferma, habría podido arrancarle algún secreto si no se hubiese resistido tanto; pero era ella más fuerte que su antiguo servidor, y nunca se dejó sorprender. En cuanto á la anciana Affery, harto tenía qué hacer con observar á su ama

y á su esposo, subir y bajar, siempre tapándose la cara con el delantal, y prestar atento oído á los misteriosos rumores que tanto pavor la infundían, aun en su estado de sonambulismo.

A juzgar por lo que la mujer de Jeremías observaba, los negocios iban bien, pues su marido trabajaba mucho en su despacho, recibía bastante gente, ocupábase de continuo en la correspondencia y en las cuentas, visitaba otras casas de comercio y no faltaba nunca en la Bolsa. De modo que salía de continuo. Diariamente celebraba varias entrevistas con la señora Clennam para tratar de negocios; y en fin, á la mujer de Flintwinch, que siempre andaba al acecho, parecióle que su esposo y su ama ganaban mucho dinero.

La mujer de Flintwinch llegó á estar tan alelada, que al fin acabó por darlo á conocer en todos sus ademanes y hasta en su modo de mirar, tanto, que Jeremías y la viuda apenas fijaban ya su atención en la pobre Affery, considerándola como una mujer que nunca había sido muy inteligente y que ya era casi idiota.

Bien porque el aspecto de su cara mitad no tuviese el menor atractivo ó porque temiera que semejante esposa no inspiraría mucha confianza á sus clientes, el caso es que el señor Flintwinch ordenó á su mujer que guardase silencio sobre sus relaciones conyugales, llamándole Jeremías sólo en la intimidad de la vida doméstica. Esto contribuyó no poco á trastornar más á la pobre Affery, porque su marido tomó la costumbre de castigar sus numerosas desobediencias cuando la encontraba en la escalera, aplicándole enérgicos correctivos.

La niña Dórrit, que acababa de dar fin al penoso trabajo de un largo día pasado en la habitación de la señora Clennam, ocupábase en recoger los hilos y retazos antes de marcharse, cuando el señor Pancks, que había llegado un momento antes á la casa, presentóse para saludar á la viuda, diciéndole que, hallándose por casualidad en el barrio, iba de parte del señor Casby á informarse de su salud.

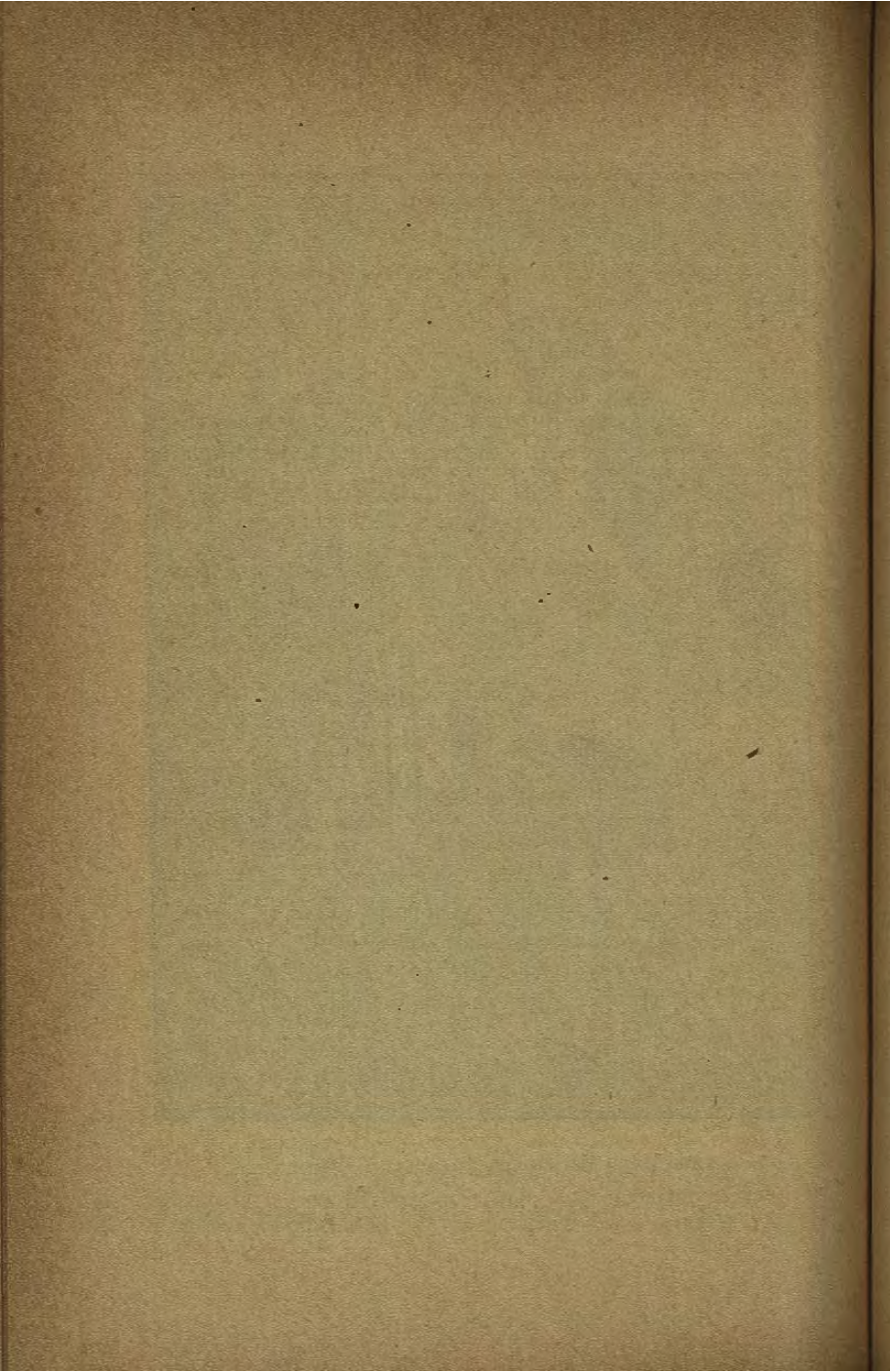
La parálitica frunciendo las cejas, miró fijamente á Pancks, y contestóle con un acento en que se traslucía el enojo:

—El señor Casby sabe muy bien que no me hallo en estado de mejorar, y que el único cambio que espero es el mayor de todos... ¡el último!

—A decir á usted la verdad—repuso Pancks, mirando con disimulo á la pequeña costurera, que cogía los retazos disminados en el suelo,—usted conserva muy buen aspecto.



¡Oh! para mí no es molestia, señora...



—Sufro sin quejarme lo que debo sufrir—replicó la viuda; —y usted, á su vez, haga lo que su deber exige.

—Gracias, señora; no perdono esfuerzo para cumplir con mi obligación.

—Parece que viene usted á menudo á este barrio, ¿no es así?—preguntó la señora Clennam.

—Sí, hace tiempo que vengo con bastante frecuencia, y casi todos los días paso por aquí para una cosa ú otra.

—Muy bien, pues diga usted al señor Casby y á su hija que no se ocupen de mí por procurador; si quieren verme, ya saben que estoy aquí para recibirlos; y por lo tanto es inútil que se tomen la molestia de enviarme á nadie, no siendo de consiguiente necesario que usted venga.

—¡Oh! para mí no es molestia, señora—replicó el imperturbable Pancks.—Me alegro mucho de haberla encontrado sin novedad.

—Muchas gracias—contestó la señora Clennam, señalando la puerta con el dedo.

El agente, no viendo medio de prolongar su visita, dirigió una rápida mirada á la niña Dórrit y encaminóse presuroso á la puerta, diciendo:

—Buenas noches, señora; no se moleste usted en acompañarme, Affery; ¡ya sé el camino!

La viuda, con la cabeza apoyada en la mano, clavó una mirada sombría sobre el agente en el momento de salir, mientras que Affery la contemplaba con expresión estúpida. Después, los ojos de la viuda se fijaron en la niña Dórrit con expresión sombría, casi amenazadora, hasta que, al ver que la joven se disponía á retirarse, rompió al fin el silencio diciéndole:

—¿Conoce usted á ese hombre, señorita Dórrit?

—Muy poco, señora; le encuentro á menudo, y á veces me ha dirigido la palabra; esto es todo cuanto sé de él.

—¿Qué le ha dicho?

—Nunca he comprendido bien lo que me decía, porque es un hombre muy extravagante; pero no me parece que haya pronunciado ninguna palabra impropia.

—¿Por qué viene á verla aquí?

—Lo ignoro, señora.

—Pero, ¿sabe usted ya que viene á verla?

—Lo sospecho; mas no sé por qué ha de venir aquí en vez de ir á otra parte.

La señora Clennam, con la vista fija en el suelo, quedó como absorta en sus reflexiones, pareciendo que olvidaba la presencia de la joven, y transcurrieron algunos minutos antes de que recobrará su aspecto de tranquilidad habitual.

La niña Dórrit no se había movido por temor de molestar á la viuda, pero después pasó por el otro lado del sillón é inclinóse para dar las buenas noches.

La madre de Arturo adelantó entonces la mano y púsola sobre el brazo de la costurera, que turbada por aquel inesperado movimiento permaneció inmóvil y algo temblorosa.

—Dígame usted, señorita Dórrit—preguntó la señora Clennam,—¿tiene usted muchos amigos?

—No, señora, muy pocos; después de usted no tengo más que la señorita Flora y otra persona.

—¿Se refiere usted á ese hombre?—replicó la viuda señalando con el dedo la puerta por donde había salido Pancks.

—¡Oh! no, señora.

—Entonces será alguno de sus amigos, ¿eh?

—Tampoco; no es ninguna persona que se le parezca ni que tenga nada de común con él.

—¡Vamos!—repuso la viuda, casi risueña;—eso no me concierne. Mis preguntas nacen de lo mucho que me intereso por usted, y también porque creo que he sido su primera amiga. ¿No es verdad?

—Muy cierto, señora; he venido á su casa muchos días en que, á no ser por el trabajo que me dió, hubiéramos carecido de todo.

—¿Hubiéramos?—repitió la señora Clennam, mirando el reloj que perteneció á su esposo y que estaba siempre sobre la mesa.—¿Cuántos son ustedes, pues?

—Ahora nada más que mi padre y yo; quiero decir que solamente los dos debemos mantenernos de lo que yo gano.

—¿Y han sufrido ustedes muchas privaciones?—preguntó la viuda lentamente, dando vueltas al reloj con aire pensativo.

—Algunas veces nos ha costado bastante salir del apuro—contestó la niña Dórrit con su voz dulce y tranquila;—pero en cuanto á esto, me parece que hay muchas personas más dignas de compasión que nosotros.

—¡Perfectamente!—replicó la señora Clennam;—tiene usted sobrada razón; y, ó mucho me engaño, ó es usted una buena hija y tiene muy buen sentido.

—Creo hacer lo posible por cumplir con mi deber.

La señora Clennam acercó á sí el rostro de la costurera y dióle un beso en la frente, con una dulzura de que nunca la hubiera creído capaz la mujer de Jeremías, ni aun en sus más fantásticos sueños.

—Vamos, señorita Dórrit—dijo,—váyase usted ya, no sea que su padre esté con cuidado, hija mía.

La anciana Affery no había visto jamás, desde que soñaba, nada semejante á lo que estaba observando; para completar su asombro, sólo faltaba que su marido abrazase también á la costurera, y que él y la viuda comenzaran á llorar en favor de toda la humanidad.

Después de abrir la puerta para que la niña Dórrit saliese, Affery vió que Pancks, en vez de marcharse, como era natural que lo hiciese, se paseaba por el patio delante de la casa. Apenas salió la costurera, cruzó rápidamente por delante de ella, y acercando un dedo á los labios, díjole antes de alejarse:

—Pancks el bohemio dice la buena ventura.

—¡Cielo santo!—exclamó Affery, que lo había oído;—ahora tenemos también un gitano en campaña. ¿Qué será de nosotros?

Y completamente perturbada por los esfuerzos que hacía para descifrar aquel misterio, la infeliz Affery permaneció de pie en el umbral de la puerta, sin cuidarse de la lluvia y de los truenos, cuyo fragor comenzaba á oirse cada vez más próximo. El viento mugía con fuerza, cerrando con estrépito algunas ventanas que había conseguido abrir; las veletas giraban frenéticamente, y el huracán silbaba furioso en el cementerio contiguo, cual si quisiera arrancar de sus tumbas los restos mortales de los difuntos que allí reposaban; mientras que el trueno, por otra parte, parecía murmurar sordas amenazas en todos los puntos del cielo, cual si pidiera venganza de aquella tentativa sacrílega y quisiese gritar: «¡Déjales dormir, déjales dormir en paz el sueño de la muerte!»

Affery, que temía el trueno, pero á quien no inspiraba menos pavor aquella casa lúgubre, donde la obscuridad comenzaba á reinar antes de tiempo, preguntábase si entraría ó no, cuando una repentina ráfaga de viento decidió la cuestión, cerrando de golpe la puerta detrás de la mujer de Jeremías.

Fuera de sí, con el delantal levantado á guisa de capuchón, Affery comenzó á correr de un lado á otro por la calle solitaria, y después, deteniéndose delante de la puerta, inclinóse para mirar por el agujero de la cerradura: pero de pronto

irguióse, ahogando un grito, al sentir una mano sobre su espalda.

Affery volvió la cabeza y vió á su lado á un hombre que por su traje parecía extranjero: llevaba una gorra de pieles y un pesado capote; su cabello y bigote, muy poblados, eran de color negro brillante, excepto en las puntas, que habían tomado un matiz rojizo. Al observar el espanto de la mujer de Jeremías no pudo menos de sonreír y preguntarle con la mayor tranquilidad en muy buen inglés:

—¿Qué le ocurre, señora? ¿á quién teme usted?

—A usted—contestó Affery con voz temblorosa.

—¿A mí, señora?

—Sí, á usted, á la tempestad, y... á todo—contestó Affery.

—Mire usted, para colmo de desgracias, el viento ha cerrado la puerta y no puedo entrar.

—¡Bah!—replicó el desconocido tranquilamente;—eso no vale la pena. ¿Conoce usted por aquí á alguno que se llame Clennam?

—¡Ya lo creo!—exclamó Affery retorciéndose las manos con desesperación.

—¿Dónde vive?

—¿Dónde ha de vivir sino en esta casa?—repuso la mujer de Jeremías, volviendo á mirar por el agujero de la cerradura.—¡Dios mío! y ella está sola en su habitación, y no puede moverse para sacarme de este apuro. ¡Y mi esposo ha salido!... ¡Dios me perdone! creo que voy á volverme loca.

El extranjero, comprendiendo que la cuestión podía interesarle personalmente, retrocedió algunos pasos, y fijando la vista en la estrecha ventana de la salita que estaba cerca de la puerta de entrada, preguntó á la mujer de Jeremías:

—¿Podrá saberse dónde está la señora que no puede moverse?

Al decir esto sonrió de una manera extraña, que sin duda fascinó á la impresionable Affery.

—Allá arriba—contestó,—en la habitación que tiene las dos ventanas.

—Bueno—contestó el desconocido,—yo tengo una talla regular, pero nunca podría llegar hasta esa habitación sin el auxilio de una escalera. Ahora bien, señora, hablando francamente... la franqueza es una de mis virtudes... ¿quiere usted que abra la puerta?

—Sí, señor; y que Dios le bendiga, buen hombre. Hágame usted ese favor, pues podría suceder que se prendiese fuego

á su vestido, ú otra desgracia cualquiera mientras que yo estoy aquí aturdida.

—Un momento, señora—repuso el desconocido, haciendo un ademán con su pequeña y blanca mano para contener la impaciencia de Affery.—Creo que la hora de los negocios ha pasado por hoy, ¿no es así?

—Efectivamente—contestó la mujer de Jeremías,—y hace ya mucho tiempo.

—En tal caso, permítame usted hacerle una proposición leal... la lealtad es otra de mis virtudes. Acabo de desembarcar, como habrá usted comprendido al ver mi capote mojado y mis botas saturadas de agua (Affery había notado ya que el extranjero tenía el cabello en desorden y el color de la tez amarillento, como hombre que acaba de hacer una larga travesía;) me he retrasado á causa del mal tiempo, y por esta razón no puedo despachar un asunto muy urgente para mí, puesto que se trata de tomar dinero, el cual tendría ya en el bolsillo á no mediar este maldito percance. Ahora bien, si quiere usted ir á buscar en la vecindad á alguna persona que se halle en condiciones de arreglar mi negocio, yo me comprometo, por mi parte, á abrir esa puerta. Si mi proposición no conviene, voy á retirarme.

Pero la mujer de Jeremías, muy satisfecha de poder salir del paso á tan poca costa, aceptó el trato sin vacilar. Entonces el desconocido, rogóla que le hiciera el favor de guardar un momento el capote, alejóse algunos pasos para tomar impulso, saltó hacia la ventana, cogióse con ambas manos al reborde saliente; y un momento después levantaba el marco inferior. Su mirada era tan siniestra cuando después de saltar á la habitación se volvió para saludar á la mujer de Jeremías, que ésta no pudo menos de pensar, estremeciéndose, que si á aquel hombre se le antojase subir al primer piso para asesinar á la impotente viuda, nadie podría impedirselo.

Por fortuna, el desconocido no tenía ninguna intención de este género, pues pronto se presentó en la puerta de entrada.

—Ahora—dijo, tomando su capote de manos de Affery,—si quiere usted tener la bondad de...

El desconocido se interrumpió al oír un rumor extraño, muy próximo, á juzgar por la agitación que comunicaba á la atmósfera, y sin embargo ahogado, cual si partiera de muy lejos; era una especie de fragor sordo, al que siguió la caída de una materia seca y ligera.

—¿De dónde diablos viene ese ruido?—preguntó el extranjero.

—Ignoro lo que pueda ser—contestó Affery, cogiéndose del brazo del desconocido,—pero sí sé que le oigo continuamente.

El extranjero no debía ser hombre de valor, según pensó Affery, pues aun en medio de su espanto pudo observar que sus labios temblorosos habían palidecido; pero después de escuchar un instante, encogióse de hombros y dijo:

—¡Bah! eso no es nada... Y ahora le recordaré á usted, amiga mía, que me ha prometido buscar á una persona hábil para mi negocio. ¿Me hará el favor de presentármela?

Así diciendo, el desconocido tenía la mano sobre la puerta, como si estuviese dispuesto á cerrarla si Affery no cumplía lo pactado.

—¿No dirá usted á nadie que he dejado cerrar la puerta por descuido?—preguntó la mujer de Jeremías.

—Ni una palabra.

—¿Y no se moyerá de aquí mientras llevo á la esquina de la calle? Si la señora llama, no conteste usted.

—Aquí permaneceré inmóvil como una piedra.

Affery tenía el temor de que el extranjero subiera furtivamente la escalera apenas ella volviese la espalda, que después de perder la casa de vista, retrocedió para ver si el desconocido estaba todavía allí; y como observase que se hallaba en el umbral, más bien fuera que dentro de la casa, como si no le agradase la obscuridad, corrió hasta la calle inmediata para enviar un recado á Jeremías Flintwinch, quien salió muy pronto del café donde estaba. Affery había tomado la delantera, pero su marido la seguía de cerca, sin duda con la esperanza de poderla sacudir un poco, antes de entrar; los dos esposos vieron al desconocido siempre de pie junto á la puerta, y también pudieron oír la voz dura de la señora Clennam que gritaba:

—¿Quién está ahí? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no me contestan?



CAPITULO XXX

La palabra de honor de un caballero

Quando los esposos Flintwinch se detuvieron casi sin aliento ante la puerta de la antigua casa, estremeci6se el desconocido y retrocedió un paso.

—¡Rayo del cielo!—exclamó,—¿cómo diablos le encuentro á usted aquí?

Jeremías Flintwinch, á quien esta pregunta iba dirigida, no manifestó menos asombro que el extranjero; contempl6le con muda sorpresa, como quien ve una cosa que no esperaba encontrar, y pareció no comprender lo que le preguntaban. Luego volvi6se hacia su mujer para pedirle una explicación de aquel enigma; mas como no le dijese nada, lanz6se sobre ella y la sacudió con tal energía, que hizo saltar su papalina, murmurando con un tono singular de lúgubre ironía:

—Mujercita mía, ya te propinaré una buena dosis, pues veo que la necesitas. ¡He aquí otra de tus jugarretas! ¡Tú has vuelto á soñar, mujercita! ¿De qué se trata? ¿Quién está ahí? ¿Qué significa esto? ¡Habla! condenada, ó te estrangulo ahora mismo; no te queda más alternativa.

La pobre Affery debía optar seguramente por esto último, pues no contestó una sola palabra, mientras que su señor la sacudía hacia atrás y adelante, resignándose á sufrir su castigo; pero el extranjero, por el contrario, recogiendo con mu-

cha galantería la papalina de Affery, intervino en la cuestión.

—Permítame usted—dijo, poniendo su mano en el hombro de Jeremías, que se detuvo, soltando á su víctima,—dispéñseme si le interrumpo. No necesito preguntarle si esta señora es su esposa, pues esto se conoce por la ligereza con que usted procede y su manera de bromear. ¡Ah, ah! me gusta ver esa especie de alegres desahogos en un matrimonio... ¡Oiga usted! ¿me será permitido advertirle que allá arriba hay alguien que se impacienta en la obscuridad, expresando con bastante energía el deseo curioso de saber lo que aquí ocurre?

Esta alusión á la voz de la señora Clennam bastó para inducir á Jeremías á entrar en el vestíbulo, y gritar desde el pie de la escalera:

—No tenga usted cuidado, que estoy aquí; Affery subirá la luz al momento.

Y dirigiéndose á su esposa añadió:

—¡Vamos, despáchese usted á subir!

—Y ahora, caballero—dijo, encarándose con el desconocido, —veamos en qué puedo servir á usted.

—Me parece—repuso el extranjero,—que será preciso comenzar por rogar á usted que se tome la molestia de encender una luz.

—Es verdad—murmuró Jeremías;—sírvasse usted permanecer aquí mientras voy en busca de una vela.

El visitante estaba en el umbral de la puerta, pero penetró en la obscuridad de la casa apenas Flintwinch hubo vuelto la espalda, y siguióle con la vista hasta la pequeña habitación donde entró á huscar un fósforo. Sin duda las cerillas, ó la caja que las contenía estaban humedecidas, pues las primeras se apagaron antes de que Flintwinch pudiese encender la vela, si bien despidieron bastante luz para que el desconocido observara con atención las facciones del viejo, que al parecer le causaron la mayor sorpresa. Cuando Jeremías hubo conseguido al fin encender, adivinó que había sido objeto de un examen, pero al mirar al extranjero, su expresión sombría del momento antes había desaparecido, substituyéndole una benévola sonrisa.

—Tenga usted la bondad—dijo Flintwinch, cerrando la puerta de entrada, y observando á su vez con cierta atención la fisonomía de su visitante,—de entrar en mi despacho...

—Cuando le digo á usted que no hay nada—gritó de pronto Jeremías, para contestar á la señora Clennam, que llamaba siempre desde arriba, aunque Affery estaba ya con ella,—

cuando no hay nada, repito, puede usted estar sin cuidado..
¡Diablo de mujer! ¡No discurre más que una criatura!

—¿Tiene miedo?—preguntó el extranjero.

—¡Miedo!—repitió Jeremías, levantando la luz para ver mejor el semblante del extranjero, y mostrándole el camino, —yo le aseguro á usted que de cada cien hombres, noventa no tienen tanto valor como ella.

—¿Aún estando paralítica?

—Sí, señor; y lo está hace muchos años. La señora Clennam, única persona de este nombre que interesa ahora en los negocios de la casa, es mi asociada.

Advirtiéndole á su visitante que no había costumbre de recibir á persona alguna á semejante hora para tratar de negocios, Jeremías Flintwinch condujo al desconocido á su despacho, que podía pasar por el de un hombre de muchos negocios; colocó la vela sobre un pupitre y preguntó al extranjero qué deseaba.

—Yo me llamo Blandois.

—¿Blandois? No conozco ese nombre.

—Creí que habría usted recibido ya una carta de aviso de sus corresponsales de París.

—No hemos recibido de esa capital ninguna carta de aviso con el nombre de Blandois.

El desconocido, siempre con la sonrisa en los labios, entreabrió su capote para introducir la mano en un bolsillo, mientras sus brillantes ojos parecían expresar el deseo de soltar la carcajada.

—Es singular la semejanza que tiene usted con uno de mis amigos; pero ahora me parece menos notable que cuando le ví á usted llegar y le tomé por otra persona... ruégole que me dispense el error, como yo lo haría, dada la franqueza de mi carácter... En fin, es igual; de todos modos se parece usted mucho...

—¿De veras?—repuso Flintwinch con tono de mal humor, —es cosa singular, en efecto; pero vamos al asunto. Repito á usted que no he recibido carta alguna de aviso á nombre de una persona llamada Blandois.

—¡Bah!—repuso el extranjero.

—Se lo aseguro á usted—dijo Jeremías.

El señor Blandois, sin desconcertarse por la omisión de los corresponsales de la casa Clennam y C.^a, sacó su cartera del bolsillo, buscó una carta y presentósela á Flintwinch, diciéndole:

—Esta letra le será conocida seguramente, y creo que el contenido está demasiado claro para que sea necesaria una carta de aviso. Usted podrá resolver sobre este punto mejor que yo, porque desgraciadamente no entiendo mucho de negocios, toda vez que soy lo que el mundo llama arbitrariamente un caballero.

El señor Flintwinch tomó la carta, que estaba fechada en París, y leyó lo siguiente:

«Tenemos el gusto de recomendarle, de parte de un corresponsal muy apreciado de nuestra casa, al señor Blandois, de París, etc., etc. Les agradeceremos que le dispensen todas las atenciones posibles, previniéndoles que pueden abrir un crédito por quinientos francos al señor Blandois, etc., etc.»

—Muy bien, caballero—dijo Flintwinch;—sírvese tomar asiento. Haremos lo posible por complacer á usted... nuestra casa es de poco movimiento, y está algo atrasada, pero tiene sólidas bases. Por la fecha de esta carta veo que el aviso no ha podido llegar aun; tal vez habrá llegado usted por la mala que nos le trae.

—Efectivamente, caballero, he llegado por esta mala, y har-to se resienten de ello mi cabeza y mi estómago, á causa de tan detestable tiempo. Me ve usted en el mismo traje que llevaba al desembarcar; y á no haberse retardado el vapor, no necesitaría rogar á usted me dispensase por venir á semejante hora, molestando á la enferma que se halla arr.ba.

La audacia y cierto aire de autoridad suelen producir siempre mucho efecto, y por eso Jeremías Flintwinch comenzó á pensar que su visitante era una persona distinguida, lo cual no impidió que siguiera mostrándose algo arisco.

—¿Qué puedo yo hacer en favor del señor Blandois, habiendo pasado la hora de los negocios?—preguntó Jeremías después de una pausa.

—¡Pardiez!—repuso el extranjero encogiéndose de hombros. —necesito cambiar de traje, comer, beber y buscar un alojamiento. Tenga usted la bondad de indicarme, pues soy completamente extranjero en la ciudad, y no reparo en gastos, dónde podré alojarme hasta mañana, cuanto más cerca esté la casa mejor, y si sólo dista dos pasos, más me convendrá.

—No conozco en las inmediaciones ningún hotel que pueda convenir á un caballero de su rango...

—¡Qué diablos me habla usted de mi rango!—interrumpió Blandois;—un ciudadano cosmopolita no lo tiene. No negaré que soy un caballero á mi manera, pero no tengo preocupa-

ciones. Una habitación bien limpia, la comida caliente, y una botella de vino que pueda beber sin temor de envenenarme, es todo cuanto necesito para esta noche; pero lo quisiera, sin tener que andar mucho.

—En tal caso—repuso Flintwinch con más decisión que de costumbre,—aquí cerca hay una especie de café, á cuyo dueño podré recomendarle, pero que no tiene nada de distinguido...

—¡Qué me importa á mí eso!—interrumpió Blandois;—tenga usted la bondad de presentarme, si no le sirve de mucha molestia, y quedaré infinitamente agradecido.

Jeremías fué á buscar su sombrero, y al dejar la vela sobre una mesita, después de alumbrar á su visitante hasta el vestíbulo, ocurrióle subir á la habitación de la enferma para decirle que volvería dentro de cinco minutos.

—Tenga usted la bondad—le dijo Blandois,—de entregar mi tarjeta á la señora Clennam, haciéndole presente que tendré el mayor gusto en presentarme á ella para ofrecerle mis respetos y rogarle me dispense por la molestia que le he causado, si quiere sufrir durante algunos minutos la presencia de un extranjero, cuando haya mudado de traje.

Jeremías subió la escalera y volvió á bajar muy pronto.

—La señora me encarga contestar á usted—dijo á Blandois,—que tendrá mucho gusto en recibirle, pero que como la habitación de una enferma no tiene ningún atractivo, le dispensará de la visita en el caso de renunciar usted á ella.

—¡Yo renunciar!—replicó el galante Blandois;—esto sería faltar á las consideraciones debidas á una dama, lo cual no está conforme con mi carácter.

Al pronunciar estas palabras embozóse en su capote y acompañó á Flintwinch al café, haciendo seña para que le siguiese á un mozo de cordel que esperaba en la esquina de la calle con su maleta.

El establecimiento á que el señor Blandois fué conducido por Flintwinch era muy modesto; pero la dueña se avino á ceder, vista la recomendación, una salita que tenía destinada para sus reuniones de familia. Instalado el viajero, ocupóse al punto en su tocador; púsose una camisa muy blanca y perfumada, se peinó y alisó cuidadosamente el cabello, adornó los dedos meñiques con una gruesa sortija, y engalanóse además con una cadena de oro muy vistosa. Así ataviado, el señor Blandois esperó tranquilamente que le sirvieran la comida, arrellanado en su sillón y apoyadas las piernas en el marco

de la ventana. En esta postura ofrecía una maravillosa semejanza, salvo las joyas, con cierto señor Rigaud que en otro tiempo había esperado su comida en una innoble prisión de Marsella, sentado en el reborde de una reja y cogido de los hierros.

En las facciones de aquel hombre, cuyos labios entreabría á menudo una siniestra sonrisa, y cuyos ojos, casi á flor de la frente, ofrecían un singular contraste con su cabello negro, la naturaleza, siempre veraz, y que no hace nada inútil, había escrito claramente «¡Alerta!» y no era por lo tanto culpa suya que algunos se dejaran engañar. ¿Qué se le podía echar en cara, siendo la expresión de su rostro suficiente para juzgarle?

Cuando hubo terminado su comida, con un apetito que recordaba también la glotonería del citado Rigaud, Blandois se limpió los dedos, sacó un cigarro del bolsillo, y volviendo á tomar su posición junto á la ventana, entregóse á un curioso monólogo, mientras contemplaba los hilos de humo que salían de sus delgados labios.

«Blandois—decía,—la sociedad te ha maltratado, pero tú tomarás la revancha. ¡Ah, ah! has comenzado bien, amigo mío. En caso necesario, serías un excelente profesor de inglés ó de francés, y un tesoro en la intimidad de la familia, porque tienes el golpe de vista rápido, facilidad en el decir, desenvoltura, modales finos, un físico agradable... y, en fin, porque eres un caballero. Como tal vivirás y morirás, hijo mío, pues no puedes menos de ganar la partida, por malo que sea tu juego. Todo el mundo reconocerá tu mérito, Blandois; esa sociedad que tan cruelmente te ha ultrajado se doblegará bajo el peso de tus desdenes; eres naturalmente orgulloso, amigo mío, y tienes derecho á serlo.»

Apenas acabó de fumar su cigarro y vaciar su botella, Blandois se puso en pie, cogió el sombrero y dirigióse al domicilio de Clennam y C.^a, diciendo para sí, á guisa de consejo:

«¡Mantente firme, Blandois, amigo mío! ¡Atención! no pierdas la brújula.»

Blandois fué recibido en la puerta por la mujer de Jeremías, que en cumplimiento de las órdenes de su señor había encendido dos velas en el vestíbulo y otra en la escalera, y que condujo al visitante á la habitación de la señora Clennam, donde se acababa de servir el té, habiéndose hecho todos los preparativos que solían preceder á la llegada de un extranjero á quien se espera por primera vez; pero estos pre-

parativos se reducían á sacar el servicio de porcelana y cubrir el lecho con una simple coleha; todo lo demás quedaba igual: el canapé en forma de ataúd, la dueña con su traje de viuda, que parecía á punto de marchar al cadalso; el fuego oculto bajo una capa de cenizas húmedas, y la tetera con su olor de barniz quemado: era el mismo conjunto que se observaba allí hacía quince años.

Flintwinch presentó al caballero recomendado á la casa Clennam y C.^a: la viuda, que tenía la carta á la vista, saludó con una ligera inclinación de cabeza, invitando al señor Blandois á tomar asiento. La señora Clennam y el recomendado se examinaron mutuamente con la mayor atención: la curiosidad era muy natural.

—Doy á usted gracias, caballero—dijo la viuda,—por haber pensado en una pobre inválida como yo, pues ninguno de los que vienen aquí para tratar de negocios suele acordarse de mi persona, retirada ya del mundo. Sería ridículo quejarme de mi suerte, pues sé que «ausencias causan olvido;» aunque agradezco mucho la visita de los que hacen una excepción de la regla, no censuro á los demás.

El señor Blandois, con su aire más distinguido, manifestó el temor de haber molestado á la señora Clennam presentándose á una hora indebida.

—Dispéñseme usted—dijo,—pues ya me he excusado con el señor... no tengo el honor de conocer el nombre de...

—Jeremías Flintwinch—dijo la viuda;—está interesado en la casa hace muchos años.

Blandois saludó á Jeremías, ofreciéndose como su más seguro y atento servidor.

—Como mi esposo ha muerto—continuó la viuda,—y mi hijo ha preferido otra carrera, nuestra antigua casa no tiene hoy más representante que el señor Flintwinch.

—¿Y qué es usted entonces?—preguntó su socio con tono brusco;—me parece que no le falta suficiente cabeza para reemplazar á dos hombres.

—Mi sexo—prosiguió la señora Clennam, contestando sólo con una mirada á Flintwinch,—no me permitía tomar una parte responsable en los negocios, y de consiguiente, mi asociado combina mis intereses con los suyos, dirigiéndolo todo. Nuestra casa no tiene tanta importancia como en otro tiempo, pero aun hoy, algunos antiguos amigos, entre otros los firmantes de esta carta de recomendación, se acuerdan de nosotros, y por lo mismo estamos dispuestos á complacerles en cuanto

nos sea posible. Pero hablo de cosas que seguramente no le interesarán. ¿Es usted inglés, caballero?

—No, señora; no he nacido en Inglaterra, ni tampoco me he educado en este país. A decir verdad, no pertenezco á ninguno, pues desciendo de media docena de naciones.

—¿Ha corrido usted mucho mundo?

—Mucho; he estado un poco en todas partes.

—Sin duda no tendrá usted ninguna persona que le retenga en el punto donde reside; supongo que no es casado.

—Señora—replicó Blandois, frunciendo las cejas,—adoro al bello sexo, pero no soy casado ni lo he sido nunca.

La mujer de Jeremías, de pie junto á la mesa, cerca del visitante, disponíase á llenar las tazas de té, y habiendo vuelto la cabeza por casualidad mientras que el caballero contestaba, figuróse, gracias á su continuo estado de sonambulismo, que en la mirada de este personaje había algo fascinador que la obligaba á tener la vista fija en él. Esta impresión fué tan viva, que Affery permaneció inmóvil con la tetera en la mano mirando de hito en hito al señor Blandois, descortesía que no sólo inquietó á la pobre Affery por temor al castigo que le aplicaría su señor, sino que molestó también al visitante, á la viuda y á Flintwinch. Esta escena se prolongó algunos minutos, durante los cuales se miraron unos á otros confusamente sin saber por qué.

—Vamos—dijo al fin la señora Clennam á la anciana,—¿por qué mira usted así á ese caballero?

—No sé—contestó Affery, señalando con la mano al visitante;—no soy yo; es él.

—¿Qué quiere decir esa buena mujer?—exclamó el señor Blandois, que después de palidecer y sonrojarse sucesivamente se levantó con una expresión de cólera que contrastaba con sus palabras de moderación.—No hay medio de comprender la conducta extraña de esa buena señora.

—No, seguramente no hay medio—replicó Flintwinch, avanzando ligeramente hacia su mujer;—ni ella misma sabe lo que se dice, porque es una idiota y divaga. Ya le propinaremos una buena dosis... ¡oh! ¡pero qué dosis!... ¡Fuera de aquí, vieja mía!—añadió al oído de Affery;—¡fuera de aquí al momento, antes que te reduzca á polvo!

Affery comprendiendo el peligro que corría su persona, abandonó la tetera, tapóse la cabeza con el delantal y desapareció, mientras que el visitante volvía á sentarse, sonriendo como de costumbre.

—Ruego á usted que la dispense, señor Blandois, porque esa pobre mujer ha perdido ya el entendimiento, y está completamente alendada... ¿quiere usted muy dulce el té?

—Gracias, no tomo té... ¡Ah! dispéñseme la indiscreción... ¡Qué reloj tan curioso!

La mesa en que se había servido el té estaba junto al sofá, quedando sólo un pequeño espacio libre entre este mueble y el velador de la señora Clennam. Blandois se había levantado para servir el té á la dama, y en el momento de hacerlo fué cuando el reloj llamó su atención.

La viuda fijó al punto la vista en Blandois.

—Permítame usted—dijo éste, cogiendo el reloj,—¡oh! es hermoso, aunque antiguo y algo pesado, pero muy sólido; á mí me gustan las cosas sólidas... Este es un reloj de hombre, con doble caja, á la moda antigua. ¿Podré abrirlo? ¡Ah! tiene dentro un redondel de seda bordado con perlas... he visto muchos por el estilo en Holanda y en Bélgica. ¡Vaya una costumbre rara!

—Es muy antigua—dijo la señora Clennam.

—Sí, mucho; pero esta especie de forro no cuenta tanto tiempo como el reloj.

—No lo creo.

—Es asombrosa la paciencia con que nuestros padres se entretenían en complicar y enlazar las cifras de este género—observó Blandois fijando una mirada en la señora Clennam con la sonrisa que le era peculiar.—¿Serán estas letras N. O.? Aquí se podrían leer muchas cosas.

Flintwinch, que durante este diálogo había permanecido inmóvil, con la boca abierta, comenzó á beber su té apresuradamente, con aire pensativo.

—N. O.—añadió Blandois dejando el reloj en su caja,—sería sin duda el nombre de alguna hermosa niña; sólo por la cifra adoro la memoria de N. O.; pero desgraciadamente para mi reposo, no me inclino mucho á la adoración; tal vez sea un vicio ó acaso una virtud; pero de todos modos está en mi carácter adorar la belleza y el mérito del sexo de usted, señora Clennam.

—Por esta vez—contestó la viuda,—nada debe usted temer por su reposo, porque estas letras, según creo, no son las iniciales de un nombre.

—Pues serán las de una divisa.

—No, son las de una frase, y quieren decir, si no me engaño: «No olvides.»

—Y naturalmente—repuso Blandois,—usted no olvida.

—No, caballero—contestó la señora Clennam con firmeza, —yo no olvido, ni esto es fácil cuando una vive tan retirada como yo, desde hace muchos años. Imponerse un castigo voluntariamente, como lo hago yo, no es el mejor medio para olvidar, ni nos inclinamos á ello sabiendo que debemos expiar, como sucede á todos los hijos de Adán, algunos pecados, para obtener el perdón del Señor. He aquí por qué no olvido ni deseo tampoco olvidar.

Flintwinch, que imprimía á su taza un movimiento circular á fin de beber de una vez el té que aún quedaba, apurólo, dejó la taza en el platillo como hombre que no quiere más, y dirigió á Blandois una mirada que parecía preguntarle: «¿Qué le parece á usted de esto?»

—En la palabra «naturalmente»—replicó Blandois saludando, —quería yo expresar todas esas ideas, y estoy satisfecho de haberla usado tan á punto.

—Perdone usted, caballero—contestó la viuda,—si dudo que un hombre de mundo, aficionado á la variedad y á los placeres, que corteja y es cortejado...

—¡Oh! señora, usted me lisonjea.

—Repito que una persona de su carácter no puede adivinar fácilmente lo que se refiere al mío en las circunstancias en que me hallo. Sin tratar de exponer aquí toda una doctrina (al decir estas palabras dirigió una mirada á la línea de libros antiguos y amarillentos que tenía junto á sí,) me limitaré á decirle que sólo tomo por guía pilotos infalibles, con los cuales no puedo naufragar, porque es «imposible...» Y si yo pudiese olvidar la advertencia contenida en esas dos letras de que usted hablaba, seguramente no sería mi castigo tan severo como es.

Era singular el afán con que la señora Clennam aprovechaba toda ocasión de discutir contra un adversario invisible, ó tal vez contra ella misma, siempre ocupada en hacerse ilusiones en aquella lucha secreta.

—Si yo olvidase las faltas—continuó,—cometidas cuando disfrutaba de salud y era libre, podría quejarme de la existencia á que me veo condenada; pero no me quejo, ni me quejé nunca. Si yo olvidase que el Señor ha juzgado justo condenarme á una vida de tinieblas y desconsuelo, podría conservar algún cariño á las vanidades mundanas; pero no es así. Considero como una gracia y un favor especiales verme sometida á la reparación que se me ha impuesto, para ense-

ñarme aquello de que no debo dudar en adelante, y para bajar por mi salvación, como lo hago en la soledad, pues sin esto, mis pruebas no habrían dado ningún fruto. He aquí por qué no quiero ni puedo olvidar nada; he aquí por qué me he resignado, convencida de que mi suerte es preferible á la de muchos millones de almas á quienes la gracia no ha tocado.

Al decir esto cogió el reloj para colocarlo en el mismo sitio que antes ocupaba, y sin retirar la mano contempló algunos instantes con expresión de reto.

El señor Blandois, que había escuchado con suma atención el discurso de la viuda, miróla fijamente, acariciando su bigote con aire pensativo pero Flintwinch, que parecía estar algo atacado de los nervios, intervino en breve diciendo:

—¡Muy bien! acaba usted de hablar como una mujer piadosa, señora Clennam; no cabe negarlo; pero me parece que el señor Blandois no es hombre muy inclinado á los sentimientos piadosos.

—Pues se engaña usted—replicó el caballero,—y dispéñeme que se lo diga: la piedad constituye el fondo de mi carácter; soy sensible, ardiente y concienzudo, y tengo mucha imaginación; y ha de saber usted, señor Flintwinch, que un hombre de estas condiciones debe ser necesariamente piadoso, pues de lo contrario no valdria gran cosa.

Cuando el visitante se levantó para despedirse de la señora Clennam, adelantándose hacia ella con la mayor cortesía, Flintwinch sospechó vagamente, sin saber por qué, que el señor Blandois podría no valer gran cosa.

—Caballero—dijo entonces la señora Clennam,—he tenido la debilidad de hablar á usted de mis achaques, y tal vez haya visto en ello el egoísmo de una enferma, aunque sólo sus palabras son las que me han lanzado á ese terreno; pero ya que ha sido bastante anable para hacerme una visita, tenga también la bondad de dispensar que le haya hablado tanto de mí... Y ahora, ruego á usted que omita los cumplidos... El señor Flintwinch se complacerá en servirle á usted en cuanto sea posible, y yo deseo que le sea grata su permanencia en esta ciudad.

El señor Blandois dió las gracias á la señora Clennam, saludándola cortésmente con la mano.

—¡Ah! he aquí una habitación bien antigua—exclamó de pronto cuando estuvo próximo á la puerta;—su agradable conversación, señora, me ha interesado tan vivamente, que

al principio no me fijé en ello, pero ahora observo que tiene un marcado carácter de la pasada época.

—¡Oh! es porque la casa cuenta mucha antigüedad, á pesar de sus pocas pretensiones—contestó la viuda con helada sonrisa.

—¡Pardiez!—replicó Blandois,—si el señor Flintwinch tuviese la bondad de enseñarme las demás habitaciones, se lo agradecería mucho, pues deliro por las cosas antiguas. Yo estudio y adoro lo pintoresco bajo todas sus formas, tanto, que me han dicho que yo mismo era pintoresco, pero éste no es ningún mérito, pues tengo otras cualidades más preciables... Sin embargo, no sería imposible que yo fuese algo pintoresco. ¡Cuestión de simpatía!

—Le prevengo á usted, señor Blandois, que hallará el objeto de su simpatía muy sombrío y desnudo—dijo Flintwinch armándose de un candelero;—seguramente no vale la pena de ser visto.

Por toda contestación Blandois se limitó á dar un golpecito en el hombro á Jeremías, sonriendo benévolutamente; y volviéndose por última vez para saludar á la enferma, alejóse con su guía.

—Supongo que no deseará usted subir al último piso—dijo Flintwinch deteniéndose de pronto.

—Al contrario, amigo mío; si no es abusar de su complacencia, tendré sumo gusto en ello.

Jeremías comenzó á subir la escalera, seguido de cerca por el señor Blandois, y un momento después entraban en la gran alcoba que Arturo había ocupado la noche de su llegada.

—Vamos, señor Blandois—dijo Flintwinch con tono irónico, mostrándole la habitación,—supongo que se dará usted por pagado sólo con ver esto; en cuanto á mí, maldito lo que me interesa.

Como Blandois contestase que estaba muy satisfecho, cruzaron por otras habitaciones, por varios pasillos, volviendo después á la escalera; pero antes de bajar, Flintwinch había observado que el visitante, después de dirigir una rápida mirada á su alrededor, le examinaba atentamente de pies á cabeza. Esta particularidad le inquietó, sobre todo al notar que, cuando se volvía, siempre estaba fija en él la mirada del extranjero, en cuyos labios vagaba siempre la misma extraña sonrisa. Llegados á la habitación del difunto señor Clennam, Flintwinch se volvió otra vez para observar á su acompañante, y los dos se miraron fijamente.

—Esta antigua casa es encantadora—dijo Blandois sonriendo,—y hasta me parece misteriosa. ¿No se oyen nunca ruidos subterráneos aquí?

—¿Ruidos? No, señor.

—¿Y no viene alguna vez el demonio?

—Jamás, ó por lo menos no se presenta bajo este nombre ni en tal calidad.

—¡Ah, ah!—exclamó Blandois de pronto;—supongo que ese es un retrato (y siguió mirando á Flintwinch, como si éste fuese el retrato á que aludía.)

—Efectivamente.

—¿Me será permitido preguntar el nombre del original?

—Es del difunto señor Clennam, el esposo de mi asociada.

—Y sin duda el dueño del notable reloj que antes he admirado—añadió Blandois.

Flintwinch, que miraba el retrato, volvióse de pronto y observó que el extranjero tenía siempre la vista fija en él.

—Así es, señor Blandois—contestó Jeremías con cierta acritud;—el reloj era suyo, pero había pertenecido antes á su tío. Es todo cuanto sé sobre el particular.

—Parece que la señora tiene un carácter muy enérgico—dijo Blandois, cambiando de conversación.

—Sí, señor—repuso Jeremías,—es una mujer notable y de mucho vigor moral.

—Presumo que los dos habrán sido felices.

—¿Quiénes?—preguntó Flintwinch.

Blandois señaló con el índice de la mano derecha la habitación de la enferma, y con el de la izquierda el retrato, y echóse á reír en las barbas de su interlocutor.

—Supongo—replicó Flintwinch,—que su existencia ha sido tan feliz como la de la mayor parte de los matrimonios; pero nada sé sobre el particular, porque cada familia tiene sus secretos.

—¡Secretos!—exclamó Blandois con viveza;—repítame usted esa palabra, amigo mío.

—Digo—replicó Flintwinch retrocediendo un paso, pues parecióle que su interlocutor se crecía,—que en cada familia hay secretos.

—¡Pardiez; vaya si los hay!—exclamó Blandois, dando á Jeremías un golpecito en el hombro.—¡Diablo! ya lo creo que hay secretos, y algunos diabólicos, señor Flintwinch.

Y apoyando las manos en los hombros de Jeremías, Blandois inclinó la cabeza hacia atrás y comenzó á reír á carca-

jadas, sin que le fuese posible á Flintwinch interrumpir aquel acceso de hilaridad.

—Vaya, amigo mío—dijo Blandois, después de haber reído á su sabor,—tenga usted la bondad de prestarme un momento la vela para mirar un poco el retrato del difunto esposo de esa notable señora... ¡Ah!—añadió elevando la luz á la altura del brazo...—veo que la expresión de estas facciones revela también bastante energía, pero de otro género. El retrato parece decir... ¿cuáles son las palabras...? ¡Ah! ya me acuerdo; parece decir: «¡No olvidéis!» ¿No es verdad, señor Flintwinch? ¡Pardiez! le aseguro á usted que quiere decir eso.

Y devolviendo la luz á Jeremías, miróle fijamente y le siguió con lento paso al vestíbulo, donde le aseguró que aquella antigua casa era encantadora, que había tenido el mayor placer en visitarla detenidamente, y que no hubiera querido perder tan buena ocasión ni por un billete de cuatrocientas libras.

En medio de todas las familiaridades que se permitía el señor Blandois, cuyos modales eran cada vez más groseros é insolentes, el apergaminado rostro de Jeremías conservábase impassible, sin sufrir la más pequeña alteración; Flintwinch no era hombre que perdiese su sangre fría por tan poca cosa.

Terminada la visita, nuestros dos personajes fueron al cuartito que daba al vestíbulo, donde Jeremías, mirando á su vez atentamente á su interlocutor, le dijo con calma:

—Me alegro mucho de que haya quedado usted satisfecho de su inspección domiciliaria; confieso que no lo esperaba; este paseito parece haberle alegrado.

—¡No lo sabe usted bien!—replicó Blandois;—me ha refrescado, moralmente hablando... ¡palabra de honor! ¿Tiene usted alguna vez presentimientos, señor Flintwinch?

—No sé qué entenderá usted por esa palabra.

—Para determinarla con mayor claridad, le preguntaré á usted, amigo mío, si abriga algunas veces la esperanza de una futura dicha.

—Confieso que por ahora no siento ninguna impresión de ese género—contestó el asociado de la señora Clennam con imperturbable gravedad;—pero si me llegase á suceder, le avisaré á usted.

—¡Pues bien! yo tengo una especie de presentimiento que me dice que estrecharemos más nuestras relaciones. Y usted, buen hombre, ¿no sospecha lo mismo?

—No—repuso Flintwinch después de una pausa, durante

la cual pareció consultarse para contestar con toda la veracidad posible;—no presiento nada de eso.

—Pues á mí se me figura que llegaremos á ser amigos íntimos: ¿no imagina usted una cosa así, querido amigo?

—Aun no—dijo Flintwinch.

El señor Blandois, apoyando otra vez las manos en los hombros de su interlocutor, hizole dar una vuelta como si fuera un muñeco, y cogiéndole después del brazo, invitóle á salir con él para apurar una botella de vino.

Jeremías aceptó sin vacilar, y los dos se dirigieron acto seguido al café donde Blandois estaba alojado. Hacía ya mucho tiempo que habían cesado los truenos; pero llovía á torrentes. Blandois condujo á su acompañante al mismo cuarto que ocupaba, y después de pedir una botella de Porto, el hospitalario viajero se colocó en el reborde de la ventana mientras que Flintwinch se sentaba al otro lado de la mesa.

Blandois propuso que trajeran los vasos más grandes que hubiese en la casa, lo cual aprobó Jeremías: cuando los trajeron, el anfitrión, que parecía dominado por una alegría báquica, llenó el suyo y el de su compañero brindando con éste por la futura intimidad que auguraba; y Flintwinch, después de corresponder con la mayor flemma, siguió bebiendo todo el vino que le escanciaban sin pronunciar una palabra. Cada vez que Blandois brindaba, imitábale Flintwinch con aire apático, y aun le imitara mejor si hubiese sido cuestión de apurar los vasos de uno y otro, pues salvo la facultad de saborear el líquido, Jeremías era un verdadero tonel.

En fin, el señor Blandois acabó por reconocer que echar vino en el cuerpo de su amigo Flintwinch no era el medio más propio para hacerle hablar, pareciendo por el contrario que el líquido servía sólo para que enmudeciese. Jeremías, en efecto, hubiera sido capaz de beber toda la noche, y en caso necesario hasta el día siguiente; mientras que Blandois no tardó en echar de ver que se le escapaban algunas fanfarro-nadas demasiado feroces, por lo cual levantó la sesión después de apurada la tercera botella.

—¿Piensa usted girar contra nosotros mañana?—preguntó Flintwinch al despedirse.

—¡Palomo mío!—contestó Blandois, poniendo nuevamente sus manos en los hombros de Flintwinch, y pasándole después la mano por la barba,—no tenga usted el menor cuidado; le doy mi palabra de caballero. ¡Sí, mil rayos! ¡Le aseguro que nos volveremos á ver!

Pero al día siguiente, Blandois no se presentó, aunque la casa Clennam y C.^a había recibido ya la carta de aviso esperada. Flintwinch fué por la noche á visitar al viajero y no quedó poco sorprendido cuando le dijeron que había pagado su cuenta por la mañana y que estaba camino de Calais. Jeremías, no obstante, persuadióse, á fuerza de reflexionar, que Blandois cumpliría su palabra, volviendo á visitarle.





CAPITULO XXXI

Espíritu de dignidad

No pasa apenas día sin que los transeúntes encuentren en las calles de la populosa metrópoli algún viejecito escuálido y amarillento, á quien se creería caído de las nubes, si éstas no se respetasen demasiado para exportar semejantes productos; y que anda con mucha precaución, como atemorizado por

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Avda. LAS MONTEREY, MEXICO

el ruido y el movimiento. Este viejecito suele llevar una vestimenta que por su corte y color jamás estuvo de moda en ningún país; y cubre su cabeza un sombrero de mugrientas alas, pero demasiado endurecido en la copa para que pueda adaptarse á la forma de la cabeza de quien lo usa. La camisa, de lienzo muy grueso, y la corbata, no menos tosca, corren parejas con el sombrero; y todas las prendas, en fin, parecen no pertenecerle, á juzgar por el disgusto con que las lleva.

El padre de la señora Plornish, el anciano Naudy, era un viejecito por el estilo: acosado continuamente por la desgracia, y siempre pobre, habíase visto al fin en la precisión de retirarse á un hospicio, pues los Plornish se hallaban en una situación demasiado crítica para poder mantenerle, si bien le convidaban á comer cuando obtenía permiso para ausentarse durante un día del benéfico establecimiento. La señora Plornish, muy orgullosa de su padre, complaciase en presentarle á todos los vecinos y vecinas, elogiando sus cualidades, y sobre todo su genio filarmónico.

El anciano Naudy tenía además un protector: el señor Dórrit, quien trataba al viejecito con la mayor afabilidad, aunque le consideraba en cierto modo como un vasallo; complaciase en verle para hacer comentarios sobre su decrepitud, y cuando se marchaba, admirábase de que Naudy conservase tan erguida la cabeza.

Cierto día, aniversario del nacimiento de Naudy, el anciano obtuvo permiso para ir á visitar á su hija, y á poco de estar en su casa, presentóse la niña Dórrit, que había entrado, al pasar, para saludar á los Plornish. La mujer del albañil se apresuró á mostrar su padre á la joven costurera, repitiendo sus elogios de costumbre, y díjole que el anciano deseaba ir á ofrecer sus respetos al decano, si la señorita Dórrit no veía en ello ningún inconveniente.

—Nada de eso—contestó la joven;—y si el señor Naudy quiere venir conmigo, tendré el mayor gusto en acompañarle.

—Muy bien—contestó la mujer del albañil;—no estará poco engreído mi padre aprovechando la ocasión de servir á usted de caballero, querida Amy. Déjeme usted arreglarle un poco el lazo de la corbata y podrán ustedes marcharse.

Un momento después, la joven costurera salía con el anciano, á quien condujo por el Puente colgante, donde le invitó á descansar un rato. Luego continuó su marcha, y hallábase ya á cinco minutos de la prisión, cuando al doblar una esquina, tropezaron con Fanny, que llevaba sombrero nuevo.

—¡Cielo santo, Amy!—exclamó la bailarina, retrocediendo un paso;—imposible me parece.

—¿Qué quieres decir, Fanny?

—¡Vamos, me parece mentira! Estoy dispuesta á creer muchas cosas que me dijeran de tí—prosiguió Fanny con acento de indignación;—pero nunca te habría creído capaz de semejante bajeza.

—¡Fanny!—exclamó la niña Dórrit, ofendida por aquellas palabras.

—Te digo—repuso la bailarina,—que no tienes dignidad... ¿A quién se le ocurre pasear así las calles en pleno día con un pobre del hospicio?

—¡Oh Fanny!

—Ya me aburres con tus *¡oh Fanny!*... Jamás he visto una cosa por el est'lo... esa obstinación tuya en querer deshonorarnos á cada momento es verdaderamente infame; ¡esto no se puede tolerar!

—¿Es una deshonra para nadie—contestó dulcemente la niña Dórrit,—cuidar de un pobre anciano?

—Sí, señora—contestó Fanny;—usted debería saberlo, y lo sabe muy bien; y precisamente por esto procede así. Parece que se complace en recordar á su familia que ha tenido desgracias, y diríase que su mayor gusto es tratar con cierta clase de gente; pero si usted ignora lo que son las conveniencias sociales, yo lo sé muy bien, y por lo tanto me permitiré pasar al otro lado de la calle y proseguir mi camino como si no la conociese.

Así diciendo la bailarina cruzó á la acera opuesta, mientras que el viejo Naudy, que permanecía inmóvil á pocos pasos, saludaba á la bailarina con la mano, pues la niña Dórrit había soltado su brazo en el primer momento de sorpresa. Mientras que Fanny se alejaba, volvió su hermana á reunirse con el anciano, quien le preguntó si había ocurrido alguna novedad en la familia.

—No, no—contestó la niña Dórrit;—todos están buenos, gracias; déme usted el brazo, señor Naudy, que ya estamos cerca.

La joven reanudó la conversación con el anciano como si nada hubiera sucedido, y en breve llegaron á la prisión. Quiso la casualidad que el decano se dirigiese á la portería en el momento en que Amy se acercaba á ella dando el brazo al viejecito; este espectáculo le produjo una viva agitación, y sin duda un profundo pesar, pues sin hacer caso de su protegido,

que le saludaba sombrero en mano, volvióle la espalda y subió á su habitación.

La niña Dórrit, después de prometer que volvería al instante, dejó allí al pobre anciano, que en tan mal hora había tomado bajo su protección, y fué á reunirse con su padre. En la escalera encontró á Fanny que la seguía con aire desdenoso, y todos tres entraron en la habitación casi al mismo tiempo.

El Padre de la Mariscalía se dejó caer en un sofá, y ocultando el rostro con sus manos exhaló un gemido.

—¡Naturalmente!—exclamó Fanny;—no podía suceder otra cosa... ¡He aquí á papá afligido!... Espero que ahora me atenderá usted cuando le diga algo, señorita.

—¿Qué tiene usted, padre?—preguntó la niña Dórrit, inclinándose sobre el decano.—¿Está usted disgustado? Supongo que no seré yo causa de ello.

El Padre de la Mariscalía extendió el brazo, y movió tristemente la cabeza, mirando á la más joven de sus hijas.

—Amy—le dijo,—ya sé que no has tenido ninguna mala intención, pero me has causado un profundo pesar.

—¡Vamos!—replicó la implacable Fanny,—ya sabemos que esta muchacha es plebeya de corazón.

—¡Padre!—exclamó la niña Dórrit, pálida y temblorosa,—perdóneme usted, y dígame qué mal he hecho, para poderme enmendar.

—¿Lo que has hecho, niña prevaricadora?—repuso Fanny;—harto lo sabes; ya te lo he dicho, y no debes aparentar ignorarlo.

—¡Silencio!... Amy, he hecho todo lo posible para conservarte en una esfera distinguida, y mantener tu rango aquí; no sé si he obtenido buen resultado, ni tampoco si has sabido apreciar mis esfuerzos; todo lo había perdido menos el honor, y sólo me faltaba este último golpe... el que acabo de recibir.

Al pronunciar estas palabras, el anciano se pasó el pañuelo por los ojos, mientras que la niña Dórrit, arrodillada ante su padre en actitud suplicante, contemplábale con aire afligido.

—Sí—continuó,—hasta hoy había tenido la suerte de evitar las humillaciones, y en medio de todas mis pruebas, he conservado bastante altivez para hacerme respetar de cuantos me rodean; pero hoy, en este instante, me siento humilladísimo.

—¡Naturalmente! no cabía esperar otra cosa—exclamó la irascible Fanny.—¿A quién se le ocurre ir á correr las calles llevando cogido del brazo á un mendigo del hospicio?

—Querido padre—dijo la niña Dórrit,—no trataré de justificarme de haberle causado tanto pesar, no, se lo aseguro á usted; y sólo deseo consolarle y olvidar mi falta; pero si no hubiese sabido que siempre era bondadoso con ese anciano y que le agradaba verle, no habría venido aquí con él, padre, ¡créalo usted! ¡La falta que acabo de cometer ha sido involuntaria, y bien sabe Dios que por nada quisiera afligirle!

Fanny, dejando escapar un sollozo, comenzó á llorar con su hermana, y dijo, según tenía costumbre de hacerlo cuando se desvanecía un poco su cólera, que estaba muy enojada contra sí misma y un poco contra los demás, y que quisiera haber muerto.

El anciano Dórrit estrechaba entre los brazos á su hija más joven, acariciándole el cabello.

—¡Vaya! no se hable más de ello, Amy; lo olvidaré tan pronto como me sea posible. Es verdad, hija mía, que siempre me complace ver á mi protegido... Pero sólo en calidad de tal... y también es verdad que tiendo á esa... ¡hem!... caña rota (creo que no habrá inconveniente en llamarle así,) una mano tan benévola y protectora como lo permite mi posición. Todo esto es exacto; mas por otra parte, no puedo traspasar los límites que me impone... ¡hem!... el sentimiento de mi propia dignidad. Hay ciertas cosas que no se pueden conciliar con este sentimiento y que le hieren profundamente... No me humilla que hayas sido amable con ese anciano; pero sí el haber visto á mi propia hija entrar en el patio de esta comunidad cogida del brazo de un... ¡oh, Dios mío!... de uno que viste librea de la miseria.

El decano pronunció estas últimas palabras con voz tan conmovida, que no era fácil oírlas todas; y tal vez hubiera encontrado otras para expresar su dolor á no haber resonado un golpe en la puerta, dos veces repetido.

—¡Adelante!—exclamó Fanny.

—¡Hola, Juan!—gritó el anciano Dórrit que se había calmado de repente,—¿qué hay de bueno?

—Una carta para usted, que acaban de traer en este momento; como estaba en la portería, he tenido el gusto de su-birla yo mismo.

El joven Juan enmudeció de pronto al observar el espectáculo que ofrecía la niña Dórrit, arrodillada á los pies de su padre.

—Muy bien, Juan—dijo el anciano,—le doy las gracias.

—La carta es del señor Clennam, y contestación á otra de

usted; el que la trajo ha dicho que ese caballero vendría á verle esta tarde, y que espera encontrarle, así como á... la señorita Dórrit.

—¡Oh! muy bien—contestó el anciano, entreabriendo la carta, que contenía un billete de Banco...—Gracias, Juan; ya sé lo que es. Le agradezco mucho su complacencia. ¿Esperan contestación?

—No, señor.

—Gracias, Juan. ¿Cómo sigue la madre?

—No tan bien como sería de desear...; excepto el padre, todos estamos bastante mal.

—Pues déle expresiones de mi parte; espero que se aliviará pronto.

—Gracias, caballero.

El joven Juan se retiró, improvisando en el camino un epitafio que decía así:

«Aquí yacen los restos mortales de Juan Chivery,
 »que al ver un día al ídolo de su alma presa del mayor dolor
 »y no pudiendo soportar tan desgarrador espectáculo,
 »volvió á casa de sus padres inconsolables
 »y puso fin á su triste existencia.»

—¡Vaya! Amy—dijo el decano, cuyo profundo pesar parecía haberse disipado como por encanto, hasta el punto de irradiar el mayor contento;—sepamos ahora dónde está mi protegido; no debemos dejarle solo un minuto más, pues tal vez creyera que me niego á recibirle. Ve á buscarle, hija mía, si no prefieres que lo haga yo.

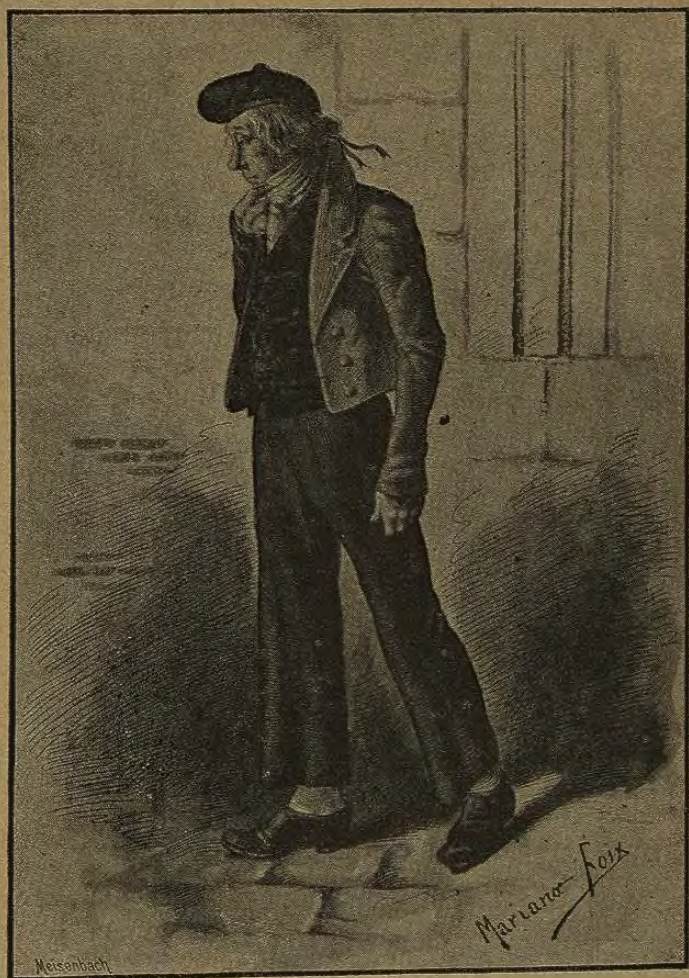
—Si le es igual, padre, creo que vale más que usted vaya—contestó la niña Dórrit, tratando de ahogar sus sollozos.

—Muy bien, iré yo mismo, hija mía; ¡tranquilízate! Vamos, sube á tu cuarto y lávate los ojos para borrar la huella de tus lágrimas, á fin de poder recibir al señor Clennam.

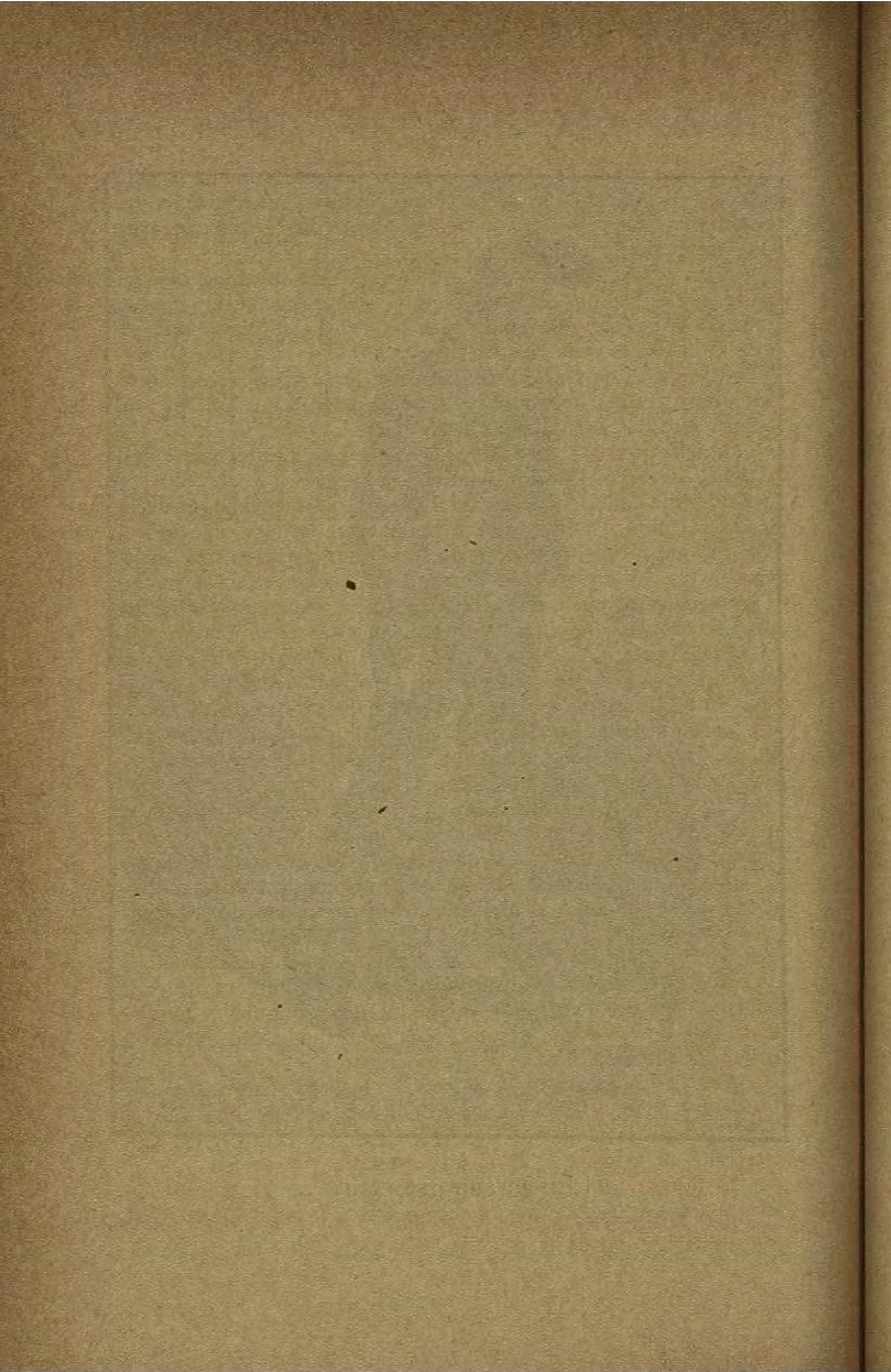
—Mejor quisiera permanecer en mi cuarto, padre—replicó la joven;—prefiero mucho más no ver al señor Clennam.

—¡Oh! no digas eso, hija mía; ¡vaya qué niñada! El señor Clennam es un caballero muy cumplido, algo reservado á veces, pero esto no importa. Por nada en el mundo quisiera que dejases de estar aquí para recibirle, sobre todo esta tarde, y por lo tanto te ruego que vayas á lavarte un poco, amor mío.

La niña Dórrit, como hija obediente, se levantó al punto, y antes de salir dió á su hermana un beso de reconciliación.



El joven Juan se retiró...



Fanny, por su parte, para manifestar su remordimiento, dijo que más valiera que el viejo Naudy hubiese muerto antes de dar motivo á que se indispusiesen dos hermanas por culpa de un repugnante mendigo.

El Padre de la Mariscalía, rebotando satisfacción, bajó al patio en busca del anciano Naudy, que permanecía en pie, junto á la verja y sombrero en mano, en la misma actitud en que le dejara la niña Dórrit.

—Vamos, Naudy—dijo el Padre de la Mariscalía con acento bondadoso,—¿por qué se detiene usted ahí? ¿Cómo va, amigo mío? Parece que estamos buenos, ¿eh?

—Muchas gracias, caballero; estoy mejor desde que tengo el gusto de ver á Vuestra Señoría.

El decano, queriendo ser amable hasta el fin, condujo de la mano hasta su habitación al pobre viejecito y encargó á Maggy que preparara el té y fuese á comprar bizcochos, manteca fresca, huevos, jamón y cangrejos, recomendando mucho á la mensajera que contara bien el dinero. Apenas terminados los preparativos, la niña Dórrit bajó con su costura, y un momento después presentóse Clennam: el decano le dispensó la más favorable acogida, invitándole á participar del té.

—Amy—dijo á su hija menor,—tú tienes la suerte de conocer al señor Clennam mejor que yo, y por lo tanto no necesito presentártelo.

Y dirigiéndose á Fanny, añadió:

—Hija mía, este caballero no es ya un extraño para ti, y debes considerarle como nuestro mejor amigo.

La bailarina contestó con un saludo altanero, pues en aquella ocasión, figurábasele que todos conspiraban contra la dignidad de la familia, y pensó que Arturo sería uno de los cómplices de la liga.

—Señor Clennam—añadió el decano,—aquí tiene usted á un antiguo protegido mío, servidor muy fiel (Guillermo Dórrit hablaba siempre de Naudy como de una antigualla, aunque tenía dos ó tres años más que él.) Creo que usted conoce á la señora Plornish: Naudy es su padre.

—Me alegro mucho de conocerle—contestó Arturo.

Durante este diálogo, Maggy, ayudada por la niña Dórrit, había puesto la mesa, preparándolo todo; y como hacía mucho calor en la prisión, abrió la ventana de par en par.

—Si Maggy quisiera extender este diario en el reborde de la ventana—dijo el decano á media voz á la niña Dórrit,—mi

anciano protegido podría tomar allí su té, mientras nosotros tomamos el nuestro.

Según se ve, antes de obsequiar á su protegido, Guillermo Dórrit creía conveniente establecer entre el anciano y su familia una distancia de un pie de anchura. Clennam no había visto nunca nada que se pareciese al magnánimo patronato del decano; y perdíase en una contemplación de los incidentes de aquel curioso espectáculo.

—¿Quiere usted un poco de jamón, Naudy?—preguntó el decano á su protegido.—¿No? ¡Cuánto tarda usted en comer!

Y dirigiéndose á los que le rodeaban, añadió en voz baja:—¡Pobre hombre, ya comienza á quedarse sin dientes!

Poco después, preguntó al anciano si quería cangrejos, y como tardase en contestar, el decano dijo á sus convidados:

—Naudy pierde el oído; dentro de poco quedará completamente sordo.

—¿Se pasea usted mucho en el establecimiento?—preguntó después á su protegido.

—No, señor—contestó el anciano;—es cosa que no me agrada mucho.

—Es natural—repuso el decano, dirigiéndose confidencialmente á sus convidados;—á ese pobre hombre le flaquean ya las piernas.

Como para completar su interrogatorio, Guillermo Dórrit preguntó al anciano cuantos años tenía el hijo menor de los Plornish.

—Mi nieto Juan Eduardo—contestó Naudy, dejando á un lado el cuchillo y el tenedor, como para reflexionar,—cuenta ya... ¡Veamos!

El decano se llevó la mano á la frente, diciendo:

—También pierde la memoria.

—No recuerdo á punto fijo—añadió Naudy,—si ese niño tiene ahora dos años y dos meses, ó dos y medio.

—Bien, no se rompa usted la cabeza en buscar más—replicó el decano con la mayor bondad. (Ese hombre pierde todas sus facultades—dijo Dórrit á sus demás convidados;—y bien se ve que no puede resistir la vida que pasa en el hospicio.)

Cuando el decano se levantó al fin para despedir á Naudy, después de tomar el té, irguióse cuanto le fué posible y dijo á su protegido con la mayor bondad, poniéndole una moneda en la mano:

—Naudy, esto no se llama un chelín, ya lo sabe usted; esto es tabaco.

—Muchas gracias, caballero—repuso el anciano;—sírvese usted presentar mis respetos á las señoritas Amy y Fanny; usted lo pase bien, señor Clennam.

Naudy salió, y su protector se detuvo en la puerta para recomendarle que anduviese con cuidado al bajar la escalera.

—Ese es un triste espectáculo, señor Clennam—dijo cuando volvió á sentarse;—el infeliz no echa de ver su decrepitud, ni reconoce sin duda que ya es sólo una ruina.

Como Clennam tenía sus razones para quedarse, se asomó á la ventana, mientras que Maggy y la niña Dórrit se ocupaban en quitar la mesa y en lavar las tazas. Cuando la joven costurera hubo puesto su labor sobre la mesa, abrióse la puerta silenciosamente, presentóse Tip y abrazó á su hermana menor, que salía á su encuentro, saludó á su padre y á Fanny con una inclinación de cabeza y después fué á sentarse, dirigiendo una sombría mirada á Clennam, como si no le conociese.

—Amigo Tip—dijo la niña Dórrit con su dulzura acostumbrada, aunque se avergonzase de la conducta de su hermano, —¿no ves?...

—Sí, veo perfectamente, si te refieres á cierto visitante que se halla aquí...—interrumpió Tip haciendo un ademán para señalar á Clennam.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, todo; y creo que el visitante comprenderá mi silencio, pues no puede olvidar que no me ha tratado con las consideraciones debidas á un caballero.

—No comprendo—contestó Clennam.

—¿No? Pues entonces voy á tratar de explicarme más claramente. Usted me permitirá decirle que cuando dirijo á una persona cualquiera petición redactada en debida forma para obtener en caso de urgencia una pequeña suma de que se puede disponer fácilmente... y á pesar de esto se me niega, debo sostener que dicha persona no ha procedido respecto á mí con la consideración que se debe á un caballero.

Apenas el joven hubo pronunciado esta última frase, el decano, que hasta entonces había contemplado á su hijo sin pensar en interrumpirle, intervino, gritando encolerizado:

—¿Cómo te atreves?...

—¡Bah! no me pregunte usted «cómo me atrevo»—repuso Tip,—porque es una necedad. En cuanto á la línea de conducta que he juzgado oportuno seguir con el individuo aquí pre-

sente, debería usted estar orgulloso de verme mantener la dignidad de la familia.

—¡Ya lo creo!—añadió Fanny.

—¡La dignidad de la familia!—repitió el padre.—¿Habríamos llegado al punto de que mi propio hijo crea enseñarme... «á mí...» lo qué es dignidad?

—¡Vamos! padre, ¿á qué enojarnos unos con otros por este asunto? Estoy convencido de que el individuo aquí presente no se ha portado conmigo como se merece un caballero: ni más, ni menos.

—¡Ah! ¿con que está usted convencido de ello, caballero?—replicó el padre.

—Sí, señor; ¿á qué excitarle más la bilis?

—Señor mío—continuó el padre animándose cada vez más,—usted no tiene derecho para estar convencido de una cosa absurda, de una cosa... ¡hem!... inmoral... No, señor Clennam, no me interrumpa usted, se lo ruego. Rechazo terminantemente el aserto que mi hijo acaba de emitir.

Amy trató de calmar á su padre; pero éste, sin querer escuchar nada, repitió que no ignoraba lo que se debía á sí mismo y que no toleraría se le injuriase. Después preguntó si debía permitir á su hijo semejante lenguaje en su presencia, ni pasar por tal humillación.

—Usted se forja fantasmas—contestó Tip con tono de mal humor;—la cosa de que estoy convencido no le concierne á usted, ni tiene nada que ver con sus asuntos; de modo que no veo por qué ha de intervenir.

—Pues yo le digo á usted que me importa mucho—replicó el decano,—y le haré observar, caballero, que... ¡hem!... la posición... ¡hem!... delicada y singular de su padre, debería bastar para cerrarle la boca, cuando se trata de establecer principios tan... ¡hem! tan desnaturalizados.

—¡Vamos! ya veo—dijo Tip,—que no está usted dispuesto á atender razones, y por lo tanto; lo mejor que puedo hacer es marcharme. Buenas noches, Amy; no te apesadumbres por esto; siento mucho que haya ocurrido en tu presencia, ¡palabra de honor! pero no puedo olvidar el sentimiento de mi propia dignidad, ni aun por ti, viejecita mía.

Al pronunciar estas palabras cogió su sombrero y salió, seguido de la señorita Fanny, que hubiera creído faltar á su dignidad si no hubiese dirigido á Clennam una mirada hostil, para indicarle que le consideraba como conspirador contra la familia Dórrit.

Cuando hubieron salido, el decano pareció dispuesto á recaer en un acceso de tristeza, lo cual hubiera sucedido á no ser por la llegada, muy oportuna, de un caballero que iba á invitar al Padre de la Mariscalía al café.

—Ya ve usted, señor Clennam—dijo el decano,—qué singulares son las anomalías de mi posición... ahora se trata de cumplir con un deber público, y estoy seguro que me dispensará la ausencia.

Clennam rogó al anciano que no titubeara un momento en cumplir con sus deberes.

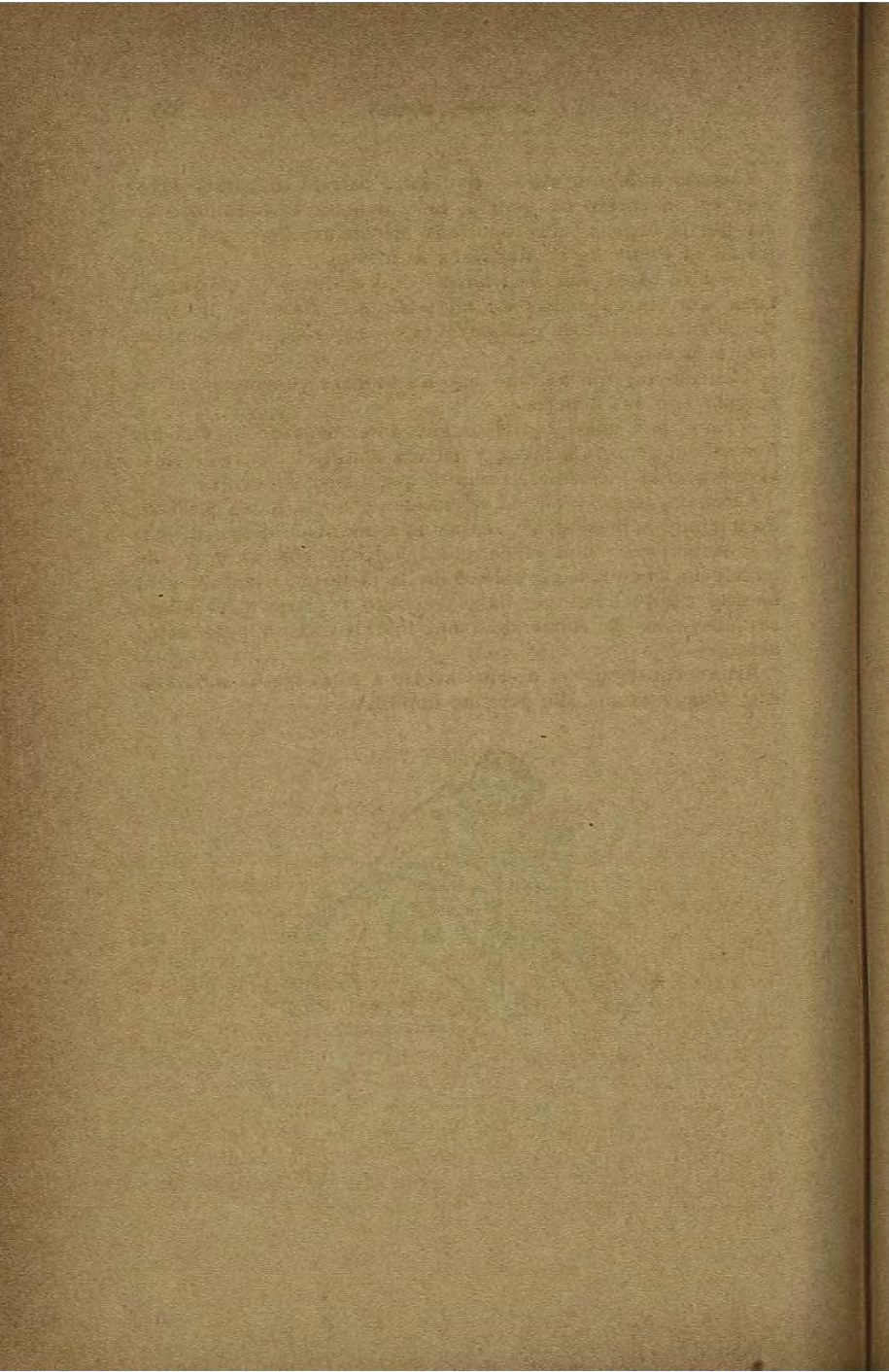
—Amy, hija mía—dijo el decano antes de salir—haz tú los honores al señor Clennam, y tal vez consigas hacerle olvidar el inesperado incidente... ¡hem!... que acaba de ocurrir.

Clennam aseguró que aquel incidente no le había producido ninguna impresión, y que, por lo tanto, nada debía olvidar.

—Amigo mío—dijo el decano saludando con su gorra de terciopelo, mientras que estrechaba la mano de Clennam para hacerle comprender que había recibido la carta y el billete adjunto—Dios le colme de tanta felicidad como para usted deseo.

Arturo conseguía su objeto: hablar á solas con la niña Dórrit; Maggy estaba allí, pero no importaba.







CAPITULO XXXII

Todavía la buena ventura

Maggy se había sentado junto á la ventana, y la niña Dórrit cosía en el lado opuesto de la habitación, hallándose por lo tanto bastante separadas una de otra. En el patio no se oía ruido apenas, pues los más de los presos habían ido al café, donde se celebraba un concierto; de modo que la prisión estaba silenciosa como pocas veces, si exceptuamos las horas en que sus habitantes se entregaban al sueño.

Cuando Clennam se adelantó para tomar asiento junto á la niña Dórrit, ésta tembló de tal modo, que apenas le fué posible mantener la aguja entre los dedos. Arturo posó la mano suavemente sobre la costura de la joven, diciéndole:

—Querida niña, permítame usted apartar esto á un lado.

La niña Dórrit entregó su labor á Arturo, que la dejó sobre la mesa, y después cruzó una mano con otra; pero Clennam las separó, conservando una entre las suyas.

—Hace tiempo que la veo á usted muy poco, amiga mía—le dijo.

—He estado sumamente ocupada, caballero.

—Sí; pero he sabido esta mañana por casualidad que había usted hecho una visita á esa buena gente que vive junto á la fábrica. ¿Por qué no ha entrado usted á verme?

—Yo... yo, no sé, ó más bien, he temido molestarle, pues creo que tiene usted mucho que hacer.

La niña Dórrit parecía muy agitada, y apenas se atrevía á mirar á Clennam, quien la contemplaba con tanta inquietud como ternura.

—Hija mía—dijo,—su conducta ha cambiado mucho.

La joven costurera, no pudiendo ya dominar su emoción, retiró suavemente la mano para cruzarla con la otra y dejó correr sus lágrimas.

Maggy volvió de pronto la cabeza para mirar á su madre-cita, pero no intervino.

—Mucho me aflige verla llorar—dijo Arturo después de una pausa;—mas espero que esas lágrimas, que pesaban en su corazón, le servirán de alivio.

—Sí, caballero, me alivian mucho.

—Vamos, cálmese usted, hija mía; ya pensé que daría demasiada importancia á lo que acaba de pasar aquí; pero eso no vale la pena, y sólo siento que se deba á mi visita importuna: bórrese el recuerdo con esas lágrimas.

La niña Dórrit, más tranquilizada, pudo contestar con su acento acostumbrado:

—¡Es usted tan bueno!... Pero aunque no hubiese en lo que ha pasado ningún otro motivo de queja, ¡semejante ingratitude...!

—¡Chitón!—exclamó Clennam, poniendo suavemente su mano sobre los labios de la niña Dórrit;—no hablemos más de eso. ¿Deberé recordarle que no soy ni he sido nunca más que el amigo á quien ofreció usted conceder toda su confianza? ¿Recuerda usted esta promesa?

—Procuró no olvidarla; mas espero que usted tendrá presente cuál ha sido la educación de ese pobre muchacho aquí, para no juzgarle severamente.

Al pronunciar estas palabras, la costurera miró á su interlocutor con más atención que hasta entonces, y preguntóle, cambiando de tono rápidamente:

—¿No ha estado usted enfermo, señor Clennam?

—No.

—¿Ni disgustado, ni afligido?—añadió la joven con inquietud.

Arturo vaciló un momento en contestar.

—A decir verdad—replicó al fin,—he tenido algunas penas, pero ya se acabó: ¿se conoce acaso en mis facciones? Yo debería tener más dominio sobre mí mismo, y he de tomar algunas lecciones de usted, niña Dórrit, pues nadie podría enseñarme mejor la paciencia.

Clennam no pensó que la joven reconocía en sus facciones las huellas de un sufrimiento que nadie hubiera podido descubrir; no pensó que no existían en el mundo otros ojos capaces de mirarle con la misma penetración.

—Esto me conduce—añadió Clennam,—á lo que deseaba decirle; no debo enojarme contra mi semblante si me hace traición; y además, tengo el mayor gusto en hacer una confidencia á mi querida niña Dórrit. Permítame pues confesarle que, olvidando mi gravedad y mis años, olvidando que el tiempo de amor ha pasado para mí en el largo período de monotonía y disgustos que ha constituido mi existencia en un país lejano... he llegado á figurarme que amaba á alguien.

—¿Alguna persona que yo conozco?—preguntó la niña Dórrit.

—No, hija mía.

—¿No es la señora que me ha tratado con tanta bondad por recomendación de usted?

—¿Flora? No, no. ¿Ha podido usted pensar...?

—Nunca lo he creído del todo—interrumpió la niña Dórrit, pareciendo que se contestaba á sí misma.

—Pero al fin—prosiguió Arturo (la idea de que ya se hacía viejo y de que le era forzoso renunciar á las ternezas de la vida parecía renacer en Clennam en aquel momento,)—he acabado por reconocer mi error; esto me ha hecho reflexionar un poco, y ahora soy más juicioso, después de contar mis años y pensar en lo que soy. He mirado atrás y adelante; he visto que mi cabello no tardaría en encanecer; he visto que había franqueado la pendiente de la colina, llegado á la cumbre y empezado á bajar rápidamente...

¡Qué agudo dolor ocasionaba Clennam con estas palabras á la pobre joven, aunque su intención era sólo consolarla!

—He visto—prosiguió Clennam,—que había pasado para siempre el día en que todas esas cosas hubieran sido buenas y muy gratas para mí.

¡Oh! ¡si Clennam hubiese sabido de qué modo laceraba en aquel momento el fiel corazón de su niña Dórrit!

—Todo eso ha concluído para mí—dijo Clennam,—y por lo tanto no quiero pensar más en ello; pero, ¿por qué he hablado de estas cosas á mi niña Dórrit, refiriéndole mis años, y recordando así que le doblo la edad?

—Porque tiene usted confianza en mí—contestó la joven,—porque sabe que su tristeza me aflige, y que su dicha ó su desgracia me afectan, pues debo estarle muy agradecida.

Arturo pudo observar que la voz de la joven era temblorosa, que sus ojos revelaban sinceridad, que estaba poseída de la mayor agitación, y que sólo faltaba que sus labios pronunciasen las palabras «¡porque le amo!»; pero Clennam no sospechó ni un solo instante la verdad. Sólo vió en la niña Dórrit una joven agradecida, una joven endeble de cuerpo, pero dotada de valor heróico: la luz que iluminaba á sus ojos la historia doméstica de aquella niña impedíale ver otra cosa.

—Mi posición y edad—continuó Arturo,—son las más propias para que usted me admita como consejero y confidente, sin manifestar timidez alguna con un amigo de mis años. ¿Por qué se ha mantenido, pues, apartada de mí tanto tiempo?

—Porque aquí estoy mejor que en ninguna otra parte, y porque éste es el lugar que me corresponde.

—Ya me lo dijo usted el otro día en el Puente, y después he pensado mucho en ello. ¿No tiene usted algún secreto que confiarme?

—¿Un secreto? No—contestó la niña Dórrit con cierta turbación.

Arturo y la niña Dórrit hablaban en voz baja; Maggy volvió de pronto la cabeza, y esta vez llamó á su madrecita.

—¿Qué ocurre, Maggy?—preguntó la joven.

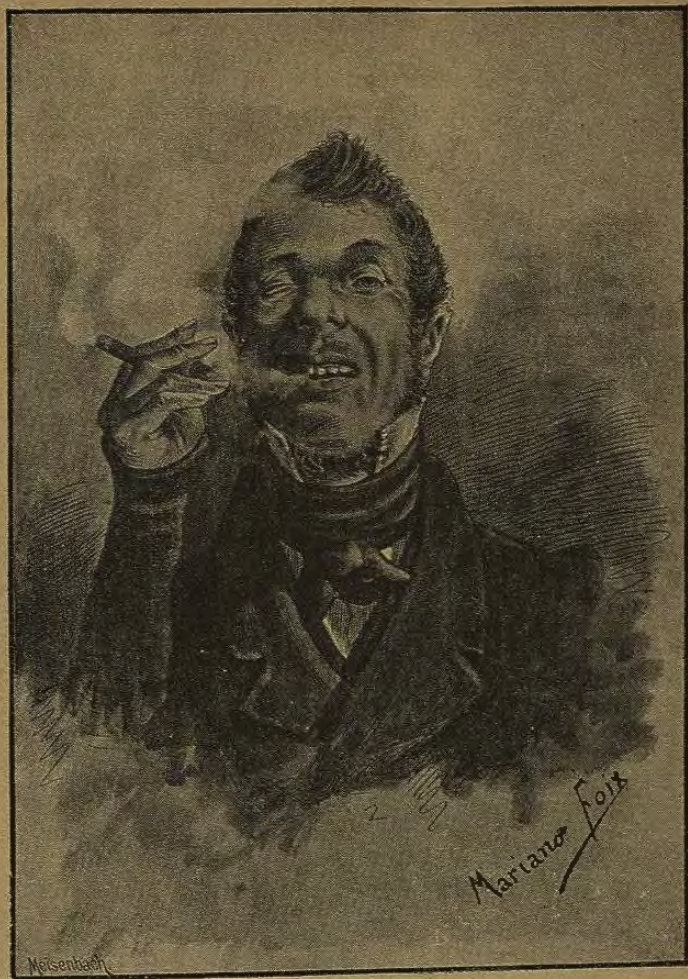
—Si no tiene usted ningún secreto que confiarle—repuso la buena mujer,—dígame usted cuál era el de la princesa; ya sabe que *ella* tenía uno.

—¿La princesa tenía un secreto?—preguntó Clennam sorprendido.—¿Quién era esa princesa, Maggy?

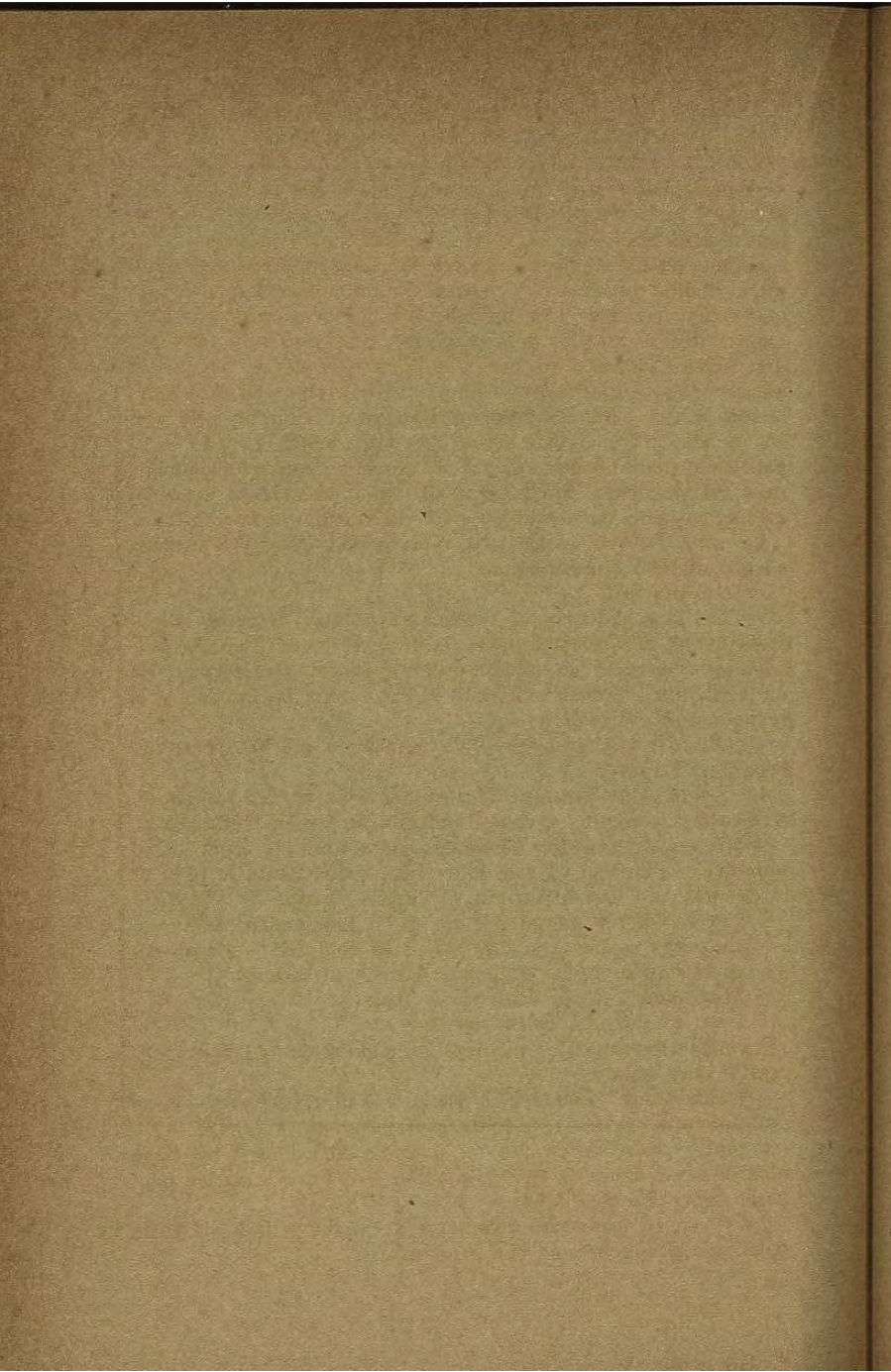
—Yo no quiero decir que la princesa tuviera un secreto; era la otra, la mujercita que hilaba.

Arturo miró á la niña Dórrit como pidiéndole una explicación, y vió sus mejillas teñidas de vivo rubor; pero la joven se limitó á decirle que Maggy hablaba de un cuento, demasiado ridículo para atreverse á repetirlo.

Arturo, sin pensar más en el secreto de la princesa, reanudó



Pancks



su conversación, rogando á la niña Dórrit que le viese más á menudo, pues no podría encontrar otra persona que se interesase tanto por ella.

—Querida niña—añadió, en voz tan baja que Maggy no hubiera podido oírle, y cogiendo su mano;—hace largo tiempo que deseo hablarle, y he buscado muchas ocasiones para ello. Quería decirle que no debe temerme, pues por mis años podría ser su padre ó su tío; y que sólo ha de ver en mí un anciano. Ya sé que todo su interés se concentra en esta habitación, y que nada la inducirá á dejar de cumplir aquí con sus deberes; á no estar seguro de ello, habría rogado á su padre me permitiese colocarla en otro lugar más conveniente; pero tal vez tenga usted algún día un interés fuera de aquí, lo cual no sería incompatible con sus afectos de familia.

La niña Dórrit, que estaba muy pálida, movió la cabeza silenciosamente, murmurando:

—¡No, no, no!

—Pero si esto llegase á suceder—continuó Clennam,—dígame usted, hija mía; confíeme la verdad y muéstreme la persona que mereció su cariño, pues entonces podré prestarle un verdadero servicio con todo el celo, toda la amistad y el respeto que me inspira.

—¡Oh! gracias, gracias; se lo agradezco mucho, ¡pero no llegará este caso!

La pobre Amy pronunció estas palabras mirando á su interlocutor fijamente, y con el mismo acento de resignación.

—No insisto—añadió Clennam,—para que me haga usted ninguna confidencia en este momento; todo cuanto le pido es la promesa de fiar en mí sin vacilación alguna.

—¿Podría hacer menos, siendo usted tan bondadoso?

—Entonces espero que confiará usted completamente en mí, sin ocultarme ninguna inquietud ó disgusto secreto.

—Muy poca cosa le ocultaría á usted.

—Pero ¿me oculta usted algo hoy?

La niña Dórrit movió la cabeza en ademán de negación, pero estaba muy pálida.

—Cuando me acueste esta noche—añadió Clennam,—y mi pensamiento vuele á esta triste morada, como sucederá seguramente, ¿podré creer que mi querida niña Dórrit no tiene ningún pesar, fuera de esta habitación y de los que suelen ocuparla generalmente?

La joven se aprovechó vivamente del doble sentido de estas palabras para contestar con resolución:

—Sí, señor; puede usted creerlo así.

En aquel momento oyóse crujir bajo un paso rápido la vestusta escalera, que así anunciaba siempre la llegada de alguno; poco después se percibió el rumor de pasos precipitados y llamaron á la puerta.

Antes de que Maggy tuviese tiempo de abrir, Pancks apareció en el umbral, sin sombrero, y con aire tan trastornado, que llamó la atención de todos; llevaba un cigarro encendido entre los dedos, y fijando su mirada en Clennam y la niña Dórrit, dijo con una entonación singular:

—Pancks el bohemio dice la buena ventura.

Al pronunciar estas palabras, el agente produjo un ronquido, según su costumbre, sin dejar de mirar de una manera extraña, á la niña Dórrit y á Arturo. Pancks no parecía en aquel momento el *factotum* de su venerable propietario, sino el dueño de la prisión de la Mariscalía y de todos los presos y carceleros. En medio de su alegría, llevóse el cigarro á los labios (reconociase desde luego que Pancks no era fumador,) guiñando el ojo derecho, y trató de repetir, porque el humo le sofocaba, su frase favorita: «Pa...anck el bo...he...mio dice la buen...a ven...tura.»

—Estoy pasando la velada con aquella gente—añadió después de una pausa;—acabo de cantar, y he servido de contralto en no sé qué pieza; no entiendo de música, pero esto no importa cuando se sabe gritar bien.

Clennam creyó al principio de Pancks el bohemio había abusado de la bebida; mas no tardó en reconocer que si bien la cerveza entraba por algo en la emoción del agente, la causa principal no provenía de ningún exceso.

—¿Cómo está usted, señorita Dórrit?—preguntó Pancks.—He pensado que no llevaría usted á mal que subiese á informarme de su salud; y como el Padre me ha dicho que el señor Clennam estaba aquí, aprovecho esta ocasión para saludarle al mismo tiempo. ¿Cómo va, caballero?

—Muy bien, gracias—contestó Clennam;—¡me alegro mucho de verle tan alegre, señor Pancks!

—Lo estoy más que un pez en el agua, caballero; pero sólo puedo disponer de un minuto, pues no quiero que nadie eche de ver mi ausencia.

Los ojillos negros del agente brillaban como carbunclos, y hasta parecía que su enmarañado cabello estaba impregnado de electricidad.

—Parece que tenemos aquí una sociedad muy distinguida—dijo después de una pausa.—¿No es verdad, señorita Dórrit?

La joven tenía casi miedo al agente y no supo qué contestar; mientras que Pancks hacía una señal á Clennam.

—Nada importa su presencia, señorita Dórrit—dijo;—hemos acordado que aparentaría usted no conocerme delante de los demás, pero esto no alcanza al señor Clennam, porque es de los nuestros; sépalo usted desde ahora, señorita Dórrit.

La agitación de Pancks parecía comunicarse rápidamente á Arturo, y la pequeña costurera observó, no sin asombro, que cambiaban señales de inteligencia.

—Yo había comenzado á decir alguna cosa—añadió Pancks, —pero no recuerdo qué era... ¡Ah! sí... decía que hoy tenemos aquí muy buena sociedad; y yo obsequio á todo el mundo, ¿no es verdad, señorita Dórrit?

—Es usted muy generoso—contestó la joven, observando que Pancks hacía otra seña á Clennam.

—Nada de eso—repuso el agente;—no vale la pena hablar del asunto. El hecho es que voy á entrar en posesión de mis bienes, y que puedo permitirme ser generoso. Me propongo ofrecer un festín de Baltasar á todos los presos. ¿No le parece á usted bien, señorita Dórrit?

La joven se había turbado de tal modo al observar el proceder de Pancks, ó más bien, asombrábalas tanto ver que Arturo parecía comprender sin dificultad el sentido de las palabras del agente, que sólo pudo mover los labios, sin articular una sílaba.

—A propósito—añadió Pancks, —ya recordará usted, señorita Dórrit, que he prometido decirle lo que había en su mano... Ya lo sabrá pronto, hija mía. Y usted, señor Clennam, sin duda no ha olvidado que cierto día hicimos un convenio, asegurándole yo que no faltaría á mis compromisos. Si quiere usted salir un instante conmigo, verá cómo sé cumplir mis ofertas, Señorita, que usted pase buena noche; le deseo toda clase de felicidades.

Y después de estrechar dos veces la mano de Amy, Pancks bajó rápidamente la escalera, produciendo resoplidos más fuertes que nunca. Arturo le siguió tan presuroso, que en poco estuvo no hacerle caer al llegar al último peldaño.

—¿Qué ocurre, en nombre del cielo?—preguntó Arturo cuando los dos estuvieron fuera.

—Permítame usted un momento; es preciso que conozca usted á mi compañero Rugg... allí está.

La presentación se efectuó del modo acostumbrado, y una vez cumplida esta formalidad, los tres hombres se dirigieron hacia la bomba del agua, á invitación de Pancks, que poniendo la cabeza debajo del caño se administró una copiosa ducha secándose después con su pañuelo.

—Esto refresca las ideas—dijo entonces á Clennam, que le contemplaba con asombro,—y no debe usted extrañar mi conducta. Cuando uno sabe lo que nosotros sabemos, y oye discursos como el que acaba de pronunciar el Padre de la Mariscalía, y ve á la señorita Dórrit alojada en mísera habitación y tan pobremente vestida, palabra de honor que hay para...

Sin acabar la frase, Pancks dió un brinco como un escolar (¡quién hubiera podido suponerle capaz de semejante cosa!), y acercándose luego á Clennam, sacó de su bolsillo un rollo de papeles, mientras que el señor Rugg presentaba otro.

—¡Espere usted!—dijo Clennam en voz baja.—¿Se ha descubierto alguna cosa?

—Un poco—contestó Pancks con fingida humildad.

—¿Compromete á alguien ese descubrimiento?

—¿Qué entiende usted por ello?

—¿Se trata de un fraude ó de alguna injusticia?

—Nada de eso.

«¡Dios sea loado! se dijo Clennam.» Y añadió en voz alta:

—Pues ahora, puede usted hablar.

—Sabrá usted, caballero—dijo Pancks, desenrollando unos papeles,—que esto es... ¿Dónde está la genealogía, señor Rugg, el documento número cuatro?... ¡Ah! éste ¡muy bien! Ahora podemos marchar. Pues sabrá usted que hoy estamos «virtualmente» en regla, y que lo estaremos «legalmente» de aquí á dos días... pongamos una semana, que esto importa poco. Hemos trabajado día y noche, no sé cuanto tiempo. ¿Lo sabe usted, caballero?... No importa... no diga nada, pues no haría más que embrollarme, señor Clennam. Puede usted comunicar la noticia á su protegida, pero no antes de que le hayamos autorizado para ello... ¿Dónde está el total aproximado, señor Rugg? ¡Bueno! esto es. ¡Lea usted, caballero! He aquí lo que deberá participar á la señorita Dórrit... he aquí la suma que corresponderá al Padre de la Mariscalía.



CAPITULO XXXIII

La queja de la señora Merdle

La señora Gowan, no pudiendo resistir más tiempo á los decretos de un destino inexorable, resignóse á hacer de tripas corazón y aceptar el parentesco con aquellos *Miggles* que tanto desdeñaba. Apeló, pues, á toda la filosofía que desde su entrevista con Arturo había juzgado necesaria, y consintió generosamente en no oponerse al casamiento de su hijo. Es probable que la dama se atuviese á tres consideraciones políticas, fuera de su amor maternal, para fijarse en tan prudente resolución.

La primera de ellas era que su hijo no había manifestado nunca la menor intención de pedirle su consentimiento; la se-

gunda, que Enrique, cuando se hubiera casado con la hija única de un hombre bastante rico, dejaría naturalmente de ser gravoso á su madre, disminuyendo la pensión que la patria reconocida le había señalado por mediación de un Barnacle; la tercera, que estaba entendido que las deudas de Enrique serían satisfechas por el suegro al pie del altar. Teniendo en cuenta estas tres razones la señora Gowan se apresuró á dar su consentimiento, cuando supo que el señor Meagles había otorgado el suyo, después de oponer largo tiempo con su negativa el único obstáculo á la boda.

Sin embargo, la señora Gowan supo conservar su dignidad individual y la de los Barnacle, repitiendo entre todos sus parientes y conocidos, que la boda era un asunto desgraciado, y que Enrique debía estar sometido á una verdadera fascinación para contraer tan desproporcionado enlace. La buena señora aparentó creer que era ella quien se sacrificaba, y no su hijo; y cuando le fué presentada por Enrique su futura nuera, díjole al abrazarla:

—Hija mía, ¿qué ha hecho usted á Enrique para hechizarle?

En aquella ocasión, la dama dejó escapar algunas lágrimas, que cual pequeñas píldoras líquidas corrieron por su nariz, bañando el cosmético que constituía su color... manera delicada, pero sensible, de probar hasta qué punto sufría en su interior, á pesar de la calma aparente con que parecía someterse á tan ruda prueba.

Entre los amigos de la señora Gowan figuraba en primer término la señora Merdle, á la cual se propuso visitar desde luego, para recibir de esta dama el pésame con motivo de la desgraciada boda en que había sido forzoso consentir. Al efecto se dirigió á la ciudad en uno de esos pequeños vehículos de un caballo, que el público irreverente llamaba entonces caja de píldoras, y que un alquilador proporcionaba á precios equitativos á las damas antiguas de Hampton-Court.

La señora Merdle estaba en casa meciéndose en su nido de oro y plumas junto á su loro, que desde lo alto de la percha contemplaba á su ama, creyendo tal vez que era una magnífica cotorra de gigantesca especie.

La señora Gowan fué recibida afablemente por la dueña de la casa, y después de haber hablado de varias cosas indiferentes, la visitante se lamentó de la desgraciada boda de Enrique, rogando á la señora Merdle que manifestara su parecer sobre el asunto.

La dama, después de contemplar un instante el blanco seno

que tanto admiraba la sociedad, asegurándose de que todas las alhajas estaban en su sitio, contestó reposadamente:

—Cuando un hombre se casa, amiga mía, la sociedad exige que el matrimonio aumente su fortuna, que el casamiento sea cuestión de dinero, para que pueda sostener un tren lujoso. De lo contrario, la sociedad no le reconoce el derecho de casarse... ¡Cállate, Jacquot!

El loro acababa de exhalar un grito agudo, como para dar por terminado esbe exordio de su ama.

—Usted no desconocerá—repuso la señora Gowan,—que la situación del país es hoy día deplorable... esas desgraciadas concesiones de Juan Barnacle lo han echado todo á perder... y de consiguiente nada de extraño tiene que yo sea tan pobre como...

—Una rata de iglesia—añadió la señora Merdle.

—No—replicó la de Gowan,—pensaba en otro pobre, en Job, pero poco importa la comparación; lo que yo quisiera principalmente es conocer la opinión de usted sobre la boda de Enrique.

—Sin duda parece mezquino é interesado preguntar cuál es el dote que la señorita llevará al joven—replicó la señora Merdle;—pero tal vez la sociedad haría lo mismo, amiga mía...

—Según lo que me han dicho, me creo autorizada á dar por sentado que se pagarán las deudas de Enrique.

—¿Son muchas?

—Sí... bastantes.

—Ya adivino la cifra, porque casi siempre es la misma—repuso la señora Merdle con tono de indiferencia.—Me parece muy bien.

—Y el padre les señalará un pensión de trescientas ó cuatrocientas libras esterlinas al año, lo cual, en Italia...

—¡Ah! ¡van á visitar la Italia!

—Enrique quiere estudiar... esto no debe extrañarle á usted, amiga mía... esas viles Bellas Artes...

—Justo—interrumpió la señora Merdle, para evitar á su desconsolada amiga una confesión penosa.—Pasemos adelante.

—Al morir los padres—continuó la señora Gowan,—presumo que habrá alguna cosa más; pero dudo que Enrique pueda tocar nunca al capital... en cuanto á esto, paréceme que los padres son capaces de vivir cien años; aseguro á usted que su aspecto así lo indica.

—¡Vamos, vamos!—dijo la señora Merdle, dejando escapar

un suspiro de simpatía;—usted no tiene la culpa de lo sucedido; es preciso apelar á ese valor moral que le ha valido tan merecida reputación, y sufrir el golpe con paciencia.

—La familia de la joven ha hecho esfuerzos inauditos para cautivar á mi Enrique.

—¡Oh! eso era de esperar.

—He opuesto todos los obstáculos imaginables, sin hallar medio alguno de retraer á mi hijo.

—Nadie dudará de ello, amiga mía.

—Si no he conseguido impedir que Enrique se case con una joven que no pertenece á la sociedad, creo que por esto no se me tachará de mujer débil. ¿Qué le parece á usted?

Por toda contestación la señora Merdle, como gran sacerdotisa de la sociedad, aseguró á su amiga que su conducta merecía los mejores elogios, y que debía considerarse como una heroína por haber salido airosa de tan ruda prueba.

La conferencia de ambas damas se celebraba entre las cuatro y las cinco de la tarde, hora en que el señor Merdle volvía al hogar doméstico, después de terminar sus ocupaciones diarias, que consistían en hacer respetar el nombre inglés en todos los ámbitos del globo civilizado, donde se podían apreciar las gigantescas combinaciones del comercio y del capital. Nadie sabía á punto fijo en qué género de negocios se ocupaba el señor Merdle; pero asegurábase que el dinero se multiplicaba en sus manos. No obstante, á pesar de su brillante posición, el capitalista tenía el mismo aspecto de otro hombre cualquiera, y hasta hubiérase dicho que en el curso de sus vastas transacciones comerciales había trocado por casualidad su cabeza por la de algún sér inferior. El señor Merdle se presentó ante las dos damas después de hacer un rodeo en su palacio para evitar la presencia de su mayordomo.

—Dispensen ustedes—dijo deteniéndose en el umbral de la puerta,—creí no encontrar aquí más que al loro.

Sin embargo, como la señora le dijese que podía entrar, y al ver que su amiga se levantaba para despedirse, el capitalista se dirigió á una ventana, donde pareció quedar absorto en profundas reflexiones.

Había pasado ya un cuarto de hora, cuando oyó la voz de su esposa que le llamaba.

—¿Qué ocurre?—preguntó volviendo la cabeza.

—Lo que hay—repitió la dama,—es que al parecer no ha oído usted una palabra de lo que acabo de decirle. ¿De qué me he quejado yo?

—¿Usted se ha quejado, señora? No sabía que estuviese usted indispueta.

—No; me quejaba de usted, señor Merdle.

—¡De mí! ¿Qué puedo haber... qué he hecho yo para que usted?... ¿Cuál es, en fin, el motivo?

—Tengo mucha razón en quejarme; pero veo que tanto me sirve hablar á usted como á la pared, y que mejor fuera dirigir la palabra al loro, pues cuando más, contesta con un grito.

—Supongo que no querrá usted que yo grite también—dijo el señor Merdle, sentándose frente á su señora.

—A decir verdad, casi sería preferible esto á verle á usted siempre tan sombrío y taciturno, pues cuando menos sabríamos que se interesa algo en lo que pasa á su alrededor.

—Pero, ¡en nombre de todas las potencias infernales!—gritó el señor Merdle,—dígame usted, señora, si conoce á alguno que haga más que yo por la sociedad. Mire usted esos muebles, mire usted esos espejos... ¿Sabe usted lo que cuesta todo esto, y á quién aprovecha? Pues sólo á la sociedad. ¿Y cómo puede usted quejarse de mí, cuando derramo sobre ella el oro á manos llenas?

—No se arrebate usted, amigo mío, ya sé que hace por ella sacrificios; que recibe á la gente más escogida... y no ignoro quién es la persona que le ayuda en esto, señor Merle. Lo único de que me quejo es de que se muestre continuamente tan taciturno y preocupado con los negocios, como si los llevara consigo á todas partes. Esto me parece algo plebeyo. Hay que pensar un poco en los modales.

—De eso cuidará usted; bastante hago con dar el dinero.

—Está muy bien, y en esto nada tengo que decir; pero no debería usted preocuparse tanto con sus cálculos y combinaciones, ni usar ciertos modales impropios de la sociedad. En este punto será preciso corregirse, señor Merdle.

En aquel momento entreabrióse la puerta, y el joven Edmundo Sparkler asomó la cabeza, como si no se atreviese á entrar; pero su madre le hizo una seña para que se acercara.

—Hijo mío—díjole levantándose con aire majestuoso;—quiero subir á mi cuarto; dame el brazo.

Madre é hijo salieron al punto, dejando al capitalista solo, para que pudiese reflexionar á sus anchas sobre la nueva línea de conducta que debería seguir para hacerse más digno de la sociedad. A fin de distraerse un poco, el señor Merdle se asomó sucesivamente á nueve ventanas distintas, que le

parecieron sin duda tan tristes unas como otras; después bajó al entresuelo para examinar los tapices, con el aire de un hombre, que no tiene derecho para estar allí; y como de pronto divisase á su mayordomo, aquel servidor imponente, cuya sola mirada le confundía, huyó presuroso y fué á encerrarse en su cuarto, donde permaneció hasta la hora de ocupar su elegante coche para ir á comer fuera. El poderoso capitalista fué lisonjeado, según costumbre, por las notabilidades del foro y de la banca, que le hicieron todas las cortesías apetecibles; y á media noche volvió solo á su casa para entregarse al reposo.





CAPITULO XXXIV

El banquete de boda

Enrique Gowan y su perro frecuentaban muy á menudo la quinta de Meagles, pues ya se había fijado el día de la boda, acordándose invitar á los Barnacle, á fin de que esta poderosa é ilustre familia comunicase á la unión de los dos jóvenes todo el honor y la brillantez que buenamente se podía dispensar á una cosa tan insignificante.

Reunir á toda la familia de los Barnacle hubiera sido empresa imposible, por la sencilla razón de que no existía una casa bastante grande para contener á todos los individuos y aliados de tan ilustre raza; pero podíase invitar á cierto número, y la señora Gowan se encargó de ello con la mayor actividad. Presentábase muy á menudo en casa de la novia para agregar algún nombre á la lista de los convidados, y celebraba breves entrevistas con el señor Meagles cuando el infeliz no estaba ocupado (por desgracia sucedía esto con harta frecuencia,) en examinar y saldar las cuentas de su futuro yerno.

Entre los convidados había uno que interesaba á Meagles más que todos los Barnacle del mundo, y cuya ausencia le habría causado el mayor sentimiento: era Arturo; pero Clennam había hecho una promesa cierta tarde en que le dieron unas rosas, y creíase formalmente obligado á cumplir la palabra que dió á la hermosa joven en la sombría alameda, por lo cual contestó á su amigo cuando éste le preguntó cuál era su intención:

—Ciertamente que vendré; no tenga usted cuidado.

Meagles parecía un poco apurado sobre lo que debería hacer respecto al socio de Arturo, Daniel Doyce; pero éste le sacó del compromiso presentándose en la quinta con la libertad de antiguo amigo, para pedir como especial favor que no le convidaran.

A Meagles le divirtió mucho aquella nueva excentricidad de su amigo, pero limitóse á contestarle:

—Sea, Daniel, sea; una extravagancia más, pero hágase como usted guste.

La semana que precedió al casamiento fué una semana de trastorno y molestias sin cuento. Meagles aparecía siempre contento delante de Minnie y de Gowan, pero más de una vez Clennam observó que se le escapaban las lágrimas mientras menejaba sus balanzas; y con frecuencia notó en su semblante una nube de tristeza cuando miraba á los novios pasearse por el jardín.

Como no hay plazo que no se cumpla, al fin amaneció el día fijado para el casamiento, y con él llegaron los Barnacle invitados á la comida de boda, entre los cuales figuraban principalmente Tito Barnacle, del ministerio de Circunlocuciones, su señora, su hijo y sus hermanas, y otros representantes de la misma familia, altos funcionarios públicos ó representantes de la nación.

La comida de boda no fué tan animada ni tan agradable como hubiera podido serlo. Meagles, humillado por sus ilustres huéspedes, aunque le lisonjaba su presencia, parecía estar fuera de su centro. El señor Tito Barnacle no pudo menos de observar á su vecino que veía en la misma mesa á una persona cuya sola presencia le inquietaba; mientras que su hijo manifestó á dos estúpidos parientes suyos, con aire de indignación, que cierto individuo allí presente había ido á su oficina sin carta de audiencia, diciendo que necesitaba saber alguna cosa; y que si se le antojaba hacer de nuevo su reclamación en medio del banquete, sería lance divertidísimo.

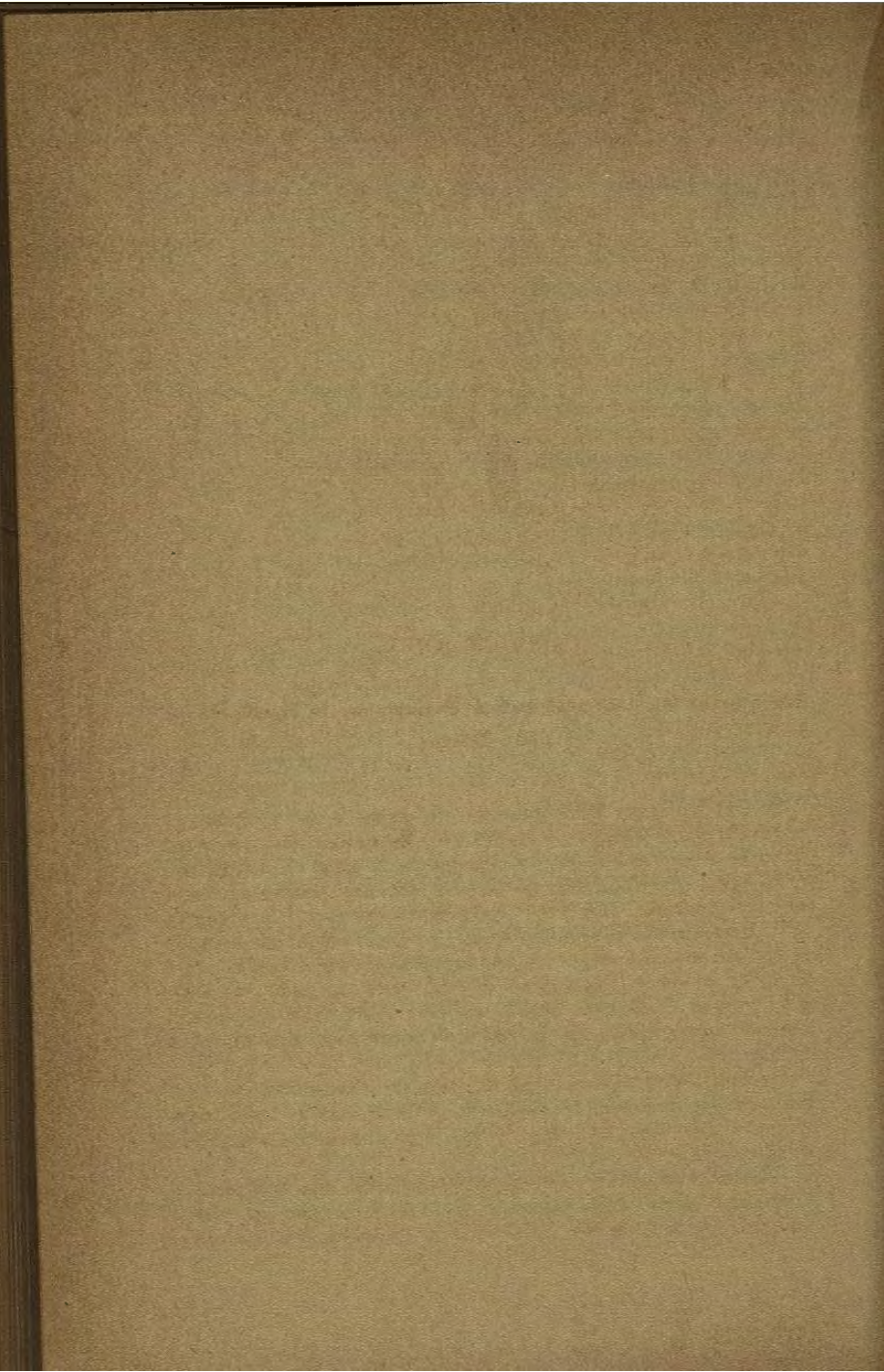
La parte menos enojosa de la fiesta fué la que contristó más á Clennam. Cuando Meagles y su esposa abrazaron á Minnie en el saloncito donde estaban los dos retratos (allí no se permitía entrar á los convidados,) antes de acompañarla al umbral de aquella puerta que la hermosa joven no debía volver á traspasar para ser como antes la favorita de la casa, la escena que se siguió fué tiernísima. El mismo Gowan no pudo menos de conmovirse cuando Meagles le dijo: «¡Oh Gowan! ¡Cuide usted mucho de ella, cúidela usted mucho!» y contestó con calor: «No se aflija usted así, caballero; por vida mía, que no dejaré de hacerlo.»

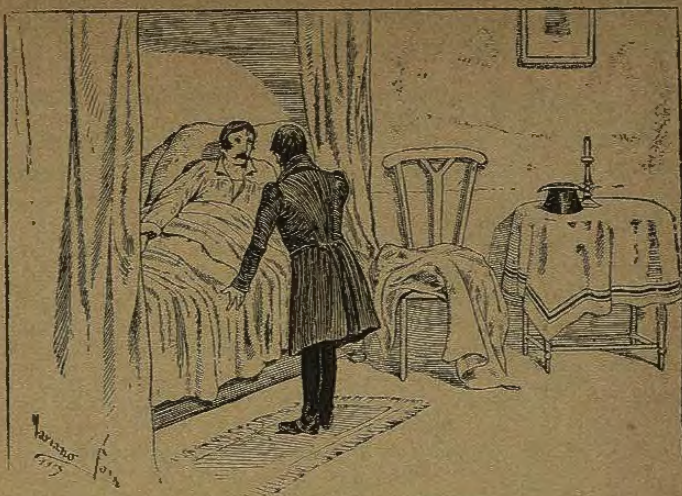
Después de los últimos sollozos y palabras de ternura, y de dirigir á Clennam expresiva mirada, como para recordarle la promesa que hizo al recibir las rosas, Minnie se dejó caer en el interior del coche, el esposo saludó por última vez con la mano, y el vehículo se puso en marcha camino de Douvres.

Los convidados quedaban ya en libertad de retirarse, y como los Barnacle, hombres de grande importancia, tenían siempre prisa á causa de sus graves asuntos, despidiéronse dando á entender á los señores Meagles, con la mayor afabilidad, que habían aceptado la invitación por deferencia á los padres de la novia, haciendo un sacrificio en su favor.

Había quedado un gran vacío en el corazón de los Meagles y también en la casa; pero este último debió consolarles un poco del primero, por más que se tratase de una... sociedad tan distinguida.







CAPITULO XXXV

Lo que había leído el señor Pancks en la mano de la niña Dórrit

Pancks, cumpliendo la promesa que había hecho á Clennam, le reveló todas las peripecias de sus aventuras como bohemio, dándole á conocer la buena ventura de la niña Dórrit. El decano era heredero universal de una inmensa propiedad largo tiempo ignorada, que nadie reclamara nunca, y cuyas rentas se habían acumulado gradualmente. Su título estaba claro como la luz del día; habíanse vencido todos los obstáculos; la puerta de la cárcel se iba á abrir por fin para dar salida al antiguo preso; Guillermo Dórrit no necesitaba más que poner algunas firmas para ser de pronto poseedor de una inmensa fortuna.

En las investigaciones que fué necesario practicar para establecer los derechos de Guillermo Dórrit, Pancks había desplegado una sagacidad maravillosa, una paciencia y una discreción infatigables.

—Cuando cruzamos juntos por Smithfield—dijo el agente á Clennam,—poco podía yo creer que sucedería esto, ni menos imaginar, cuando le dije que usted no tenía ninguna relación

con los Clennam de Cornouailles, que algún día llegaríamos á saber lo que son los Dórrit de Dorset-hire.

Pancks refirió entonces cómo este nombre, inscrito en su cartera, llamó su atención cuando le oyó pronunciar; y cómo, habiendo observado más de una vez que dos nombres cuya ortografía era idéntica y que pertenecían á la misma localidad no implicaban ningún parentesco, no dió al principio mucha importancia á este hecho. Sin embargo, Pancks se dijo: «¿Qué transformación tan asombrosa se efectuaría en la vida de la pequeña costurera si se consiguiese probar que el anciano Dórrit tiene derecho á esa rica herencia!» El agente pensaba que la circunstancia de haber observado en el carácter de la pequeña costurera algo extraordinario que le interesó y picó su curiosidad, fué lo que le indujo principalmente á seguir adelante en el asunto. Había procedido paso á paso con infinitas precauciones, venciendo los obstáculos uno á uno; y al comenzar su trabajo, súbitas esperanzas sucedieron á una profunda obscuridad. Entonces trabó conocimiento con algunos presos, para poder entrar en la prisión como visitante; los primeros datos útiles le habían sido facilitados por Guillermo Dórrit y su hijo, sin sospechar éstos la menor cosa; con el mayor tacto obtuvo también de ellos otros pormenores sobre la historia de la familia, y así pudo extender sus averiguaciones. En fin, Pancks se convenció de haber descubierto el heredero universal de una gran fortuna, tratándose ya sólo de dar los pasos necesarios para proceder por la vía legal. Después de exigir á su patrón, al señor Rugg, solemne juramento de guardar el secreto, admitióle en calidad de asociado, y de común acuerdo, sirviéronse de Juan Chivery como único agente, pues conocían de sobras su honradez. Hasta aquel día, y sólo cuando varias autoridades infalibles en materia de derecho hubieron reconocido que el mejor éxito había coronado los esfuerzos de Pancks, los tres conspiradores se guardaron bien de confiar el secreto á nadie.

—De modo que, señor Clennam—añadió Panckss,—si todo el edificio se hubiese derrumbado en el último instante, es decir, la víspera del día en que le enseñé mis documentos en la prisión, nadie hubiera sufrido el desengaño y perdido el dinero más que nosotros.

Clennam, que durante este relato había estrechado repetidas veces la mano de Pancks, exclamó al fin, poseído de sorpresa y admiración:

—¡Oh! amigo Pancks, esto le costará mucho dinero.

—Bastante, caballero—contestó el agente con aire de triunfo;—la suma ha sido muy regular, por más que desde un principio se buscó la economía; los desembolsos indispensables nos han puesto á veces en apuros.

—¡Ya lo creo!—replicó Clennam;—no podía menos de ser así; pero ha vencido usted todas las dificultades en este negocio con una habilidad verdaderamente maravillosa.

—Voy á decirle á usted cómo me arreglé—prosiguió Pancks dejándose llevar de su entusiasmo;—primeramente gasté todo lo mío... no era gran cosa.

—Lo siento mucho—repuso Clennam,—pero poco importa, puesto que todo ha salido bien... ¿qué hizo usted después?

—Luego pedí prestado á mi propietario.

—¿Al señor Casby? ¡Qué buen hombre!

—¡Ah! sí, ¡qué noble anciano!—replicó Pancks con tono irónico;—¡qué filantropía y qué confianza la suya!

Clennam sintióse algo confuso por haber elogiado prematuramente al Patriarca.

—Le dije á ese archi-cristiano—prosiguió Pancks,—que tenía entre manos un negocio que prometía mucho, pero cuya realización exigía el anticipo de algunos fondos; y propúsele que me prestara cierta suma sobre pagaré, la cual me facilitó al veinte por ciento, cuidando de agregar los intereses al capital, como buen hombre de negocios. Si la empresa hubiese tenido mal éxito, yo debía servirle siete años más de factotum, descontándose la mitad de mi sueldo... pero el señor Casby es un verdadero patriarca, y se puede considerar como una dicha servirle, aunque sea por nada.

Clennam no habría asegurado que estas palabras no fuesen un sarcasmo de Pancks.

—Cuando el dinero del Patriarca se agotó—continuó el agente,—apelé á la señorita Rugg, que había ganado algún dinero en cierta especulación; y después de exponerle mis razones, avínose á prestarme al diez por ciento, con lo cual pude salir del paso.

—Pero, amigo mío—dijo Clennam,—la recompensa de usted por ese trabajo debe ser magnífica.

—Espero no haber perdido el tiempo, caballero; no tengo nada estipulado; pero esto es un préstamo por una devolución. Con usted ya he cumplido. Satisfechos los desembolsos, pagado el tiempo invertido y saldada la cuenta de la señorita Rugg, si me quedan mil libras esterlinas, será una fortuna para mí. A usted confío el arreglo de este asunto, autorizán-

dole ahora para dar la noticia á la familia como lo juzgue oportuno. La señorita Dórrit debe hallarse esta mañana en casa de mi propietario, y cuanto antes se le dé conocimiento, mejor será. Las buenas noticias nunca llegan demasiado pronto.

Esta conversación tenía lugar en la alcoba de Clennam, que no se había levantado aún, porque Pancks entró á primera hora, despertando á todo el mundo; sin sentarse nunca, sin permanecer quieto un minuto en el mismo sitio, y andando siempre de un lado á otro, había referido todos estos detalles, confirmados por una infinidad de documentos. Cuando hubo concluído, Pancks recogió sus papeles, y estrechando de nuevo la mano á Clennam, precipitóse por la escalera como un huracán, diciendo que debía practicar aun algunas diligencias.

Inútil parece decir que Arturo resolvió inmediatamente ir á casa del señor Casby; y tanta prisa se dió, que una hora antes de llegar la niña Dórrit, hallábase ya á la esquina de la calle donde vivía el Patriarca: esto no le disgustó, porque así pudo dar una vuelta para calmarse.

Cuando regresó, la criada le dijo que la niña costurera había llegado ya, y condújole al salón donde estaba Flora; pero Clennam no vió allí á la niña Dórrit.

—¡Bondad divina!—exclamó la señora Finching, con un ademán de sorpresa,—¡usted aquí, Arturo... Doyce y Clennam quiero decir! ¿Quién podía esperar semejante visita? Dispense usted si le recibo en peinador, porque no sabía...; pero, en fin, no nos conocemos de hoy, y creo que no lo llevará usted á mal.

—Yo soy quien debe rogar á usted que me dispense por esta visita tan matinal y tan brusca.

—En otro tiempo, que huyó para siempre, Arturo... ¡ay!... Doyce y Clennam quiero decir... esto es más conveniente, aunque más frío; en otro tiempo, repito, no me hubiera usted rogado que le dispensase, fuera cual fuese la hora en que se presentara.

Por toda contestación, Arturo dijo á Flora que la niña Dórrit era la persona á quien buscaba, y después le comunicó en breves palabras la noticia de que era portador. Flora, juntando las manos, comenzó á temblar y vertió lágrimas de alegría, como podía esperarse de sus buenos sentimientos.

—¡En nombre del cielo!—exclamó, dirigiéndose hacia la puerta,—déjeme usted salir, pues si no voy á gritar ó hacer

alguna tontería que alarmará á todo el mundo. ¡Quién le hubiera dicho hace poco á la pobre muchacha, tan buena y tan humilde, que iba á ser heredera de una gran fortuna! ¡Bien merecida la tiene! ¿Y me permitirá usted, Arturo... por esta sola vez le llamaré así... comunicar la noticia á la tía del señor Finching? Si ve usted inconveniente en ello, nada diré.

Arturo dió el permiso, moviendo la cabeza afirmativamente, y Flora salió al punto de la habitación.

Poco después oyéronse en la escalera los pasos de la niña Dórrit, y abrióse la puerta. Por más que Arturo tratara de componer su fisonomía, no pudo conservar en sus facciones la expresión ordinaria; así es que al verle la joven, dejó caer su costura exclamando:

—¿Qué ocurre, señor Clennam? ¿Qué hay?

—Nada, nada; es decir, nada malo; he venido á comunicarle una noticia... y muy satisfactoria.

—¿Una buena noticia?

—No puede ser mejor.

La joven fijó una mirada profunda en Arturo, que enlazó con su brazo el talle de la niña Dórrit viéndola á punto de desmayarse; mientras que la costurera apoyó una mano en el brazo de su interlocutor, sin dejar de mirarle, pareciendo que sus labios querían repetir las palabras: «no puede ser mejor.»

—Querida niña Dórrit—dijo Arturo,—su padre...

El pálido semblante de la joven se reanimó un poco, pero su corazón comenzó á latir apresuradamente, y la expresión de sus facciones era dolorosa.

—Su padre puede quedar libre antes de terminar la semana próxima—continuó Arturo;—y como nada sabe aún, será preciso que vayamos á comunicarle esta noticia sin pérdida de tiempo.

Estas últimas palabras hicieron volver en sí á la niña Dórrit; sus ojos se cerraron, pero abriéronse en seguida.

—No es todo... no es todo, mi querida niña Dórrit... ¿Quiere usted que le diga lo demás?

Los labios de la joven murmuraron un «sí» que apenas se oyó.

—Su padre no será pobre al recobrar la libertad, ni carecerá de nada. ¿Debo decirle más? Recuerde usted que aun no sabe nada, y que debemos ir á decírselo...

La niña Dórrit pareció pedir tiempo; Clennam se inclinó para escuchar lo que murmuraba.

—¿Me ha dicho usted que continúe?—preguntó.

—Sí.

—Su padre será rico... lo es ya, pues hereda una inmensa fortuna. Todos ustedes serán ricos... y yo doy gracias al cielo, que así recompensa á la más animosa, á la mejor de las hijas.

Y mientras que Clennam abrazaba á la niña Dórrit, ésta apoyó la cabeza en el hombro de su protector, levantó los brazos como para rodear su cuello, y murmurando: «¡Padre! ¡padre! ¡padre!» perdió el conocimiento.

En aquel momento entró Flora, que se apresuró á prodigar sus auxilios á la joven costurera, pronunciando frases incoherentes en una confusión tan vertiginosa, que hubiera sido imposible adivinar lo que decía. Para mayor aturdimiento de todos, entreabrióse de pronto la puerta de una habitación contigua, y en el umbral apareció la tía del señor Finching, que á juzgar por la entonación de su voz, aún esperaba su almuerzo. Sin duda para vengarse del descuido, siempre que un intervalo de silencio se lo permitía, complaciase en dirigir á los presentes sarcasmos lacónicos, tales como: «Apostaría á que esto no se debe á usted... Por más que se le quiera atribuir la gloria de tal descubrimiento, seguramente no tiene nada que ver en el asunto... Pregúntenle ustedes si ha dado jamás un céntimo de su propio dinero.» Todas estas frases injuriosas se dirigían aparentemente á Clennam, á quien la tía del señor Finching profesaba un odio inveterado.

Pero el deseo que experimentaba la niña Dórrit de reunirse lo más pronto posible con su padre para comunicarle la fausta noticia, fué bastante poderoso para reanimarla más prontamente de lo que se hubiera podido esperar con todas las medicinas del mundo. Sus primeras palabras fueron para rogar á su protector que la condujera pronto al lado de su padre; sólo pensaba en él: y cuando se arrodilló para dar gracias al cielo, lo hizo por amor á su padre.

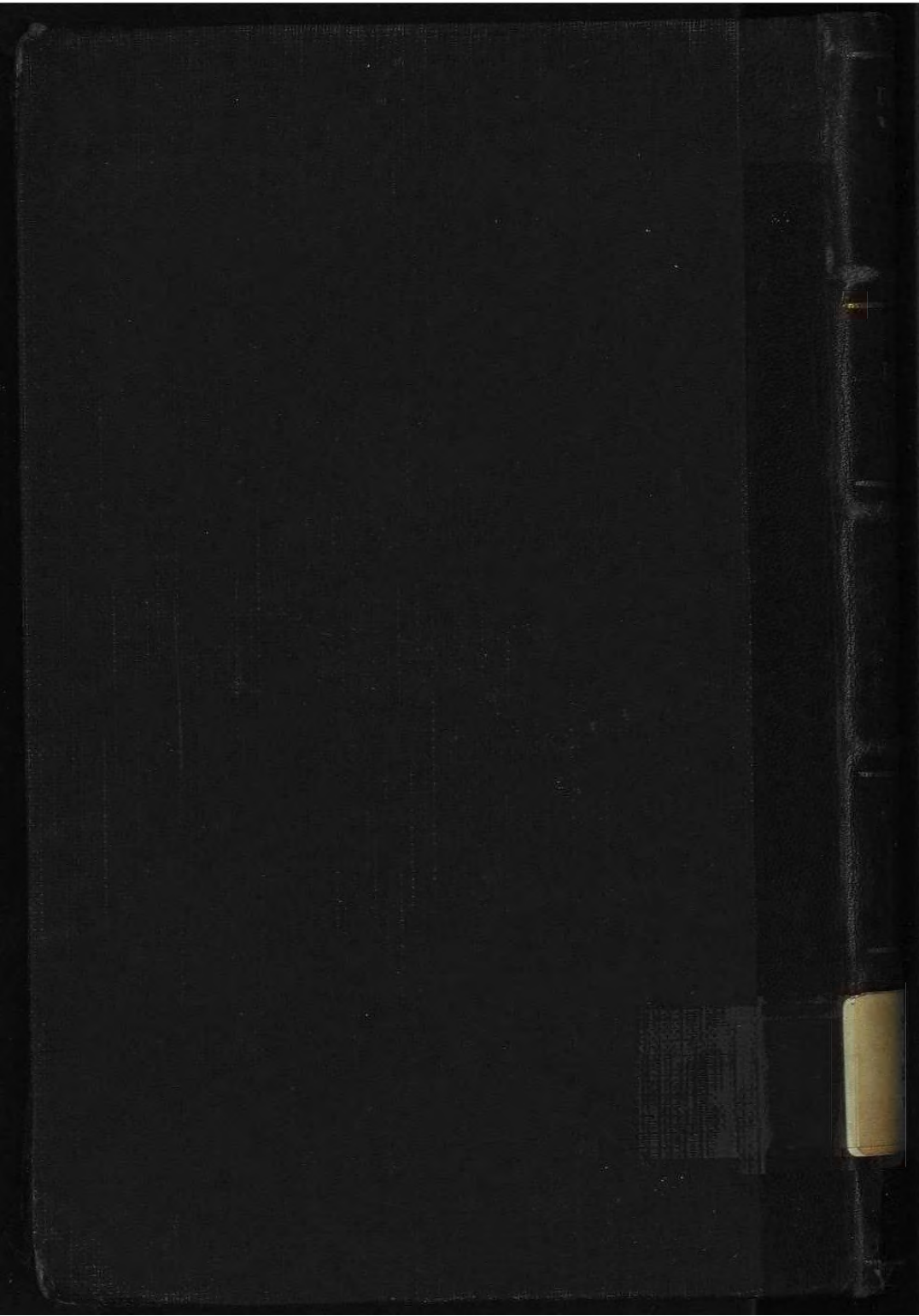
—Pero es preciso que tome usted algo—dijo Flora á la niña Dórrit,—aunque sólo sea una taza de té, pues de lo contrario, le faltarían fuerzas para contárselo todo... Todo el mundo la felicitará, unos sinceramente, otros por envidia, y no pocos con la mejor buena fe; pero ninguno más cordialmente que yo, aunque sé que tengo el defecto de charlar como una cotorra, según le podrá decir Arturo... por esta vez no diré Doyce y Clennam... Adiós pues, hija mía, bendígala el cielo, y ojalá sea usted tan feliz como deseo. Por mi parte,

juro desde ahora que ninguna otra costurera concluirá esa bata, la cual quedará como está, y á la que daré el nombre de «niña Dórrit» en recuerdo de usted, por más que este nombre sea muy singular.

Así habló la viuda Finching al despedirse de su costurera, quien después de abrazar varias veces á su protectora salió con Clennam para subir al coche que debía conducirles á la prisión.



FIN DEL TOMO PRIMERO



DICKENS

LA NIÑA
DORRIT

I

PR4562

.A67

S6

v. 1